



OBRA
COMPLETAS

DE

VICTOR HUGO





PODA

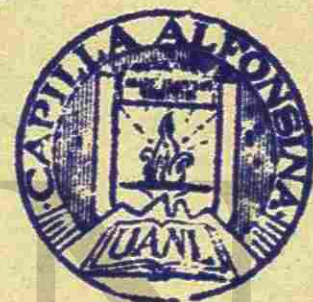
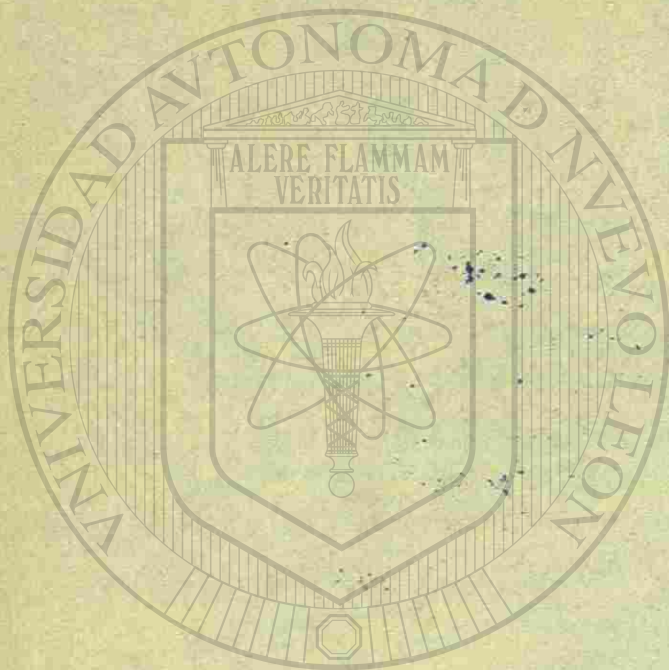
LA LIRA



PQ2289
T6
S6
v. 1



1020026600

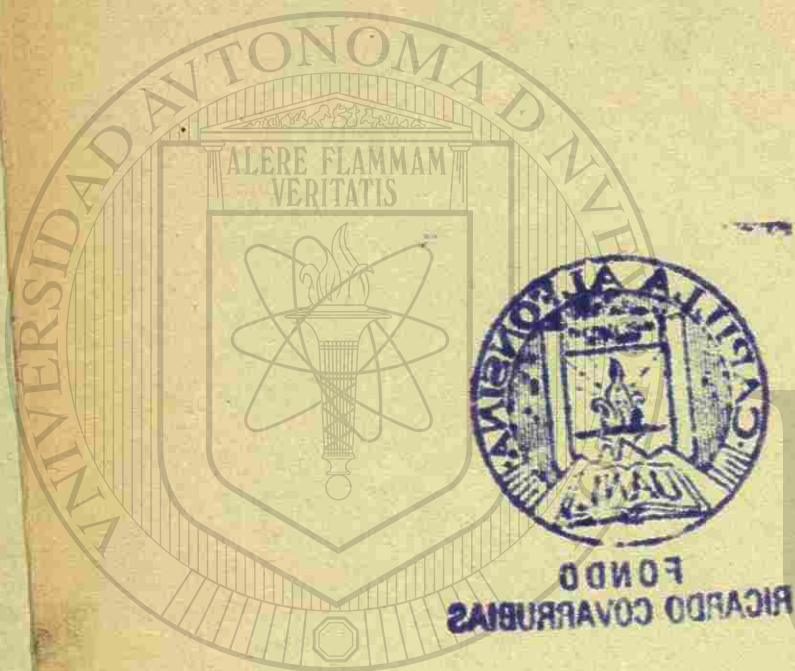


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

M. J. K.
80⁰⁰
16 vols.



OBRAS COMPLETAS DE VICTOR HUGO

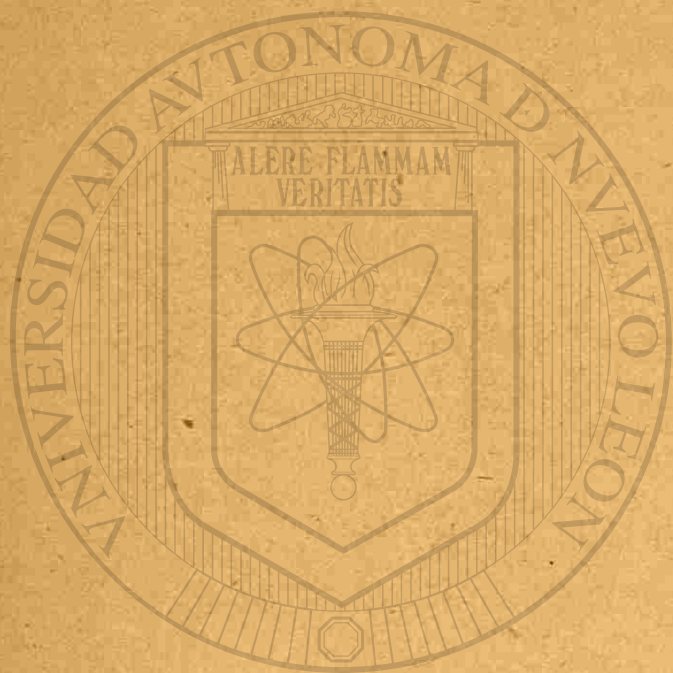
TODA LA LIRA

(PÓSTUMA)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VÍCTOR HUGO

TODA LA LIRA

LA HUMANIDAD

LA NATURALEZA—EL PENSAMIENTO

EL ARTE—EL «YO»

EDICIÓN ILUSTRADA CON LÁMINAS EN NEGRO

TOMO PRIMERO

BARCELONA
F. SEIX-EDITOR

1903

099328

30353

830
H.

PQ 2289

.T6

56

v. 1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipolit. S. RIX. S. Agustín, 1 & 7. Barcelona (Gracia)—Teléfono 3.541

Ten musa dominadora, si no, devorado serás.
Dos sudarios te ofrece el cielo: el azul y el estrellado.

Pónteles uno tras otro, y alternativamente derrama sobre los hombres, sombrío justiciero ó apóstol tierno, tan pronto la negra sombra como la brillante luz.

Sé la noche que muestra los astros; y, de repente, sé el sol, testigo de bienes y de desastres, que todo lo aclara y lo eclipsa todo.

Pues te asemejas al profeta que disparaba el rayo y sonreía, y tu alma de olas está hecha como el inquieto océano.

Sé por el águila y el mochuelo contemplado en el horror de los bosques; sé la inmóvil silueta; sé el fulgor; sé la voz.

El formidable salterio vibre, ¡oh bardo rey! en tus
diestras manos. Espíritu, poeta, alma insondable, una
aurora está detrás de ti.

El ángel, al pasar, señas te hace; los leones te si-
guen con la vista; y semejantes á siete inmensas lí-
neas que se elevaran de la tierra al cielo,

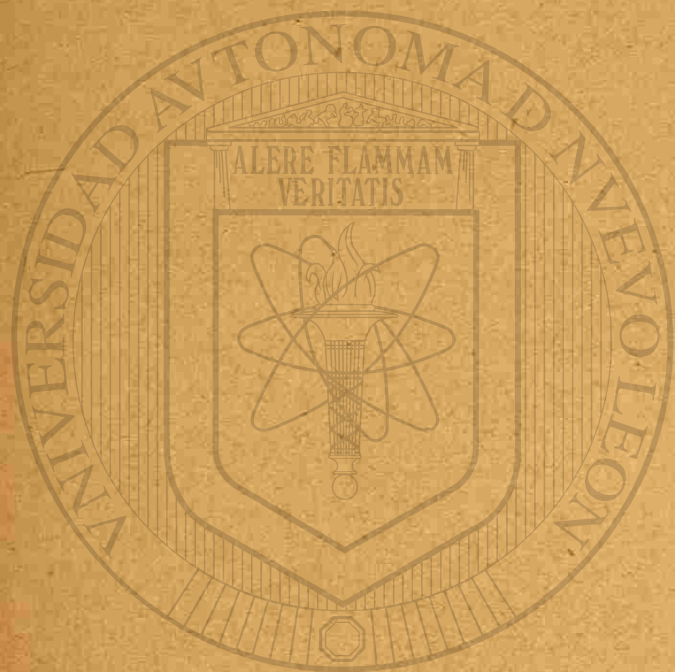
se ve, gracias á tí, que leer sabes en el corazón de
los hombres que se mueven, la sombra de las cuerdas
de la lira sobre cuanto hacen los seres vivos.

10 Abril, 1876.

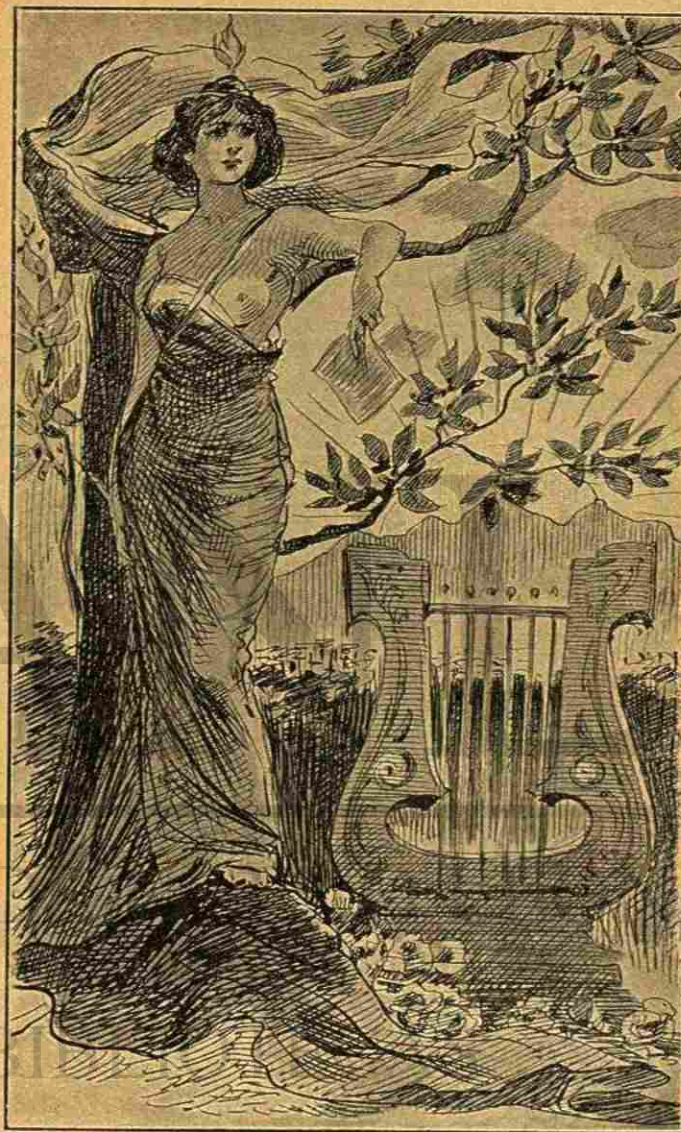
LAS SIETE CUERDAS

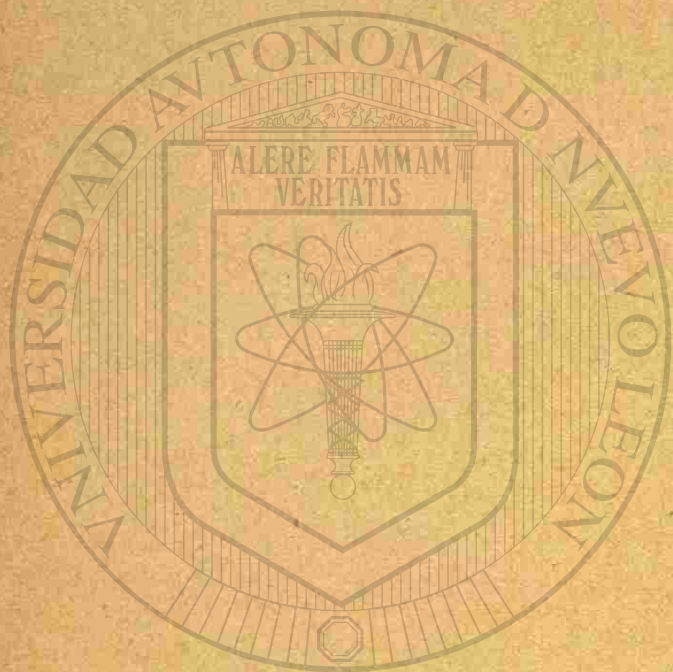
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE

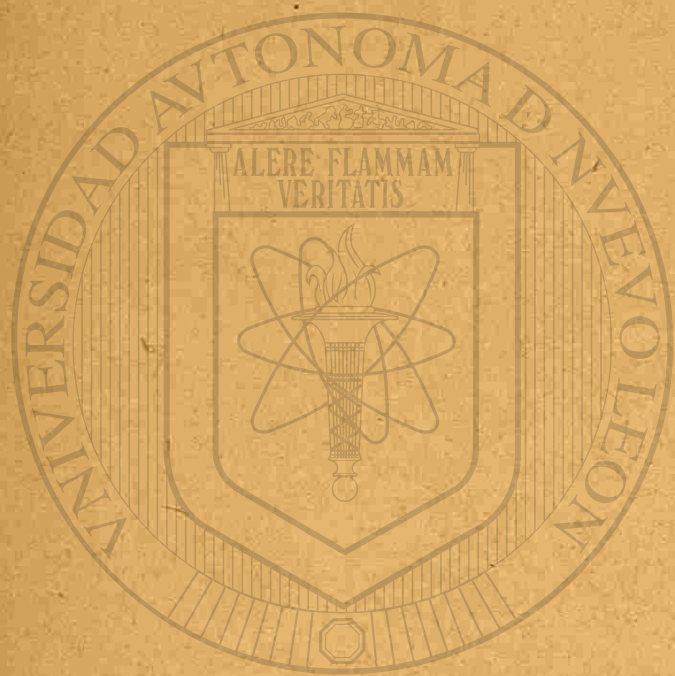




I
LA HUMANIDAD
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS®

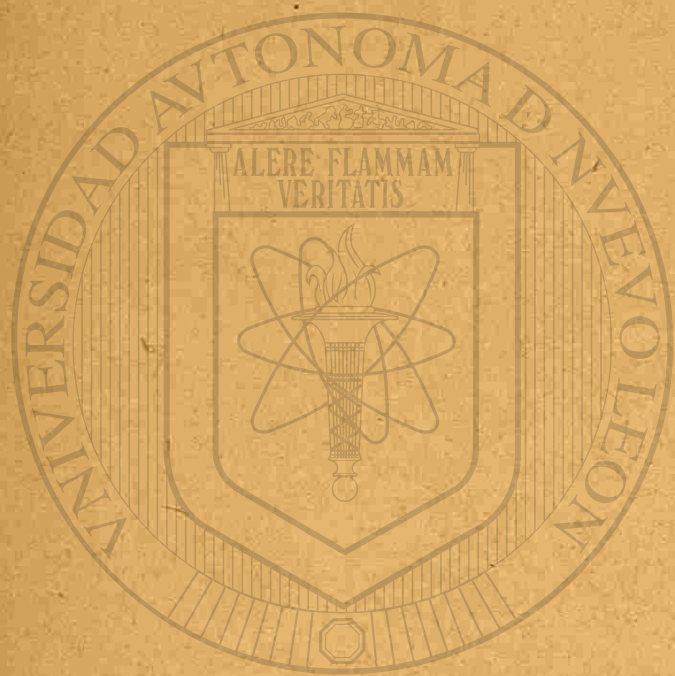


I

LA VISIÓN DE LAS MONTAÑAS

Las nubes, negro rebaño que custodia el viento lúgubre, rodaban en el espacio, envuelto en luz amarillenta; y, en la livida profundidad que yo á mis piés tenía, tan abajo que todo mi ser estremecíase de espanto, un desgarrón me mostró una cima.

La monstruosa cumbre salía de la sombra oscura; sus faldas se perdían en el abismo desconocido; en aquella meseta, fiero, terrible, desnudo, un gigante yacía, cuyos miembros se retorcían sobre la piedra; sangre y luz brotaba de su cuerpo; su faz miraba al sombrío firmamento, y una despiadada cadena de bronce tenía sujeto de piés y manos. Y yo veía hundirse y levantarse, horrible, su enorme vientre, que un buitre, animal ladrón, despedazaba. Colosal era el paciente; hubiérase dicho que allí había dos montañas, una de las cuales expiraba sobre la otra.—¿De quién es,—pregunté,—sangre que se derrama así?—¡Tuya!—dijome el buitre.—El monte cuyas cimas contemplas, es el Cáucaso.—¿Y cuándo te irás tú de él?—Jamás he de abandonarle. Y el torturado me gritó:—Soy el Hombre.



I

LA VISIÓN DE LAS MONTAÑAS

Las nubes, negro rebaño que custodia el viento lúgubre, rodaban en el espacio, envuelto en luz amarillenta; y, en la livida profundidad que yo á mis piés tenía, tan abajo que todo mi ser estremecíase de espanto, un desgarrón me mostró una cima.

La monstruosa cumbre salía de la sombra oscura; sus faldas se perdían en el abismo desconocido; en aquella meseta, fiero, terrible, desnudo, un gigante yacía, cuyos miembros se retorcíán sobre la piedra; sangre y luz brotaba de su cuerpo; su faz miraba al sombrío firmamento, y una despiadada cadena de bronce tenía sujeto de piés y manos. Y yo veía hundirse y levantarse, horrible, su enorme vientre, que un buitre, animal ladrón, despedazaba. Colosal era el paciente; hubiérase dicho que allí había dos montañas, una de las cuales expiraba sobre la otra.—¿De quién es,—pregunté,—sangre que se derrama así?—¡Tuya!—dijome el buitre.—El monte cuyas cimas contemplas, es el Cáucaso.—¿Y cuándo te irás tú de él?—Jamás he de abandonarle. Y el torturado me gritó:—Soy el Hombre.

Y todo confundíase como agua negra, ó como confundíanse la obscuridad y el relámpago, si una potente mano mezclara la sombría noche.

Algo así como un pozo formóse en lo insondable, y otra imponente cima surgió en él. La sombra tenía el horror que el invierno la procura. Y alguien dijo: —Ararat! Llovía. —¿Quién eres tú? —grité á la áspera cima que los vientos azotaban. —Espero el arca; y espero á la familia elegida. —¿Qué arca? —¡Llueve! ¡Llueve! —¿Y lo demás? —Tragado fué.

—¡Cómo! —dije yo entonces. —¿Se es creado para ser destruído? ¡Oh tierra! ¿Es tan grande tu falta? ¡Oh cielo! ¿Es tan inmenso tu crimen?

Pero todo se había ya borrado en el abismo. Una mancha azulada surgió de pronto en aquel montón de granizos, de nieblas, de vientos y de escarchas, y un dorado monte apareció en el terrible azul. Sin freno, despiadada, la horrible alegría reinaba en aquellos lugares; en la cumbre de la montaña, serenos, satisfechos, hermosos, resplandecían doce seres, cuyas aljabas encerraban toda clase de dardos. Las nubes se estremecían en torno de ellos; y, por las grietas que se formaban, blanco era de sus flechas el ser humano. El amor, la risa y los juegos veíanse á sus piés; y donde nada se percibía oíanse gritos. Una voz dijo: —¡Olimpo! Y todo empezó á crujir.

El espacio, donde lo informe flota, pasa y vuelve á pasar, tornóse de pronto negro; oí después un ruido, el cual hizo á la noche una brillante grieta, y otra cima mostráronme los truenos. Allí, los viejos pinos inclinaban sus copas seculares; el águila, en su huida, parecía temerosa de ser importuna; y ví que

alguien con alguien conversaba en aquellos lugares; como en sueños, ví un hombre á quien el Señor prestaba atención, un profeta imponente que recibía una espada y que, lleno de cólera celeste, descendía hacia la tierra, portador del agudo rayo... Y el infinito gritó entonces: —¡Sinaí!

Las tinieblas juntáronse de nuevo, semejantes á dos capas de espuma. Rugían los vientos; el abismo, bajo ellos, negro era en la inmensidad de un espantoso temblor. De repente, como herido por un huracán fiero, volvió á abrirse. Y percibí una pelada colina. Caía el feroz y horrible crepúsculo. Un hombre allí expiraba, clavado en un madero, entre dos vagas cruces, de las que pendían dos fantasmas; de una población lúgubre se distinguían los tejados; deslizábanse las nubes en un espacio color de fuego. Y el torturado me gritó: —¡Soy Dios! Y, en la severa é imponente noche, llegó á mi oído un como hálito de horror que murmuró: —¡Calvario!

La obscuridad pliegues tenía como un lienzo. Pálido, yo miraba, en la sombra en que estaba solo, pasar, como las hojas se ven pasar de un libro, aquellas apariciones de montañas siniestras.

2 de Julio, 1856.

II

LOS EVANGELISTAS

Fija la mano en páginas en las que aún nadie había escrito, cuatro hombres meditaban cuando

expirara el Hombre-Dios; Lucas, Juan, Marcos y Mateo llamábanse aquellos cuatro seres, cuyas miradas se perdían en otras tantas direcciones.

Mientras que sobre el blanco libro caía la sombra del siniestro monte, y ellos pensaban, azotados por los vientos, vióse cómo, en la cruz que á todos nos pesa, los clavos que sostenían el inmenso cadáver, crecían y se tornaban seres vivos.

El primer clavo convirtiéndose en águila de extraña forma; el segundo en un buey; el tercero se hizo un león; el cuarto se transformó en un ángel, cuya ala era el relámpago y que por ojo tuvo el rayo.

Luego, huyendo de lo alto del Calvario, dejando el árbol severo, abandonaron el cadalso horrible, y cada cual, en la sombra en que vivimos, al oído de aquellos cuatro hombres contó lo que sabía.

4 de Agosto, 1854.

III

LOS BURGUESES HABLAN DE CRISTO

—Su moral tenía algo de bueno.—Murió cuando apenas pasaba de los treinta años.—Convertía el agua en vino.—Dijose eso en su tiempo.—Era de Judea. Tuvo doce apóstoles.—Hombres groseros.—Vulgares.—Envidiosos unos de otros.—Les lavaba los pies.—¡Qué curioso es el pozo de la Samaritana, y el diablo, y la extraña historia del ciego y el paralítico!—Sí que lo es.—No era amigo de los mercade-

res.—¿Arrancó realmente á Lázaro de su tumba?—Fué un sabio.—Un loco.—Muy bello es su sistema.—Verdadero en teoría, falso en la práctica.—Su proceso es real.—Judas es auténtico.—¡El hombre honrado al palo y el ladrón absuelto!—Claro se ve que el cura tomó cartas en el asunto.—Todo cambia; en la actualidad tiene de parte suya al clero.—¡Un carpintero por padre y reyes por antecesores! ¡Qué singular es esto!—No tanto. Una rama desciende, luego sube, y la sangre no cambia cuando se eleva. Eso no es cosa rara en genealogía.—Sabía que era acusado de mágico y que se preparaba su suplicio.—Su Magdalena era una prostituta.—Casi, casi.—Lo que no le impide ser santa.—Por el contrario.—¿Era Dios?—No.—Sí.—Quizás.—No hay muchos que lo crean.—Todo lo que de él cuentan prueba que era un buen hombre.—Y era hermoso.—Muy bello; en su rostro, bastante pálido, veíase al judío.—Su pelo era castaño.—Lo cierto es que en la tierra hizo algún bien.—Mucho bien.—Era bueno, fraternal, austero, y demostró que todo, menos el alma, es vano; sin duda que no es Dios, pero es divino. Hizo al hombre moderno mejor que al hombre de ayer.—¡Desgracia fué que se inmiscuyera en la política!

IV

Indudable es que el pensamiento desciende en línea recta del sueño universal, y que el poeta consultó alguna vez al dragón; y antiguamente, en el horror de los antros luminosos, entreabriendo sus garras y retorciendo entre ellas espantosos libros llenos de presagios siniestros, los monstruos cuchicheaban al oído de los sabios.

V

INSCRIPCIÓN

Un escultor que viviera ha tres mil años, para el negro Plutón, aquel que en sus ardientes calabozos miedo infunde á las sombras que le rodean, construyó este palacio, que Dios da hoy á las golondrinas.

17 de Julio, 1846.

VI

Cuando muriera Augusto, Roma, de dar ejemplo deseosa, en la cima del monte Palatino mandó construir un templo á él dedicado; y Livia, secundando á la gran ciudad, adornó el edificio con estatuas de bronce; y puso sobre el frontis principal á Neptuno y á Júpiter, y, bajo el peristilo, el bailarín Bathilio y el mimo Claudio.

VII

Cuando el antiguo mundo, sombra condenada, fué sentenciado á muerte; cuando el imperio romano vióse coronado por el horror, cada vicio fué á hacer al monstruo una caricia; todos se presentaron: la

Lujuria, la Gula, la Avaricia, la Pereza, la Cólera, la Envidia y el Orgullo; sobre las cimas de los siete montes, Roma vió aparecer otros tantos demonios. Todo fué dicho; y para llevar á cabo la obra insondable, el destino pasó de una mano á otra el enorme pico; mientras el Cristo se pudría en el cadalso, viéronse suceder, para cavar la fosa que había de tragarse al universo, la demencia que canta al mal que delibera, el sepulturero Nerón al sepulturero Tiberio.

VIII

ORGULLO DEL POLVO DE UN REY

El mausoleo es hermoso, vasto, admirable. Su primera pared es toda de granito negro, de alabastro la segunda, y la tercera de espejuelo incrustado de ónix y de jacinto. Franqueadlas; tras de ellas encontraréis la pared de jaspe verde que Ericleto, obrero de Corinto, ornamentara con bajorrelieves en los que ama Flora y Zéfiro se lamenta. Avanzad; encontraréis la muralla de pórfido, luego el salón de plata, al que conduce un corredor. Entrad en él. En mitad de la estancia resplandece un inmenso trono de oro, sobre el cual... acercaos... bajo magnífico dosel adornado de inscripciones en caracteres cúficos, brilla un ataúd construido de un solo pedazo de cristal; y desde lejos, sobre un pedestal enorme, resplandece, como un alba en el fondo de una galería, la tapa de aquel fèretro, toda ella cubierta de piedras preciosas. Mirad atentamente á través del

cristal sagrado, incorruptible, puro, venerable, rodeado de las lágrimas de las naciones en cuatro vasos encerradas. Bajo tantos diamantes, bajo tantos topacios, en el centro, cerca del rey... apartad los rubies... ¿qué veis? Me veis á Mí.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

IX

INVOCACIÓN DEL MAGO CONTRA LOS DOS REYES

¡Vientos! ¡soplos del cénit tutelar y obscuro! ¿no despertaréis una inmensa cólera allí arriba, en el sombrío cielo, en favor de los hombres?

Puesto que dos naciones van á venir á las manos porque sus reyes disputaran en cierta ocasión; puesto que la verde llanura que recorren los saltamontes, en la que ríe el alba, donde toma el sol el lagarto, va á ver pasar de pronto al horrible hado que sacude en la noche sus manos llenas de dardos; puesto que á los torrentes que se secan entre las enjutas piedras sucederán mañana grandes arroyos de sangre; puesto que el león se detendrá, pensativo, cuando á beber se acerque, ante el rojo líquido; puesto que el aldeano va á temblar en su choza; puesto que, si aquellos dos soberanos, el nómada y el huno, no son de pronto cogidos por los cabellos, va á verse cómo estalla, por sus locas quimeras, la desolación lamentable de las madres, y cómo los dos bandos se destrozarán el uno al otro, y cómo, cuando se hayan despedazado, los duros vencedores, superando á las fieras, matarán á los hombres, hijos, hermanos, maridos y padres, y





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cómo las mujeres, retorciendo sus brazos, ocultando sus senos, huirán ante los besos de aquellos inmundos asesinos; puesto que dos pueblos van á caer en el abismo, ¡oh vientos! ¿no haréis nada para impedir que tal crimen se cometa?

Vosotros, que penetráis en las profundidades, que os reunís ú os dispersáis cuando os parece, superando en rapidez al relámpago, ¡vientos, negros ujieres, sobre la tierra que tiembla!, en tan funesto instante, ¿no haréis que los dioses formidables caigan de pronto en ese odioso campo?

28 de Julio, 1870

X

LA PROFECÍA DEL MORABITO

¡Huid al monte inaccesible! ¡Huid al centro del valle! Una nación tremenda viene de donde sopla el aquilón.

Tendrán incomparables capitanes, tendrán excelentes marineros; vendrán atravesando montes y llanuras, las olas les traerán á nuestros dominios. ®

Tendrán artillería numerosísima, tendrán carros y pabellones; sus numerosos jinetes harán el efecto de torbellinos.

Cual grita el águila que huye, gritarán:—¡Por fin llegamos donde queríamos! ¡Mueran los hombres bajo los golpes de nuestros aceros! ¡Acabe el hambre con las mujeres!

En la sombra, la llama y el relámpago, que de ellos se desprenderán, les hará visibles. Al caminar producirán un ruido sombrío, semejante al de las olas del océano.

Parecerán tener grandes alas, volarán hacia el negro cielo, más numerosos que las chispas de una cabaña quemada en mitad de la noche.

Vendrán, el corazón lleno de odio, con las espadas en las manos... ¡Oh, no salgáis á las llanuras! ¡Oh, no os aventuréis por los caminos!

Porque en nuestras antiguas feraces campiñas no se oye sino el sonido de los clarines, y sólo se ven las lanzas de los escuadrones.

¡Oh, cuántos carros! ¡cuánto humo! Entrarán aullando y riendo, y serán un ejército numeroso, un pueblo terrible.

Pero que Dios, bajo el cual el cielo tiembla, muestre su faz en mitad del ruido, y se verá cómo todo desaparece, semejante á una visión nocturna.

5 de Agosto, 1846

XI

El califa ha castigado á los montañeses.

Regresan ya sus soldados. Alah viene con ellos, porque nada vivo dejaron en el territorio que atravesaran. Actualmente, ¡oh qué duelo en aquellos lugares desastrosos! Los huesos de todo un pueblo se hallan diseminados sobre las piedras. El descarnado buitre y la de los párpados rojizos, el águila, son allí los únicos seres victoriosos; y están alegres, con el pico abierto... Murió todo. Desde Agra hasta Nicea, el camino que comunica con el desierto parece embaldosado por los cráneos blancos que le cubren. Y cuando una caravana pasa por aquellos lugares, el más viejo del grupo lee, fija la vista en un alto madero que allí se alza, la siguiente inscripción, que ostenta una tabla clavada contra el poste: «Los empedradores del califa empedraron esta senda.»

XII

EL CHAIQUE Y EL LADRÓN

—¡Conque me robabas los bueyes!
—¡Señor, no me quites la vida!

—¿No tienes turbante?
 —No tengo ni sombrero.
 —Toma este.
 —¿Es costumbre en esta ciudad cubrir al reo antes de empalarle?
 —Tu ropa está destrozada.
 —Razón tenéis, señor.
 —Toma este caftán.
 —¿Cómo?
 —Póntele. Acercaos, esclavas. Escoge las tres más hermosas.
 —¡Yo!
 —Escogeré por tí. Tuyas son esas tres.
 —¿Cuáles? ¡Esos astros! El miedo me consume.
 —Los bueyes son tuyos.
 —¡Míos.
 —Toma ese collar, obsequio de un antiguo rey.
 —¿Qué pesado! ¡Y de oro! Esto me confunde. Y no me explico lo que me pasa. ¿Sueño? ¡Mío tu negro turbante, mío tu caftán azul! ¡Y me pones al cuello este collar de oro! ¡Y, en lugar de cortarme la cabeza ó de ahorcarme, declaras que me pertenece lo que yo intentara robarte, y me entregas, además, tres mujeres para mí solo!

—¿No albergaste un día á mi abuelo en tu ca-
 baña?

XIII

LOS SERES SOMBRÍOS PASAN

Los demonios, cuyo canto es una confusa algara-
 bía, vuelan en el horrible tumulto de las nubes; y
 conforme huyen á través del infinito, sorpresa cau-
 san al mal con los ardientes gritos de amor que le
 dedican.

¡Calor, fuego, claridad, vida, engendrad el de-
 sastre! Naturaleza del triple seno, bajo tu sudario
 de astros, sé buena madre, haz dos pliegues á tu
 manto, y cobija en uno á un cordero y en el otro á
 un lobo. Javalí, tórnate puerco sobre la hierba en
 que te revuelcas. Desgracias, engendraos constante-
 mente unas tras otras. ¡Oh bocas de los furiosos y de
 los rugidos! ¡Oh leona, oh pantera, llamad á vues-
 tros amantes! Boas, buitres, tiburones, cocodrilos,
 víboras, monstruos, en lo profundo de vuestras ca-
 vernas cumplid la ley que os manda crecer y mul-
 tiplicaros. Echa nuevas hojas, cúbrete de sombra,
 ¡oh manzanillo! Llegó ya el mes de Mayo; pajarillos
 de todas clases, emparejaos en los nidos frágiles y
 calientes, y en el movimiento murmurador de árbo-
 les y arbustos, haced con amor pequeños para los
 grandes. Ocultad á Dios, sacerdotes; biblias, no per-
 mitáis que luzca el sol. Máscaras, sed encantadoras
 con vuestras horribles caretas. Asilo en el que el
 lince está en acecho, en el que el jaguar se oculta con

—¿No tienes turbante?
 —No tengo ni sombrero.
 —Toma este.
 —¿Es costumbre en esta ciudad cubrir al reo antes de empalarle?
 —Tu ropa está destrozada.
 —Razón tenéis, señor.
 —Toma este caftán.
 —¿Cómo?
 —Póntele. Acercaos, esclavas. Escoge las tres más hermosas.
 —¡Yo!
 —Escogeré por tí. Tuyas son esas tres.
 —¿Cuáles? ¡Esos astros! El miedo me consume.
 —Los bueyes son tuyos.
 —¡Míos.
 —Toma ese collar, obsequio de un antiguo rey.
 —¿Qué pesado! ¡Y de oro! Esto me confunde. Y no me explico lo que me pasa. ¿Sueño? ¡Mío tu negro turbante, mío tu caftán azul! ¡Y me pones al cuello este collar de oro! ¡Y, en lugar de cortarme la cabeza ó de ahorcarme, declaras que me pertenece lo que yo intentara robarte, y me entregas, además, tres mujeres para mí solo!

—¿No albergaste un día á mi abuelo en tu cabaña?

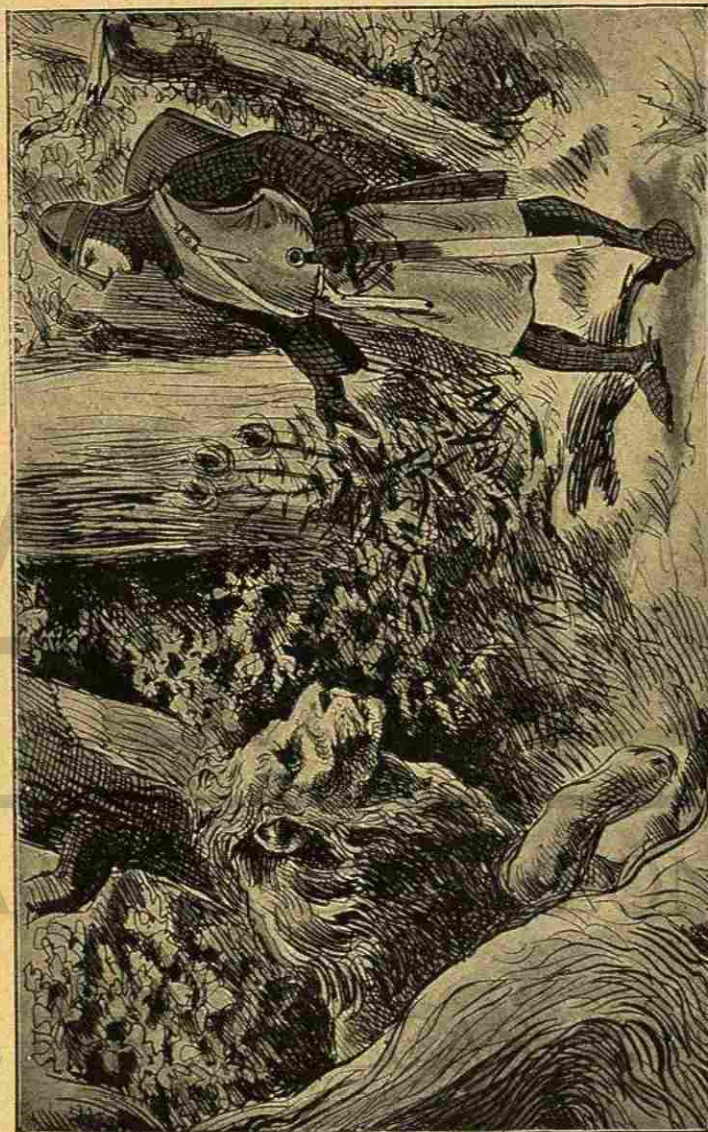
XIII

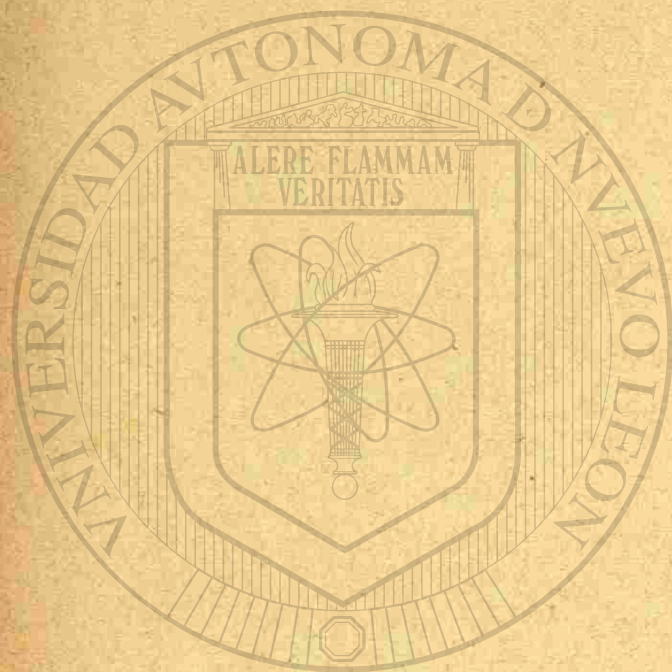
LOS SERES SOMBRÍOS PASAN

Los demonios, cuyo canto es una confusa algarrabía, vuelan en el horrible tumulto de las nubes; y conforme huyen á través del infinito, sorpresa causan al mal con los ardientes gritos de amor que le dedican.

¡Calor, fuego, claridad, vida, engendrad el desastre! Naturaleza del triple seno, bajo tu sudario de astros, sé buena madre, haz dos pliegues á tu manto, y cobija en uno á un cordero y en el otro á un lobo. Javalí, tórnate puerco sobre la hierba en que te revuelcas. Desgracias, engendraos constantemente unas tras otras. ¡Oh bocas de los furiosos y de los rugidos! ¡Oh leona, oh pantera, llamad á vuestros amantes! Boas, buitres, tiburones, cocodrilos, víboras, monstruos, en lo profundo de vuestras cavernas cumplid la ley que os manda crecer y multiplicaros. Echa nuevas hojas, cúbrete de sombra, ¡oh manzanillo! Llegó ya el mes de Mayo; pajarillos de todas clases, emparejaos en los nidos frágiles y calientes, y en el movimiento murmurador de árboles y arbustos, haced con amor pequeños para los grandes. Ocultad á Dios, sacerdotes; biblias, no permitáis que luzca el sol. Máscaras, sed encantadoras con vuestras horribles caretas. Asilo en el que el lince está en acecho, en el que el jaguar se oculta con

la zarpa preparada; soledad, ábrete ante el errante Agar. La mosca tiene sus alas, mas contra ellas la araña sus telas teje. Eleva, eleva constantemente, hacia el cielo cubierto de estrellas, hacia el azul, hacia el soplo tempestuoso de los torbellinos, por encima de los estanques y de los pantanos, tus numerosas ramas, de las que se desprende el insalubre miasma, ¡sombrio mundo ignorado, lúgubre bosque virgen! ¡Creced, gorriones, que el gavilán crece también! ¡Alegria! ¡Oh bandido, sé príncipe! ¡Príncipe, tórnate bandido! ¡Reina, impostura, apodérate del padre y luego del hijo! ¡Dioses, reyes, pestes, reuníos! ¡Prospera, cadalso! ¡Oh guerra, oh fratricidio, tened todas las felicidades que puedan daros los asesinos, los señores, los verdugos, los comedores de niños, los cazadores de hombres! ¡Crece, Babel! ¡Sibaris, canta! ¡Ama tú, Sodoma! ¡Sé feliz, podredumbre! ¡Trabaja, desquiciamiento! ¡Pululad, cuervos! ¡Y tú, piedra de ese molino, da vueltas y más vueltas y aguza el filo de esa espada! ¡Crece, beleño; prospera, acónito; cicuta, florece! Canta bajo el cadalso, mandrágora; formaos, repugnantes venenos de los viles juncos, de los arbustos trepadores, de los árboles enanos. Formaos, porque nosotros, los desconocidos terribles, somos quienes, filtrando la áspera savia á través de horribles cribas, confiando á la primavera el asesinato, hacemos formidable vuestra consistencia. Somos el negro enjambre que, conforme pasa, desea el cadáver al chacal, la noche al mochuelo, una talega de oro á Judas, un beso á Jesús. Queremos ver cómo el agua viva se espesa en el pantano; amamos á lo que odia; nuestra bondad procura un hacha á Caín. ¡Infierno, sé real; César, sé fuerte; tigre, sé hermoso! ¡Sáciese siempre tu hambre, negro sepulcro! Rocío, acepta la repugnante plata de la limaza. ¡Tiemble la vil osamenta, siempre que soporte alguna belleza!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo es falso. Virtud, ¿qué crimen te engendró? Y tú, ceniza, ¿de qué oro procedes? Porque la superficie, carne pura ó claridad santa, puede ser adorable, exquisita, fresca y de tan bello aspecto que los hombres se enamoren al verla. A nosotros nos toca el horrible interior. ¡Abismos, es menester que todo lo que vive, ama, se mueve, va, viene, ríe ó llora, deje de existir! Porque todo ello es el sepulcro; y el invisible escollo hacia el cual flota la cuna, es el ataúd, y el recién nacido, blanco y sônrosado, es un esqueleto al que la muerte ofrece su pecho repugnante.

De esta manera exprésase el enjambre de los demonios sediciosos; y todo lo que en el mundo comete crímenes, los falsos sacerdotes, los reyes sangrientos, la tempestad, la peste, el cadalso, la muerte, reanímase al oírles.

XIV

El Campeador, el hombre honrado y sin tacha, gritó un día que se hallaba en mitad del bosque: —¡Aquí, león! Tengo que hablarte. Acércate. Y casi en el mismo instante se oyó exclamar á la fiera, que salió de detrás de una roca: —Aquí estoy; mas ¿por qué me tuteáis?—Porque soy tu hermano,—replicó secamente el Cid, el terrible y dulce hijo de España. Y el monte, el bosque espeso, el rocío, la hierba y el arbusto, reconocieron que el soberbio guerrero tenía razón.

EL ANCIANO DE BRISACH

Castigué á los barones ladrones, á los negros burgraves, de intrepidez muy distinta de la de los verdaderos valientes, que en ambas orillas del Rhin llevaban á cabo sus atrevidas hazañas. Yo fui el verdugo, reyes; yo hice relucir sobre aquellos bandidos la hoja de este viejo estoque que ahora se enmohece; y vosotros caísteis sobre el botín, que os repartísteis como asociados; lo que restara de aquellos ajusticiados fué, príncipes, vuestra herencia. No siendo mi oficio despojar á las cruces de sus clavos, me abstuve de tomar parte en la distribución, y de ir de noche á lo más recóndito de los bosques á arrebatrar, para vendérselas á los judíos, las cadenas de las horcas. Si yo hubiera aprovechado tales ocasiones; si, como vosotros, hubiera metido la mano en el saco, yo, el anciano de Brisach, en la actualidad sería tan rico que los abades se inclinarían al encontrarme, y si de ello hubiese tenido deseos, hubiera llegado á rey, como vuestras altezas. Para conseguirlo, ya lo sabéis todos, hubiérame bastado comprar su pueblo á cualquiera de vosotros; porque todos, pequeños y grandes, estáis siempre prontos á tratar con el mejor postor, y por abandonar estos montes, por comer opíparamente, por huir de vuestros castillos de rústicas almenas, para ir á vivir á Roma junto á los cardenales y el Padre Santo, en compañía de la primera

mujerzuela, ¡ni uno de vosotros hubiera retrocedido ante la venta de su villa!

¿A qué, pues, venís ahora á aullar en mi presencia? ¿Por qué armáis tal confusión? ¿Por qué ladráis de tal modo?

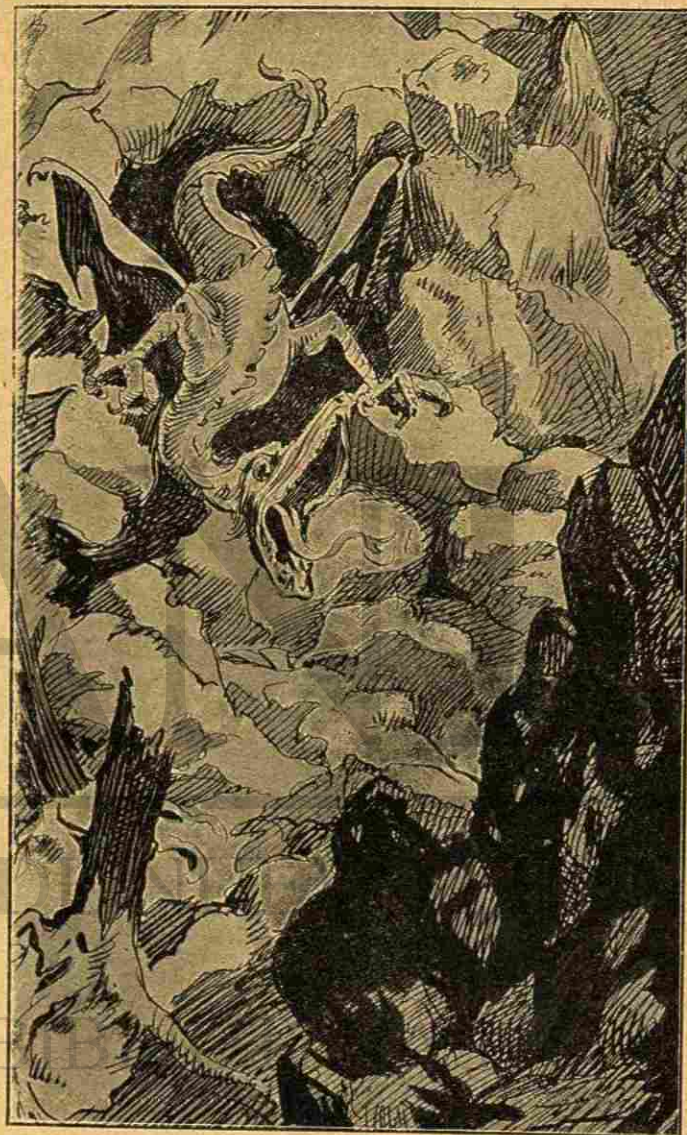
Príncipes, cuando hasta mis piés os arrastrabais en otros tiempos, ¿lo hacíais restregando vuestro cuerpo contra el suelo? ¿Caminabais á cuatro patas? No me acuerdo de eso. Y en la actualidad, en que sólo soy un buen hombre que sueña, cuando mi negra barba se tornó cana, reaparecéis ante mí enseñándome los dientes, os arrojáis sobre mí y desgarráis mis carnes. Mas no me sorprende que os hayáis vuelto zorros y lobos, porque sé de lo que sois capaces, reyes. Vuestro valor es hijo de vuestras antiguas hazañas. De manera que no diré más sino que os reto, tanto á tí, rey, como á tí, marqués, como á tí, landgrave, como á tí, duque, como á todos los que formáis ese rebaño de animales hambrientos que me persigue, á que me mordáis en alguna parte de mi cuerpo que no hayáis lamido.

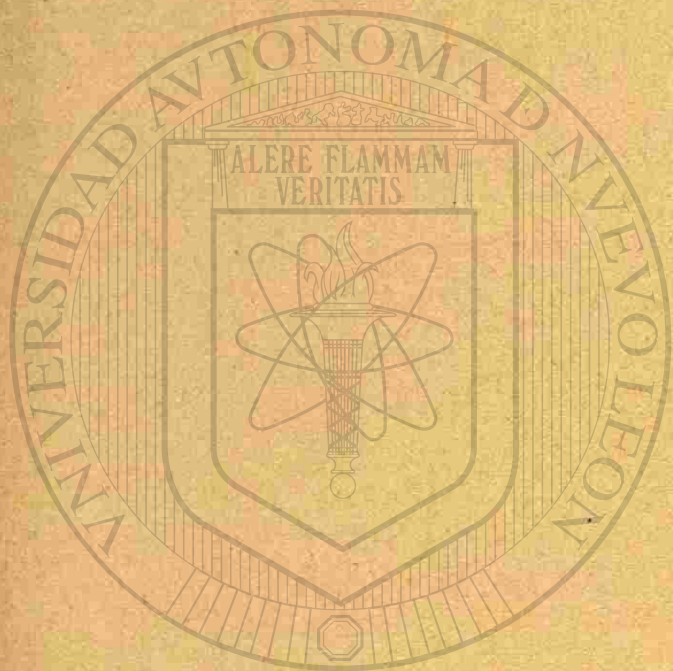
El animal miró al hombre que á él se aproximaba. Sus cuatro patas, su lomo áspero y sobrenatural y su repulsivo vientre cubrían más de media fanega de terreno. Tenía las contorsiones súbitas de la serpiente, ojos de tigre, y los buitres se cernían sobre él como las moscas se ciernen sobre un

gusano. Hubiérase dicho que el monte se asfixiaba bajo su peso; si un león hubiera rugido junto á él, no le hubiese producido más impresión que Mosco suspirando un idilio á su lado; la sombra parecía tener miedo á aquel cocodrilo, cuya boca era el abismo en que la lava aparece; sus resbalones desmenuzaban las duras rocas, arrancaban de raíz las encinas; en sus pupilas se veían todos los odios que el infierno hace reflejar á sus negras linternas. Se enrojeció... —Buenos días, lagarto,—dijo el héroe.

XVII

¡Batallas! ¡Negros duelos entre la fuerza y el derecho, choques en que el que miente despedaza al que cree! Guerras, ¿no sois funestas á las ideas cuando al azar corréis decididas? ¡Cuántas veces manchasteis con vuestras infamias la Paz y la Justicia, castas deidades! No se limita todo al ruido que producís, ¡oh victorias, estrépitos, fiestas resplandecientes! ¡Iluminaciones bajo los grandes árboles negros! ¡Rojos fulgores diseminados en el claro cielo de las tardes! ¡Prolongada aclamación de la multitud á los ejércitos! ¡Conciertos! ¡Cánticos bélicos! ¡Gritos ardientes! ¡Humos!, que conmovéis el corazón de los ciudadanos, y de los que al siguiente día sólo restan viles harapos enredados en las ramas de los árboles y manchas sebosas en las Venus de mármol!





XVIII

HUGO DUNDAS

Grande fué Hugo Dundas ante los doce pares de la cámara estrellada. Entre los espectadores una mujer que tenía el rostro cubierto con un velo, le admiraba y lloraba sollozando.

Noche, antorchas, paredes engalanadas, blasones de los dos reinos, todo era bello y siniestro á la vez. Los doce pares, que no despegaban los labios, parecían fantasmas sentados sobre una tumba.

Brillaba un hacha. — ¡Vergüenza! — gritó el pueblo. Y éste y los soldados comenzaron á amenazar; mas nada conmovió al conde Hugo Dundas.

— La rebelión ha entrado en aquellos montes sobre los cuales se cierne el águila; y esto mientras estabais allí todos. ¿Qué hacíais, milord, en Cartlane y en Dumbar? ¿Qué hacíais, milord?

— Defendí al rey, mis pares, al rey que mi corazón, mi grupo y mi estandarte me enseñaron á venerar; amo al águila y al soberano, porque soy hidalgo y montañés. ®

De esta manera hablaban el juez austero y el so-

berbio conde. ¡Feliz el buen soldado que agoniza sobre la hierba, al aire libre, á la luz del día!

Se retiró la corte. En el salón se agolpaba el pueblo. Por fin reapareció el alba, semejante á una virgen pálida que el hombre va á manchar.

Las puertas guarnecidas de bronce, que comunicaban con la habitación en que el consejo se celebraba, abriéronse de pronto. Y lentamente, como estatuas movidas por un resorte, reaparecieron los doce lores.

El juez, de blancos cabellos, dijo, sin sentarse y hablando al conde:—Nuestros días son breves. Puesto que Hugo Dundas no quiere dar cuenta á los hombres de su conducta, tendrá por juez de ella á Dios.

Sabed que ante la Torre de Londres va á levantarse un negro cadalso. Lord conde Hugo Dundas, ¿qué respondéis á esto? Mañana por la noche moriréis.

Entonces, uno de aquellos gritos que hacen que el espanto se apodere aun de la inquieta alma del juez, repercutió súbitamente bajo la bóveda. Todo el mundo miró al conde; éste sonreía.

Y dijo:—¡Adiós, oh vida! Y sin turbación en el alma saludó al tribunal. Luego, volviéndose hacia la sombra, en la que lloraba una mujer:—¡Adiós,—agregó,—amor!

14 de Enero, 1844.

XIX

ESCRITO EN UNA PARED DE VERSALLES
JUNTO AL CORDÓN DE CAMPANILLA DE LUIS XIV

Lo abyecto es ilustre en este caduco tiempo; el duque llama al gañán, el rey llama al duque.

¡Extraño siglo! Sin mezclar ambas filas, al propio tiempo que un grande lanza al mundo un mísero lacayo.

Locos y sabios le representan; tiene dos rostros, pero un solo perfil.

Al hombro, en la misma talega, tiene el duque y el bufón, Frontin y Fronsac.

Versalles, 10 de Agosto de 1830.

XX

LA MELANCOLÍA DEL VIDAMO

—Sí, duque, somos bellos, y tenemos el amor en los ojos y el talento en el cerebro. Un hermoso día,

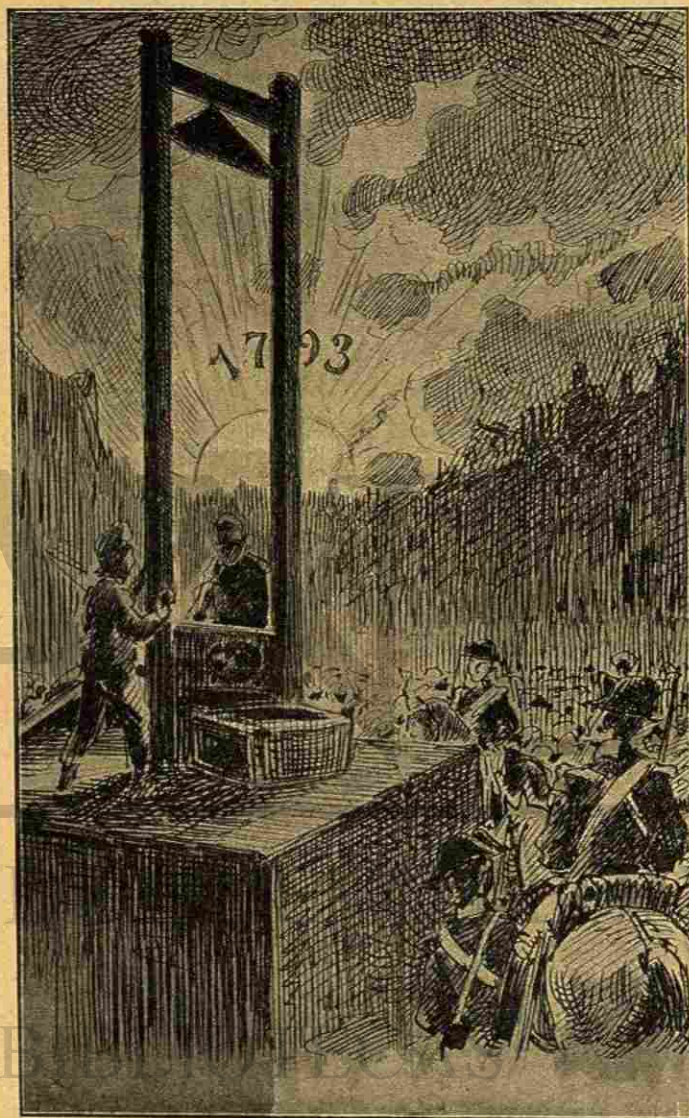
porque es necesario que todo, aun el mismo mal, concluya, después de pasar la fiebre y la ictericia, después de haber amado y odiado mucho, de haber mentido, engañado, trampeado, vendido y excitado; después de un montón de malas acciones, noches en el garito, berlangas, sacanetes, fumaderos, caemos, semejantes á viles gañanes ahogados por el orgullo. Y no sabemos qué hicimos de nuestra alma, que fuéramos sembrando tras de nosotros y al azar, en aquella sombra y entre aquel humo. El hombre, moneda falsa, escudo siniestro y negro, que el cambista Satán clava con frecuencia en su mostrador, pieza que guarda la muerte en pago de la orgía, pertenece al caos, que Dios marca con su efigie.

XXI

LA GUILLOTINA

Las revoluciones, esas grandes libertadoras, son feroces, como hijas de las monarquías. Cuando, por fin cansado, el género humano trató de salir del pasado para entrar en el porvenir, no percibió otra puerta que la que le ofrecía, bajo el hierro en que el relámpago resplandece, el espacio comprendido entre aquellos dos postes, entre aquel marco horrible.

Sí, hombres, fugitivos rebaños, esa es la única entrada, y ¡misterio sombrío! por ahí se ha de salir,



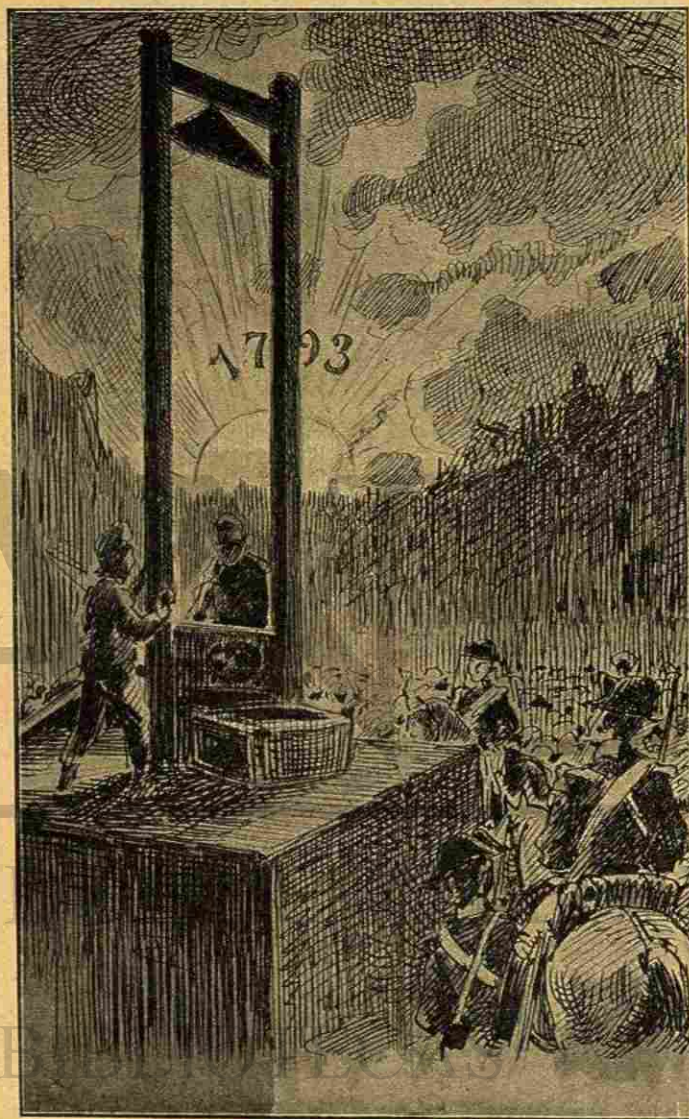
porque es necesario que todo, aun el mismo mal, concluya, después de pasar la fiebre y la ictericia, después de haber amado y odiado mucho, de haber mentido, engañado, trampeado, vendido y excitado; después de un montón de malas acciones, noches en el garito, berlangas, sacanetes, fumaderos, caemos, semejantes á viles gañanes ahogados por el orgullo. Y no sabemos qué hicimos de nuestra alma, que fuéramos sembrando tras de nosotros y al azar, en aquella sombra y entre aquel humo. El hombre, moneda falsa, escudo siniestro y negro, que el cambista Satán clava con frecuencia en su mostrador, pieza que guarda la muerte en pago de la orgía, pertenece al caos, que Dios marca con su efigie.

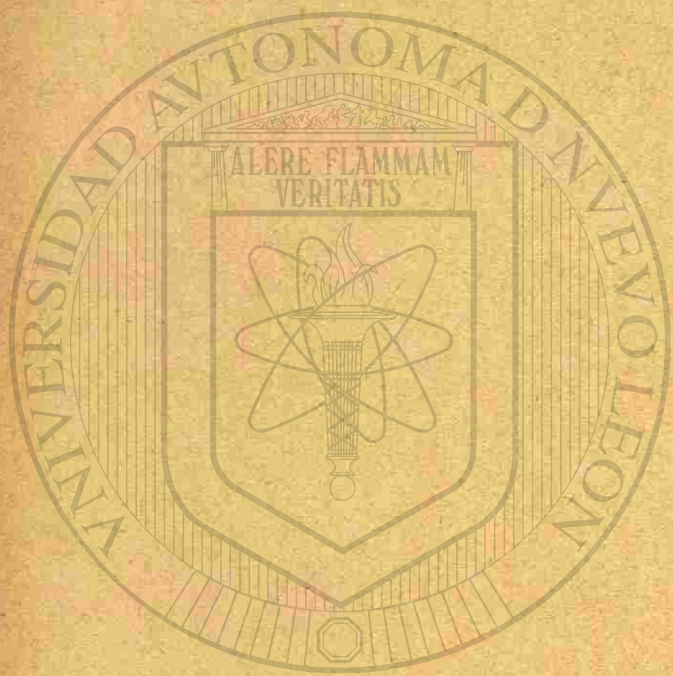
XXI

LA GUILLOTINA

Las revoluciones, esas grandes libertadoras, son feroces, como hijas de las monarquías. Cuando, por fin cansado, el género humano trató de salir del pasado para entrar en el porvenir, no percibió otra puerta que la que le ofrecía, bajo el hierro en que el relámpago resplandece, el espacio comprendido entre aquellos dos postes, entre aquel marco horrible.

Sí, hombres, fugitivos rebaños, esa es la única entrada, y ¡misterio sombrío! por ahí se ha de salir,





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque esa es la formidable puerta del pasado. Entrad en el porvenir por ese hueco sepulcral. Por lo malo se ha de pasar para salir de lo malo. A fin de escapar de la sangrienta rutina, el género humano pasa por encima de una cabeza, de la última cabeza; atravesando el interno entra en el cielo; porque, al aplastar al monstruo, el hombre es monstruoso.

¡Erupción de los derechos del hombre! ¡Sombrias lavas! ¡Fuga exasperada y fiera de los esclavos! ¡Triste y firme ley del reflujo! ¡Lúgubre parto del 21 de Enero! ¡Todo un mundo surgió, todo un mundo se desmorona!

¡Coche horrible que atraviesa por entre la multitud! El sacerdocio y el poder hablan. ¿Qué dicen? ¡Sombrio es el cuchicheo de aquellos dos negros perfiles! Mientras que en torno de ellos ruge, se proclama y estalla la rebelión del pueblo y la sedición del alma; mientras que, sobre la tierra y en el firmamento, se oye el tenebroso y dulce crugido del antiguo paraíso y del antiguo reino, el rey espectro habla bajo al sacerdote fantasma.

¿Qué había hecho aquel rey, aquel condenado, aquel paciente pálido y pensativo? Había nacido. ¿Fue aquella injusta muerte? ¿Quién se atrevería a decirlo? Fue el castigo, fue el martirio a la vez. ¡Responsabilidad sombría del inocente! ¡Oh revoluciones! El ideal está ensangrentado; lo sublime es horrible, lo horroroso es sublime. ¿Cómo explicar ese doble aspecto del abismo?

¡Oh qué choques de segures, de tribunos y de escudos! Veo relucir las frentes; oigo cómo hablan las voces; la luz crece y la sombra es cada vez mayor;

toda la heroica y vasta tragedia pasa ante mis ojos como desencadenado torbellino.

—¡Formad batallones!—dice la Marsellesa. Allá abajo, en un acceso de ansia de algo y de cólera, el viejo gorro del presidiario secular fué atado á una lanza, formando extraño estandarte.

No es aquello un senado, no es un foro; es un ejército de titanes que todo lo quieren reconstruir; son lúgubres colosos que ya comienzan á bramar. ¡Noche, tormenta, océano espantoso y bello! Cada ola que huye se llama Mirabeau, Robespierre, Brissot, Gaudet, Buzot, Barnave, Petion. Hebert manchó la espuma con su baba, y sumergido, sangriento, hecho pedazos, muerto, diseminado, el antiguo dogma cae aquí y acullá, se hunde, y todo el pasado desaparece con la misma ola.

Habla Dantón, que representa el rumor de un mundo, que es una idea y es un hombre; resplandece, conmueve corazones y paredes; lo que dice aseméjase al paso estrepitoso de una enorme cuadriga; una torrente de palabras, una verbosidad sobrehumana, soberbia, avasalladora, despréndese de su boca, semejante á una tempestad, y baja, y corre y se esparce sobre la multitud. ¿Construye? No, desmorona. ¿Destruye? No, funde. Mientras que al viento del porvenir lanza sus gritos, que corea el clamor de los proscriptos viejos tronos, el pueblo ve pasar, entre trueno y trueno, una multitud de relámpagos que acaban por tragarse la obscuridad; ¡habla, es el elegido, el arcángel, el enviado! ¿Será interrumpido? El que se hubiese atrevido á hacerlo habría sido hecho añicos. Por otra parte, ¡nadie hubiera sido capaz de detenerle! Todo se doblegaba al escucharle, todo se con-

movía, se estremecía todo. ¡Tan poderosos son los discursos que caen de lo alto! ¡Tan fuerte es el alma! ¡Tan terrible es, para los hombres apocados, el sonido que hacen las ruedas del carro del talento!

Después de los flamígeros se yerguen los espantosos; jueces, fieros fiscales, vengadores, demonios del bien.—¡Piedad!—se les grita.—¡Un momento! ¡Perdón! Y ellos contestan con voz ronca:—¡Nada nos conmoviera!

¿Oís como Marat aúlla en su cueva? Muerde á los tiranos y besa á los oprimidos. Promueve la protesta encarnizada, impulsa al furor, á la venganza, á la destrucción, á la vida sin trabas; tendido boca abajo, rechinando los dientes, lívido, astuto, trabaja en la inmensa evasión pública; atraviesa el espeso muro del presidio y, en su covacha, del sombrío calabozo descubre el cerrojo enorme; ase el antiguo mundo y desnuda su horrible llaga; le arrastra de calle en calle; es la claraboya y es á la vez la garganta de donde salen las cien mil voces distintas; escribe; el viento de la tormenta se lleva y esparce su talento, una hoja, de fango y de luz inundada, especie de horrible harapo de la idea. Denuncia, liberta, consuela, maldice; es el áspero bandido de la santa libertad; agita la antigua y monstruosa cadena, haciendo sonar el hierro contra su odio; á su alrededor se ven huesos humanos. Sólo Carlota, con el corazón valeroso de los antiguos romanos, se atreverá á penetrar en ese antro inabordable. Aquel hombre es el miserable, es el formidable, es el augusto infame, es el enano gigante. Degüella, despedaza, extermina conforme crea; un pobre desconsolado le conmueve, un rey ensangrentado le encanta; su furor ama; vierte una lágrima espantosa. ¡Con qué inmensa rabia llora

cuando socorre á los que sufren! Grita al moribundo:—¡Mata! Grita al robado:—¡Roba tú también! Grita al oprimido:—¡Pisotea! ¡aplasta! ¡desmenuza! De vidrio ante una desgracia y duro como el bronce ante otra, dirige á aquella multitud, á aquella nación, á aquel pueblo, un saludo de exterminación. Duro, pero grande; frente livida entre las frentes célebres! Tenebroso, ataca y destruye las tinieblas. Es un murciélago que hace la guerra al cuervo. Sacerdote impostor de la verdad, disforme amante de lo bello, combate á la sombra con todas las armas negras, piedras, lodo y gargajos, afrentas, gritos burlones, himnos al cadalso, puñal, risa mefistofélica, que saca á manos llenas del espantoso arsenal; este hombre puede hacer uso de todo, menos del rayo.

La piedra desmenuza si el molino quiere moler. En las vertientes varias de los escombros pendientes, los que parecen buenos, los que parecen malos, esbozan en común la misma liberación; hacen el derecho, hacen el pueblo, hacen la nación. ¿A qué llamáis Borbón, majestad, rey, delfín? Todo lo que produce la indigencia, el hambre, la ignorancia, el mal, la guerra, el hombre bruto, concluyó, debe caer. Es una cabeza; y para recibir cabezas se hizo el cesto. Caminan, y al caminar destruyen el obstáculo, cualesquiera que éste sea. Y matar al que mata es el dogma de todos.

¡Ruina en la que el orden social surge, se constituye y vive!

Por exceso de amor se aborrecen; la bondad se torna odio; á fuerza de pensar en la suerte que espera á los desheredados, no tienen corazón sino para una especie de hechos y son, por compasión, inexorables.

Para ellos, el rubio delfín es ya todo un rey. ¿Qué importa su palidez, su fiebre, su espanto? Oyen los sollozos del triste porvenir. El niño tiene en sus manos el poder del déspota, y le aplastan bajo el trono natal.

Así, todos los despojos del fatal viejo mundo, obispos encadenados, reyes conducidos al banquillo de los acusados, desaparecen aplastados bajo su bárbara piedad. ¡Tigres compasivos! ¡Formidables corderos! La sangre que Dantón vierte mancha á Vergniaux; así en la montaña como á los piés de la Gironda, mientras el porvenir canta, ruge espantosamente el horror.

* * *

Sí, el derecho se irguió sobre los códigos bastardos; sí, se sintió el sordo estremecimiento del lado de los destinos cuando, al subir lentamente la escalera de los años, el siglo XVIII puso el pie en el ochenta. ¡Trece más, el fatídico número, y llegó el día!

Entonces, como ocurre á cada fenómeno, á cada cambio que se opera en el alma humana, como cuando Jesús muriera en el Gólgota, el reloj de los siglos se detuvo, dejando la hora incompleta é interrumpida: la profunda mirada de los sabios penetró en las nubes, y vióse cómo una mano introducía la confusión en la marcha del tiempo.

Se comprendió que se había llegado á los solemnes instantes en que todo recomienza, que se entra en la fase, que la cima iba á descender hasta la falda, que el nadir iba á tornarse el cénit, que el pueblo tenía á sus piés al rey destronado. Un lívido

crepúsculo se vió sobre Sodoma, promesa amenazadora que el pueblo, ese infeliz, ese mendigo cuyo capote retorcía el viento, presidiario en la galera ó judío entre los suyos, recibió levantándose, suspendiendo su queja monótona, y riendo y exclamando: —¡Llegó ya el gran otoño! Se acerca la estación esperada. Aquello está ya maduro. En el cielo se ha visto una señal.

La Revolución, prensa prodigiosa, comenzó el trabajo de la vasta recolección, y con los corazones comprimidos de los que expresaban la rebeldía, aplastando á Clodoveo después de aplastar á los reyes caducos, llevó á cabo su obra suprema y triste. Y, bajo su tornillo, toda la Europa fué como una viña sombría. Entonces, en el campo vago y lívido de la sombra, se esparció humeante no sé qué negra oleada, y se vió, ¡terror nunca sentido!, que bajo la horrorosa prensa, á través de horribles velos, surgía brillante luz mezclada con sangre y con estrellas; y se vió cómo resbalaba el viejo abeto de los tronos, y oyóse cómo el pasado agonizaba, y cómo, radiante la frente, roja y fangosa la mano, la gran vendimiadora entonaba un canto en honor de la libertad.

¡Días del pueblo ciclope y del titánico espíritu!
¡Vida y muerte pendientes de la misma polea! ¡Tiempo espléndido y fatal, que arroja á la misma hoguera el grito de un Josafat y el himno de una Génesis!

El que se atreviera á mirarte fijamente, convención, cráter, Etna, humeante abismo; el que introdujera la horca en tus ascuas; el que sondeara ese pozo que se llama Noventa y tres, sentiría encabritarse y huir su juicio. Cuando Moisés vió á Dios, el vértigo hizo presa en él; y yo, ante la historia de los

horizontes innumerables, tiemblo y llego á sentir el mismo sombrío deslumbramiento.

Porque es ver á Dios ver las grandes leyes de la suerte.

* * *

No, el fin no está en que la cuchilla y la muerte respondan á la muerte. Espíritu mío, continúa profundizando. ¡Fuera la admiración del mundo y la decepción de los humanos que un progreso no apareciera sino causando pesar á los justos, que la sombra entristeciera el alba, y que, tocándole con su mano ensangrentada, en el momento de ir á cederle el sitio y el camino, el espantoso ayer manchara de sangre el mañana!

No, ese no es el fin. No es posible, Dios, que toda tu ley se reduzca á cambiar de blanco y á hacer pasar el asesinato y la violencia de manos de los reyes á las del pueblo estupefacto.

El pueblo no quiere tan lúgubre herencia.

¿De qué serviría el esfuerzo de los hombres si el sabio no pudiera ver otra cosa que el vano resultado que encierra el choque del derecho humano contra el derecho divino? ¿Y si, cuando en el fondo de la sombra escucha á la voz doble: el pasado, el porvenir, la materia, el espíritu, la voz del pueblo Inferno, la voz del pueblo Cristo, no percibiera otra cosa que aquella turbia luz?

II

La historia es verdaderamente sombría. ¡Oh reyes, hombres trágicos! ¡Demencias del poder sin límites! ¡Lógicas de la espada y del cetro, que exterminan, aplastan y pasan por encima de todo para conseguir lo que se proponen! La omnipotencia tiene á Caín por antecesor!

Con sólo ver los siglos á través de repetidos relámpagos, ¡qué sueños inusitados! ¡qué extraños fulgores! Ahí están los idiotas junto á los asesinos. Zam, que se despierta tarde, multa á los que madrugan; Claudio degüella á su esposa y luego la reclama; Bayazeto quiere sujetar los vientos contra los postes; Jerjes fustiga al mar; Fur escupe sobre el Athos. Pillaje, traición, robo, perjurio, homicidio, parricidio, infanticidio, padres desnaturalizados, hijos rebeldes. Octavio usurpa, oprime, degüella, y sesenta naciones le elevan un templo en Lión. Para Felipe, Flandes es una pira digna de ser contemplada con admiración; León X estrangula por distraerse á un cardenal; Majencio, tras de Galerio, es algo de diabólico; ahí está Sancho, atolondrado por fúnebre embriaguez; ese otro es Mahoma, el que matara á sus diez y nueve hermanos; después de asesinar á su padre, Manfredo, que es aquél, sentóse sobre el cadáver para esperar á que se enfriara; los Trastamaras resucitaron á los Orestes; Acab hace amontonar bajo la mesa sus miembros mutilados á hombres sin manos, sin piés, sin dientes y sin ojos; Cayo triunfa con sangre hasta los ejes de su carroza; Ricardo de York estrangula á Eduardo V; Estramiro el Malo, es malo,

pero Juan el Bueno es peor; Selim, extraviado por el desorden y el incienso, corre hacia Estambul, atravesando con sus flechas á los transeúntes; Zeb planta un bosque de cadalsos en Nicea; Cristiern hace que todos los días sean cubiertos de agua helada los cautivos que, desnudos, tiene encadenados en los subterráneos; Galeazo Visconti, con los brazos sujetos á los riñones, resuella agonizando, oprimido por la cuerda que Esforcia pasa por los ojales de su camisa de fuerza; Cosme, á la hora en que el medio día convierte el cielo en brasero, hace que un macho cabrío lama á su padre, una vez cubierto de miel; Solimán para distraerse hace arder á Tauris; furioso por haberse enterado de que se da de mamar á su hermano, Alonso arranca á mordiscos los pezones de los senos de Urraca; Ulad mira como mueren sus sobrinos, y ríe al ver que el palo les sale por la boca; Borgia comulga; Abbas, albañil feroz, con hombres vivos y con ladrillos hace torres que llenan el espacio con sus lastimeros aullidos; allí, el cetro vándalo; la ley de los burgundos más lejos; Cleopatra renace peor en Fredegunda; Iván manda en Moscou, Carlos reina en Madrid; en tiempos de Luis llamado el Grande, las madres eran abiertas en canal para matar á sus hijos en sus vientres.

Pero ¿dónde están, pues, los lobos? ¡Oh antros, antros! ¡Cañaveral por donde se deslizan, fangosas y frías, las boas! ¿Acaso corre sangre por las venas de esos reyes? ¿Dónde hay corazones como los suyos? ¿Son nuestros semejantes? ¡Profundos cielos; antes que ver á esos hombres, prefiero encontrarme ante el tigre, y, antes que oír sus voces, á mi lado ruja siniestramente el león!

Pues bien, ¡venga la venganza, la muerte, la des-

dicha, las represalias! ¡Brille la tea en los Rhamseion, en los Kremlin, en los Versalles! ¡Que Polión sea á su vez aplastado por Assa! ¡Los verdugos al verdugo! ¡Justicia! ¡Talión!

¡No, nada de cadalsos! Muy distintos pedestales han de servir de base á las santas repúblicas.

Este siglo, el más grande de todos los siglos, ha sabido comprenderlo. El día en que Febrero amaneció sobre París, partió por la mitad la inmensa obra de nuestros padres, y grave, arrodillado ante los grandes misterios, no conservando sino el derecho, devolvió á Dios la muerte. No se hizo nuestro dedo para oprimir el resorte de ese hierro espantoso que cae y vuelve á levantarse; la Libertad no es un instrumento para el tablado que se alza en la plaza de la Grève; no es mango á propósito para la repugnante cuchilla; Carrier, Le Bas y Hebert son Felipes segundos; Fouquier-Tinville tiene algo del duque de Alba; Barrère viene á ser un Maistre, y Chaumette es hermano de Bábille; Marat, Couthon y Saint-Just, de los cuales sale la venganza, sirven á la vida con los aparatos de dar la muerte; lo que hacen es fatal; es siempre la antigua obra, y siéntese en ella el frío de la serpiente antigua. No, la verdad no ha de llevar consigo el arrepentimiento. En nombre de todos los muertos y en el de todos los mártires, ¡nada de venganza! La vida es sagrada. El águila de hoy, cerniéndose en el espacio, deja que la sangre enmohezca el pico del viejo buitre. El pueblo debe crecer, ser amo cuando le toque, que la grandeza se pruebe con la dulzura. ¡Concordia! La loba no dará ya de mamar á nuestros hijos; nuestro porvenir no está

ya en un antro, no es amamantado por el horrible vientre negro de la fatalidad.

Aquel reo arrastrado en una tumba que rueda; aquellas pupilas de tigre surgiendo en la multitud; aquel sacerdote, aquel verdugo, todo aquel fatal grupo; aquel banquillo, picota si no era pedestal; aquel cesto, aquella infame fosa que se abre; aquel hacha, son de la infausta sombra; aquel o. ocultaba el cielo, la verdad, el astro; aquello era del crepúsculo y pertenecía al pasado; el pueblo siente que en sí nace un alma nueva, y no quiere nada de la noche y lo pide todo á la aurora.

Avancemos. El progreso es una necesidad de luz.

Cierto que Dantón fué grande, que Robespierre era puro; en otro tiempo, aplastando, á pesar de los gritos y de las amenazas, las mandíbulas de la hidra con sus forzudos puños, gladiador gigantesco del circo de los desastres, obligado á despejar todo el antiguo caos, el gran 93 no hizo sino lo que debiera. Pero nosotros, que respiramos la atmósfera ideal, que tenemos corazones distintos de los de aquel tiempo, creemos que ha concluido la fatal época; sobre el viejo nivel de las olas, por encima del odio, por encima del miedo, nuestro siglo cumple su deber; construye la gran Babel santa; y Dios permite esta vez que el hombre levante su torre.

La república debe afirmarse por medio del amor, por el enlace de las manos y de los pensamientos, por lo bello, por lo bueno, por lo verdadero, por lo grande, por el progreso vivo, animado y activo, por la materia, de la que el hombre al fin dispone, por la sonrisa augusta y tranquila de la vida, por la fraternidad,

en todas partes risueña, y por una blancura inmensa hacia oriente.

Con el soberbio 10 de Agosto, en el que, en la bruma, bajo el postrer relámpago humea el último trono; con Luis, mártir de su herencia, rey que tronchara Francia en perjuicio de la libertad; con aquel nacimiento; con la agonía aquella, toda la obra trágica y feroz quedó rematada. Y la era de paz sigue á la era de terror.

El derecho no tiene necesidad de enfurecerse, ni de ser violento, ni de echar una espada al platillo de la balanza; cuando aparece, se tiembla; y cuando anda, se dice ¡Es Dios!

¡Muera la muerte! ¡Al fuego la ley sangrienta! ¡Al fuego el viejo Korán de hierro, el espantoso é implacable código que confunde lo irremisible con lo irrevocable, que hiere, que se venga y que se engaña! ¡Abajo, cruz que asiste á Jesús y soltaste á Barrabás! ¡Abajo la horca, con todas sus negras ramas! Horca que Vouglañs mezcla á sus requisitorias, espantoso madero en que se apoyara Tristán, máquina de Tyburn y de la Cebeda, ¡derrúmbate por tí misma, derrúmbate con el Santo Oficio y el gabinete estrellado, y vuelve contra tí la muerte que encierras! ¡Tablado que el infierno hace lamer á sus perros, ve á podrirte en la tierra eterna y divina que ya, árbol sin raíces, no te conoce, que te niega la savia y que no da la vida al bosque feroz en que la muerte floreciera! ¡Huye, disuélvete, piérdete en la gran naturaleza! ¡Herramientas que dieran la muerte y torturaran, monstruosas, lúgubres; asesinas herramientas, acordaos de los buenos, de los inocentes, de los santos, y pedíos unos á otros cuenta de lo que hicie-

rais! Todos los crímenes del débil son hijos de los vuestros.

¡Madero, mella el hacha y quiebra la cuchilla! ¡Hacha, vuélvete segur y da sobre el madero! ¡Exterminaos, oh tenebrosos cómplices! ¡Y cae confundido, bosque de los suplicios, rueda, escala, garrote, horca, cuchilla y guadaña! ¡Cae, constructor de cadalsos, bajo los golpes del progreso!

XXII

TALAVERA.—RELATO DE MI PADRE

Ocurría esto en un pueblo de España, en Talavera de la Reina.

Nos batíamos con los ingleses, quienes ocupaban la parte del Mediodía, apoyándose en una antigua fortaleza; nosotros nos hallábamos hacia el Norte. Dos vertientes; un barranco entre ambos ejércitos. Se combatía desde por la mañana; el humo que hace un combate encarnizado manchaba el sol, que aparecía terrible en el fondo del cielo; y el astro eterno que da su ser al alba efímera, siempre viejo y joven como el viejo Homero, el mismo sol que había ya visto Aquiles, se vengaba derramando sobre nosotros, combatientes ensordecidos por el estrépito de los cañones, las olas negras de su luz inmensa; nos cegaba; sombra arrojaba en mitad de los truenos humanos el gran rayo de Dios; brillaba reinando, y nos abrazaba siniestramente.

en todas partes risueña, y por una blancura inmensa hacia oriente.

Con el soberbio 10 de Agosto, en el que, en la bruma, bajo el postrer relámpago humea el último trono; con Luis, mártir de su herencia, rey que tronchara Francia en perjuicio de la libertad; con aquel nacimiento; con la agonía aquella, toda la obra trágica y feroz quedó rematada. Y la era de paz sigue á la era de terror.

El derecho no tiene necesidad de enfurecerse, ni de ser violento, ni de echar una espada al platillo de la balanza; cuando aparece, se tiembla; y cuando anda, se dice ¡Es Dios!

¡Muera la muerte! ¡Al fuego la ley sangrienta! ¡Al fuego el viejo Korán de hierro, el espantoso é implacable código que confunde lo irremisible con lo irrevocable, que hiere, que se venga y que se engaña! ¡Abajo, cruz que asiste á Jesús y soltaste á Barrabás! ¡Abajo la horca, con todas sus negras ramas! Horca que Vouglañs mezcla á sus requisitorias, espantoso madero en que se apoyara Tristán, máquina de Tyburn y de la Cebeda, ¡derrúmbate por tí misma, derrúmbate con el Santo Oficio y el gabinete estrellado, y vuelve contra tí la muerte que encierras! ¡Tablado que el infierno hace lamer á sus perros, ve á podrirte en la tierra eterna y divina que ya, árbol sin raíces, no te conoce, que te niega la savia y que no da la vida al bosque feroz en que la muerte floreciera! ¡Huye, disuélvete, piérdete en la gran naturaleza! ¡Herramientas que dieran la muerte y torturaran, monstruosas, lúgubres; asesinas herramientas, acordaos de los buenos, de los inocentes, de los santos, y pedíos unos á otros cuenta de lo que hicie-

rais! Todos los crímenes del débil son hijos de los vuestros.

¡Madero, mella el hacha y quiebra la cuchilla! ¡Hacha, vuélvete segur y da sobre el madero! ¡Exterminaos, oh tenebrosos cómplices! ¡Y cae confundido, bosque de los suplicios, rueda, escala, garrote, horca, cuchilla y guadaña! ¡Cae, constructor de cadalsos, bajo los golpes del progreso!

XXII

TALAVERA.—RELATO DE MI PADRE

Ocurría esto en un pueblo de España, en Talavera de la Reina.

Nos batíamos con los ingleses, quienes ocupaban la parte del Mediodía, apoyándose en una antigua fortaleza; nosotros nos hallábamos hacia el Norte. Dos vertientes; un barranco entre ambos ejércitos. Se combatía desde por la mañana; el humo que hace un combate encarnizado manchaba el sol, que aparecía terrible en el fondo del cielo; y el astro eterno que da su ser al alba efímera, siempre viejo y joven como el viejo Homero, el mismo sol que había ya visto Aquiles, se vengaba derramando sobre nosotros, combatientes ensordecidos por el estrépito de los cañones, las olas negras de su luz inmensa; nos cegaba; sombra arrojaba en mitad de los truenos humanos el gran rayo de Dios; brillaba reinando, y nos abrazaba siniestramente.

El rey Don Carlos IV y su ministro Godoy, nos habían hecho saber donde se encontraba el ejército inglés. Pero los hijos de Albión, poco acostumbrados á las sierras, también tenían calor. Dura era la jornada. Ni una hierba crecía en aquellos sitios; en el fondo del barranco, la verdura de algunos pinos de Alepo, especie de obscura cortina, dejaba ver un estrecho arroyuelo. De igual modo que las pestañas separan ambos párpados, aquellos árboles, cubriendo el agua que corría por entre las piedras, separaban las dos vertientes del pequeño valle. Como el sembrador ataca al aquilón, los unos nos arrojamos contra los otros. Llovían balas; y veíanse cráneos destrozados, vientres abiertos, entrañas desmenuzadas, todo regado por abundantes olas de sangre. Y sobre la inmensa muerte, bañada en el rojo líquido, seguía brillando el sol. El sable, el cañón, la lanza, son cosas corrientes en la guerra, sin ellas no hay combate; pero es ya demasiado tener el trópico sobre la cabeza. Sentíamos sed. El hierro y el plomo no son sino la muerte; pero la sed es el infierno. ¡El sol, el sudor y la sed son cosas terribles! Y, sin embargo, seguíamos combatiendo, nos despedazábamos ciegamente. Por todas partes veíanse cadáveres que, mezclados con los que luchaban en pie, yacían indiferentes como estatuas de mármol.

De pronto vi el arroyo que corría bajo los árboles. —¡Caramba!—gritó un español que, como yo, lo había percibido. Bajé corriendo hacia el agua, cuando un inglés ponía un pie á cada lado del arroyo. Siguióme un francés, luego dos, luego tres, luego cuatro; nos pusimos de rodillas; suspendióse por un momento el combate; los heridos se arrastraban con lentitud hacia el arroyo; se brindó en los cascotes ensangrentados. —¡A vuestra salud!—dije yo.—¡A la

vuestra!—contestáronme los otros. Y de este modo bebimos hasta cierto punto unos en casa de otros.

Reanudóse la batalla, sin tregua aquella vez. Y mientras combatíamos, todos nos decíamos, al pensar en los reyes, en los emperadores, en todos aquellos sombríos temerarios, que mientras ellos forman enemigos, Dios hace hermanos.

XXIII

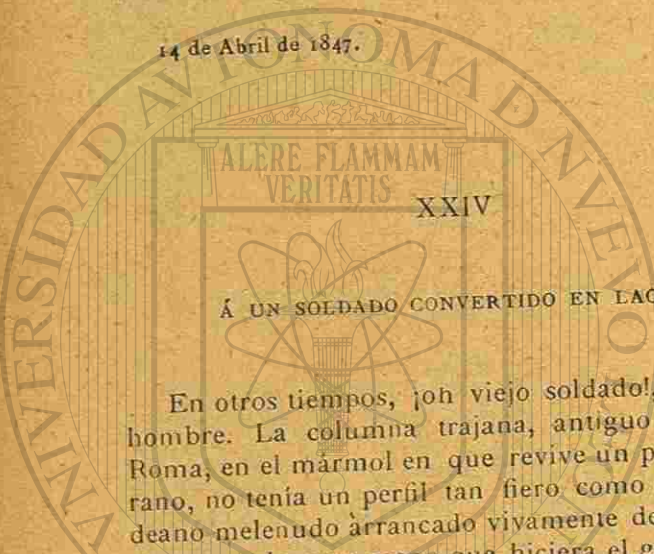
ESCRITO EN UN LIBRO DEL JOVEN MIGUEL NEY

¡Niños! ¡Hijos de los héroes que desaparecieron! ¡Hijos de los hombres que hicieron de mi país una nación más grande que ambas Romas, para ser luego tragados por el abismo! ¡Vosotros á quienes, pequeños, vemos reír y jugar! sobre vuestras frentes inocentes pesa la historia sombría, estáis todos cubiertos de la gloria francesa!

¡Oh, cuando la edad en que se piensa, en que se abren los ojos, suene para vosotros, mirad, niños, á vuestros abuelos con temblor de alegría y de espanto. ¡Que su alma viva siempre en nuestras almas! ¡Sed nobles, leales y valientes entre todos, porque vuestros nombres son tan grandes que no son sólo vuestros! Cualquiera puede exigirlos que le deis cuenta del uso que de ellos hacéis. Son nuestro tesoro en nuestros momentos de vergüenza, en nuestros envilecimientos

y en nuestros abandonos: ¡vosotros les lleváis, pero nosotros los guardamos!

14 de Abril de 1847.



Á UN SOLDADO CONVERTIDO EN LAGAYO

En otros tiempos, ¡oh viejo soldado!, no eras un hombre. La columna trajana, antiguo orgullo de Roma, en el mármol en que revive un pueblo soberano, no tenía un perfil tan fiero como el tuyo. Aldeano melencólico arrancado vivamente de tu adorada choza por la gran mano que hiciera el gran ejército, saliste demasiado joven al campo, ¡oh pacífico bretón! Arrojaste á un lado tu báculo para empuñar la espada. Y un hermoso día, una mañana de batalla, oyendo el rumor del cañón y de la fusilería, viendo pasar al galope de su caballo á Napoleón, aturdido, tembloroso, te sentiste león y lo fuiste durante diez años. Son tus recuerdos: visitaste Madrid, Dresde, Berlín y Viena, ciudades que temblaban detrás de los cañones, al verte entre tus compañeros acudir prontamente, jadeante, formidable, invencible, sacudiendo la melena y gritando roncamente. Y tú te paseabas por todas partes lleno de orgullo y de fe; porque sentirte león, era sentirte soberano. Murió el imperio. ¡Pobres de nosotros! ¡No somos más que fantasmas! Con la paz, los leones se tornan hombres. Y el hombre es miserable. Ha de vivir ante todo. Y

desafía la metralla, pero se rinde cuando el hambre preséntase ante él. Cada día descende un escalón. De caída en caída, el hombre llega un día á donde no llegaría el bruto. Actualmente, ¡oh soldado!, ¡oh vencedor!, engalanado como un suizo á la puerta del coro, baja la mirada, dándote aires de devoto, llevas á la iglesia el perrillo faldero de la señora; y mientras que en tus brazos se agita el burlón animalucho, el antiguo león ruge de vergüenza en tu corazón.

13 de Mayo de 1843.

XXV

HIMNO PARA LA INAUGURACIÓN DE LA COLUMNA
DE NAPOLEÓN EN BOLONIA

¡A orillas del mar, en el seno de las sombrías Babilonias, permanece para siempre en pie sobre las elevadas columnas! ¡Vela por nuestros navíos, vela por nuestras torres! ¡Está siempre orgulloso de nosotros! ¡Libre, tranquila, serena, Francia es dueña del porvenir! ¡Francia continúa siendo reina! ¡Cayó tu imperio, pero tu pueblo vive aún!

Sobre nosotros brillará un alba mejor. Esperamos ese momento que ha de llegar. Semejante á Dios, que siembra y cosecha en las inmensidades, nuestra augusta nación, nuestra querida Francia, tiene la paciencia de la eternidad.

Dios quiere á Francia grande, quiere á la grande Alemania; como á Carlomagno, hizo á Napoleón, á fin de dar á Europa un centro soberano. Muere Estambul, y entonces, mirando hacia el Oriente, de gloria y de paz coronada, Teutonia llegará al Danubio y nos devolverá el Rhin.

Sobre nosotros brillará un alba mejor...

Esperando el día que acercan los instantes que transcurren, día en que el amor lucirá sobre la humana familia, en que desaparecerán los crímenes expiados, ve por encima de tí, solemne figura, la eterna tempestad y el aborrecimiento constante, ¡el Océano bajo tus ojos, Inglaterra á tus pies!

Sobre nosotros brillará un alba mejor...

30 de Julio de 1841.

XXVI

LOS DOS LADOS DEL HORIZONTE

Como cuando un ejército inunda los campos, un inmenso rumor se ha dispersado por el aire. De las montañas parte gran ruido; gran ruido se percibe por el lado del Océano.

Ha gritado el poeta:—¿Qué ruido es ese que inunda las montañas, que llena el Océano? ¿No es la ava-

lanha, águila de los sombríos Alpes? O, gaviota de las olas, ¿no es el huracán?

La gaviota ha acudido desde el confin de los mares, donde el navío vacila. El águila gigantesca ha venido desde el monte Blanco. Y ha respondido el águila:—No es la avalancha.—No es la tormenta,—ha contestado la gaviota.

—¡Oh! ¡Cómo, feroces pájaros! ¿No es eso la tromba? ¿No es el aquilón, el que conoce vuestra ala?—No, es un mundo que cae por el lado de las montañas.—No, es un mundo que nace en la región de los mares.

Y ha dicho el poeta:—¡Que Dios os acompañe! Regresad ambos á vuestros azarosos nidos. Tú, vuélvete á tu mar. Tú, torna á tu montaña. Y que Dios os guarde. Y ahora, Señor, expliquémonos los dos.

¡Surgió América y muere Roma! ¡Tu Roma! ¿No temes, Señor, borrarlos nuestro camino, y desnaturalizar el fondo mismo del hombre, colocando tan fuera de lugar todo el genio humano?

¡Así, pues, la materia arrebató el mundo al pensamiento! Italia era el arte, la fe, el corazón, el fuego. América, obrera helada, no tiene alma; tiene por fin el hombre; Italia tenía por fin á Dios.

Un astro ardiente va al ocaso, surge un astro frío. Filadelfia, Señor, un mostrador de comerciantes, va á reemplazar á la ciudad en que sueña Miguel Angel, en que Jesús coloca su cruz, en que Flaco pusiera sus cánticos.

¡Tú sabrás lo que haces, Señor! Mas ¡oh razón profunda! ¿Podrás, sin que del alma humana se apodere el sueño, sin disminuir la luz del mundo, darle esa luna en vez de ese sol?

9 de Abril de 1840.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XXVII

LA JOROBADA

(Toma un espejo, se mira en él, lo tira horrorizada, apaga la luz y cae de rodillas junto a la cama.)

¡Oh, yo soy monstruosa y las demás son hermosas! ¡Esta joroba!... ¡Oh, Dios mío!

(Oculta su rostro entre las manos y apoya la cabeza en el lecho. Se duerme.)

UNA VOZ

¡Ahí tienes las alas!

(La habitación se llena de una luz vaga. La jorobada sigue dormida.—En el centro aparece, en un nimbo de rayos, una forma alada).

Oyeme. Yo soy tu prometido de los cielos. A tu espalda llevas el saco misterioso, el divino huevo de la tumba; bajo ese bendito peso, tu cuerpo vacila y cae; y la mirada humana padece la enfermedad de





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

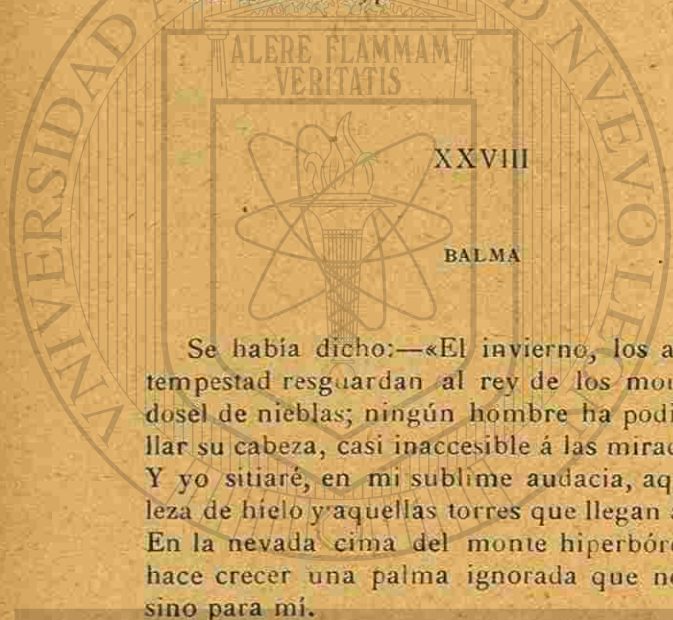
ver una deformidad en tu esplendor. Tu gloria en el cielo es tu carga en la tierra. Lloras. Pero para nosotros los que vemos el misterio, que sabemos lo que pone Dios en la humanidad, de tu espalda sombría se desprende vivo fulgor. Ser que inspiras lástima aun á las mismas prostitutas, ¡oh mujer blanco de la risa, de la afrenta, de la grito, sobre la que parece haberse agachado para siempre Esmarra! Cuando mueras, tu espalda disforme se abrirá, porque la carne se abre entonces para dejar paso al alma, y de esa joroba infame, escarnecida y vil, que á todos causara horror, se verán salir dos inmensas alas de ángel, que el viento hinchará en el cielo de igual modo que hincha las velas y que se desplegarán cuajadas de estrellas.

(La voz parece más recia cada vez.)

Sí, mujer, óyeme. Nosotros vemos al ángel á través del monstruo, y yo veo tus destellos. Del sueño en que tu fealdad se arrostra, se oculta y llora, de ese horrible sueño que actualmente estás teniendo, despertarás mucho más hermosa que te pudieras desear. Flotarás, velada por tus largos cabellos, y en la desnudez celestial de la tumba, y seguirás siendo mujer, al propio tiempo que te convertirás en paloma. Percibirás, en la oscuridad y en la inmensidad, un sombrío himno de amor que se elevará hacia tu belleza. Los hombres te parecerán á su vez disformes; en sus espaldas verás sus pecados, sus enormes cargas. Las flores abrillantarán tu cuerpo divino y bello, pues en la tumba su perfume se convierte en claridad. Los astros te ofrecerán la abierta rosa que forman. Tomarás por espejo, por tí misma deslumbrada, ese cielo que hoy te parece lleno de luto. Alada y estremeciéndote junto á tu féretro, como el pájaro que

tiembla junto á la pendiente de los torrentes, sentirás agitarse en las divinas brisas tu cuerpo hecho de esplendor, tu seno blanco, tu frente pura, y volarás hacia el azul profundo.

8 de Marzo de 1854.



Se había dicho:—«El invierno, los abismos y la tempestad resguardan al rey de los montes bajo su dosel de nieblas; ningún hombre ha podido aún hollar su cabeza, casi inaccesible á las miradas. ¡Yo iré! Y yo sitiare, en mi sublime audacia, aquella fortaleza de hielo y aquellas torres que llegan á las nubes. En la nevada cima del monte hiperbóreo, la gloria hace crecer una palma ignorada que no es visible sino para mí.

En un sueño, el humilde pastor había oído aéreas voces que le decían:—¡No duermas! ¡Elévase tu alma hasta la cima del monte Blanco! ¡Precipita tus pasos hacia allí! ¡Pastor, que en aquellas alturas te contemple la tierra! ¡Ve allá! El espíritu divino vivió siempre en lo alto como en un templo. ¡Ve! Alguna visión te espera sin duda allí. Como un nuevo Moisés, sube á aquel nuevo Sinaí. ¡Sube en busca de Dios!

No sé como fué; pero cierto día, á la hora en que

entre la obscuridad el alba no ha llegado aún á la cima de los sombríos Alpes, partió. El monte Blanco, todavía el único iluminado, semejante á un rey diligente, mientras su campamento duerme, sobre los montes oscuros levantaba su casco de oro. Cuando le vieron con el pesado morral al hombro, la escala de corcho y el hacha de piedra, los pastores, los cazadores de mirada audaz le rodeaban, preguntándole acerca del objeto de su viaje; y al principio, al ver que elevaba el dedo hacia las nubes, no se supo si mostraba el monte Blanco ó el cielo.

Mas cuando reveló su magnánimo propósito:—¡Hermano! ¿Del monte maldito quieres llegar á la cima?—¿Qué demonio te ha dado la mano en tu última hora?—¡Atrás, desgraciado! ¡Sin duda quieres morir!—¡El huracán y el abismo cerraron esa senda! Oyó sus gritos y volvió á emprender su marcha.

Franqueó la colina, en la cual, sobre sus blancas laderas, el ventisquero de los Buissons rompe las avalanchas; el pico de los Chamois, los escalones del Malpas, los torrentes, los témpanos en forma de pirámides, los resbaladizos granitos, los céspedes húmedos, y el musgo y las peñas vivas fatigaron sus piernas.

Subía; y volando sobre la nieve, irguiendo hacia la espalda sus cuernos retorcidos, la viva gamuza huía hacia los antros que solían servirle de refugio; y las piedras, rodando en su incierta marcha, sonando los lados del monte en su lejana caída, despertaban ecos dormidos hasta entonces.

Subía; y pronto desaparecieron las encinas, las malezas que encubren las altas sierras, los negros

abetos que se agolpan en los barrancos solitarios; luego las flores que tapizan los lados de las desnudas rocas, después el agua que corre, el pájaro que vuela por las nubes, la hierba que crece bajo sus piés, el ruido que puebla los aires.

Subía; y ya faltaba aire á su aliento; las pesadas nubes ocultábanle la llanura; el liquen de las rocas doraba su frente encarnada; y las huellas de sus piés en los eternos hielos, espantaban á lo lejos al águila de poderosas alas, que no levanta su mirada sino para ver el sol.

XXIX

Las madres han sentido estremecer sus entrañas. Los pesados arcones llenos de cajas de metralla corren, y cualquiera diría que brincan alegremente. Pensativo, el pueblo de París las sigue con la vista, y se va por las aceras á los Campos Elíseos. Cierra las casas, asómase á las ventanas; la cohorte andrajosa, taciturna como la noche, anda, aumenta, avanza, y oyes el ruido que hacen los batallones y los caballos.

Pasa, siniestra, por junto á las Tullerías.

¡Oh, cuántos de estos que se van, discurriendo por el camino, ya no verán el sol de mañana! ¡Cuántos de entre esta multitud de sombrías pantomimas hablan todavía y son ya sombras! ¡Guerra civil! ¡Motín!

¡Oh, qué duelo! ¡Cuántos esta noche tendrán por último lecho el frío y negro suelo!

22 de Febrero de 1848.

XXX

En el transcurso de tres días de odio y remordimientos, he visto reflejarse en el agua las rojas llamas y pasar carretadas de muertos por las calles de una ciudad grande y noble. El tejedor, enervado por la obscuridad y el hambre, quemando en mitad de la calle su último telar, atizaba la guerra civil.

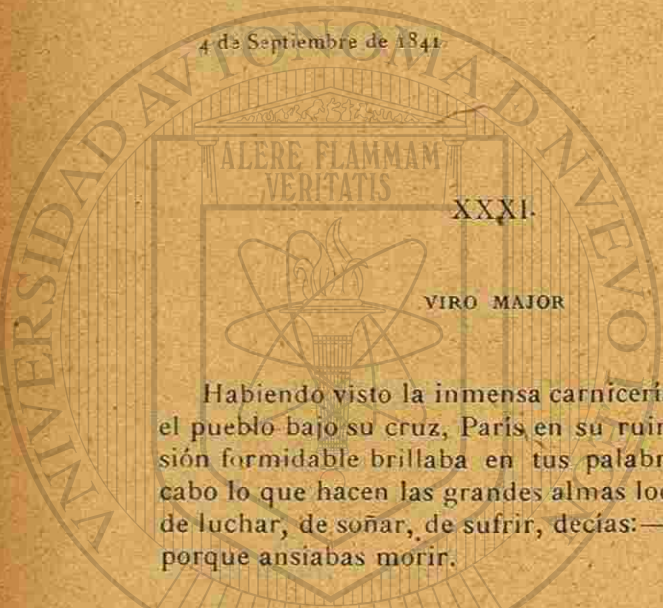
El soldado fraticida degollaba al obrero; el obrero sacrilego, ciego asesino, daba muerte al soldado su padre; pueblo y ejército olvidaban que son de la misma sangre. Y estremeciéndose, pensativos, decían los sabios:—¡Oh siglo! ¡Oh patria! ¡Oh miseria!

La ciudad ¡ay! no durmió durante tres noches. Todos luchaban. El toque de alarma fué el único *Angelus* que oyeran aquellas siniestras auroras. Los negros cañones, rodando á través de la población, conmovían, por encima del río ensangrentado, el obscuro arco de los sonoros puentes.

¡Ah! Ante la humanidad, ni aun desplegando su gracia y su majestad, pudieron la naturaleza y Dios impedir aquellos tristes sucesos! ¿Por qué tales acontecimientos acaecían ¡oh destino! en las riberas en que

¿Lión ve resplandecer los rosados Alpes en lejano horizonte?

4 de Septiembre de 1841.



Habiendo visto la inmensa carnicería, el combate, el pueblo bajo su cruz, París en su ruina, la compasión formidable brillaba en tus palabras; llevabas á cabo lo que hacen las grandes almas locas; y cansada de luchar, de soñar, de sufrir, decías:—¡He matado!, porque ansiabas morir.

Mentías contra tí, terrible y sobrehumana. Judith, la sombría judía, y Aria, la romana, hubiesen aplaudido cuando hablabas. Decías á los graneros:—¡He quemado palacios! Glorificabas á aquellos á quienes se humilla y se aplasta. Gritabas:—¡He matado! ¡Que me maten! Y la multitud oía acusarse á aquella mujer altanera. Parecía que enviabas un beso al sepulcro; tu fija mirada pesaba sobre los lívidos jueces, y pensabas, semejante á las graves euménides. La pálida muerte se encontraba en pie detrás de tí. Todo el vasto salón estaba lleno de espanto, porque el pueblo que se desangra odia la guerra civil.

Fuera sonaba el rumor de la ciudad. Aquella mujer oía las manifestaciones de la vida de confusos rui-

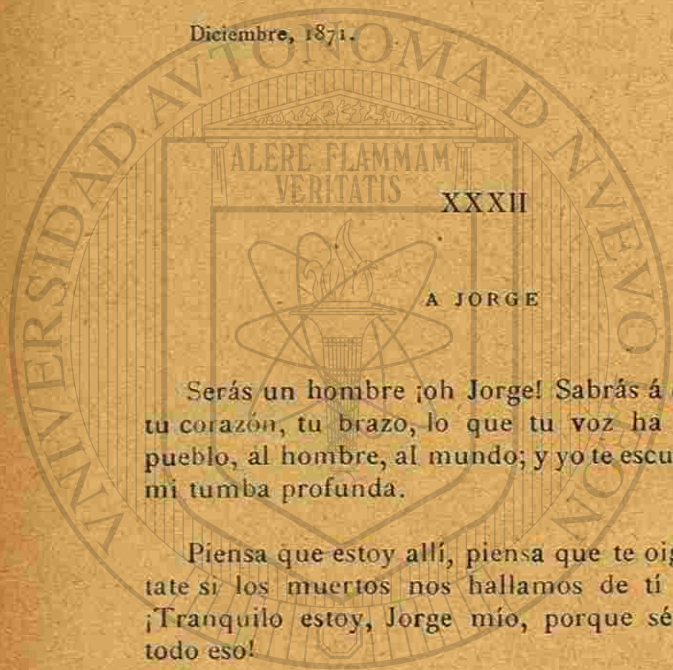
do; oíalas desde arriba, en la actitud austera del que rechaza. No parecía ver sino una pira elevada para una a oteosis; y encontrando la afrenta noble y bello el suplicio, precipitaba, siniestra, el paso hacia la tumba. Murmuraban los jueces:—¡Muera, pues! ¡Será una muerte justa, porque es una infame!—A menos que no sea augu ta,—replicábales su conciencia. Y los jueces, pensativos ante el sí, ante el no, como ante dos arrecifes, vacilaban, fija la vista en la severa culpable.

Y los que, como yo, saben que eres incapaz de cuanto no merezca los nombres de heroísmo ó de virtud; los que saben que, si Dios te preguntara:—¿De dónde vienes?, le contestarías:—Vengo de la noche en que se sufre; Dios, salgo del deber al que dais el aspecto de abismo; los que conocen tus versículos dulces y misteriosos, tus días, tus noches, tus cuidados, el llanto que por todos derramaste, tu olvido de tí misma en el momento de auxiliar á los demás, tu lengua, semejante á la lengua de fuego de los apóstoles; los que conocen el hogar sin fuego, sin aire, sin pan, el catre, tu bondad, tu fiereza de mujer popular, la ruda ternura que duerme bajo tu cólera, tu mirada de odio para los inhumanos, y que tus manos calentaron los pies de los niños; esos, ante tu feroz majestad, meditaban, y no obstante el pliegue amargo de tu boca, á pesar del maldecidor que, encarnizándose contra tí, te dirigía todos los gritos indignos de la ley, no obstante la voz fatal y altanera que te acusaba, velan resplandecer el ángel á través de la medusa.

Fuiste grande, y extraña pareciste en aquellos debates; porque, débiles como son los que habitan en el mundo, nada les turba tanto como el ver dos almas confundidas en una, como el divino caos de las cosas

estrelladas visto en el fondo de un gran corazón inclemente, y como un brillo visto en la llama.

Diciembre, 1871.



Serás un hombre ¡oh Jorge! Sabrás á quien debes tu corazón, tu brazo, lo que tu voz ha de decir al pueblo, al hombre, al mundo; y yo te escucharé desde mi tumba profunda.

Piensa que estoy allí, piensa que te oigo; pregúntate si los muertos nos hallamos de tí satisfechos. ¡Tranquilo estoy, Jorge mío, porque sé que harás todo eso!

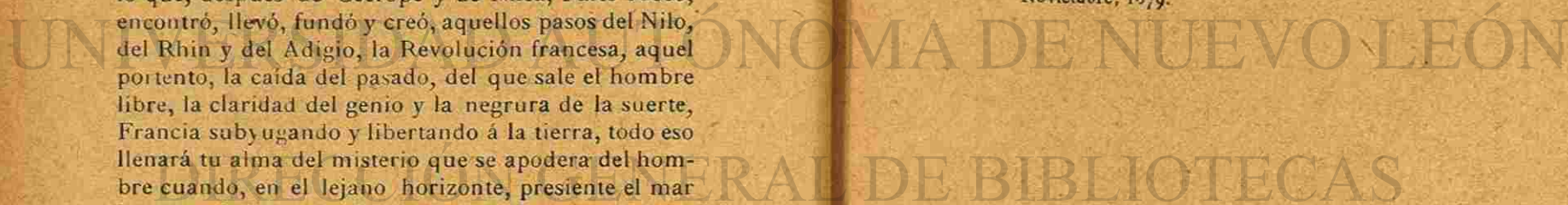
Lo que por el gran pueblo hiciera la gran ciudad, lo que, después de Céerope y de Rhea, París buscó, encontró, llevó, fundó y creó, aquellos pasos del Nilo, del Rhin y del Adigio, la Revolución francesa, aquel portento, la caída del pasado, del que sale el hombre libre, la claridad del genio y la negrura de la suerte, Francia subyugando y libertando á la tierra, todo eso llenará tu alma del misterio que se apodera del hombre cuando, en el lejano horizonte, presiente el mar inmenso ó el enorme destino.

De este modo se forman los que hablan á las mul-

titudes, aquellos á quienes atraen los huracanes, las rocas y las olas, y que son soñadores en ese medio en el que el trabajo de los hombres responde al trabajo de Dios.

Entonces pensarás en nuestros valientes antecesores, cuando quitaban el cetro á los reyes, cuando despojaban de sus dioses á sus sacerdotes, ¡en el espantoso grupo de tiranos, pontífices y granujas! ¡Conmovido por ello, pensarás; pensativo, crecerás! ¿Es esto un sueño? ¡Oh, me parece que te oigo! Al alma humana, á las naciones que un viento de lo alto conmueve y pone en movimiento, á los pueblos arrastrados paso á paso hacia el fin propuesto, tú explicarás los esfuerzos llevados á cabo, las hermosas muertes, los combates, los trabajos, las innumerables alternativas, el alba desmesurada invadiendo la gran sombra. Para mantener los corazones á tan poderoso nivel, harás que de los antiguos brote el moderno espíritu; hablarás de los heroicos luchadores de nuestros tiempos, de los vencedores puros, de los fieros soldados, de las frentes estoicas; y harás pensar, pintándolos magistralmente, al joven en su padre y al débil anciano en el mío.

Noviembre, 1879.





II
LA NATURALEZA

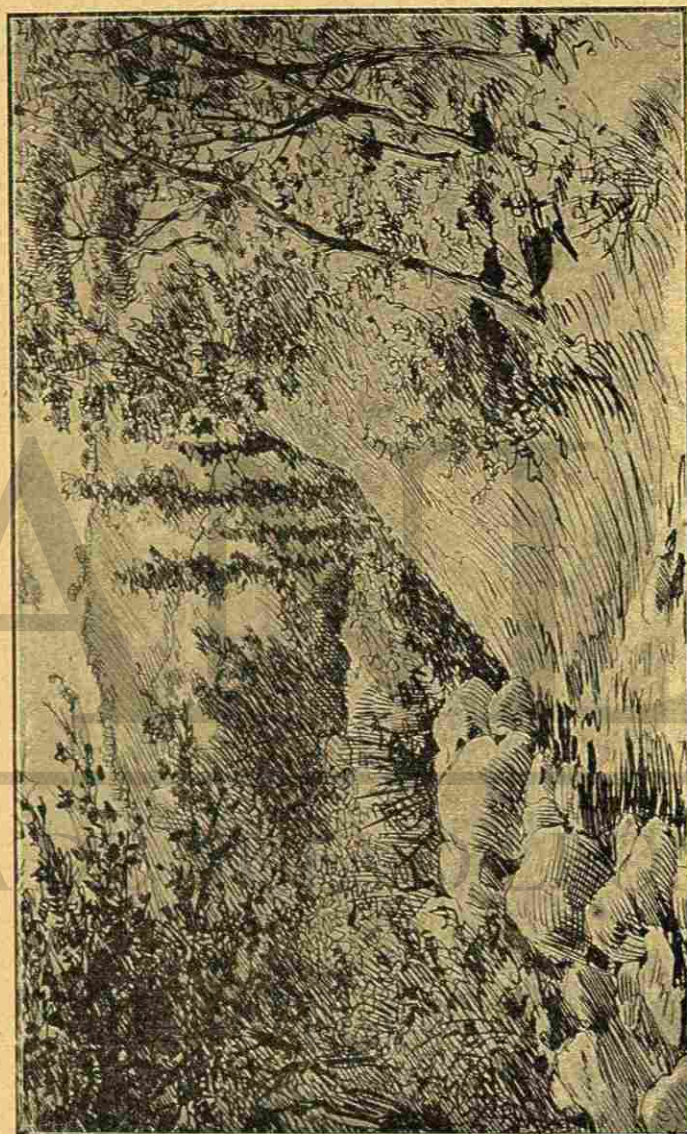
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



Lám.^a 7

Tomo I



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

¡Heme aquí! ¡Soy yo! Rocas, playas, frescos arroyos que corréis por entre la hierba, brisas que bajo las olas murmuráis frases entrecortadas;

nidos que inunda tierno murmullo, rama á donde el pájaro viene á posarse; gotas de agua de la oscura gruta que hacéis un ruido semejante al del beso;

campo en el cual se oye la romanza del ruiseñor sombrío y reservado; montes en que el profundo lago comienza el himno que el bosque acaba.

Abríos, prados en que todo suspira; ábrete, bosque dulce y sonoro; aquel cuya alma es una lira, viene á cantar en la sombra con vosotros.

17 de Julio de 1852.



II

No sé por qué he de hacer otra cosa que soñar

TOMO I

bajo el árbol en que la paloma torcaz suele posarse;
los carros pasan; oigo rechinar los duros ejes;

cuando las jóvenes van á lavar á la fuente, prestan
oído á mi lejano canto; y yo permanezco en el fondo
de los bosques misteriosos,

porque allí el jaral me ofrece flores sin cuento,
porque me basta ver como mi canción vuela, en la
sombra, hacia los espíritus, y el pájaro hacia el cielo.

5 de Marzo.

La parte de la Champaña en que estoy es muy fea;
mas ¿qué importa? Tengo aire, alguna hierba, una
parra á la puerta de mi casa; por otra parte, no es-
taré aquí mucho tiempo. No teniendo mis hijos á mi
lado, pretendo tener derecho á huir; siempre estoy
pensando en hacerlo, y cada día quiero marcharme
y me quedo. ¡Así es el hombre!

A veces todo se borra á mis ojos bajo el mal hu-
mor del nublado fastidioso; llueve. Triste país. Las
tierras dan menos trigo que cizaña inútil. Pronto iré
á buscar la verdadera soledad, donde se encuentran
los escollos sombríos é invencibles, donde se contem-
pla el mar. Mientras tanto, como Horacio á Fusco,

te envío, amigo querido, las corteses palabras que
debe el campesino al que reside en la ciudad. Piensas
tú en mitad de los tumultos taciturnos; y yo, que aquí
sólo contemplo á las hormigas, saludo, con toda clase
de miramientos, en tí al hombre que ve á los pigmeos.
Aunque vosotros tengáis fragua donde se forjan las
famas, los rumores, los acontecimientos escandalosos
y súbitos, no creáis tener razón si os figuráis ¡oh ha-
bitantes de la ciudad!, que en Bray-sur-Marne sean
aldeanos hasta el punto de ser unos brutos; no; aquí
se baila, se busca uno al otro en el bosque, se cae, se
ama; se es siempre Estela y Nemorino; Simona y
Tomasote saltan al son del tamboril; y los ancianos
padres regañan cuando, los domingos, las jóvenes ti-
ran á los mozos de la manga. Allí se guarda el rebaño
en la caa del parroco. A veces entre en la iglesia y me
quito el sombrero, mientras el señor cura fulmina, en
pleno púlpito, el idilio de un boyero y una vaquera.

Pero soy indulgente, más que él; porque ¡diablo!
el cielo azul y la dulce primavera turban un poco, y
los pajarillos dan aquí un detestable ejemplo. El joven
mes de Mayo es siempre el viejo templo en que, dul-
cemente remedados por los burlones mirlos silbado-
res, los que se aman van á adorarse entre las flores;
antiguamente fué Filis, hoy le toca á Juana, pero es
siempre la mujer devota del mes de Mayo.

Yo, como espectador, perdono; pues aun cuando
mi exterior da miedo, tengo el alma bonachona. Por-
que has de saber que intrigo mucho al pueblo. Se me
llama el hechicero, se hué de mí; se dice:—Es un
hombre en cuya habitación se oye hablar por la
noche; y á solas no se habla sino con algo negro.
He aquí por que doy miedo.

La casa en que resido, gruta que elegí para ser cenobita, es la posada. Se bebe en la sala baja; las jóvenes del país entran en ella, quítanse las medias, y van á ensuciar sus pies en la vecina charca. La sopa de col es el único plato que conocemos; una cama y cuatro paredes son mi alojamiento.

Así vivo; los campos tórnanse rojos por la noche; el espacio es confusamente sonoro por la mañana; el Angelus se esparce por el cielo al despuntar el día, y el sonido de las campanas me mece á la hora de acostarme. Poesía: un carretero que jura; varias gallinas picoteando una pared convertida en escombros; lejanos aullidos que conversan en la sombra; á veces una bandada de aves torcaces que emigran. Todo es pequeño, porque es feo, y sólo lo hermoso es grande. Esta campiña, en la que el alba parece nacer por fuerza, hasta donde me alcanza la vista no me ofrece desde la ventana casi nada; el camino es un suelo áspero, gastado, monótono, inclemente, en que hay algunos árboles, cuyas ramas tienen á veces con el viento conversaciones que oigo confusamente. La negra llanura alterna con las llanuras blancas. Ni un monte, tristes prados, poco césped. Y como única distracción, allá en el horizonte veo un grupo de bajos tejados, de los que sale humo, en medio de un paisaje insulso como Merimée.

IV

Cuando la luna aparece en la bruma de las llanuras; cuando la sombra, conmovida, parece que ha

recobrado la voz; cuando la noche llena de estremecimientos y de hálitos las pálidas tinieblas de los bosques;

cuando regrese el buey haciendo sonar su sonoro cencerro, semejante al poeta viejo, rendido, triste y hermoso, cuyo pensamiento continúa zumbando en la sombra ante la puerta de la tumba;

iremos, si tú quieres, á vagar por los valles, caminando sobre la hierba con pasos silenciosos, y contemplaremos las bóvedas estrelladas. En los campos es donde se ve el cielo.

Nos pasearemos por las verdes campiñas; inclinaremos, llorando por lo que se desvanece, nuestras almas, abiertas en el mundo por la desgracia, sobre las flores que se abren por la noche.

Hablaremos en voz muy baja de las cosas infinitas. Todo es grande, todo es dulce, aun cuando todo sea obscuro. Abriremos nuestros corazones á las sombrías armonías que descenden del hondo azul.

Es aquélla la hora en que el astro brilla, en que resplandecen las mujeres. Tu pálida y vaga belleza deslumbrará mis ojos. Soñadores, uniremos la turbación de nuestras almas á la serenidad del cielo.

La tranquila y sombría noche no hace sino una oración de todos sus rumores y de los rumores del día; nosotros, de todos los tormentos de esta amarga existencia, no haremos sino amor.

15 de Junio de 1849.

V

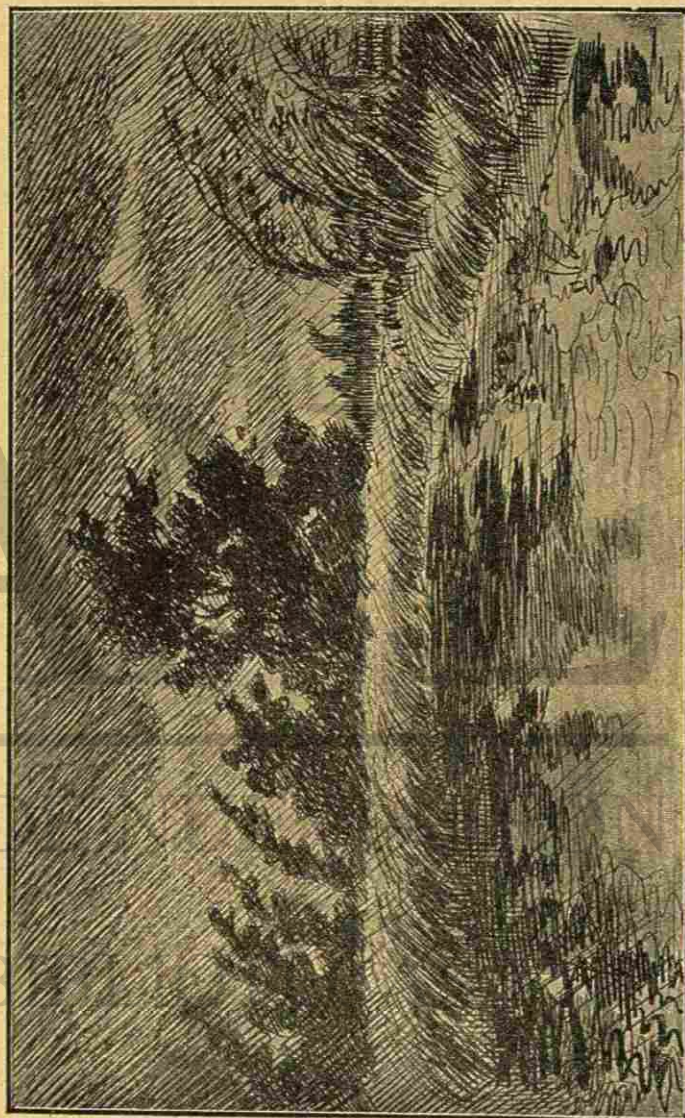
NUBES

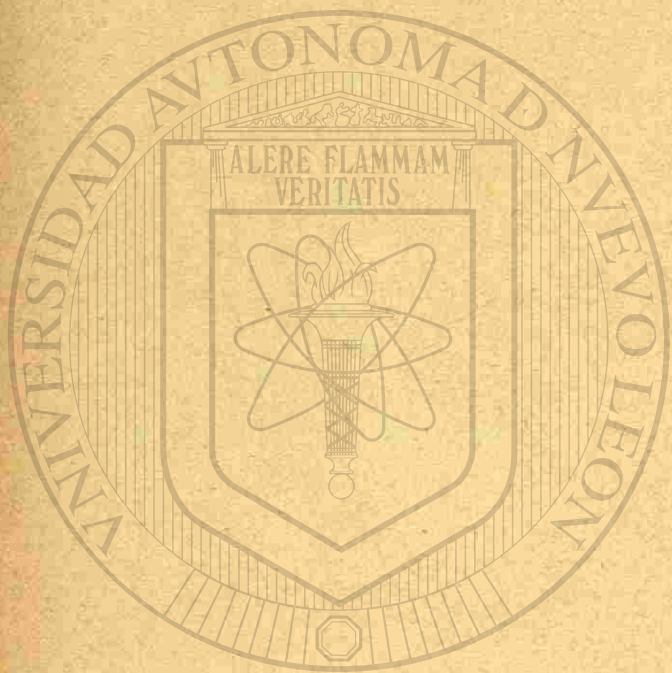
I

El cielo se oscureció súbitamente; aproximábase la tempestad; alzando la cabeza, en el horizonte percibí una inmensa nube oscura. Aún no rugía el trueno; el césped se estremecía á mi alrededor; temblaban los ramajes de los árboles, y los lejanos transeúntes apretaban el paso. Mientras tanto, la nube del contorno vidrioso y rojizo crecía rápidamente, como un monte que se acercara hacia nosotros. Espantábanse las yeguas y huían las ovejas balando á intervalos. Terror de los bosques profundos, de los silenciosos campos, llenando de repente todo un lado del cielo, un fulgor siniestro, espantoso, desconocido, iluminó con un reflejo cobrizo las negras nubes y desapareció; como si, bajo el soplo del Señor, nadaran grandes peces de fuego y escamas de oro, vastas formas movidas al azar en aquel sombrío Océano de bruma y nubes, y entre las olas de la pasada nube negra, se hubieran dejado entrever vagamente por algunos instantes.

II

Avanzamos; ha llovido toda la noche; el viento llora entre los abetos; no ha salido el sol; todo tiem-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pla; el cielo, de tinte gris y mate, nos envía tristemente una claridad de interior de casamata.

De repente, al dar la vuelta á una curva del sendero, aparece una nube entre dos montes oculta. Está en el pequeño valle como en un enorme vaso. Es una pared de niebla, sin color y sin forma. Más allá, nada. Todo cesa. No se oye ningún sonido; se ve el último árbol y el último matorral. La bruma, caos lúgubre, impenetrable y vacío, en el que flota espantoso un livido fulgor, llena el ángulo horrible de la hondonada de granito. Creeríase que allí concluye el mundo y que va á comenzar la niebla sin fin.—Límite en que el alma y el pájaro sienten que su ala se debilita, abismo sobre el que el pensador inclínase con espanto, pozo de la sombra infinita.—¡Oh!, decíame yo, ¿eres tú?

Entonces me sumí en mi obscuro pensamiento, dejando vagar á la ventura á mis compañeros.

Pirineos, 28 de Agosto.

A CAUTERETS



Por la mañana, los vapores, en blancas y tenues gasas, se levantan á un mismo tiempo á través del bosque inmenso, de todos los torrentes negros, de todas las colinas, de todas las cimas á la vez.

Dudosa claridad empaña el horizonte; el alba es pálida; el cielo velado no tiene el color azul que tanto nos gusta; tan espesa es la bruma de largos flecos que se desprende de la pendiente chorreante de los viejos montes.

Créese verles saltar como en tiempos del proteta, y uno se dice presa de miedo y de estupor:—¡Oh monstruosos caballos! ¡Qué carrera habrán hecho cuando sus grupas humean de tal modo!

21 de Agosto.

VII

Señor, he meditado durante las horas nocturnas. Y como un anciano, he ido á sentarme sobre las desiertas cumbres, en los lugares taciturnos, á los que no va el hombre, en los que sólo se encuentra á vos.

He escuchado los chillidos de los pájaros siniestros, he visto á la pálida flor estremecerse entre el césped, y al árbol salir llorando por entre el crespón de las nubes, y al alba temblar, lívida, en el horizonte.

He visto, por la noche, flotar las vaguedades negras, que se arrastran por la llanura sin hacer ruido; he visto, desde lo alto de los lúgubres promontorios, los sombríos temblores del mar durante la noche.

He visto pasar por entre los abetos la luna horrible. Y por momentos, testigo horrorizado, creí sor-

prender la actitud de terrible turbación de la creación ante la eternidad.

28 de Agosto.

VIII

EPÍLOGO

—¡Un periódico! Dadme papel para escribir una carta, y ved si viene el cartero. Parece que el correo tarda hoy más que otros días. Viento, niebla, lluvia. Estamos en Junio. Encended lumbre. ¡Qué aire sombrío y refractario el de estos campos! Una enorme nube negra está próxima á la tierra; el día inclina la frente, el cielo es hoy angosto; y en la calle, alineados de tres en tres, oprimidos dentro de sus trajes y estirados por sus broches, pasan los *teatotallers* (1), á quienes embriagara su bebida. Son jóvenes, muchos no pasan de veinte años, y mientras que, mirando la vida con pedantería, dejan transirse á Lisa, á Gotón ó á Betsy, el agua que beben les sale por la nariz en cánticos de iglesia. Antiguamente aquellos eran los tiempos de la divina y bella primavera; Sileno roncaba en el antro lleno el vientre de vino; Mayo se estremecía á la claridad del alba, y mágicas flautas respondíanse en la sombra, en el fondo de las geórgicas; corría el agua, jugaba el aire; la culebra enamorada llenaba de ho-

(1) Bebedores de te. Pronúciase: *titolleurs*.

rror á Eglè con su estertor ahogado; los pavos reales abrían su ancha cola en la claridad; y llamas en el azul, las nueve diosas azules flotaban por la noche entre la tierra y el cielo, dejando ver tras sí las estrellas, esos ojos del vago crepúsculo; confundían á Mosco en Siracusa con Virgilio sentado en el Junculo, y las fuentes que lloran, los rebaños, los sueños bajo los árboles, las flores, los bosques, Amarilis, Filodocio, y á Mnasiló con su misterioso y sombrío sacerdocio.

Guernesey, 29 de Mayo de 1856.

IX

El crepúsculo de la tarde tranquilo y profundo se esparce por la llanura. Sentémonos, hija mía. El sol poniente derrama vago fulgor bajo el arco del viejo puente.

El martillo de una lejana fragua responde al Angelus. Dios en la campana y el hombre sobre el yunque forjan la misma cosa; la estrella se enciende en el cielo, al mismo tiempo que en la tierra se enciende el hornillo. Como ves, nuestro destino se halla, ángel mío, en esos dos sonidos, que son dos voces, dos voces austeras; ambos aconsejan al hombre en el misterio, mostrándole la meta, el puerto, el timón. La campana dice:—¡Ora!—¡Trabaja!—murmura el yunque.

15 de Septiembre de 1849.

X

David, el mármol es sagrado, el bronce es venerable. En el bosque en que crece el tilo y el arce, donde la encina se estremece, donde los gérmenes vivos, como una boca abiertos, absorben el aire y la ola, bajo el río morado que, haciendo rodar sus aguas, descompone en sus ondas las sombras de sus orillas, bajo el colosal monte, bajo la enorme meseta que labrara Jehovah con su divino martillo, en los valles encantadores, bajo la fresca pradera, ese globo permite que vea nuestro ensueño y oculte al propio tiempo á nuestros ojos, carnales en exceso, gloriosos metales, eternos granitos, surcados por negras vetas y manchas blancas, jaspeado como el suelo por las sombras del ramaje, pedruscos en los que filtra la savia, por los que el agua sube y baja, que el río conoce, que la montaña siente, y á los que el áspero bosque oprime y obliga á mover la tierra bajo su austera raíz. Porque las cosas gustan de serlo y todo se confunde en todo. Un espíritu benévolo, inteligente, profundo, circula por los campos, por el aire, en la sonora corriente; y la creación sabe lo que ignora el hombre.

XI

LA HIEDRA

Tranquilos y pacíficos horizontes son aquellos; en las faldas de las colinas se ven magníficos vedados; el resto del país, bajo su cielo gris ó azul, es una llanura, con una iglesia en el centro.

Una monstruosa hiedra de tallo arborescente, que sale de la hierba semejante á una garra poderosa, como uno de los mil brazos de Cibeles, la de la frente verde, pared en el campo árido y cubierto de espinos, haber un día asido la aislada iglesia y échola ir saliendo poco á poco de la tierra. Torre, estribos, ábside, puerta de anchas columnas, todo lo oculta y lo roe todo con sus frondosas ramas. Sin duda que en la sombra habla á aquellas murallas y les dice:—Antiguamente dormíais en las entrañas de las colinas, de las que el hombre constantemente arranca el mármol, el granito, el cemento y la arcilla. ¡Oh piedras! Debéis estar cansadas de oír cuchichear á los hombres, esparramarse á las tempestades, gemir en los campanarios á las campanas de bronce. ¡Tornad, pues, á ser gujarros, pedernales, rocas! ¡Caed ya confundidas sobre la negra tierra! ¡Volved al profundo seno de la eterna abuela!

Bondout, 5 de Noviembre de 1846.

XII

¡Naturaleza! ¡Alma, sombra, vida! ¡Oh velada figura! ¡Oh esfera siempre negra y siempre estrellada! ¡Oh misterio de hojas de bronce! ¡Texto escrito en las nubes y también en mármoles! ¡Biblia hecha de olas, de montañas y de árboles, de obscuridad sombría y de azul sereno!

A menudo, cuando la media noche suena en los campanarios de la costa, mientras que en el mar, á lo lejos, siniestro y alto huye el navío, el enorme corcel, y mientras que por encima de los mástiles, doblados bajo el peso de las velas, la nube al pasar desgárrase en las estrellas, como un manto atravesado por clavos de acero;

á la hora en que el Atlas ve regresar al tigre, en que el león ruge en la frescura del antro, mientras que el agua de los manantiales brilla, y sobre los restos de los bajorrelieves de Tebas, la vieja sombra Tenaro y el antiguo espectro que los antiguos llamaran Erebo entreabren sus ojos llenos de negrura;

mientras Ormuz adormece á los parsis y á los gauros; y las esfinges chatas, dejando en las tinieblas aullar á las hienas y á los chacales, leen, en el desierto, estirando sus garras, las constelaciones, sombríos jeroglíficos del negro frontis zodiacal;

mientras que el pensador, escudriñando en la no-

che sublime, ansioso de saber lo que le quiere el abismo, negrura de la que nadie ha regresado, pregunta al rumor, al aire, á la sombra, y mide uno tras otro el dolor y la esperanza, esos dos aspectos de lo desconocido;

en el profundo instante en que el alma está aturrida; en el que no sé qué hidra se arrastra y va á ocultarse enroscada en un rincón, religioso momento en el que la naturaleza se doblega, fase oscura en la que el cielo se serena con un soplo y la tierra con un suspiro;

en aquella sagrada y turbia hora en la que el alma humana, celosa, avara, impura, ávida, cobarde, vana, falsa como el histrión, muestra, sembrador abyecto de sus propios desastres, los siete horribles vicios, y el cielo los siete astros del septentrión eterno;

cuando la profunda noche hace del mundo una cárcel; cuando la ola, rodando de un polo á otro, se surca en tenebrosos valles; cuando el monstruoso mar, lleno de chillidos, mira estremeciéndose cómo vuelan bajo las nubes los sombríos aquilones, que parecen águilas;

ó, más tarde, cuando el día, vago esbozo, comienza... ¡oh llanura que se estremece! ¡inmenso ruido de la mañana!, todo es entonces taciturno y lúgubre todavía; el negro horizonte parece lleno de divinos dolores; el círculo de los montes forma la corona de espinas; el alba forma la aureola de oro.

Yo, mientras todo sueña en esos sombríos espectáculos, sea que la noche, semejante á los templos arruinados, obscurezca el azul oscuro, sea que el

alba, feroz y toda llorosa, por encima de nuestras miserias parezca el asustado ojo del infinito,

me pongo á pensar, triste, junto á las aguas y las ideas que entonces surgen del mar, empujadas por un viento confuso, fugitivo enjambre hijo de la onda, que la áspera espuma me trae á través de sus vapores, rodéanme en silencio y, con sus manos abiertas, ante mis ojos entreabren el libro horrible.

XIII

Un monumento romano ha caído en el viejo prado normando.

Los niños, que hacen un ruido encantador, van á jugar allí á la hora en que el sol se muestra; y se encuentra en el camino que va del Havre á Dieppe. Algún pastor agachado en el camino os acompaña, ó bien os sigue tendiéndolos la mano. Los vecinos villorrios mezclan su humo con el ramaje de los árboles y se oye el canto de los gallos entre las ramas.—Allí es,—dice el pastor. Y no percibís sino piedras y arbustos. Pero, mirando bien, inclinándose un poco se van viendo, en la hierba en que brilla praderil en su soberbia alegría, antiguos frontis esculpidos, bajorrelieves triunfales, monstruos cargados de torres y carros adornados de guadañas, soldados que, sin impedir el vuelo de las golondrinas, sitían bajo las flores indefinibles ciudadelas; y bajo los juncos, como bajo una mortaja, se ve al gran César, que piensa, en la negrura, triste y solitario; los dacios, negros perfiles

llenos de insulto y el odio; la sombra, y un no sé qué
que fué el águila romana.

16 de Abril de 1847.

XIV

EL VERANO EN COUTANCES

¡Ah! El equinoccio busca camorra al solsticio, y
el encantador Junio nos ofrece un cierzo un tanto
pérfido; ¡el estío de Neustria es normando!

Nuestro verano molesta con sus trapacerías, gusta
su sorpresa de embaucarnos; se retracta, resuena el
trueno, graniza; llueve, que es una manera de llorar.

Pero ¿qué importa? Sus rayos, vencedores orgu-
llosos, se deslizan entre dos tormentas, y en las nubes
reina la púrpura, y el triunfo está en los corazones.

Esta gran hierba es mi imperio. ¡Soy el misterioso
amante del alma oscura que suspira en el fondo de
los bosques y en el fondo de los cielos!

Soy rey entre las flores rojas. Y ¡qué éxtasis verse
mezclado con los pájaros, los vientos, las abejas, con
el vago vuelo de todo el mundo alado!

El árbol hueco me ofrece una silla; el iris os sigue
con su ojo azul; aquí contempla uno; parece que se
besa el borde de la túnica de Dios.

XV

Venid á vernos al asilo en que tenemos el nido
oculto, á donde Cloe seguiría á Mnasiló, al que el
Amor seguiría á Psyquis.

Si os gusta la música, aquí es donde extiende su
vuelo; Gluck tose; Haydn, junto al ruiseñor, es un
tísico.

Aquí, la flor, el poeta y el cielo cantan preciosos
tercetos; ¡oh solo de la alondra! ¡oh coro de las oro-
péndolas!

¡Canto fiero y sonoro de la mañana! El pájaro os
lo cantará. Seis mil años ha que la aurora trabaja en
esta ópera.

Venid; orgullosos de vuestra presencia, los cam-
pos, que son jardines, tendrán atenciones mil para
vosotros los habitantes de la ciudad.

Nuestras rocas se pueden comparar con los már-
moles. Lo bello se hará lindo. Bajo los grandes árbo-
les, el gorrión, aunque franco, será cortés.

Mayo alegre y Junio fresco y tierno, llegarán á
propósito para que podáis gozar con el sonido del es-
quilón de los rebaños.

Venid; veréis las rudas abarcas del viejo labrador

normando; las moscas entrarán aturdidamente por las ventanas.

Al anochecer, bajo las cepas vírgenes, veréis á Dios que nos alumbra encender los mil cirios de su misa de media noche.

Y olvidaremos las cosas que hacen reir y llorar; el hombre ingrato, los años de escasez, el agua sombría en que va á morir el esquife,

la huida de la esperanza, los corazones falsos, el tiempo breve, y que se reparta la Francia en la Gaceta de Ausburgo.

25 de Junio de 1859.

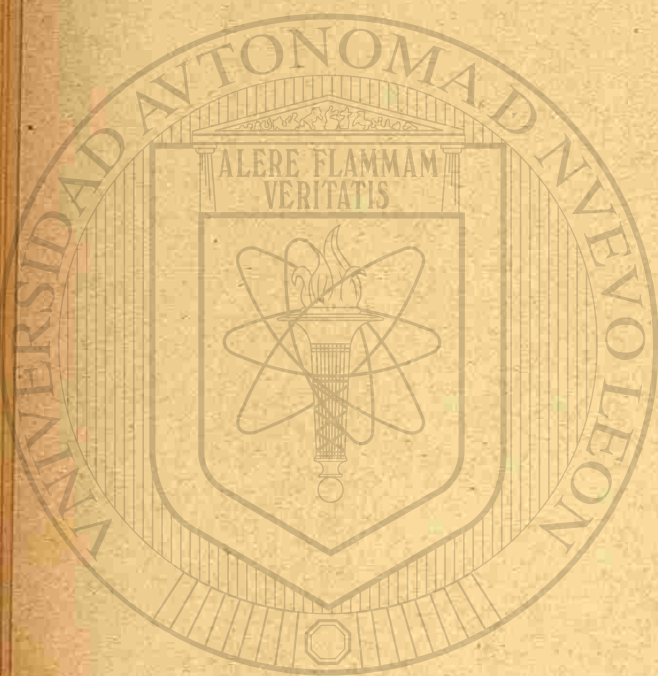
XVI

Á GUERNESEY

Aquellas rocas del Océano lo tienen todo: terror y gracia, cielo, mar, escarpadura, ante todo cuanto pasa, sombrío rumor que en ocasiones parece un himno bendito, paciencia para soportar del infinito el peso; y en aquellos desiertos rígidos, regidos por un orden espantable, se siente uno crecer un ala, y el alma se torna águila.



Lám.^a 9



XVII

NOCHE DE TORMENTA

Aúlla el viento; la ráfaga, como yegua cubierta de agua, sale del obscuro abismo, y relinchando sobre el agua azul, con las crines esparramadas de su cola azota el firmamento.

El horizonte, que á cada momento cubre la ola, bajo el obscuro cielo, corre tortuoso como una serpiente. Todo el mar está revuelto; el agua se llena de un ruido enorme y monstruoso.

La ola se acerca, huye, vuelve á aproximarse, y da vueltas como la campana en el campanario; luego cae y salta nuevamente; la oleada inmensa y sonora estréllase en la roca.

El Océano azota la tierra. ¡Oh misterioso herrero del negro manto! ¿Qué forjará en la bruma, para descargar tal martillo sobre tal yunque?

La hidra escamosa de ojo verdegay se enrosca sobre las roncadas olas sin freno ni bocado; la tempestad maniática agita en lo más recóndito de la charca los huesos de los muertos.

El mar entona un canto bárbaro, los marineros

están en el puente, chorreando agua; el relámpago, por encima de los promontorios, deslumbra con sus ojos blancos á las negras olas.

Los marinos que están en alta mar tiran la carga excesiva: cañones y fardos. Pero la ola ruge y blasfema:—¡Lo que yo quiero,—dice,—es tragarnos á vosotros, marineros!

El cielo y el mar andan revueltos. Es la estación, es la tormenta, es el clima. La obscuridad ciega al piloto; la vela, hecha jirones, tirita á la punta del mástil.

Todo se lamenta; el ancla á la proa, la verga al cable, la rueda al cabrestante. En el agua que ruge, créese ver, como un monte que rueda sobre la ola, el Leviatán.

Todo emplea un asqueroso lenguaje; el vaivén habla al cabeceo, la cofa al foque. Uno dice:—El agua sombría sube. El otro dice:—La aldehuela duerme al canto del gallo.

Es un viento del otro mundo el que atormenta al agua profunda en todo sentido y que ruge con la lluvia; la eternidad revuelve de arriba abajo la inmensidad.

¡Esto es hecho! La cala está llena. ¡Adiós, casa, verde llanura, atrio purpurino! El hombre exclama:—¡Oh, Providencia! La de los dientes blancos, la muerte, danza más encima del bauprés.

Y en la sombría confusión, alguna hada descabellada, Urgela ó Morgán, á través del viento

que sopla, lanza, riendo, su zapatilla contra el huracán.

2 de Febrero de 1854.

XVIII

EN MI SILLÓN

¡Oh viejo antro! Ante esa ceja que frunces, entre los silbadores juncos, las espigas, las ortigas y los cardos, que arranca con sus dientes el asno positivo; bajo el amparo de una encina atenta que llevaba el compás con su enorme cabeza, daba codazos al fresno y hacía señas al olmo; en lo profundo del matorral sombrío, donde, bajo el árbol entreabierto, el hada apoya sus codos en los cojines de musgo de terciopelo verde, debutaba una joven pardilla.—¡No lo hace mal!—dijo al oírle una alondra, que, oculta entre la hiedra y la clemátida, púsose á tararear; y, pensativo, yo escuchaba á aquella *prima donna*.

15 de Octubre de 1874.

XIX

Es la hora en que el sepulcro llama al mochuelo.

En el horizonte se ve la extraña silueta de un

enorme brazo con curvas de serpiente; diríase que protege, diríase que esparce no sé qué amor terrible en aquella oscuridad.

¿Es Arimán?

¡Oh cielo! Bajo los innumerables astros en el aire, en la niebla en que vuelan los grifos, en el confuso caos de los profundos ramajes, en los prados, en los montes, en el amplio mar verde, en la inmensidad azul que se abre á las auroras, ¿qué es lo que el espíritu del odio puede amar? El, que todo quiere secarlo, ¿qué puede hacer germinar? ¿Qué puede escribir en el cielo azul su negro dedo? ¿En qué fija su espantosa sonrisa? ¿Qué mira paternalmente? ¿Hace nacer un invierno tal que no haya estío después de él? ¿Procura á los dardos un blanco nocturno? Parece feliz. Habla á las cosas invisibles; les habla tan bajo, tan despacio, que se puede oír el movimiento del rayo de luna que se mueve y el vago rumor de las dormidas colmenas; su espectro hace aumentar las tinieblas descoloridas; no se sabe qué hace, no se sabe qué dice; conmovidos, los lobos levantan sus cabezas de bandido; habla Eblis; y el horroroso vampiro, los lémures, como si se tratara de una promesa, acogen su murmullo; nada tan cariñoso como aquella oscura voz; como canta y susurra un nido de pájaros en el bosque, como sube y baja en su alcoba humilde un seno virginal, así cuchicheaba el feroz espíritu, aquel á quien Mahoma llama el sombrío emir.

Y, sin embargo, se estremece la oscuridad, y la madre siente que el hijo, que no tardará en nacer, tiembla en su vientre, porque el alma humana teme tal vez, cuando una inmensa mano muéstrase en el

cenit, que menos parece un dios maldecidor que un demonio que bendice.

28 de Abril de 1872.

XX

AL ANOCHECER

Mira la noche como baja tranquila y silenciosa. Septentrión, delta de los soles, escribe en el cielo la sombría mayúscula del divino nombre; Venus, pálida, deslumbra al tétrico crepúsculo; arrastrando sombrío y convulso, la primera rama que encontrara, el leñador anhela en su cerebro pensativo la marmita que ha de calentar en el hogar su ancho vientre; y ríe y aprieta el paso; duerme el pájaro, el buey regresa, los lanudos asnos pasan con sus albardas; luego cesa el ruido de los campos, y se oye como charlan la balluca y la espuela de caballero en voz baja. Mientras que el horizonte conviértese en silueta y los matorrales negros tiemblan al soplo de la noche, en ciertos puntos el agua brilla en la sombra, y los blancos nenúfares, flores en que habitan hadas, las azules miosótis, los iris, las ninfas, inclinadas y estremecidas, fijan sus miradas en vagos espejos, claros y misteriosos.

XXI

Paréceme ¡oh noche helada! que hoy abrigas alguna mala y lúgubre idea; avanzas sin luna, sin viento y sin rumores. ¿Es que, después de dejar sueltos á todos los seres infames y á todos los seres cobardes, tratas ¡oh noche sombría! de hacer traición y de apoderarte bruscamente del pájaro que duerme, y confiado, con el ojo cerrado, con el ala cubriendo su delicada cabeza, tiene bajo su pata la temblorosa rama del buen Dios, para entregarle á cualquier pico negro, siniestro y furioso?

23 de Mayo de 1855.

XXII

CUANDO SALÍAMOS DE AVRANCHES

¿Os acordáis, amigo mío? Cuando salíamos de Avranches, un bello sol poniente atravesaba las ramas de los árboles; la rueda de nuestro coche rozaba los verdes arbustos. Los tres mirábamos hacia el cielo, los campos y el mar, y el éxtasis mantuvo mudas por un momento nuestras bocas, porque ella, vos y yo éramos tres poetas.

¡Dulces instantes en los que el corazón se llena hasta los bordes!

Luego volvió el camino, en la senda se formó un pliegue y el Océano desapareció detrás de una caña.

Sin embargo, todo continuaba lleno de luz; el sol hacía mayores las sombras de los transeúntes, y haciendo brillar el agua que se veía á lo lejos, iluminaba claros espejos bajo las ramas de los sauces. Un puente, hecho por César cuando pasara por las Galias, mostraba en el horizonte su viejo perfil romano; lindos niños, descalzos de pie y piernas, corrían por los caminos; nosotros depositábamos en sus manos todas nuestras monedas; ellos, despojando los prados, la maleza y los setos, nos enviaban ramos de risueños colores; nosotros les mandábamos una limosna, ellos nos daban flores; y así todos ganábamos; ellos un trozo de pan, nosotros alguna alegría.

Pronto lo cubrió todo el obscuro crespón de la noche. Pasábamos al galope por delante de negros pueblos. Bajo las rojizas rayas movíanse algunas sombras; purpurinos rostros reían á la puerta de las casas. Mientras tanto, á través de aquellas visiones nocturnas, nuestros cuatro ardorosos caballos, envueltos en el polvo y el ruido, corrían sacudiendo sus cascabeles de cobre, y los perros ladrando, sofocados de tanto aullar, quedaban sin resuello por seguirlos.

Cuando la mañana azuló el techo, á la hora en que la mirada ve en el éter profundo inclinarse los siete astros del polo, ella apoyó en mi hombro su blanca frente, y se durmió. Nosotros continuamos la conversación; decíamos que, si la Poesía, con los ojos llenos

de luz como la fe, su hermana, reina en el alma del ser humano, la Escultura, pagana, ejerce su dominio sobre la carne; porque, en realidad, en este arte está el secreto del genio antiguo, y como Fidias, Juan Goujon adoraba á Diana, la diosa de los largos cabellos de ébano, cuyas flechas, turbando la montaña tebana, siguen al gamo, que salta en su fuga el foso, y atisba atentamente, apoyado en sus patas traseras.

Junio, 1830.

XXIII

PRIMAVERA

¡Llegaron los largos días de luz, de amor, de delirio! ¡Llegó la primavera, los risueños Marzo y Abril, el florido Mayo, el ardiente Junio, todos los hermosos meses amigos! Junto á los dormidos ríos, los álamos se doblan vagamente como grandes palmas; el pájaro palpita en el fondo de los tranquilos y tibios bosques; parece que todo ríe y que los verdes árboles, contentos de hallarse juntos, se recitan versos. Al nacer, el día se ve coronado por un alba fresca y tierna; la caída de la tarde está llena de amor; por la noche, á través de la inmensa sombra y bajo el bendito cielo, creese oír algo que es feliz cantando en el infinito.

XXIV

EN LOS JARDINES DE LA MARGRAVE SIBILA

El jardín estaba lleno de escogida concurrencia. Sibila, con cierta ironía, tenía su corte en un extremo, gobernaba con la punta de su abanico duques, hacendistas, prelados, su rebaño; las terrazas parecían setos de ojaranzos, y más de una Radamira hablaba con alguna Araminta; en el fondo de un antro, en la obscuridad, un viejo fauno encorvado se las echaba de genial con un cura joven; dos filósofos ebrios discutían gesticulando y confundían el Fedón con el Digesto; y uno contestaba:—Quiá,—cuando el contrario decía:—Cur.—Brillaban las grutas, y en la semi-obscuridad, veíanse brazos desnudos y gargantas alabastrinas, diosas que reían entre las ramas de los árboles, mientras que los marqueses, con capas á la española, leíanles sonatas que silbaban los ruiseñores.

XXV

LO QUE ES SALIR LLEVANDO CONSIGO UN NÚMERO
DE «EL CONSTITUCIONAL»

Hace buen tiempo; el aire es puro; el cielo es de un azul fresco. ¡Murió el invierno! Geronte, adiós;

de luz como la fe, su hermana, reina en el alma del ser humano, la Escultura, pagana, ejerce su dominio sobre la carne; porque, en realidad, en este arte está el secreto del genio antiguo, y como Fidias, Juan Goujon adoraba á Diana, la diosa de los largos cabellos de ébano, cuyas flechas, turbando la montaña tebana, siguen al gamo, que salta en su fuga el foso, y atisba atentamente, apoyado en sus patas traseras.

Junio, 1830.

XXIII

PRIMAVERA

¡Llegaron los largos días de luz, de amor, de delirio! ¡Llegó la primavera, los risueños Marzo y Abril, el florido Mayo, el ardiente Junio, todos los hermosos meses amigos! Junto á los dormidos ríos, los álamos se doblan vagamente como grandes palmas; el pájaro palpita en el fondo de los tranquilos y tibios bosques; parece que todo ríe y que los verdes árboles, contentos de hallarse juntos, se recitan versos. Al nacer, el día se ve coronado por un alba fresca y tierna; la caída de la tarde está llena de amor; por la noche, á través de la inmensa sombra y bajo el bendito cielo, creese oír algo que es feliz cantando en el infinito.

XXIV

EN LOS JARDINES DE LA MARGRAVE SIBILA

El jardín estaba lleno de escogida concurrencia. Sibila, con cierta ironía, tenía su corte en un extremo, gobernaba con la punta de su abanico duques, hacendistas, prelados, su rebaño; las terrazas parecían setos de ojaranzos, y más de una Radamira hablaba con alguna Araminta; en el fondo de un antro, en la obscuridad, un viejo fauno encorvado se las echaba de genial con un cura joven; dos filósofos ebrios discutían gesticulando y confundían el Fedón con el Digesto; y uno contestaba:—Quiá,—cuando el contrario decía:—Cur.—Brillaban las grutas, y en la semi-obscuridad, veíanse brazos desnudos y gargantas alabastrinas, diosas que reían entre las ramas de los árboles, mientras que los marqueses, con capas á la española, leíanles sonatas que silbaban los ruiseñores.

XXV

LO QUE ES SALIR LLEVANDO CONSIGO UN NÚMERO
DE «EL CONSTITUCIONAL»

Hace buen tiempo; el aire es puro; el cielo es de un azul fresco. ¡Murió el invierno! Geronte, adiós;

buenos días, Clitandro. No quiero hacérmelo repetir; el estío nos llama, el idilio recobró su libertad. No dejaré, por cierto, de aprovecharme de la apertura de tales puertas, puesto que Abril nos devuelve la naturaleza, puesto que la primavera nos invita á ir á oír relinchar los caballos de la aurora. He aquí mi programa: en las alturas, voces divinas; las flores se inclinarán en las hondonadas; Lalageo se pondrá rosas en los cabellos, y reirá; los rayos de ambos sexos podrán mezclarse; el césped dejará de ser timorato; murmurarán los bosques:—Aquí se casa uno. Y el árbol tendrá tanta sombra y los corazones tanto fuego, que no se encontrará en Dios ni un solo defecto; Pan nos dejará ver su inmensa alma enternecida; la naturaleza soñará; nada se mortificará por vivir y amar; crearemos oírnos nombrar en cuchicheos y nos figuraremos en el fondo ser conocidos por los pájaros; los cielos, las aguas, los prados donde nacen las églogas, serán casi tan bellos como una decoración de ópera; las mariposas harán lo que les plazca; los nidos cruzarán de rama á rama y en voz queda preguntas libres y respuestas francas. Y yo aspiraré el aroma de las campanillas y la sombra será tibia, y juntos despreciaremos, en lo profundo de estos bosques, ¡oh ninfas de Sicilia!, á Barbey d'Aureville, el imbécil espantoso.

8 de Mayo.

XXVI

¿En alguna ocasión, hallándoos solo en el desierto, oísteis carcajadas en el bosque? ¿Huísteis al escuchar-

las, bañados en un frío sudor? Y semintroduciendo la mirada de vuestro pensamiento en ese mundo desconocido, del que sale la visión, ¿meditasteis alguna vez acerca de la creación entera en profundidades extrañas y terribles, del negro hormigueo de las cosas invisibles?

7 de Julio de 1846

XXVII

EL FIN DE LOS MUNDOS

Esta creación, que nos parece inmortal, muere; mas ¿cómo nace? ¿De qué modo concluye? ¿Qué ojo sombrío vió expirar mundos?

Bogan casi extinguidos hacia la cloaca que ha de tragarles; descienden, ruedan por ellas; ola de eternidad se estrellan en sus orbes, y la agonía horrible, con sus exhalaciones, se traga lentamente sus prolongados horizontes. Estos pasan, horribles con sus lívidos fulgores; en el horror de los inmensos vacíos, parecen cascos de naves arrastrados por no sé qué feroz y lamentable viento, cráneos de gigantes, cabezas fulminadas; sus redondeces siniestras flotan semianegadas; el impulso que toma lo que no es vivo y que empuja la larva y la ceniza hacia adelante, impulsa hacia la nada aquellos trágicos vestigios, que pierden, como se pierde la sangre por las heridas, los elementos del ser, que se disuelven; la pálida muerte se cierne

sobre ellos, como un alción; y en la obscuridad que, bajo la inmensa niebla, los cubre con la formidable y negra espuma, cual náufragos que por turno van saltando del esquife en que se guarecieran, el tiempo, el día, el espacio, el número y la forma, quitan lúgubremente de la obscuridad aquellas pavesas.

XXVIII

No os creáis ni grande ni pequeño. Contemplad.

Sentaos, por la noche, bajo los cielos estrellados, en la falda de un monte y cerca del mar profundo; mirad cómo la espuma se desvanece sobre la onda;

ved cómo de las olas surgen las constelaciones; mirad temblar á la alga, mirad como huyen los alciones; escuchad los sordos rumores que se producen en aquella obscuridad;

recordad el número de vuestros antepasados; dejad que vuestra alma, apenada por la fuga de los días, se funda con el recuerdo de vuestros jóvenes amores;

llorad mientras el agua murmura en la playa; y pensad luego en Dios, que mira y medita, clemente siempre, siempre favorable, siempre vigilante;

en Dios que, con el mismo ojo igualitario y benévolo, mira cómo el cometa mueve su cola flamígera y al pájaro extraviado en la inmensidad azul.

28 de Julio de 1846.

XXIX

TARDE

El oblicuo camino desaparece en las hondonadas, que, en las alturas, á través de los deformes árboles, ven brillar el siniestro y metálico cielo.

Por las orillas vagan algunos seres; ábrese el nocturno nenúfar; furtivas agitaciones doblan la hierba, arrugan la ola.

Mezclando los fulgores con las aguas, las anchas esfumaciones de sombra esbozan en la obscura llanura el monstruoso aspecto del caos.

De repente levántanse los espectros. ¿De dónde salen? ¿Qué quieren? ¡Dios! Perfiles horrorosos que surgen de todas partes.

Anda. Las horas pasan con lentitud. Conforme camina, ve encenderse allá arriba aquellas púrpuras sangrientas, lúgubres esplendores del sol poniente.

A lo lejos, una campana, un yunque, esparcen por el aire sus débiles sonidos. A sus piés, en la bruma, flota el paisaje inmenso y tranquilo.

Todo se extingue. Retrocede el horizonte. En la lejana obscuridad ve mostrarse en el crepúsculo las vagas formas del anochecer.

La llanura, que azota una brisa ligera, se abre á todos los vientos, y á la serenidad de la hora, une la extinción de todos los ruidos.

A penas si se oyen tenebrosos murmullos, las palpitaciones incoloras de lo que vela cuando en el espacio muerto duerme todo.

Las malezas, las arcillas, los olmos, los sauces, el lienzo de pared, tórnanse disformes contornos de no sé qué mundo obscuro.

El insecto de nocturnos élitros imita el grito de los aquelarres; los estanques parecen vidrios por los que se ve el cielo de abajo.

Gradualmente, montes, selvas, cielos y tierra; todo toma el aspecto terrible y grande de un mundo que penetra en un misterio, de un navío que entra en la obscuridad.

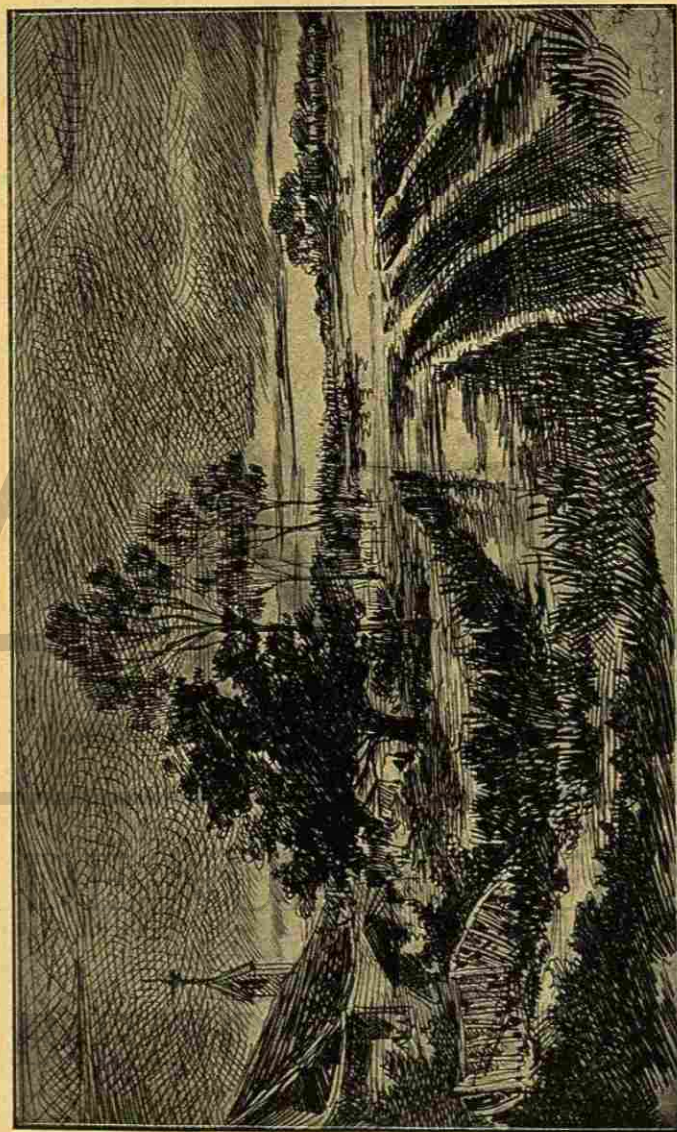
XXX

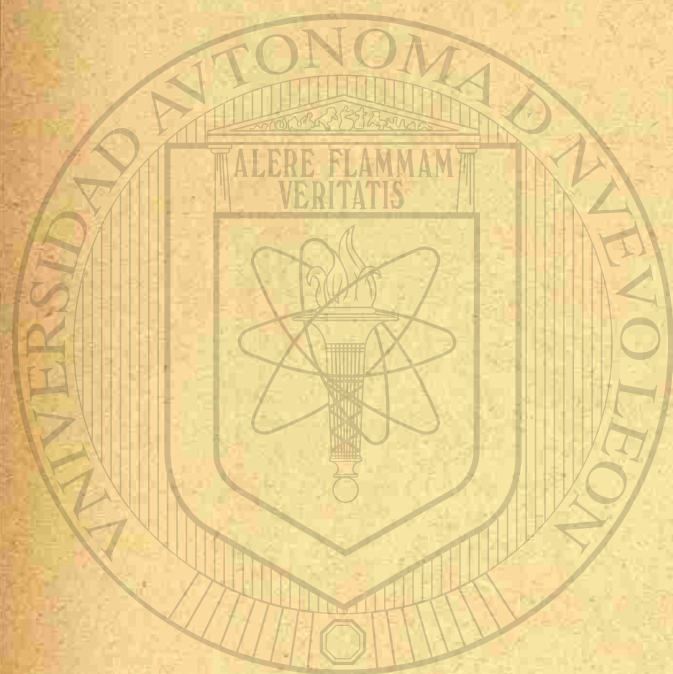
NOCHE

*

El cielo de estaño sucede al cielo de cobre. Da la noche un paso. Van á vivir las cosas hijas de la sombra. Los árboles habían bajo.

El viento, soplando desde los empíreos, hace tem-

Lám.^a 10



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blar en las ondas, en las que brilla el manto de oro de las claras veladas, los sombríos vislumbres morados de la noche.

Esta da otro paso. Momentos antes todo prestaba oído. En la actualidad no se atreve el ruido á mostrarse; todo huye, se oculta y se calla.

Todo lo que vive, existe ó piensa, mira ansiosamente como avanza el sombrío silencio á través de aquella oscura inmensidad.

Es la hora en que toda criatura siente distintamente en el cielo, en la gran extensión oscura, al gran Ser misterioso.

★

¿Qué piensa, en sus reflexiones, ese Dios que destruye conforme crea, los mundos que van del caos al vacío?

¿Nos escucha á nosotros? ¿Escucha á los ángeles? ¿Escucha á los demonios? ¿En qué piensa él, que vela á la turbada hora en que dormimos?

¡Cuántos soles, espectros sublimes! ¡Cuántos ejes en el luminoso orbe! ¡Cuántos mundos en aquellos abismos, de los que él acaso no esté contento!

¡Y cuántos monstruos enormes en el ilimitado Océano! ¡Cuántas disformes creaciones en aquella sombría oscuridad!

¿El universo, por el cual corre su savia, merece

ser fijado? ¿No va á romper ese molde, á lanzarlo todo y á recomenzar la obra?

★
¡No hay más asilo que la oración! Esta sombría hora nos hace ver la creación entera bajo el aspecto de un enorme edificio negro.

¡Son horribles los pensamientos que nos manda el cielo cuando las heladas sombras flotan, cuando el azul desaparece ante nuestros ojos.

¡Oh! ¡La muda y lívida noche hace que en nosotros vibre algo! ¿Por qué se busca en el vacío? ¿Por qué se cae de rodillas?

¿Qué fibra secreta es esa? ¿De dónde procede que, bajo aquel lúgubre espanto, el gorrión no se siente libre y el león no se siente ya rey?

¡Preguntas son esas que van á perderse en la obscuridad! En el fondo del cielo enlutado, en aquellas inauditas profundidades en las que el alma se sumerge, en las que se pierde la mirada.

¿Qué ocurre de terrible que hace que el hombre, espíritu desterrado, tenga miedo de vuestra horrorosa calma, oh tinieblas del infinito?

20 de Marzo de 1846.

XXXI

El alba es menos clara, menos cálido el aire, menos puro el cielo; la brumosa tarde oscurece los astros del firmamento. Pasaron los largos días, concluyeron los meses encantadores, los árboles comienzan á amarillear. ¡Qué pronto pasa el tiempo! Parece que nuestros ojos, que el estío deslumbraba, apenas tuvieron tiempo para mirar las verdes hojas.

Para el que como yo vive con las ventanas abiertas, el otoño, con su niebla y su cierzo, es triste, y el verano que huye un amigo que se ausenta. — ¡Adiós! dice aquella voz que llora en lo profundo de nuestras almas. — ¡Adiós, cielo azulado, hermoso cielo que la ligera brisa rozaba! ¡Voluptuosidades del aire libre, rumor de alas en los bosques, paseos, hondonadas llenas de lejanas voces, flores, dicha inocente de las tranquilas almas! ¡Adiós, rayos dorados! ¡Auroras, canciones y rocíos!

Luego se añade en voz baja: — ¡Oh días dulces y benditos! Ay, ¿volveréis? ¿me encontraréis todavía?

XXXII

Obscuro está el espacio, la onda está sombría; allá abajo, en el negro abismo, brilla el faro en la obscuridad y la estrella en el cielo azul.

Pone la noche, en vez de la vela, que se llevan los vientos de Abril, la estrella en la esperanza ilimitada, el fanal en el peligro.

¡Dos antorchas! ¡Doble misterio triste ó providencial! El uno anuncia la tierra, el otro refleja el cielo.

XXXIII

¡Oh poeta! ¿Por qué tus estancias predilectas van siempre cogiendo margaritas, campanillas y agavanzos silvestres, y van á sentarse en la profundidad de los mudos bosques, dejando que por sus piés desnudos, que lavaran las puras aguas, caigan los berros, semejantes á cabelleras? ¿Por qué siempre los campos y nunca los jardines?

¿De dónde te provienen, soñador, desdenes tan extraños? ¿Por qué huir de los bojes que realzan la arena de las avenidas, del risueño parterre de matas estrelladas, de los macizos que tan bien supo trazar el arte?

Y respondí:—Déjame alejarme. La fantasía se asusta ante las puertas y las verjas. La libertad, entre las rejas de los arados y las hoces, canta en el verde prado y ríe bajo el cielo azul.

El hombre hace el jardín, los campos son obra de Dios.

19 de Junio de 1839.

XXXIV

CIUDAD MUERTA

En esta ciudad, en la que nada ríe ni palpita, como en una mujer ya decrepita, siéntese ¡ay! que algo ha desaparecido.

Las casas tienen un aire enfadado, arrogante y áspero; las ventanas, reluciendo con un brillo de babosa, parecen guiñar los ojos y hacer una mueca, y de cada escalera y de cada pared delantera sale no se qué de triste y de gruñón. Puertas con claves del tiempo de Luis XIII, risueños hombres de piedra con jubón y gorguera, patios con grandes arcos en forma de asas de cesta, muchos cristales rotos, más de un inmenso granero, torres, grandes tejados azules sobre fachadas rojas,—palacios sino covachas,—he ahí lo que se encuentra á cada paso. Luego se ven toscos niños agrupados en torno de los pozos; algunos árboles malsanos, cubiertos de verrugas, atraviesan, á lo largo de las paredes, el empedrado de las calles; los rótulos ostentan caracteres góticos; los postes de los faroles parecen maderos de horca; las vastas paredes, los agudos tejados, las veletas que sobre ellos se ven, llenan el cielo brumoso de tristes siluetas. Al anochecer, sobre todo, infunden miedo. De día, los habitantes son escasos. En todas partes cree uno ver el mismo viejo con la misma vieja.

En aquellos aposentillos retirados con cristales de color verde botella, en los agujeros en que nunca el sol denetrara, se oye zumbir el siglo que nos abandona.

XXXV

EN EL LOMO DE UN ELEFANTE

Figuraos á Goliath llevado por Myrmidón. El conductor es pequeño y el animal es siempre enorme. Temblando á cada instante, el palanquín se deforma, sacudiéndose hasta el punto de estropearos bajo sus cortinas de cuero y su techo de papel. Un monstruo tiene tantos vaivenes como un navío. Conforme el barco se inclina á un lado y á otro, el elefante vacila y os mareáis sobre el lomo del Béhémot. El conductor, pensativo enano, aconseja á media voz al coloso, y éste le escucha y no se equivoca en nada, ni en el vado, que sonda con su trompa, ni en el camino que debe seguir; y con tal que el que le conduzca sea un niño, el elefante jamás tiene miedo.

XXXVI

VENUS

¡Cielos! Un hormiguelo llena el negro espacio; se oye como se mueve y anda lo invisible; junto al hombre dormido, todo vive en las tinieblas. El cre-

púsculo, lleno de fúnebres figuras, suspira; el gamo anda pensativo por el bosque; á algún ser ignorado que flota en el viento, la vincapervinca dice en voz baja:—¡Te amo! La campanilla zumba junto al crisantemo, diciéndole:—Aldeano, ¿por qué te duermes? Toda la llanura parece adorar y estremecerse; el elegante álamo se dobla ante el feo sauce; un arbusto acaricia al antro; el olmo tiende al sarmiento sus brazos convulsivos; las ninfas, para agradar á los nenúfares pensativos, yerguen fuera de las negras aguas sus blancas siluetas; y en todas partes, revueltas, mudas, despiertan entre los juncos y las cañas, mirando su pálida frente en el espejo de las aguas cristalinas, doblando sus tallos, abriendo sus ojos, inclinando sus cabezas, las rosas de los estanques, esas nocturnas coquetas; flores diosas brillan en la obscuridad, y, en los prados, en la hierba, por la que se arrastra un dulce ruido, en el agua, en la ruina informe y decrepita, palpita todo un mundo encantador y siniestro. Consiste esto en que allá arriba, en el misterioso cielo, vagamente espléndido y glorioso por la noche, brilla Venus, purísima, inefable, sagrada, y, visión, llena de amor la medrosa obscuridad.

6 de Marzo de 1854.

XXXVII

DE ALBERTO DURERO

En el obscuro mar naufraga el débil esquife; el rayo corta el aire con un relámpago.

XXXV

EN EL LOMO DE UN ELEFANTE

Figuraos á Goliath llevado por Myrmidón. El conductor es pequeño y el animal es siempre enorme. Temblando á cada instante, el palanquín se deforma, sacudiéndose hasta el punto de estropearos bajo sus cortinas de cuero y su techo de papel. Un monstruo tiene tantos vaivenes como un navío. Conforme el barco se inclina á un lado y á otro, el elefante vacila y os mareáis sobre el lomo del Béhémot. El conductor, pensativo enano, aconseja á media voz al coloso, y éste le escucha y no se equivoca en nada, ni en el vado, que sonda con su trompa, ni en el camino que debe seguir; y con tal que el que le conduzca sea un niño, el elefante jamás tiene miedo.

XXXVI

VENUS

¡Cielos! Un hormiguelo llena el negro espacio; se oye como se mueve y anda lo invisible; junto al hombre dormido, todo vive en las tinieblas. El cre-

púsculo, lleno de fúnebres figuras, suspira; el gamo anda pensativo por el bosque; á algún ser ignorado que flota en el viento, la vincapervinca dice en voz baja:—¡Te amo! La campanilla zumba junto al crisantemo, diciéndole:—Aldeano, ¿por qué te duermes? Toda la llanura parece adorar y estremecerse; el elegante álamo se dobla ante el feo sauce; un arbusto acaricia al antro; el olmo tiende al sarmiento sus brazos convulsivos; las ninfas, para agradar á los nenúfares pensativos, yerguen fuera de las negras aguas sus blancas siluetas; y en todas partes, revueltas, mudas, despiertan entre los juncos y las cañas, mirando su pálida frente en el espejo de las aguas cristalinas, doblando sus tallos, abriendo sus ojos, inclinando sus cabezas, las rosas de los estanques, esas nocturnas coquetas; flores diosas brillan en la obscuridad, y, en los prados, en la hierba, por la que se arrastra un dulce ruido, en el agua, en la ruina informe y decrepita, palpita todo un mundo encantador y siniestro. Consiste esto en que allá arriba, en el misterioso cielo, vagamente espléndido y glorioso por la noche, brilla Venus, purísima, inefable, sagrada, y, visión, llena de amor la medrosa obscuridad.

6 de Marzo de 1854.

XXXVII

DE ALBERTO DURERO

En el obscuro mar naufraga el débil esquife; el rayo corta el aire con un relámpago.

Es media noche. Gime el agua, tiembla el álamo blanco, todo murmura en la negra casa de campo;

en la inhospitalaria torre crece la hiedra; el junco en los fosos de la torre del homenaje;

en los patios, en los grandiosos salones y en los claustros del convento entra silbando el viento.

Suena débilmente la campana, y su tembloroso sonido huye con lentitud.

El zumbido que el aire va esparciendo, introdúcese en la tumba en que yace el cadáver desconocido, desnudo, delectando algún oscuro y macilento problema, mientras el viento ruge á lo lejos.

Todo se esparce en las negras sombras; reyes, reinas, clérigos, monjas, soldadones, enanos.

La voz que todos elevan á la vez parece el postrer suspiro de un moribundo.

Buscan las sombras la claridad lunar, una con mitra, con caperuza redonda la otra.

Esta, que pasa las cuentas de un rosario, lleva en brazos un niño blanco que tiembla.

Aquella, que tiene el rostro velado, canta con voz tierna junto á un abismo sobre el que pende la serpiente.

Otras, que se pasean en el aire, por montes y valles, conducen fríos palafrenes.

El niño muerto de pálida mejilla juega al gnomo, gesticula y ríe el espíritu.

Dijérase que la campana de señales llora.

El tañido, arrastrando el cansado hielo de su son, parece decir:

¡Niño, vuélvete á tu sepulcro! ¡Cae sobre las losas de los corredores, duermel!

El infierno hollará tu debilidad. Deja para tus viejos envidiosos sus banquetes.

Eso es asistir al sábado demasiado joven. Ayuna y huye de sus juegos horribles.

¿Ves en la santa falange al ángel que viene á abrirte el paraíso? Dí.

Así la muerte á nosotros, multitud de héroes pequeños y de menguados reyes, nos rechaza y pisotea.

Atilas, Césares, Cleopatras; pastores, ancianos burlescos y necios jovencitos,

buenos obispos encargados de las almas, señoras, santos doctores, lansquenets (1) fogosos, pilluelos,

barones, sacerdotes y raitres (2) día llegará en que, con nuestros deseos y nuestros remordimientos, expiemos.

(1) Infante alemán en los siglos xv y xvi.

(2) Soldado alemán de á caballo en la Edad media.

Por lo que á mí respecta, cuando el ángel que reclama el alma entre y se siente una noche sobre mi cama;

entonces, cuando bajo la fría losa duerme ya rígido el sueño eterno,

¡oh, tú! que aún con mis faltas me quieres, ven pronto, si te acuerdas, ven

á tenderte, dormida, á mi derecha, amiga mía, porque se tiene frío cuando se está solo envuelto en la mortaja.

26 de Diciembre de 1827.

XXXVIII

¿Quién une al vacío del hombre vicioso las virtudes terrenas y los fulgores de los cielos? Cuando, por la noche, enciendes la lumbre, ésta se te parece, hombre, enigma sin solución: están las chispas en su ceniza, y, arriba, en su humo se ven las estrellas.

XXXIX

OH, RUS

Dejemos que los hombres negros construyan en su establo leyes que han de hacernos un bien espantoso. Vayámonos á los bosques; vayámonos á la casa de Dios, á los prados en que se ama, junto á los lagos en que se sueña, y procuremos olvidar hasta que hay hombres que hacen leyes.

¡Oh! Cuando es posible huir á los campos, al lugar del gran sueño, entre las flores, bajo la bóveda azulada, ¡cuán poca cosa son los hombres de mentiras, sacerdotes, déspotas, reyes, y con qué facilidad desaparecen esos bergantes bajo la acción de los vientos, los rayos y las voces!

Dejémosles encarnizarse en su loco empeño; hijos, vayámonos allá arriba, en plena naturaleza. Mayo dora la hondonada, todo ríe; las mariposas pasan persiguiéndose dulcemente; el árbol está en flor; venid, huyamos hacia aquel divino olvido.

Allí se desvanecen las terrenas preocupaciones; los campos son puros; allí sonreía Vo taire y pensaba Diderot; los perfumes tranquilizan; las rosas, ignorantes de lo que el hombre conoce demasiado, son un consuelo.

Nada allí se interrumpe, nada concluye de mostrarse; el rosal, cuyo aroma Eva aspirara, sigue embalsamando nuestros pesares y nuestros amores; y la vincapervinca es más eterna que Roma; porque lo que dura poco, montes y selvas, es el hombre. Las flores duran siempre.

La pirámide está arrugada cuando por ella han pasado tres mil años; el lirio no tiene ni un pliegue. Ni la flor, ni la idea, ni la verdad, ni la belleza, mueren; Dios rehace constantemente su juventud. La aurora es la muerte; y Dios hizo la tumba con objeto de que todo renazca.

¡Oh esplendor! ¡Oh dulzura! La extensión infinita es un arrullo de amor y de armonía. Contemplémosla arrodillados. Del cielo sale una voz que entra en nuestras fibras; de ahí nuestros cantos profundos; el ritmo está en el espacio, y la lira es nuestra.

¡Venid, amigos míos todos, todos mis hijos! Las llanuras, los lagos y los bosques no tienen pérfidos alientos ni odiosos reflujos. Venid, seamos un grupo errante en la pradera, que discurre por la sombra con palabras de ensueño, y ni aun sabe,

de tal modo siente vivir en sí la naturaleza inmortal, si la cámara dejó á Pantin por Bagatelle, á Versailles por Saint-Cloud, y si el Papa se dignó al fin teñir de rojo la sotana del cura cuyo nombre comienza como cándido y acaba como lobo (1).

27 de Mayo de 1875.

(1) El autor alude á monseñor Dupanloup. *Dupe* significa cándido, sujeto predispuesto ó confiado en grado bastante para ser engañado; y *leup* significa lobo. — (N del T.).

XL

¿Dónde está la claridad? ¿Dónde está, cielos, la llama? ¿Dónde está la eterna luz del alma? ¿Dónde la alegre mirada que siempre ve?

Desde que, presa de los duelos, de las luchas, de los amores, compadeciendo en ocasiones al feliz más que al miserable, atravieso, pensativo, la impenetrable vida, ví cómo, volviéndome á cada paso, la hora tiñó de ébano y de oro los palos del compás. Inclinado sobre la naturaleza, inmenso apocalipsis, tratando de encontrar aquella luz que no se eclipsa nunca, siempre que mis ojos se entreabrían después del sueño, ví cómo, tras las cimas y las pendientes innumerables, tras de las tétricas vertientes de las sombrías montañas, risueña, vencedora, roja, la azulada mañana surgió siempre murmurando: — ¡Vivid! ¡Amad! Y ví rodar ante ella, tendidos sus dos brazos, á la obscuridad, triste nubarrón de los espesores fúnebres. Y por la noche, bajo la roca de las tinieblas, montón enorme de bruma en el que ninguna mirada penetra, ví siempre ocultarse al día, Sísifo de la noche.

7 de Enero de 1875.

XLI

LLEGADA AL PARADOR

Se hace alto. Un farol arde á los piés de una Virgen. Allí es. El viajero piensa en las blancas sábanas; el cochero tropieza, jura y grita: —Eh, los de la posada! Y el silencio obscuro se llena de aullidos de perros.

El dueño de la casa preséntase en camisa y con una zapatilla puesta; la puerta abre una hoja y un ojo la posadera; la luz tiembla, y el viento que sopla asusta en el umbral á la sirvienta de redondos ojos

III

EL PENSAMIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLI

LLEGADA AL PARADOR

Se hace alto. Un farol arde á los piés de una Virgen. Allí es. El viajero piensa en las blancas sábanas; el cochero tropieza, jura y grita: —Eh, los de la posada! Y el silencio obscuro se llena de aullidos de perros.

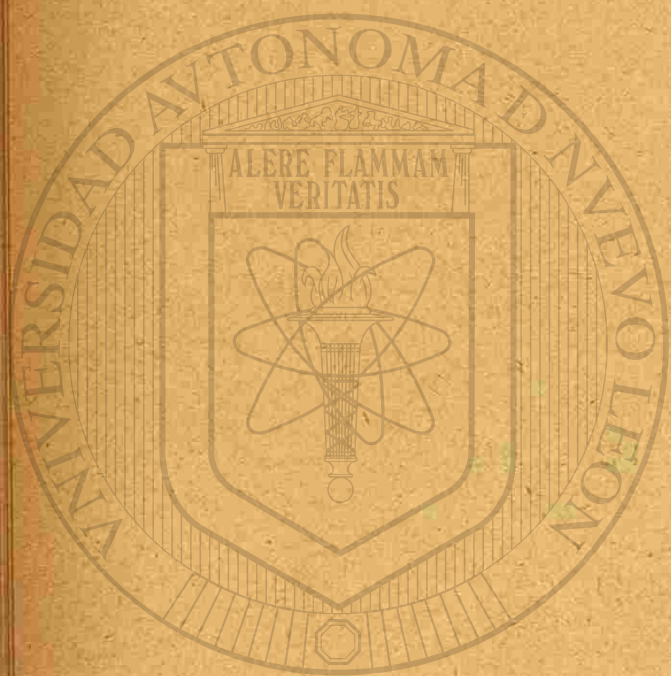
El dueño de la casa preséntase en camisa y con una zapatilla puesta; la puerta abre una hoja y un ojo la posadera; la luz tiembla, y el viento que sopla asusta en el umbral á la sirvienta de redondos ojos

III

EL PENSAMIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

I

EFFECTOS AL DESPERTAR

Abrense los ojos; nada se mueve; á la cabecera del lecho se oye palpar el reloj; la livida ventana parece un espectro; se yace como un difunto. Se despierta. ¿Por qué? Porque la vispera se despertó á la misma hora. Como mecanismo enmohecido, viejo, pero exacto, el alma tiene sus costumbres.

La noche es la más sombría de las soledades. Aparece la hora, que entra y sale como un barquero de río de las sombras, y nuestro espíritu lo ve todo en la negrura; pasos sin objeto, duelos sin fin, males innumerables. El sueño que se tenía y que temblaba en las tinieblas, se ajusta al indistinto pensamiento que se tiene. Reaparecen todos los abismos á cuyo borde nos llevó ese fantasma conocido con el nombre de casualidad; yérguense ante nosotros las mismas visiones temibles; el precipicio aquí, allá el desmoronamiento, mas allá la caída, en otro lado lo que huye, lo que miente, lo que mata, y allá, en la áspera transparencia, los vagos brazos que eleva hacia los cielos la pálida esperanza. ¡Qué triste se está! Se siente un espanto inexplicable, se cree tener delante la pared del sepulcro; se medita, asustado por las cosas posibles; se borran las orillas; se ve á los invisibles, á los

ausentes, á los que faltan, tal muerto ó tal muerta; se les tiende la mano; ¡sombra y sueño! Vuelve uno á dormirse.

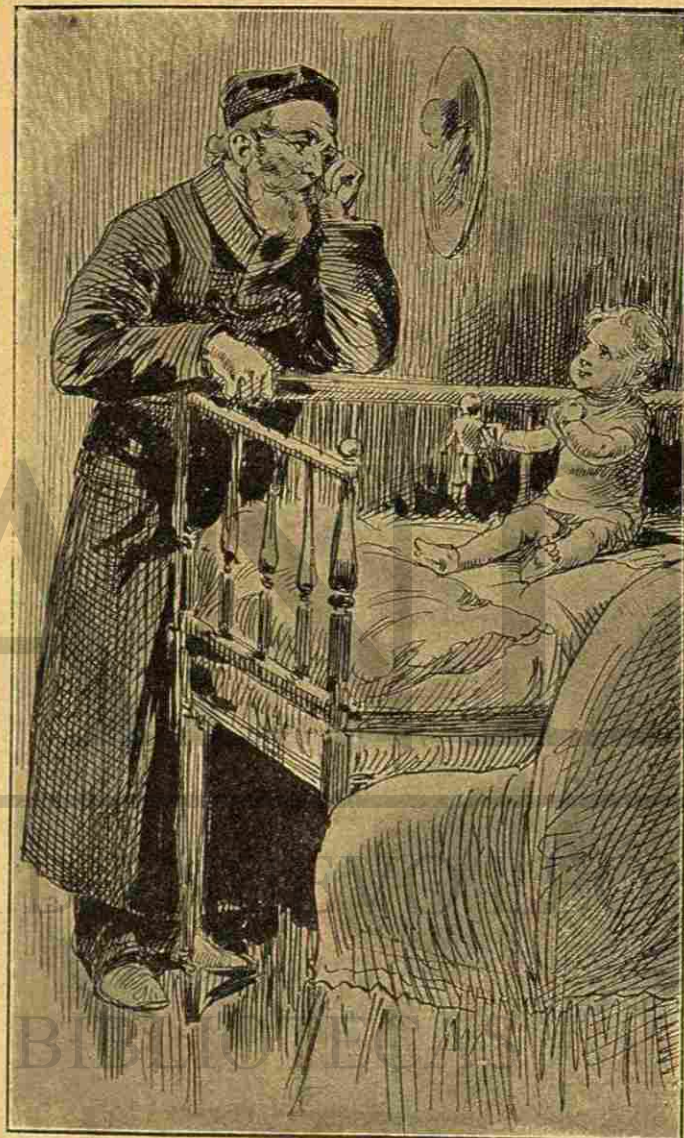
¡Alzate, hombre! Ha llegado el día, la risueña aurora, el color azul del cielo; y ¿qué recobra su poder? La vida, el canto de los pájaros, el grito del trabajo, el brillo de las campiñas, de los aires, de las aguas; la noche agita un negro sudario, la aurora agita una mantilla; todo lo que se acaba de ver en espectro vuelve á verse en forma de ángel; se ve al hijo viviente del padre que vimos; el mundo reaparece tan claro como antes; no conoce el hombre á su alma, que era negra y se ha tornado blanca, que espera y principia de nuevo á creer, á sonreír, á desear; ante los ojos se tiene un deslumbramiento dorado, alegre, que canta, una mezcla desconocida de destellos rosados; y todo el hombre ha cambiado, porque se ven las cosas, los seres, Dios, los corazones, los amores, el destino, á través del cristal espléndido de la mañana.

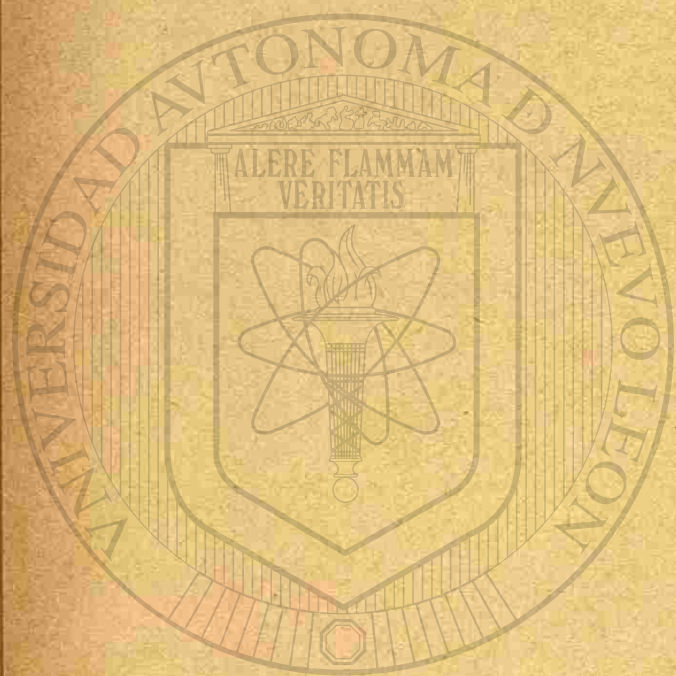
14 de Septiembre de 1852.

II

EL NIÑO

Cuando nos mira el niño, sentimos que Dios nos mira; cuando llora, oigo al trueno rugir, porque pensar es oír, y el visionario es con frecuencia avisado





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B

por un vago trueno. Cuando la criatura, doblando humildemente sus tiernas rodillas, fija en nosotros su mirada, no sé por qué me estremezco; cuando aquella alma, que todavía no es hombre ni es todavía mujer, en la que nada siente y admira y nada se arrepiente; sin sexo, sin pasado de aquellos que se arrastran tras del adulto, vierte, á través de las pestañas de su rosado párpado, su claridad, en la que se siente el ruego, sobre nosotros los combatientes, los vencidos, los vencedores; cuando aquel recién llegado parece interrogar á nuestras almas; cuando aquel ignorante, lleno de una claridad que nada borra, parece mirar de frente á nuestra ciencia, y deja caer, en esta obscuridad que atraviesa Adán desterrado, no se sabe qué rayo de ensueño y de infinito; sus rubios cabellos forman una aureola en torno de su frente, y ¡cómo se ve que ayer era el espíritu que vuela! ¡Cómo se ve que le falta el ala á aquel pequeño pie blanco! ¡Oh! ¡Qué débil y delicado es y cómo vacila! ¡Qué claro se adivina, en el grito de aquella boca, un sueño del paraíso que se prolonga hasta en el infierno y del que la tierna criatura no quiere despertar! El hombre que tiene un pasado, tiembla al pensar en aquel porvenir. ¡Qué fatal aparece la vida! ¡Cómo se piensa en tantas penalidades con tan poca recompensa! ¡Oh! ¡Cuánta ternura para aquel recién venido! Y, sin embargo, ¿qué es el niño? ¡Oh hombres! Lo desconocido. ¿Qué fué? El enigma. ¿Qué trae? El alma. Apenas vive, tan delicado es, que pide apoyo aun á la débil hierba que dobla el más suave soplo. A veces, cuando guarda silencio, se cree que murió, porque se supone que todo lo terreno puede herirle. ¿Y qué hace él? Se ríe. Hecho de sombra, de debilidad, de todo lo que tiembla, no tiene miedo á nada. Es entre nosotros el solo ser virgen y completo; el ángel se torna niño cuando empequeñece. Si toda pureza encierra toda justicia, no

puede verse al niño sin sentir cierto terror; porque se siente que se está ante un ser más justo que uno mismo; él es el átomo, el enano sonriente, el pigmeo; y cuando pasa, honor, gloria, fama, renombre, todo medita, y el hombre se pregunta si debe orar. Se medita; y los más grandes son los que están más inquietos; su alta excepción en nuestra obscura esfera consiste en que, no habiendo hecho nada, ningún mal pudo hacer por sí solo. Es el mundo un misterio inundado de claridad; el niño está abrigado bajo el adorable enigma; todas las verdades, condensadas, coronan la suave frente que aún no tiene pensamientos; se comprende que el niño, ángel de nuestros dolores, tan pequeño aquí abajo, debe ser grande en otra parte. Se arrastra, tropieza; no tiene estatura; carece de seguridad, así en la voz como en el gesto; un soplo, al que la flor resistiría, quiebra aquel ser al que asusta el grillo del hogar; vacila el ojo mientras el labio balbucea; en aquella candida mirada, que la ignorancia alegra, la admiración confúndese con la gracia; y el inmenso fulgor estrellado está en el fondo.

Se diría, hasta tal punto la infancia refleja al templo, que la luz, cosa extraña, nos está contemplando. Toda la profundidad del cielo se halla en aquel ojo. En aquella pureza sin turbación y sin orgullo se revela no sé qué augusta persona; y la virtud no teme sino á un juez: á la inocencia.

Junio, 1874.

III

LA MUJER

He dicho no sé donde, que observando lo desconocido en sus más negras leyes, los pensadores de otros tiempos estudiaron la formación de Eva. Uno hizo de ella su problema, otro su sueño. Existiendo en todo el horror sagrado, ¿era posible que la mujer, ese ser oscuro, poderoso, sutil, fuese doble, y á la vez desconocida y carnal, crease fuera de ella la auro-
ra, teniendo la noche dentro?

¿Se habría ocultado la lechuza en el alción? ¿Quién dirá el secreto de la creación? ¿Quién puede conocer á fondo aquellos abismos denominados gérmenes, instintos, ríos, efluvios? ¿Es que el Vesubio y el Etna, los reflujos de energía que se emplean en esfuerzos superfluos, el vasto temblor de las hojas que se mueven, los huracanes, las flores, los torrentes, las nubes, no pueden concluir por hacer un vapor que se condensa en mujer y del cual el sabio tiene miedo? Todo hace todo, y el mismo cráter insondable crea en Thulé la lava y la rosa en Cytera. Nada sale de los volcanes que no entre en los corazones. Los pájaros del bosque ríen triste y burlonamente por encima del crédulo enamorado. ¿No es esto obra de la serpiente, que vagamente ondula en la esbelta belleza de las vírgenes de desnudos senos?

Los grandes sabios eran unos ingenuos muy grandes; no conocían la forma de este globo, pero pálidos, sentían arrastrarse sobre ellos la falda de la sombría caminante, de Isis, la del negro velo. Todo se torna sospecha cuando Nada es lo que se sabe; para Lucrecio mentía el dios, para Job era un embustero el querube; se acusaba de traición al abismo; se creía capaz al caos de engendrar á la mujer para agradarnos y embriagarnos y para hacer subir hasta nosotros sus vapores.

Sicilia, la extraña Grecia, la Idumea, Irán, Egipto y la India eran lugares apartados. ¿Quién sabe lo que los vientos, las brumas, los torbellinos pudieron encontrar allí de sombrío para el alma femenina? Los trágicos bosques de la cordillera de los Apeninos, la feroz fuente que corre copiosamente bajo el Olimpo, á través de los pinos y los abedules, el antro de Beocia, en el que en la difusa sombra se siente un no sé qué que se ofrece y se rehusa, Chipre y todos sus perfumes, Delfos con todos sus rayos, el lirio que cogemos, el azul que vemos, todo esto es augusto, y quizás sea infame también. Todo para ellos era esfinge, y, cuando una mujer se dirigía á ellos, hablando con su dulce voz, ¿quién sabe? posible es que Hermes, y Dédalo, los bosques, las nubes, las aguas, y la imponente Cibeles, todo el enigma, en fin, hallárase mezclado en la hermosa.

El universo tiene por fin á ese monstruo encantador. La furiosa bacante es ya casi un comienzo de la mujer quimera, y antiguos anales hacen saber que Abril era el mes de las bacanales y que la libertad de tales fiestas aumentó los fieros impudores de la naturaleza desbordada. La naturaleza da en todas partes el ejemplo de la sombría unión en que el alma oprime

á la forma. La rosa es una niña; y lo que la mariposa hace á la planta es lo que el surco hace al grano. Se ignora lo que es la terrible vegetación. El horror de los bosques une á Flora con Briareo y casa á una flor con el árbol de cien brazos. Tú que bajo la espuela de Apolo te encabritas ¡oh caballo de Pindo! temblando sus narices cuando pasaban las ninfas viperinas, y sintiendo allí sombra hostil á tu claridad, huías ante la siniestra Astarté. Y Terpandro lo vió, y Platón lo ha referido.

La mujer es una gloria y quizás una vergüenza para el divino y sospechoso abrazo que la hizo. Basta para todo bien y para todo mal. Odio, amor, fango, espíritu, fiebre; participa del abismo, y su principio no fué otra cosa que la materia ciega. Es el mes de Mayo hecho carne, viviente, cantando. ¿Qué es la primavera? Una orgía. La muerte de la inocencia coincide con el nacimiento de la mujer. Los viejos pensadores vieron como la flor que nos embalsama tornóse mujer á la hora en que el astro se enciende en el cielo; y, para Orfeo y para Ezequiel, la naturaleza, no siendo sino un vasto himeneo, vió en tal desorden el esbozo de un ser tentador: es la mujer.

La mujer es espectro y máscara, y nuestro destino es atravesado por ella constantemente; entra, flota en él, y sale. ¿Qué nos quiere? ¿Tiene un fin? ¿De qué modo se ocultó esta visión vagamente divisada? ¿Es acaso un soplo nocturno que parece un alma errante y que se desvanece?

Los taciturnos hombres son un bosque y la sombra cubre sus pasos, su voz, sus ojos, sus rumores, su número. Bajo los altos firmamentos, el género humano está lleno de encrucijadas y de cruces; y la

mujer es lo bastante blanca para ser vista á través de aquella enorme y tétrica claraboya. La visión desaparece y queda el susto. Desde las encinas de Dodona, desde los cedros de Mambré, el hierofante, sorprendido lo mismo que el patriarca, mira como avanza el inquietante fantasma.

No, nada nos dirá lo que en el fondo puede ser esa criatura en quien Dios se confunde con Satán, que en su esencia resume la enorme sombra.

Los antiguos paganos creían en la omnipotencia del abismo, del lecho sin fondo, del elemento; acechaban el mar en su alumbramiento; para ellos, lo que salía de la inmensa tempestad, de toda la onda presa de los dementes hálitos y de la verde ola constantemente atormentada, era la divina esfinge femenina, la Belleza, completamente desnuda, infernal, celestial, insondable. ¡Oh, abismo! ¡Puede haber algo más formidable bajo los cielos más negros y desconocidos, que el océano con Venus por espuma!

8 de Abril de 1874.

IV

Ningún ala se posa mucho tiempo aquí abajo. Cuando pequeña, tenía un pájaro; le alimentaba con pan y con rocío y velaba por su nido como hubiera podido velar una cuna. Cierta noche escapó. ¡Qué lastimeras quejas! Acudió á mis brazos con lágrimas en los ojos... ¡Jóvenes, dejad; dejad oh jóvenes madres! que los pájaros vuelen y mueran los niños!

Una ley superior quiere que todo nos abandone; algún día sabremos el secreto del Señor. Ella crece. ¡Va tan deprisa la vida! Tuvo un dulce niño, un hermoso ángel, un amor. Una noche ¡oh desgracia de las cosas efímeras! el niño se extinguió silenciosamente, sin llorar, sin sufrir... ¡Jóvenes, dejad; dejad oh jóvenes madres! que los pájaros vuelen y mueran los niños!

22 de Junio de 1842.

V

Procura tener el alma dispuesta al bien, si la suerte te hizo rico. Sé reflexivo, humilde y dulce; disminuye, inclinándote, tu excesiva estatura, y acuérdate de que Dios se eleva hacia el que se baja.

Nunca despiertes bruscamente á tu esclavo; deja dormir al buey que abre el surco; senador, compadece al pobre, y que tu laticlave (1) tenga piedad del harapo.

Sirve al que te sirva, porque quizás valga tanto como tú; piensa que tiene un derecho como tú tienes un deber. Cuida de los pequeños, de los débiles. Sé el amo que para tí quisieras.

(1) Laticlave. Del latín *latus*, ancho, y *clavus*, clavo: túnica blanca con una ancha banda de púrpura que llevaban los senadores romanos.—(N. del T.).

VI

A LOS QUE COMETEN FALTAS LEVES

Sé avaro del menor extravío de la honradez. Sé justo en detalle. Contemplar dolores, reír junto á ellos; mentir por gusto, trampear por un céntimo, cosas son que no te hacen perder nada en tu propia estima. Pues bien, ¡cuidado! Todo concluye por amontonarse. Las cosas que haces casi sin pensar, vagas improbidades á veces no percibidas por tí mismo, son salidas hacia el mal, y por ellas bajas á la negrura. El pesado cable se hace con hilos miserables. ¿Qué es el Océano? Una onda sobre otra. Un gusano hace un abismo, un piojo construye un mundo; una á una recoge el águila las pajas de que consta su enorme nido. Un montón de pequeños hechos poco escrupulosos acaba por hacer el total de una mala acción; y, de átomo en átomo, va el hombre cargándose hasta el punto de que, cuando llegue el solemne juicio, se tiene el peso de un criminal, no siendo sino un imprudente. Hombre, la conciencia es una minucia. El alma se ensucia más fácilmente que el armiño. Sin reducirse, el alba entró siempre en todas partes. No creas que, aun cuando sean introducidos en los menores rincones del alma, la probidad, el honor, el derecho y la justicia se queden más pequeños.

VII

LAS CUATRO DE LA MAÑANA

¡Hombres! Mi Dios sonríe. El alba despierta a pájaro arador, á la hormiga, á la flor campestre, á la abeja, á los nidos susurradores, á las cabañas, al bosque de las ramas innumerables, á los campos, al Océano, al sol, que sale tras las montañas, á mi alma, que está detrás de los males.

Mi Dios sueña. Construye el lirio en el misterio; su dedo ayuda al topo á hacer un hoyo en la tierra; pinta los hermosos rosales rojos; la inmensidad contempla, inclinada sobre su obra; con el ala de un escarabajo hace la admiración de los soles.

Vuestros enormes barcos, que caminando bajo las estrellas, hacen que los vientos se detengan en el hueco de sus velas, monstruos que el hombre impone á los mares, fatigando con su peso á la extenuada brisa, y arrastrando cada uno de ellos un nublado lleno de rayos y de relámpagos;

vuestros cañones, vuestros soldados, cuya olímpica marcha de un oscuro extremo de la tierra hace una épica llanura, vuestras banderas de arrogantes pliegues, vuestras batallas que arrasan los sembrados, vuestras matanzas, vuestras carnicerías, vuestros cho-

ques, vuestras caballerías, águilas de esos negros huracanes;

vuestros regimientos, semejantes á la hidra que serpentea, vuestros tonantes Austerlitz, vuestros Lepanto, vuestros Lutzen, vuestros Jena, al son del clarín, vuestros campamentos atestados de tambores que despiertan á la pálida muerte, pasan mientras él piensa, y producen en su oído el mismo rumor que un mosquito.

22 de Julio de 1854.

El filósofo llora, ama, intercede, ruega, piensa; con su enternecida pupila profundiza en el misterio, y comprende que allí llora alguien. Habla al infinito como Juan le hablara; inclina hacia él su alma, y por aquella abertura esparce un sombrío amor sobre la vasta naturaleza. Conforme anda, precediéndose á sí mismo, bendice á las profundidades de la obscuridad y del dolor, al antro, á la hierba, á los helados montes, á los torneados árboles, á las corrientes, á los imanes, á la ciega hidra de la fuerza, á los juncos temblorosos, á los bosques tristes, á las desnudas rocas, al aire, á la onda, al rebaño de monstruos desconocidos; inclinándose, consuela á lo que vive, á lo que sufre, y á los negros cautivos invisibles del abismo, diseminados en el horrible Ser de los espantosos matorrales, encadenados á las argollas ú oprimidos por los collares; oye los suspiros de las fúnebres visiones;

siente el estertor del espacio, el sufrimiento de las tinieblas; consuela y auxilia aun á lo que está por bajo del animal; tierno, hace bien aun á lo que siempre hiciera mal. Sin detenerse á mirar á quien redimen sus lágrimas, no siendo él á su vez sino un fulgor flotante del problema, arcilla, carne, larva, ora, y parece un rayo con los sombríos ojos abiertos en la expiación. El deseo de introducir la paz en todo es su fiebre sublime. Y camina, profeta ó no, ¡qué importa, después de todo, que su labio tenga ó no el fuego del amor celestial! Bien sabe que es oído, que basta ser bueno, y que los desterrados sueñan con el perdón, y:—¡Esperanza, esperanza! murmura cuando pasa cerca de ellos. Y todo sufrimiento es un confuso grito que pide algo á su corazón, que nunca rehusó á nadie.

Mientras que no se sabe qué de extraño y de feroz surge en las cunas, tiéndose en los sepulcros; mientras que el huracán sopla y en ciertos instantes la vida universal es un rugido, y en otros momentos todo aparece como una faz silenciosa en la que se borra el grito del abismo; mientras que la ola corre á estrellarse, y la lívida muerte atraviesa el firmamento distribuyendo el mundo á las calamidades, sus ministros, y los hoscas astros brillan siniestramente y todo parece temer un lúgubre abandono.—¡Paz, armonía, perdón!—exclama él sosegado. Y va repartiendo su piedad en la sorda extensión, en la sombra formidable ya desvanecida para siempre, en el dolor, en el enigma espantoso, en el horror; anda, y sin ver nada, perdido aunque iluminador, bajo la eterna bruma en negras olas esparcida, siente su mano lamida por lenguas en la obscuridad.

IX

¿Quién te dice que el mundo, siendo una negrura viva, no tiene, como tú mismo, hombre juguete del viento, el instante de sueño en que la bruma le cubre, pasado el cual su vertiginoso y sombrío ojo vuelve á abrirse? ¿No podría ser la noche del mundo el instante fugitivo en que la suerte envolviera los vagos siglos negros de tu humanidad? ¿Sabes la hora? ¿Sabes si no eres un vano ser que llora y se deforma y no es, en realidad, mientras la muerte llega, sino un sueño en la frente del universo que reposa? He ahí el hombre. ¿Quién dijo que el ser humano es sublime? ¿Quién exclamó:—El hombre es un ínfimo espectro? Es grande, es vil, lo es todo á la vez. Y como al moverse todo obedece á obscuras leyes, como en el universo nada se estaciona para el hombre, haga lo que quiera, venere ó blasfeme, siembre amor ó espanto, vivir es trabajar constantemente, teniendo en sí al a cángel que resplandece y al asno que se revuelca, para tornar mayor á uno y más pequeño al otro. El malo alienta al asno y empequeñece el espíritu; el bueno, el justo, en quien el bruto se menoscaba, en quien prospera el ángel, es el que sin cesar aumenta su luz y reduce su bajeza.

Pero ¿cómo explicar ese lúgubre desconocido, ese sol encerrado en un poco de fango, ese ser prodigioso, monstruoso y triste, el hombre amargo, ignorando en qué mundo alienta, haciendo, como el globo horrible de que procede, de día y de noche, en vida y

muerte, en la materia y en el espíritu, esas dos sombrías moradas, su diaria revolución?

Gusano de tierra y fulgor, confinando de un lado, no se sabe por qué pureza, con el azul, y del otro, ignórase por qué crímenes, con la materia, ¡pensador! ¿Qué es el ser humano, el hombre? Uno entre dos abismos.

X

¡La filosofía es voraz! Necesita la idea con el hecho, la cosa con la palabra, lo conocido, lo desconocido, lo real, lo imposible; no puede dar un paso sin todo ese combustible; y agotándolo todo, ese pesado cachalote nada, boga, navega y se mantiene á flote.

Mira. Se está de marcha. Se huye á lo largo de las playas. Toda la Grecia ríe como un palacio invadido por los sueños. El ardiente navío que arrastra á través de la ola azul, lleva sus negros pulmones de hulla y su soplo de fuego, ve desfilar los cabos, los islotes, las caletas. Anda. Los pasajeros, que hablan todos los idiomas, agrupados en el puente del *steamer*, contemplan por la mañana un puerto sereno, por la tarde clavan la vista en el mar, que el sol poniente calienta al rojo oscuro, el archipiélago cuya agua ruge y que el escollo domina, el cono ya enfriado del volcán de Lemnos, y Creta, y los montes, que parecen almenas, y Corinto, y Micenas, en Nauplia, y los restos del templo de Erechtea, en la torre de los Cirrestas, y á lo lejos, en los montes Othris y Cnemis,

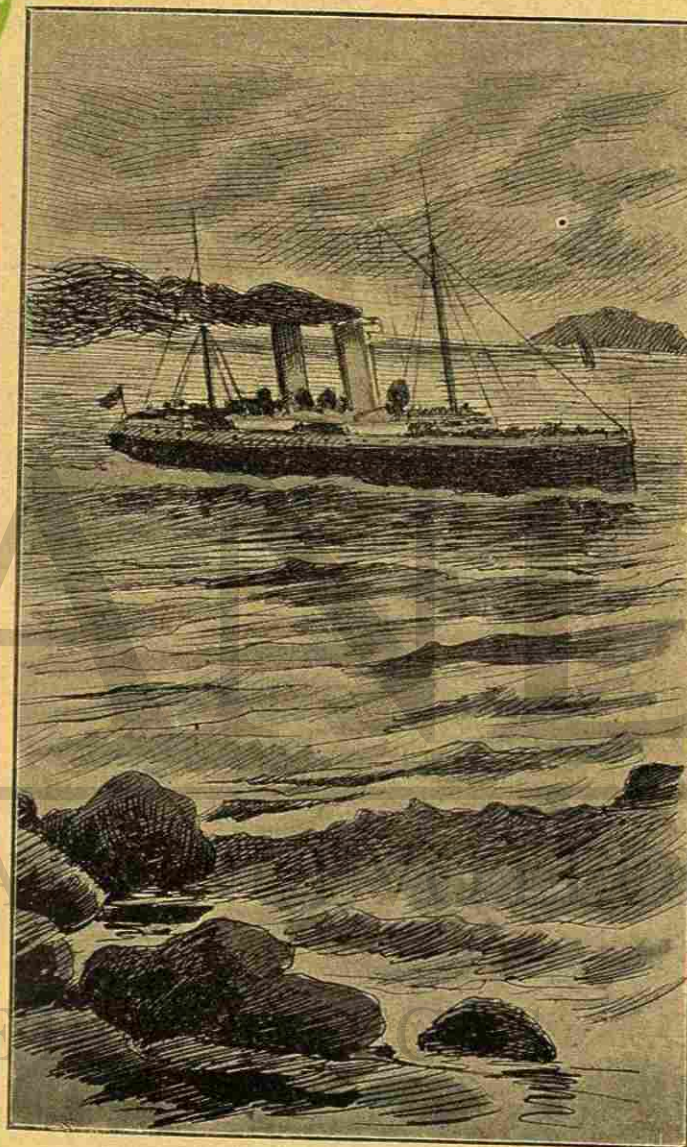
negros gigantes dormidos en la homérica noche. El barco anda, corre, rueda pala sobre pala; y es la costa de ópalo y es de nácar la ola y pasan los grandes horizontes, en los que se ve ó la rosada nube ó el sulfuroso relámpago; tras la isla sepultada viene la isla que surge. Y mientras tanto, la máquina devora montes de Newcastle y montones de Cardiff.

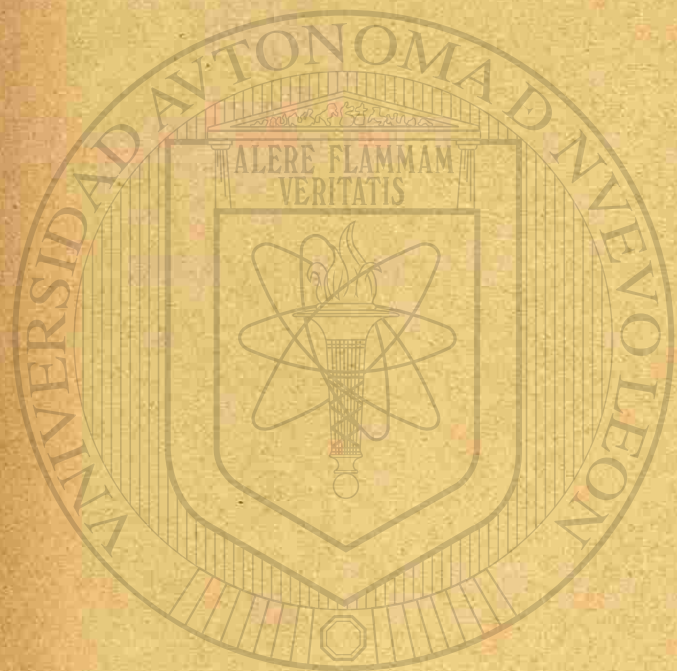
Así el espíritu humano, glotón aunque tardío, en su viaje en torno de los sistemas, consume la eternidad, el tiempo, la muerte, la vida y el hombre. ¿Y odo para qué? ¿Para no acabar el viaje!

Fuera el piloto; á un lado la brújula; imaginar en cada nube lejana una orilla abordable, atravesar lo impenetrable y sondar lo insondable; eso busca el esfuerzo humano cuando intenta investigar en el cielo. La filosofía vaga por el eterno y negro abismo. ¡Llegar á Dios! ¿Cómo? Ignora los caminos que á él conducen, y con frecuencia va por los oscuros espacios tirando su cargamento, falso y real, bueno y malo, á estrellarse contra el escollo infranqueable llamado Nada, roca negra en la cual, combatido por las innumerables olas de la duda, el enorme Spinoza agoniza encallado en la obscuridad.

XI

¿Quién pasa por encima de nosotros, ¡oh Dios de la sombra!, cuando, desnudos, yacientes, unos con otros confundidos, sin número, elevamos los ojos del fondo del sombrío calabozo, sin que nos sea posible





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

distinguir lo que camina en las alturas, y cuando, multitud siempre diezmada, nos estremece, y cuando, bajo la redondez del firmamento, aparece la aurora y uno tras otro alumbra con su frente que resplandece los días, arcos azules del puente de la noche?

8 de Abril de 1854.

XII

Los que hacen que la desgracia se apodere de los inocentes, y no se arrepienten de ello, quisieran una vez muertos salir de su sepulcro, justo Dios, y no podrán.

¡Ay! Grandes y pequeños, viejos y jóvenes, míranse unos á otros con ojos fúnebres, y en las tinieblas, el orgulloso rico se siente morder por el pobre envidioso.

Se escupe sobre Catón, se babea sobre Sócrates, el fuerte es bueno, el débil es culpable; se arrastra el desheredado, y la tierra es ingrata. Llueve, es de noche, duerme el niño.

—¡Arriba, niño! ¡Pronto á tu trabajo, que ya es hora!—Y él se va tristemente; no le detiene nadie; y el espantoso cielo, que solloza y llora, hiela con sus lágrimas al niño.

Las mujeres suspiran bajo el peso de leyes desiguales; y el hombre oye sus gritos de cólera sin

conmoverse más que si escuchara el canto de las cigarras entre el rastrojo de los rojizos surcos.

—¡Gracias!—dicen las impúdicas beldades, que, acudiendo á la invitación, tomaran parte en los festines de los opresores. Estremece ver aquellas Venus completamente desnudas, entre las almas desnudas igualmente.

Pueblo libre, ¿estamos realmente bajo tu cielo? Oid esos repugnantes ladridos; el negro huye de los perros monstruosos, y los hombres cazan á los hombres en los bosques.

Los oprimidos gimen así en los campos como en la ciudad... ¡Vete de ahí, oh gusano del sepulcro, y haz tu sombría tela en que queda presa el alma de los malos!

XIII

¿Pensáis en eso? ¡El Estado interviniendo en las cosas de la Iglesia! ¡Pero si los altares tiemblan donde vive el Estado! ¡Pero si el uno se escandaliza de lo que el otro hace! O establecéis la Iglesia dentro del sobajado Estado, ó bien, con otro atentado, deformáis la Iglesia, haciendo entrar en ella el Estado á la fuerza. Entonces todo se confunde. ¡La intriga dice la misa; entonces se va á confesar al crimen los pecados; entonces se agazapa en el altar, entre el cura y Dios, no sé qué cosa, triste y pequeña: es el Estado; es decir,

una amalgama inmensa de mil objetos vergonzosos; un montón de oro y de fango; el interés, enano repugnante; la intriga, demonio impuro que pone dobles sentidos entre los pliegues de un sermón; es el manto del rey que el cura se abrocha; es la Iglesia que presta su torre al telégrafo; es un conjunto vil, macilento, deshonorado, donde el profano vive subido encima de lo sagrado; entonces es el tabuco convertido en sacristía, es un festín culpable en el cual se come la hostia!

XIV

LA CIVILIZACIÓN

¿Qué entendéis, negros hormigueros, por lo que en vuestra oscura jerga llamáis civilización, desde el Ganges al Oregón, desde los Andes al Thibet, desde el Nilo á las Cordilleras?

Interrogad al eco de toda vuestra tierra. Pensad en Lima, en Cuba, en Sydney, en San Francisco, en Melbourne. Dais por civilizado á un mundo cuando á él enviáis una fiebre inmunda; cuando turbáis aquellos lagos, espejo de un dios desconocido; cuando violáis á su virgen, al bosque; cuando arrojáis del monte, del antro, de las orillas á vuestro sencillo y sombrío hermano el salvaje, ese hijo del sol de mil colores, especie de insensato de las flores y de las ramas; y cuando, arrojando de allí á aquel inútil Adán, pobláis el desierto con un hombre más

reptil, revolcado en la materia y la cupidez, duro, cínico, desnudo en otro sentido, idólatra del *dólar*, loco que se estremece, no ya por un sol, sino por una pepita de oro, que se intitula libre y muestra al mundo espantado la sorprendida esclavitud sirviendo á la libertad.

Sí, decís:—Reemplazamos á esos brutos; nuestro cúmulo de palacios desalojan sus montones de chozas; vagamos en plena luz humana; ved nuestros *docks*, nuestros puertos, nuestros *steamers*, nuestros vagones, nuestros teatros, nuestros parques, nuestros hoteles, nuestras carrozas. Y os contentáis con ser feroces en otro sentido. Gritáis:—¡Contemplad el progreso! ¡Admiraos! En tanto, llenáis aquellos campos, aquellos montes sagrados, aquella vieja naturaleza áspera y altiva, de almas que buscan oro, de perros que dan caza al negro; en tanto al hombre-león sucede el hombre-gusano, y el tomahawk (1) es reemplazado por el *rewólver*.

XV

Buenas gentes, cuidado con lo que habláis. Todo puede causarlo una palabra que se os escape. ¡Todo el odio y el duelo! Y no me objetéis que vuestros amigos son seguros y que habláis bajo. Escuchadme bien lo siguiente:

(1) Tomahawk, especie de hacha de guerra de los salvajes de la América del Norte.—(N. del T.)

Cara á cara, en zapatillas, á puerta cerrada, en vuestra casa, al oído de vuestro más sigiloso amigo, ó, si lo preferís, murmurad á solas, creyendo guardar silencio, en la obscuridad de una bodega á treinta piés bajo tierra, una palabra desagradable para un individuo cualquiera. Esa palabra, que os figuráis que nadie ha oído, que tan bajo dijerais en un lugar tan sordo y obscuro, apenas libre, corre, salta, échase fuera de la obscuridad. ¡Ved, ya está fuera! Conoce su camino, anda, tiene dos piés, un báculo en la mano, buenas botas ferradas, un pasaporte en regla; á ser preciso, tomaría alas como el águila. Se os escapa, huye, toma por la acera, atraviesa la plaza, etcétera; pasa el río sin barca en la estación de las crecidas, y á través de un dedalo de calles, va directamente á casa del ciudadano de que habéis hablado; sabe el número, el piso; tiene la llave; sube la escalera, abre la puerta, entra, se acerca, y burlona, mirando cara á cara al hombre, dice:—Heme aquí. Salgo de los labios de Fulano.

Y queda hecho. Ya tenéis un enemigo mortal.

XVI

EPITAFIOS DE NIÑOS

¡Qué envidia te tengo, niño! Tu barca nueva zozobró en el puerto. ¿Qué hiciste para que tu vida mereciera tan pronto la muerte?

II

Entra en el cielo. La puerta es el sepulcro. El sombrío porvenir de los humanos, semejante á un juguete de excesivo peso, se te cae de tus manecitas.

¿Qué fué del niño? Lloró la madre, y el pájaro, chanfre alado, canta. Cree la madre que está bajo tierra; el pájaro sabe que echó á volar.

XVII

LA IDEA DE LA GUERRA IMPORTUNA Á LOS DIVINOS

Los pensativos profetas están lejos de las multitudes, lejos de las ciudades que inunda el tumulto y el rumor; se sabe que están allá abajo, en sus sombríos estudios; desnudos en el fondo de las soledades, á su alrededor sólo se ven el sol durante el día y la obscuridad por la noche.

Ningún humano les sigue. Sople ó duerma el viento, su cabaña de juncos no atrae nunca al hombre; su espíritu se asemeja por la forma al lúgubre y gran desierto; el león, que á veces muestra su cabeza enorme, les ve pensar de lejos, y continúa su camino.

Y, sin embargo, he aquí lo que han dicho los pro-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

fetas, cuyo ojo ve el porvenir y brilla en los sagrados lugares:—¿Hasta cuándo, turbados en el fondo de nuestros retiros, hemos de estar oyendo gritos y sonido de clarines y hemos de ver cómo los hombres huyen asustados?

14 de Julio.

XVIII

¡Cuidado con los hombres á quienes enviáis á los presidios! La cólera se torna en siniestra compañera. Aquel hombre, que naciera bueno, se torna malo. En su pensativo cerebro, que poco á poco se seca, la conciencia se extingue como una lámpara. Es la inocencia un temible fuego, que se arrastra, que germina bajo la pena injusta, que poco á poco llena de resentimiento, de amarga hiel, los corazones. Siente crecer dentro sí una infame hornaza en la que arde lo que en el alma había de más noble. ¡Qué espectro es un presidiario honrado, en el que se retuerce una rabia á la que no se puede culpar! ¡El, el hombre honrado, en el abismo de vergüenza! A vosotros todos, si algún día puede pedir os cuentas, ¡oh, cómo castigará vuestro execrable yerro! Cuanto más virtuoso haya sido, más furor tendrá. ¡Ennegrecimiento extraño y terrible del cisne! No esperéis que se halle resignación en el inicuo presidio. Se atiza su odio con todos sus amores.—¡Venganza!—se dice al pensar en los corazones adorados, en los hermosos días, en el azul encantador de la vida inocente, en la madre, en la hermana, en la mujer, en la amante, en las cancio-

nes, en el trabajo probo, libre, asiduo, en todo ese dorado paraíso que perdiera, en las tiernas criaturas que nombra con furia, en los ángeles; y el cielo hace un infierno en aquel pobre hombre.

Un hombre es inocente; su vecino le denuncia. Gisquet, cuya ceja se frunce con facilidad, ó nuevo Anglés, ó segundo Valentin, hace que el hombre sea detenido en el momento de levantarse de la cama; el hombre se resiste y trata de huir: malas señales; se le insulta; replica: se le maniat; dice: — ¡Yo nada he hecho! Y es la verdad; pero hace mal en ser quien grita más recio, no siendo el más fuerte. Se le da á entender esto apretándole más los pulgares con las cuerdas. Culpable, se cede; inocente, se es idiota; se lucha, se contesta á los golpes, se enfurece uno al ver que la sangre mancha el suelo, confiando en que el juez examinará, deliberará y acabará por no hacer nada al que nada hiciera. ¡Examinar, deliberar el juez! ¿Para qué? Se entra joven, y se es viejo al salir de la prisión. ¡Cuidado, pues; esta es la suerte que toca al refractario! Tenéis ese deber: sufrir; y ese derecho: callar.

Grave es rebelarse; vano es ser inocente; tened entendido que la justicia es siempre la justicia, y que sois un granuja, puesto que se os trata brutalmente. La policía se asemeja á la arena en que uno se hunde; cuanto más esfuerzos hace para huir, más preso se halla. Los grandes y los felices nunca bajaron de sus

alturas para proteger á los que se traga la justicia. Caed en un estanque; sed cogido debajo de una pared que se derrumba ó sumergido en algún pozo horrible y de todas partes os llegarán amigos y apoyos; todos, ricos y pobres, jóvenes y viejos, y de todos los sexos y edades, cada uno se ocupará en vuestro salvamento; seréis socorrido, servido, compadecido, asistido; ¡pero no naufraguéis bajo la sociedad!

Sangra el Estado, sin embargo, si pierde un miembro útil, y en el hombre mutilase al pueblo; aquel miserable era bueno, honrado, dulce. ¿Sabéis que antes tenía una familia? ¿Qué importa eso? Se le arroja á un calabozo. Tórnase el autómat de un horrible mecanismo; la chusma le acostumbra á sus rudas prácticas. — ¡En pie! ¡Despierta! ¡Trabaja! ¡Entra! ¡Sal! De pronto es embarcado, es enviado á Cayena. De aquella bestia de ojos de esfinge, de los gritos de fiera, se apodera el mar, ruge, aulla, y va á ocultarle detrás del horizonte, allá abajo, en una roca, en una obscuridad á la que apenas llega el ruido que hace el hombre. Todo allí son tinieblas, olvido, abismo; un hálito de odio baja del cielo, y las olas parecen enemigos. Allí se consuma la especie de crimen inconsciente cometido por todos nosotros con aquel pobre desconocido. Espectro encadenado por la noche, bestia de carga durante el día, se ha tornado un número: no tiene derecho ni á su nombre; vive en una caverna, duerme bajo el cañón; sus fríos verdugos le custodian desde que amanece, y la aurora, cómplice de ello, contribuye á su suplicio, luciendo, y los cautivos son enviados de dos en dos á labrar un horrible campo tostado por un sol terrible. Al hacer presidiarios, la ley no hace sino fantasmas; las nubes, el firmamento, todas aquellas cimas enormes, son para ellos el techo de bronce de su desgracia.

Él, que no es falsario, ni asesino, ni ladrón, bajo el pesado fardo que arrastra, triste átomo vencido, estúpido, bosteza; y, á guisa de bálsamo, gota á gota se va vertiendo la afrenta sobre su trágico dolor; una espantosa y siniestra llaga le consume; se le lava la herida con ácido nítrico. El código, esa hacha tiene por mango un garrote, y aquella cuchilla altiva concluye en vil bastón. Si, alguna vez enfermo, apoya los codos, con la barba en la palma de la mano, calenturiento, reflexiona, un palo le despierta; de sus oídos no se aleja nunca un ruido de cadenas. Es no sé qué de abyecto y de miserable; el perro le olfatea y le gruñe; un espía le llama de tú. ¡Qué suerte! ¡Trabajo siempre, pan negro, paja podrida!...

Cierto día, en la patria se produce un rumor profundo, la alada Marsellesa llega en el aire, y—¡Alzate! ¡Vive!—dícese á aquel muerto. El mar agita sus olas, Francia abre su puerta; vuelve. Tenía una esposa; ya bajó á la tumba; un hijo: no se sabe qué ha sido de él; una hija, niña de ingenua mirada que era su alegría: en la calle ve una mujer que ríe, desnudos los brazos, desnudo el seno, con flores sobre la frente, alegre, infame; es ella.

Mientras tanto, la ciudad está llena de rumores. La Revolución, sembrador tremendo, dispersa por los cuatro extremos del cielo la áspera cólera. Entonces, en aquel corazón sombrío, funesto, relampaguea; truena en aquella alma, y aquel hombre se convierte en una especie de abismo presa del negro reflujo; el odio arde en aquel infortunado. ¿Dónde está la metralla? ¿Dónde está la brea? Le ha llegado su vez de ser espantoso, lo es; y muerde, y desgarr. No tiene piedad.—¡Abajo ese juez! ¡Muera ese sacerdote! Asesina, roba, quema, aplasta, degüella.

Cuando se castiga á un inocente, se hace un bandido.

París, 28 de Noviembre.

XX

¡Oh! ¡Cuán cierto es que nada es el hombre, y que vos, Señor, lo sois todo!

¡Oh, Dios vivo! ¡Tú solo permaneces en pie en la tranquilidad de las cosas eternas! Cuando sus alas abre, el águila infinita sumerge una de ellas en tu sombra y la otra en tu claridad. El hombre es Baal, Moloch, Arimán, Astarté; la abyección vive con la bestia humana. El vacío nos lleva del fango á la ceniza. Alma ciega, espíritu apagado, corazón hecho trizas, el hombre muere mucho antes de ser conducido á la tumba. Toda clase de corrupciones le roen en vida: la avaricia, el orgullo, el odio, la mentira, el amor venal, el error loco, el instinto bastardo; de modo que se ignora lo que después se pudre.

Hormiguero del mal, insectos del abismo, sobre nuestros montones de crímenes y locura, de horrores, de cadalsos, de paveses, nos erguimos ante tu penetrante mirada. Tú oyes nuestros gritos, nuestros rumores, nuestra demencia; el gran cielo es el azul de tu pupila formidable. De nuestra vida oscura usando los eslabones, bajo tu enorme y dulce ojo nos arrastramos. Nuestros esplendores son un fulgor que se arrastra sobre la negra hierba; y en las sombrías

noches que se denominan edades de gloria, tiempos de Alcides, de Hermes, de Aquiles, de Amadís, siglo de Pericles, siglo de León X, sobre aquellos montones de estiércol, las Atenas, las Romas, pasean esos gusanos relucientes que se llaman grandes hombres.

19 de Agosto de 1851.

XXI

A PABLO M.

Conozco tan bien, Pablo, el otro aspecto de las cosas, que en mis apoteosis siempre miré la altura de la roca de la cual he de caer. La suerte cambia,—la he soportado sin doblarme;—una mujer en esqueleto, un palacio en ruinas.

Y he aquí por qué, transeunte fraternal, sin apartar por nada mi mano y sonriente y pensativo, con el amor de hoy mido el odio de mañana. Hago uso del claro fulgor del alba para calcular la lúgubre hostilidad que tendrá el crepúsculo. Aquel que no fuera odiado, no vivió sino á medias. Y deseoso de ser bueno, dejo, amigo mío, que uno tras del otro, en la obscuridad en que vivimos, vayan pasando los falsos porvenires de la tierra y de los hombres, seguro de ese porvenir inmenso del firmamento azul que todos llaman muerte y al que yo llamo Dios.

2 de Septiembre de 1872.

XXII

VISIONES

*

A medida que se eclipsa á lo lejos la llanura, todo un sombrío apocalipsis aparécese al tétrico hombre.

Todos aquellos fantasmas sinnúmero, hijos del anochecer que va obscureciéndose, le rodean, entran en tropel en su espíritu á medida que salen de la obscuridad.

Negra caverna sobre la cual se cierne el Señor, ve en sueños lo ya soñado; el día que pasó, la noche que concluye, la muerte que se acerca, el hombre que se va.

Ante su párpado inflamado, sobre un tétrico fondo sin un rayo de luz, como oleadas de humo, pasan lentas visiones.

El destino muéstrase á él, cree entrever como huyen los pálidos espectros con que tropieza, ó algún espantoso paisaje. ®

Piensa, asustado:—Todo se levanta, todo vuelve á caer, todo flotó. No sabe si sueña ó está despierto.

Después todo toma forma, todo se coloca como en

un infierno doloroso, y todo en aquella sombría bruma se hace distinto y continúa siendo horrible.

Ve las fortunas humanas, cuyo conjunto parece un monte vertiginoso, en el cual, bajo ramas llenas de espinas, resplandecen los ojos de las sirenas.

Introduce su mirada, que brilla en aquel abismo de sombras en movimiento, en aquellas tinieblas en las que la ciega multitud de los vivos hormiguea.

Oye rumor de voces á través de la sombra y sus asechanzas, que parecen enjambres en sus colmenas, que parecen pájaros en los bosques.

Todos trabajan,—ley que trazara Dios al hombre maldito,—el uno su campo, el otro su pensamiento; éste profundiza, el primero cava.

Todos ellos buscan, ninguno encuentra. En su desesperación, el cielo les parece, por lo oscuro, el antro de una loba en invierno, por la noche, en el fondo de un bosque.

¿A dónde van? Hacia la misma puerta. ¿Qué son? Las olas de un torrente. ¿Qué dicen? La obscuridad se lleva sus palabras. ¿Qué hacen? La tumba se traga su obra.

Como un junco flexible, viejos y jóvenes son súbitamente doblados por un viento. ¡Oh! ¿De qué boca invisible sale este aire misterioso?

★

Toda la naturaleza viva se estremece á la hora en

que el día espira, tiembla yo no sé bajo qué espanto que cae de los astros por la noche.

Entregada á los misterios innumerables, estremeciéndose lúgubrementemente, ve abrirse sobre ella en aquella obscuridad el ojo del desconocido Todopoderoso.

¡Oh! ¡Qué espanto! ¡Reconocerse sin libertad y sin duración, á merced de aquel ser que se mueve en la eternidad!

¡Negro enigma en el que todo se reúne para ocultar la finalidad y la palabra! Se siente que alguien está temblando abajo; se siente que en la altura medita alguien.

28 de Abril de 1846.

XXIII

ORIGEN DE LOS DIOSES

Cuando sobre el altar deposita cualquier cornudo fauno, cualquier dragón que se arrastra con ayuda de híbridos miembros, ó cualquier horrible brahma, cuyas arrugas dorara, el hombre cree haber dado un paso en lo desconocido; cree haber avanzado mucho en el ideal cuando completa á Belial por medio de Zeus; ó cuando ha escogido, para de él hacer un ídolo, alguna aparición del sueño; cuando se ha

prosternado ante aquellas pesadillas, denominándolas Mithra, Neptuno, Irminsul ó Marte.

¿Es él al menos el autor de tales larvas? No; descomponiéndose en la sombra, el ser fué quien las hizo nacer. Y todos aquellos dioses, Moloch, Júpiter, Asarté, Thor, máscaras de deformidad ó de demencia, llevando cada uno su tirso ó sus rayos, ó su biblia, son tipos nocturnos que flotan en lo invisible. Aun cuando sean viles, malos, obscenos, odiosos, no por eso creaste á tus falsos dioses, ser humano, ¡oh pasajero miserable! ¡oh buscador efímero! tú no puedes crear nada, ni tan sólo una quimera. La obscuridad que te envuelve, ¡oh pobre ser desterrado!, la profundidad que parece una muralla de lo infinito, el horrible fondo brumoso de donde llueven las visiones; sobre el cual los átomos se mueven confusamente; sobre el cual con trabajo se distinguen la muerte y la vida, y las líneas que encierran nuestra suerte; la obscura inmensidad llena de vagos porches en la que tiemblan las luces de todos los altares; en la que soplos que al punto huyen dibujan infiernos, pindos, edenes, Deucalión, Plutón, Satán, Eva y su manzana, triste de tí, no aceptan dioses creados por el hombre. ¿Te crees tú capaz de imponer tus sueños á la noche? Esta gran pensadora envía á tu caverna sus lúgubres legiones á vuelo tendido; ella las construye, tú las recibes de ella.

Y cuando un sacerdote, lleno de orgullo, dice en voz baja:—Invento demonios que hacen sufrir al hombre, soy el creador supremo y solitario de un montón de espectros, vergüenza ó espanto de la tierra, y el mundo, estúpido y tétrico, está bajo el peso de todos los dioses impuros y sangrientos que para él formó, Fo, Dagón, Teutates, Venus, la de la fúnebre

mirada,—la noche que los creó de un faldón de sus tinieblas, se echa á reír, y poco se admira de su negrura. El cielo formidable sabe que aquel sacerdote miente.

XXIV

—¡Los escritores son todos más ó menos demonios! ¡Quieren quitarnos al Dios á quien amamos! ¡Cuidado con el infierno! ¡Desconfiad de los libros!

Así exclaman, con gestos de hombres borrachos, algunos pobres seres negros, vagamente extraviados, que son fakires en la India y entre nosotros curas. ¡Cuán ignorantes son aquellos queridos energúmenos! Compadezcámosles. Su cólera de frases inhumanas agítase en la sombra, produciendo el triste ruido del torrente que cae y del viento que zumba de noche. Cierta día, aterrando al pastor y á la pobre vaquera, uno de aquellos bonzos peroraba en su púlpito; el buen charlatán feroz, de largos brazos, bajo el dosel de su parapeto adornado con una paloma, echaba ascuas; con elocuencia que habría hecho reír á la antigua Atenas y temblar á Pontoise, aquel sombrío palurdo vapuleaba á Satán, á Voltaire y al buen sentido, fulminando toda clase de rayos paletos. Había para estremecerse. ¡Nonnote, basta de Maistre! (1).

(1) Claudio Francisco Nonotte nació en 1711 y murió en 1793; jesuita francés cuya celebridad se debe más que todo á los sarcasmos que le dirigió Voltaire.

José María, conde de Maistre, nació en 1753 y murió en 1821; su

Era aquello la fe sin freno, el dogma á grande orquesta, un salvador que, amenazando, rechinaba los dientes y sudaba, un Jocrisse (1) saliendo en socorro de Bossuet. En torno de aquel ahullador formidable, las ramas de los árboles ofrecían su sombra amiga á las vagas alas blancas; los matorrales estaban llenos del rumor de los nidos, de los que desprendíase el resplandor de las felicidades infinitas; las llanuras extendían la vasta paz campestre; aquel Dios al que en la iglesia, á fuerza de credo y confiteors, obscurecía el sacerdote, radiaba fuera del templo en la luz del sol.

Mi padre, dulce pasajero que me ha contado la cosa, estaba allí.

Dejadme, pues que ese nombre me sosiega, deciros que mi padre era un sabio puro, uno de aquellos pensadores que, en el sombrío mundo, muestran serena frente aun á la prueba más austera, que buscan el aspecto tranquilizador del misterio, haciéndose explicar en qué consiste el enigma del destino por el espléndido canto de los pájaros que madrugan. Sonreía constantemente, nunca fué escéptico, y ninguna biblia, ninguna ilusión de óptica, turbaban su mirada, fija en lo real. Confiaba en la belleza del cielo.

Pues, el digno cura rabiaba. Y las encinas y los

nombre es bien conocido como filósofo y hombre de estado, lo mismo que el de su hermano Javier, militar y escritor. —(N. del T.)

(1) Jocrisse, simple que se deja gobernar por todo el mundo, ó que se ocupa de los quehaceres domésticos; este adjetivo se ha sustantivado y se han formado derivados de él; así *jocrisserie* significa patochada, simpleza ó salida de tono de un idiota que sirve de hazme reir. —(N. del T.)

olmos, que temblaban sin miedo, gruñen sin odios, continuaban murmurando en los bosques su gran murmullo; una confusión de rumores y de ahullidos venía de la ciudad para extinguirse en el campo, augusto apaciguamiento de los clamores en el idilio; aquella convicción que á los corazones procura el azul, especie de punto de apoyo tan seguro como misterioso, sentíase doquiera, y las blandas praderas exhalaban aquellos perfumes llamados ensueños. Se percibía distintamente la eterna demencia. El buen cura parecía cada vez más furioso. Con el rayo en el puño, viendo á Sodoma en Vaugirard, anonadaba al hombre con todo el peso del Señor, lo condenaba todo, sin excepción, sin tregua, sin descanso.

De repente, un Juan cualquiera interrumpió, por burlarse del sacerdote (de tal modo á veces Pirrón acuchillaba á Patouillet (1) á través de la blusa del campesino):

—¿Y si Dios no existiera?...—¡Responded!

—Habría que inventarle,—dijo mi padre entonces.

—¡He ahí,—exclamó el sacerdote, que tomó por testigo de ello al Santo Padre, y á Roma,—he ahí un grito del alma!

Y el buen hombre agradeció aquel grito del alma®

(1) Luis Patouillet (1699-1769); otro jesuita que está en el mismo caso que el anterior.

Pirrón, filósofo griego (336 a. de J. C.), fundador de la escuela de los escépticos. —(N. del T.)

á mi padre, el cual lo había aprendido del diablo, edición de Kehl.

3 de Marzo de 1877.

XXV

AL SALIR DE UNA IGLESIA

El sacerdote aquel dijo al pueblo:

—Niños, bajad los ojos. Dios no es el alma vaga esparcida en el fondo de los cielos. La naturaleza os engaña y el universo se mofa de vosotros. El que no está con nosotros, sufre y llora eternamente. ¡Nunca busquéis á Dios fuera del texto divino!

He aquí que la inmensidad entona un vano cántico. ¡Cómo! Antes de ver á Dios tal como el alma le percibe, brillando con flamígera belleza; antes de adorarle tal como me le hacen ver las profundidades de la aurora y de la noche, la estrella en el azul, la perla en el nácar, he de hacer que un diácono rectifique al Eterno! ¡Se hace necesario prosternar nuestra fe ante un misal! El alba enseña el amor, la biblia enseña el espanto. El cura grita:—¡Infierno!—¡Esperanza! se oye exclamar al astro. ¡Y se ha de creer al cura! ¡He de subordinar, en mi corazón que estalla, lo que el universo me dice á lo que me hace oír el sacerdote!

¡No ha de seguirse al infinito, sino al hombre!

¡Cómo! ¡La creación no es otra cosa que un libro cuyas erratas corrigen las religiones! ¡Cómo! Los lirios de Sarón, las rosas de Pœstum, el rayo, el sol que dora la soledad, no tienen en su luz tanta certeza como un símbolo en latín ó un dogma en hebreo!

¡Bien mirado todo, destituimos á Dios!

XXVI

CONTEMPLACIÓN.—CONSUELO

¡Qué corto es el dolor, y cuán pronto se desvanece!

¡Ay! En cuanto la tierra se traga una sombra, nadie vuelve su rostro hacia aquel astro eclipsado que brillara en otro tiempo. Verse libre de su querido recuerdo es el primer cuidado que se tiene. ¡Fuera ese mendigo! Uno ríe, pone buena cara y dice:—¡Bebamos, comamos, vivamos! Esto es lo positivo. El otro adormece la pena mirando al cielo, admira y piensa, espíritu que flota al azar, y hace que su llanto se evapore en la naturaleza. Hay ser al que el dolor no puede ocupar mucho tiempo; todo nos parece bueno para olvidar; la contemplación mece, tranquiliza y consuela; llevado por el ala que le aísla, el corazón deja caer los recuerdos al elevarse hacia el azul; la tumba más querida no es sino un punto obscuro. Los que viven cantando, riendo continuamente, pronto han enterrado á sus difuntos; el que piensa no es el vaso mejor para conservar el duelo.

La naturaleza llena el alma deslumbrando el ojo; y el olvido, esa araña, cuando tiende su tela, de un lado la ata al hombre y por el otro á las estrellas.

18 de Mayo de 1854.

Cierta noche soñé. Y en mi sueño ví una llanura sin orillas, semejante al mar sin costas, abierta á todos los vientos, como el vasto Océano.

Era uno de aquellos lugares inquietos y desiertos en los que todavía flota el confuso rumor de las multitudes, en el que se sienten, á través de las téticas soledades, en las palpitaciones del alma turbada, un pueblo desconocido, una ola que pasó. La llanura aquella era roja, inmensa, triste y desnuda; la nube no tenía ni una gota de agua en que mirarse; no había ni un pie de tierra labrado, ni un solo edificio, ni un testigo, ni un transeunte.

Lo único que, á lo lejos, se veía, eran grandes, extraños y soberbios, leones de piedra, esparcidos en la hierba de trecho en trecho. Inmóviles, de pie sobre granitos esculpidos á los que llegaban las copas de los arbustos agitados por el viento, todos ellos en fiera y terrible postura, parecían, en mitad de la lóbrega naturaleza, que deslumbraba en la sombra mis ojos, parecían escuchar el rumor de un mundo desvanecido.

¿Qué hacían aquellos leones en aquella llanura? ¿Guardaban acaso alguna vaga memoria, algún gran recuerdo traído por la sombra, semejantes á perros cabizbajos cuyo amo se perdiera? ¿Eran rocas? ¿Eran fantasmas? Tal vez habían visto desmoronarse muchos reinos. ¿Quién sabe? ¿Estarían allí cubiertos por el musgo que les roía, desde antes de aquellos tiempos oscuros, profundos, lejanos, en los que la historia á tientas pierde sus antorchas apagadas, en los que la tradición indistinta se enmohece? ¿No podría ser que nada de humano tuviera el escultor que los labrara con mano poderosa? ¿Quién los había colocado en aquel vasto espacio para que por siempre oyeran llorar al viento que pasa, silbar á la hierba y deslizarse al lagarto por entre la arcilla?

Sin atreverme á dar un paso, púseme yo á mirarlos con el espanto que se siente ante las cosas sombrías. Ningún vestigio á su alrededor; ni senderos, ni escombros; sólo el obscuro espinoso y la ennegrecida maleza.

Y, de repente, conforme yo de tal manera meditaba,—era la hora en que el día retrocede,—en el sepulcral y frío cielo crepuscular, ambas alas abiertas y cerniéndose sobre aquel tético horizonte, apareció un ave monstruosa, enorme, imponente, de forma desconocida en la naturaleza entera, tan fiera y tan horrible, que los leones de piedra echaron á correr dejando escapar prolongados rugidos.

¡Oh, Dios! vos que, inclinado sobre los espíritus que duermen, les mandáis por la noche el arcángel ó el Moloch, ¿qué quisisteis hacerme saber por medio de aquel espantoso sueño? ¿Señor, sería aquella,

tras estos días sin honra y sin alegría, la imagen de los tiempos en que entraremos?

XXVIII

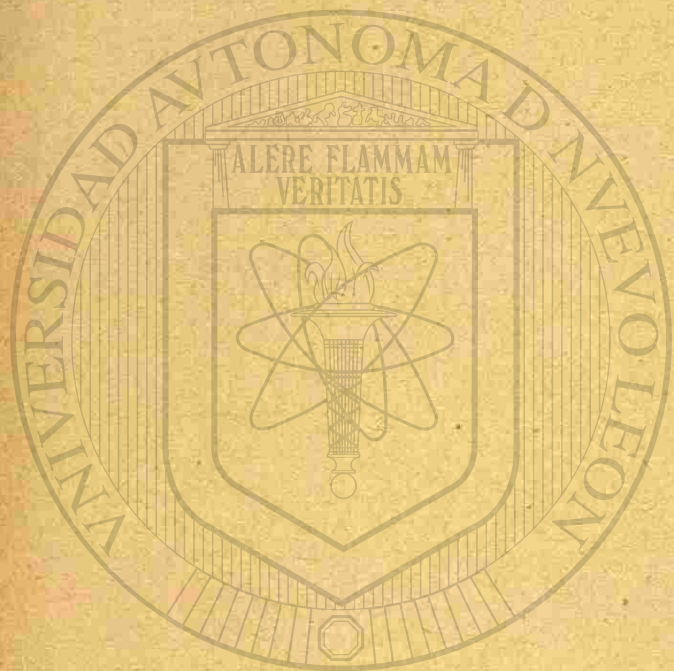
He soñado con una naturaleza inocente y mejor que la actual.

No comprendo por qué la mirada flora, y cómo es que del ojo espantado salga una lágrima después de entrar en él un rayo de luz; la alegría debe morir: entró donde la luz. En el fresco paraíso, ideal donde coloqué mis sueños, en el que pongo cuanto es posible de divino, se cantará; cantar no es estéril y vano; cantar es el dulce rumor de los espíritus en las cimas; y derramando la armonía á las sublimes profundidades, sobre los vientos, sobre los océanos, sobre los surcos, sobre las frutas verdes, una canción trabaja en el inmenso universo; la melodía útil y santa no es sino un soplo; una mujer que pasa cantando por la llanura mezcla una vaga lira al ritmo universal; y da más alma á las flores y más azul al cielo; de lo que resulta no sé qué serena indulgencia.

No habrá necesidad de molestarse para sentirse amado en lo infinito; el nido será sagrado, bendita será la espiga; todo germen engendrará su fruto; toda promesa será cumplida, y sin iglesia, y sin misa, y sin sacerdotes, tan transparente como ahora, será el cielo azul; la sed verá la fuente y el alma verá á Dios.

10 Enero 1876.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XXIX

EN EL CEMENTERIO DE ***

Yo oraba, recogido en lo íntimo de mi pensamiento. El cementerio es dulce al duelo silencioso á la hora en que la tarde inefable y sublime mezcla la paz del cielo con la paz de los difuntos.

Oí que alguien andaba; levanté los ojos; el viento movía la hierba en torno de las cruces, y ví como á lentos pasos andaba por entre las losas un abuelo que de la mano llevaba á su nietecillo.

Conmovido, interrumpí mis fúnebres éxtasis, para seguirles con la vista y bendecirles en voz baja. ¡Oh anciano! ¡oh niño! ¡oh misteriosos vasos el uno lleno de pasado y el otro de porvenir!

Aquella pequeña mano en aquella mano débil me recordaban días pasados, mejores días. El anciano, deteniéndose, pensativo, á cada momento, miraba hacia las tumbas; el niño buscaba flores.

El anciano miraba los sepulcros en la sombra, como si, tétrico y cubierto de sudor, á fuerza de fijar en ellas su ojo profundo y sombrío, les arrancara algún extraño fulgor.

15 Agosto 1846.

XXX

¡Oh! ¡dí! ¿Por qué mirar eternamente bajo tierra, por qué interrogar á la tumba y buscar en la obscuridad, y escuchar siempre, doblado sobre esa losa, como esperando un rumor?

¿Te figuras que aquellos á quienes lloramos yacen debajo la hierba y escuchan atentos nuestros pasos? ¿Crees que ahí están las almas? Pensador, ¿acaso no sabes

que Dios, que todo lo dispone, no quiso que la llama quedara viva al extinguirse la antorcha, y que el hombre ¡ay! jamás pudo llevar nada á la tumba?

¿No sabes que una vez libre el alma, las fosas, devorando á los hombres que se entierran, se llenan de una sombra horrible y sagrada en la que todo se desvanece?

¡Vanamente te inclinas, en tu amargo dolor, sobre el negro sepulcro lleno de días transcurridos, volviendo á pedir tu hija, tu padre, tu madre y aquellos que ya no existen!

¡Vanamente te inclinas! Así como en las olas el buzo se fatiga buscando tesoros, tú tratas de entrever alguna vaga muestra de lo que hacen los difuntos.

Nada para tí brilla, sombría cabeza inclinada; la

tumba es lúgubre y cerrada á las miradas curiosas; ya no tienes en tu pensamiento un rayo que brille... ¡Alegre, alza la vista!

¡Alza la vista! ¡Renuncia á sondar en el polvo; haz que tu alma vuele hacia el firmamento azul; mira al cielo, busca en la luz, y, sobre todo, ¡cree en Dios!

¡Cree en aquél á quien todo alaba! ¡Cree en la eternidad que nos abre los brazos! Llama al Señor, pídele tus ángeles ¡y volverás á verlos!

Sí; aun desde este mundo donde tu miseria llora, levantando siempre tu corazón lleno de esperanza, sin moverte de aquí, sin que sea necesario morir para verles.

Porque meditando la fe crece sin cesar, porque al ojo creyente se abre el cielo cada vez más claro; día llegará en que exclames súbitamente, lleno de embriaguez:—¡Oh Dios mío! ¡aquí están!

y algo de aquella dicha de tu pasado tan feliz encontrarás, ¡oh pobre alma arrebatada! en aquellos queridos fantasmas que fueron la alegría de tu vida, y que se hallan en el cielo;

así como á la hora en que la llanura pierde color á lo lejos, cuando la noche cubre de sombra al día pálido y decrepito, allá arriba, en las nubes, aún puede verse el sol que concluye de ocultarse. ®

27 Octubre 1841.

XXXI

INSCRIPCIÓN SEPULCRAL

Nazco. ¿Qué soy? ¡Oh dolor! Tengo miedo, siento frío, lloro, sufro, soy hombre ¡ay! Será menester que viva, será necesario que muera. Antes de echar á andar me encuentro cansado.

Soy aquel fresco joven tan gallardo como un genio; amo á una mujer de pura mirada, y he aquí los dolores, las lágrimas, el insomnio. Se ama, se llora ¡ay! más adelante.

Con el alma dulcemente agitada por los recuerdos, uno grita: —¡Oh felices días! ¡oh alegres tiempos! Porque nuestros amores huyen como el nublado, lluvia en nuestras frentes, púrpura á nuestros ojos.

Sangro; los corazones todos son ingratos. Trabajo; la tierra es aún más ingrata; mi amo recoge la espiga, la paja queda en mi lecho. ¡Siento hambre ante la gavilla de oro!

Llegó la áspera vejez; me hallo en extremo decrepito; mis amores, mi corazón hecho jirones, yacen en mí; mis días son los arcos de un claustro proyectando su sombra sobre las tumbas.

Mi vida es un sudario del cual soy el esqueleto. Los años, acompañados de los males, me agarrotan;

cada hora es una cintilla (1) más en torno de mis huesos descarnados.

¿Soy un alma? ¿Es un Dios quien me espera? La explicación no aparece para mí; y ese doble desconocido cruza sus X misteriosas bajo mi duro lecho que tiembla.

El espantoso horror del precipicio hiere mis pupilas; mi corazón se extingue, pálido y sin brillo... ¡Azul, azul, azul! ¡Dios vivo! ¡tengo alas! ¡oh profundo azul del infinito!

26 Julio 1854.

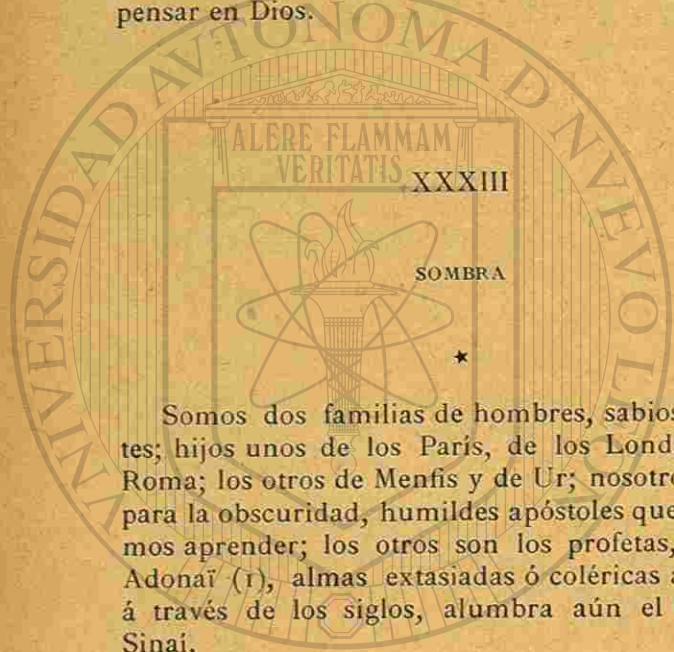
XXXII

Sombrios ladradores de las tinieblas, abismos, ¿qué me queréis? ¿Qué pedís, noches fúnebres? ¿Por qué sopláis, vientos celosos? ¿Por qué mezclando brumas, nubes, torbellinos, olas llenas de ruido, multiplicáis á mi alrededor, ante mis oscuras pupilas, en todas esas vagas figuras las actitudes del espanto?

Yo soy un alma, espectros feroces; os escapo; ¡mi antorcha no puede ser apagada por vuestras bocas, abismos de la enorme tumba! No os debo otra cosa

(1) El autor emplea la palabra *bandelette*, que significa la cintilla con que en la antigüedad se adornaba la cabeza de los sacerdotes y de las víctimas. —(N. del T.)

que mi ceniza, que mi carne, que ha de descender otra vez, vana arcilla que dura poco, polvo del que el espíritu se escapa. ¡Os la daré! ¡silencio! Y dejadme pensar en Dios.



Somos dos familias de hombres, sabios y videntes; hijos unos de los París, de los Londres, de los Roma; los otros de Menfis y de Ur; nosotros, hechos para la obscuridad, humildes apóstoles que procuramos aprender; los otros son los profetas, llenos de Adonai (1), almas extasiadas ó coléricas á las que, á través de los siglos, alumbra aún el flamígero Sinai.

Asomados á la misma ventana, nosotros escuchamos mientras miran ellos. Distinto espíritu invade á los Moisés y á los Newton; esto ocurría ya cuando á los magos hablaba todavía la musa de los labios de coral, en la época en que los salvajes visionarios veían descender de las nubes al centauro de doble pecho.

Nosotros, á quienes la ciencia acompaña; ellos,

(1) En hebreo significa Señor. Con este nombre se designa algunas veces á Dios en la Biblia.—(N. del T.)

conducidos por el rayo azul, subimos la misma montaña. Para nosotros, todo muere; para ellos, todo brilla; todos juntos por la oración, ó por la idea, áspera obrera, registrando el suelo, cogiendo el fruto, sondamos la materia y el alma, ellos de la vertiente de la cruz, nosotros por la de la obscuridad.

★

¡Obscuridad! El sueño alza su frente en la realidad. ¿Qué sería el ser sin el sueño, y la faz sin velo? El alma es de la sombra que solloza. Yo el átomo, vago y floto. Andaba, ¡oh llanto!; amaba, ¡oh dolor! Mi umbral se abre sobre el naufragio; cuando la mar está furiosa, mi casa suena en la noche como un escollo.

¿Qué decís al alma humana, qué balbuceáis para mi corazón, mundo, visión, fenómeno, bóreas burlón, agua lúgubre? ¿En qué, bajo las nieves ó bajo las lavas, piensan los montes, esos viejos esclavos azotados por todos los látigos del aire, esos pacientes del gran suplicio vestidos de tinieblas y señalados, bajo el cilicio, por el hierro candente del rayo?

¿Es que son necesarias todas las plagas que sufrimos? ¿A qué ese árbol de las miserias cruzando sus ramas sobre nuestras frentes? El mal se posee. ¿Dónde están las causas? Se diría que el objeto de las cosas es ocultar á Dios, que huye de nosotros, que el mundo entero trabaja para que la noche sea mayor.

¿Qué mira en los bosques silvestres el gran siervo de los ojos llenos de espanto? ¿De dónde te viene, Venus, ese brillo sagrado con que resplandeces en la cima de los pelados montes? ¿Qué representa tu ani-

llo, Saturno? ¿Es que algún ser nocturno, algún vasto arcángel castigado, algún Satán cuya frente se dobla, hace subir y bajar por esa polea la cadena del pozo infinito?

Prometas ó amenazas, cuéntanos, alba, el secreto de tu llanto. Y vosotros, cometas, ¿qué sois con vuestros rostros de las horribles palideces? ¿Sois, en el éter ese que rueda, estrellas cuya sangre se derrama, formando charcos de luz? ¿Venís de los negros osarios? ¿Sois las muertas de la inmensidad, arrastrando sus fúnebres sudarios?

Incorporándome en mi cama á cada momento, sombrío, blasfemo quizás, me siento dispuesto á gritar ferozmente: — ¡Déjame en paz, firmamento! A cada instante me siento con deseos de decir: — Vosotros de quienes percibo el oro en mi lira, el llamear en mi enojo, el aire en mis estrofas erizadas, y los fulgores en mis pensamientos, astros, ¿en qué os entrometéis?

¿Qué son, abismo, la vida y la muerte? ¿A dónde va el hombre pálido y turbado? ¿Es el altar ó la víctima? ¿Es la reja? ¿Es el trigo? ¡Oh, esos vientos á los que nada hace callar! ¿Qué hacen con nosotros en la tierra todos esos soplos prodigiosos? ¿Qué misterio se consume en nosotros? ¿Qué nos traen de la obscuridad? ¿Qué se llevan del ser humano al firmamento?

¡Enigma! Cuando yo digo: — ¡Podredumbre! — ¡Festín! — grita el buitre. ¿Qué es la naturaleza? ¿Qué es el destino? ¿Caminamos por sendas seguras? ¿Depende de las negras fuerzas el que me extravíe ó no en el camino? ¿Puedes, suerte fatal que nos empujas

hacia la sombra, á fuerza de sacudidas, cambiar la forma del mañana?

Es el ancla un peso que rompe el cable. Todo se promete, no se cumple nada. ¿Querrá esto significar que lo implacable es uno de los nombres de lo desconocido? ¿Quién es, pues, ese amo feroz que hace la mosca para la araña, el fogoso caballo para el freno, todas las escaleras para bajar, el sí para el no, el fuego para la ceniza, la memoria para el remordimiento?

Cuando por los bosques airados corre el huracán, ¿arranca ese furioso á nuestros años algún jirón misterioso? ¿Tiene el árbol que acaba de resquebrajarse abajo su cabellera, que introduce en el globo celeste rejuvenecido? Pensadores, cabezas vecinas del cielo, ¿son vuestros cabellos las raíces por donde os alimentáis del infinito?

¿Es el horror de los cielos lo que en mi ser siento palpar en ciertos instantes terribles en que el mundo parece vacilar, á la hora en que la tierra tiembla, cuando la noche avanza, cuando se ve hincharse la ola negra, cuando la luna huye arrastrándose, cuando el eclipse, máscara siniestra, viene á soplar esa lámpara?

Y tú, gran vagabundo, hidra verde del espinazo tortuoso, ¿qué dices, mar donde la obscuridad abunda, trastorno monstruoso? ¡Olas! ¡oh copa de amargura! ¿qué símbolo sois, espuma, baba echada desde el fondo á la luz del día, fango que insulta á la serena aurora, eterno salivazo del odio contra la eterna frente del amor?

*

Ando, avanzo, retrocedo, camino por donde más de uno se perdió; á cada momento, en el crepúsculo, una voz lúgubre me dice: —¿Qué buscas? Todo huye, todo pasa. La tierra no es nada. ¿Y qué contiene el espacio? ¿Es real? No puedes pasar de entrever la creación, ese fantasma, tras de aquel velo: el firmamento.

¿A dónde vas, pobre alma admirada? Mónada, ¿sabes lo que es el imán? ¿Qué sabes del destino y qué del firmamento? ¿Conoces lo verdadero, lo posible, todas las urdimbres de lo invisible, lo que te espera, lo que te sigue? ¿Conoces las leyes eternas? ¿Oyes los temblores de alas en las grandes redes de la noche?

¿Sientes á veces, en la infame obscuridad que agita un viento fresco y pesado, una telaraña en la que tu alma va á caer y sobre la cual se pasea un monstruo? ¿Sientes á veces, hijo de la tierra, que bajo tus piés se abre el misterio, y mezclarse, ¡oh pasajero desnudo!, á tus cabellos que el invierno humedece, los hilos de la sombría rueca, los cabellos de la frente desconocida?

Las trágicas constelaciones, abriendo para mirarlos sus fieros ojos, pasan, semejantes á grandes larvas mágicas, sobre vuestros destinos misteriosos. ¡Ciego es el que cree los vacíos cielos! Algunas, las más lividas, aparecieron, ¡oh espíritu sombrío!, en forma de cifras negras en las tinteblas, sobre los dados de los fúnebres jugadores que se disputaban la túnica de Cristo.

Pero ¡insensato el que se imagina conocer todos los horizontes! La tumba, el fin y el origen, se revelan y gritan: ¡adelante! ¡Insensato el mismo Jesús, que se inmola porque ama! ¡Insensatos los audaces, que se arrojan al cráter soñando el progreso en la tierra ó el paraíso en los cielos!

¿Estás cierto, al ver reirse al esqueleto, de que aquel negro rictus donde se refleja la claridad de abajo, no es para los buenos abatidos, para los justos, sobre quienes pesa todo, para los mártires en la hornaza, para el espíritu creyente y creador, para el alma que espera su patria, la espantosa burla de la tumba, que conoce el vacío?

XXXIV

LUZ

¡No, no es posible, ¡oh naturaleza!, que sobre el hombre que está en el calabozo, sobre el espíritu, sobre la criatura, seas el odio de arriba! ¡No es posible que aquellas fuerzas mezclen en todos sus negros divorcios al ser humano, átomo retorcido entre sus puños, que le muestren el horror soberano y hagan amenazas al asustado sin que éste las comprenda!

¡No es posible que el edificio se haga de sombra y de sordidez; no es posible que sacrificio, heroísmo, esfuerzo, voluntad; no es posible que sabiduría, albor, largueza eterna, la rosa que se abre, el

*

Ando, avanzo, retrocedo, camino por donde más de uno se perdió; á cada momento, en el crepúsculo, una voz lúgubre me dice: —¿Qué buscas? Todo huye, todo pasa. La tierra no es nada. ¿Y qué contiene el espacio? ¿Es real? No puedes pasar de entrever la creación, ese fantasma, tras de aquel velo: el firmamento.

¿A dónde vas, pobre alma admirada? Mónada, ¿sabes lo que es el imán? ¿Qué sabes del destino y qué del firmamento? ¿Conoces lo verdadero, lo posible, todas las urdimbres de lo invisible, lo que te espera, lo que te sigue? ¿Conoces las leyes eternas? ¿Oyes los temblores de alas en las grandes redes de la noche?

¿Sientes á veces, en la infame obscuridad que agita un viento fresco y pesado, una telaraña en la que tu alma va á caer y sobre la cual se pasea un monstruo? ¿Sientes á veces, hijo de la tierra, que bajo tus piés se abre el misterio, y mezclarse, ¡oh pasajero desnudo!, á tus cabellos que el invierno humedece, los hilos de la sombría rueca, los cabellos de la frente desconocida?

Las trágicas constelaciones, abriendo para mirarlos sus fieros ojos, pasan, semejantes á grandes larvas mágicas, sobre vuestros destinos misteriosos. ¡Ciego es el que cree los vacíos cielos! Algunas, las más lividas, aparecieron, ¡oh espíritu sombrío!, en forma de cifras negras en las tinteblas, sobre los dados de los fúnebres jugadores que se disputaban la túnica de Cristo.

Pero ¡insensato el que se imagina conocer todos los horizontes! La tumba, el fin y el origen, se revelan y gritan: ¡adelante! ¡Insensato el mismo Jesús, que se inmola porque ama! ¡Insensatos los audaces, que se arrojan al cráter soñando el progreso en la tierra ó el paraíso en los cielos!

¿Estás cierto, al ver reirse al esqueleto, de que aquel negro rictus donde se refleja la claridad de abajo, no es para los buenos abatidos, para los justos, sobre quienes pesa todo, para los mártires en la hornaza, para el espíritu creyente y creador, para el alma que espera su patria, la espantosa burla de la tumba, que conoce el vacío?

XXXIV

LUZ

¡No, no es posible, ¡oh naturaleza!, que sobre el hombre que está en el calabozo, sobre el espíritu, sobre la criatura, seas el odio de arriba! ¡No es posible que aquellas fuerzas mezclen en todos sus negros divorcios al ser humano, átomo retorcido entre sus puños, que le muestren el horror soberano y hagan amenazas al asustado sin que éste las comprenda!

¡No es posible que el edificio se haga de sombra y de sordidez; no es posible que sacrificio, heroísmo, esfuerzo, voluntad; no es posible que sabiduría, albor, largueza eterna, la rosa que se abre, el

rocío, el derecho, la razón, la justicia, que todo, la fe, el amor, fuera sólo creado para diversión de la noche!

¡No es posible que yo invente lo que Dios no hubiera creado! ¡Cómo! ¿Ningún fin? ¡Cómo! ¿El espanto? ¿El vacío? ¿La tumba cavada? No; el ser, esbozo, en Dios concluye. ¡No es posible que mi sueño tenga más azul que el cielo azul, que el infinito sea una madriguera, que yo sea mejor que el padre, que el hombre supere á Dios en grandeza!

¡Cómo! ¡Yo suponer justo á un Dios que fuera malhechor! ¡Yo sería entonces el ser augusto, él sería el impotente! ¡El hombre habría hallado en su alma el amor, el paraíso, la llama, la luz sobre la altura, la dicha inconmensurable!... ¡Dios no sería más que miserable; el hombre sería el creador!

Si, como después de todo, es un sueño lo de un mundo formado de la nada, el que hizo el mal hizo la mentira. ¡Yo soy aquí el gigante! ¡Que venga ese Dios á medirse! ¡Que salga de su choza! ¡El hizo el mal, yo creí en el bien! ¡Yo tengo contra él si me yergo toda la gloria de mi sueño, toda la abyección del suyo!

¡No, no! La flor que acaba de abrirse me demuestra el firmamento. No es posible que la aurora sonría al hombre falsamente, y que, en la profunda fosa, el alma tenga derecho á decir á este mundo del que siempre salió la esperanza, á esas esferas, vasallas del Señor, afirmaciones colosales: — ¡Estrellas, habéis mentido!

¡Tú eres quien miente, duda, envidial ¡No es

posible que el rayo, que la esperanza, que la vida, sean una infame ilusión! ¡que todo sea falso excepto la blasfemia! ¡y que ese Dios mismo no sea dentro de su vano templo aéreo, sino la ironía, inmenso espectro, contemplando en la penumbra infinita al universo recostado sobre la Nada!

¡Un Dios riéndose de su obra, riéndose de los justos burlados, y del cisne y de la culebra, y de Satán y de Jesús; semejante Dios sería tan terrible que, ante su espantosa faz, el alma humana forcejearía como si quedara presa por sus blancas alas bajo las ramas de alguna selva siniestra.

Que Rabelais, reidor enorme, burlador del horizonte humano, limitado por el número y la forma, grite al hoy sin el mañana; que juegue, siendo él juguete, con la existencia y con el problema, ¡qué importa! Ese hombre pasa, muere, huye; no es el fondo ni la cumbre; ¡pero un Rabelais del abismo causaría horror, aun de noche!

¡No creo que los relámpagos sean los presagios, que la verdad salga de la queja, que las calamidades, sombrías figuras, digan la última palabra! Vientos feroces, noches, olas, inviernos, hinchad vuestras boecías, retorced mis vestiduras mientras yo ando, tended hacia mí vuestras manos, haced todos vuestros juramentos, en las tempestades, tinieblas: yo no os creo.

¡Yo creo en tí, luz, claridad, alegría! ¡tú que serás no obstante haber sido; á tí, águila mía, á tí mi presa! ¡fuerza, razón, esplendor, bondad! ¡Yo creo en tí, omnipotencia! ¡Yo creo en tí, omniinocencia! ¡en tí, siempre en tí! ¡Tomo mi ser piedra por piedra; la primera es luz, la última es fe!

¡Dios, cumbre, alba fulminante, precipicio sereno, fulgor, fascinación horrible que se apodera del hombre y lo torna mejor! ¡Abismo que por todas partes se abre! Cuando se está sobre aquel monte sublime, pico en el que el orgullo guarda silencio, cima á la que vuestros instintos os arrastran, todos los vértigos que de vosotros se apoderan os conducen á la virtud.

Dejaos, pues, tragar por aquel abismo, vivientes grandes, pequeños, sabios y locos, los que rien como los que sufren, ¡todos, todos, todos, todos vosotros! ¡Caed en Dios, multitud asustada! ¡Caed, caed, rodad, marea! ¡Y queda estupefacto, pueblo obscuro, ante el vacío de los sueños innumerables, y por haber atravesado tantas tinieblas para llegarte á tanto azul!

¡Oh! Crear es la recompensa del pensador amante, sea el que fuere: porque confiamos, pensamos, y porque esperamos, vemos. ¡Canta, corazón mío, el salmo eterno! ¡Dios vivo! ¡si en alguna ocasión, en mi noche de átomo, llego, aunque á mucha distancia de la luz, á comprender, yo, grano de arena, tu inmensidad tan formidable, es creyendo en tu amor!

XXXV

DIOS SIGUE SU CAMINO

Cuando en el corazón de un pueblo lo ha dispuesto ya todo, un nada basta para hacer estallar de repente las revoluciones divinas y fatales que producen

claridades y hacen ruinas. En días cual los que el hado nos creara, la más ínfima causa tiene los peores efectos. En este siglo en que el mal, como el bien, es libre, en el que la igualdad mina y zapa el equilibrio, todo está en discusión. ¿Qué vemos á menudo? Grandes casualidades y grandes vendavales. Vigilemos, pues. Vivimos en un tiempo en que ningún hombre es pequeño, en que cada cual, en fin, es temible. El bosque nutre á la llama, y el odio alimenta los malos instintos del hombre. Teme al espíritu, teme al corazón, en el cual, en la sombra, abunda y se amontona el aborrecimiento, que se inflama con la más pequeña chispa.

¡A veces, un mendigo que os sigue paso á paso, un soñador andrajoso á quien no se ve, en el fondo de su alma desconocida y altanera, tiene una selva de cólera y de odio que no espera, sino el choque de un guijarro, un momento, para llenar el horizonte de vasto incendio!

XXXVI

LA MISERIA HUMANA

Tratas de comprender á Dios; primero comprende al hombre. Pero te desafío á que consigas esto. ®

¡Ea! Define, clasifica, nombra, sondea, explica, con arreglo á cualquier ley, el ser misterioso que llevas dentro de tí. Escruta con tu mirada, olfatea

con tu nariz; regístrate; arráncate el hombre del pecho, y ponle sobre la masa, é inclínate para ver qué es ese monstruo deslumbrador y negro. ¿Qué dices? ¿Te gusta que hablemos del hombre? ¿Eres llama y genio? ¿Eres bestia de carga? Explicate. ¡Oh, qué extraño espectáculo es éste! ¡Un Dios monstruo, un espíritu por la carne obscurecido, viviendo, como en pie sobre el filo de una espada, entre la sombra que sube y el alba que nace, precipitado constantemente en el estercolero desde el cielo, y arrastrado del uno al otro lado, y siempre vuelto al sitio de que le desvía la lúgubre oscilación de la existencia!

¿Piensas alguna vez en ese misterio horrible que se llama la carne? Ese cuerpo abyecto, dolorido, tenebroso, esa vida en la que el infierno se refleja en el azul, espeluznante matrimonio de un alma y un esqueleto, esa ala interior que un calabozo mata, esa jaula de huesos que encierra un espíritu... ¿Profundizas el prodigio y la obscuridad de esto, sabio? ¿Te explicas su horror? ¿Sientes, bajo tu rostro, esa calavera sobre la cual ríes? ¿Oyes de tu alma en tí los gritos sombríos? Habla. ¿Te infunde miedo el hombre? ¿Te asusta ese ángel que vagamente sientes removerse en tu fango? Di, ¿comprendiste qué encierra el día en que viniste al mundo? ¡Oh gusano de tierra ciega, sombra entre los espíritus, especie de fantasma pendiente entre dos mundos, que sale de los luminosos para entrar en los sombríos, tan pronto Trimalción como Ituriel! ¡Oh cenit, oh nadir! Soplo inmaterial, que por la carne te haces prestar impuros servicios y en el saco del cuerpo todos los vicios vas albergando, por tí mismo deslumbrado, por tí mismo horrorizado, más sucio que la albarda de un onagro

listado, lo que no impide que en tus momentos de orgullo y de rebelión tengas puestas de sol, despertares de león, vagabundo que tratas de abandonar tu esfera por las nuestras, trata de hallar tu enigma antes de ponerte á buscar otros. ¿No te basta tu abismo? ¡Contesta! ¿De qué modo unirás el hombre al hombre? ¿Cómo podrás juntar jamás, á través de la obscura noche, una orilla á otra orilla, su gloria á su vergüenza?

Sé un pastor de espíritus, un guía de vivos, un fiero tribuno capaz de hechizar al pueblo con discursos conmovedores, cuya muerte sea más tarde una desgracia para la tierra; sé grande y fuerte y ten la luz del astro; sé Colón, y descubre un mundo; sé Schiller, el águila del corazón, más grande que las águilas del aire; sé Mirabeau, Shakespeare y Platón en una persona; tan profundo, tan poderoso, tan sublime, que parezca que no se te volverá á ver sino tras el cielo con una figura por encima de lo real; sé Cristo, el hijo mayor de la divina claridad, en quien el hombre desaparece, en quien se adivina á Dios; el gran Cristo arrancaba, tranquilo, con el brazo desnudo, á los horrorizados acontecimientos, el milagro aturdido; pásate todo el día, ser de elevada estatura, modelando en tí la futura humanidad; desde por la mañana hasta la noche, agita en tu cerebro el sistema insondable y el nuevo universo, en el que todo tendrá tu forma; artes, leyes, dogmas, doctrinas. Y entretanto, cautivo, dió la hora; ¡á las letrinas!

¡Oh genio martirizado por una víscera! ¡Destino atravesado por el abyecto y lúgubre intestino! ¡Qué obscuridad sucede en seguida á tanta claridad! Parecías el ángel, rey del éter, que apenas roza; Sócrates

sobre el Pnyx, Moisés en el Galgal; te cernías en el espacio; hablabas á Dios como á un semejante; parecías ser el gran ministro del enigma, y ahora estás desnudo, tembloroso, siniestro, al nivel del lodazal y reducido á estar en cuclillas como las bestias por la noche. ¡Y todos los días sufres la misma caída de tan alto, profeta, rey y mago, y siempre te levantas para atreverte á fijar tus miradas en el azul cuando ya te has caído! Todos los días, el hombre, yendo al encuentro de los astros, sus semejantes, vuela con los espíritus por encima de los soles, brilla, resplandece, flamea, y cada día cae de nuevo, desde más arriba de los cielos, á más abajo de la tumba. Puede el hombre sentir en su cerebro como se estremecen los cielos, ser un genio; ¡es necesario comer, es necesario dormir! Tropieza con las necesidades, que son los límites; es la llamada brutal á las lúgubres realidades, que avivan el escozor del estigma de fuego, que le recuerdan el bastonazo de la materia al Dios.

Medita, sí. En la meditación está tu suerte, noche, crepúsculo, enfermedad y hambre, invierno y canícula; todo lo espanta tu alma, que es esclava al fin.

A través de tu carne, tu espíritu tiene sed, hambre, fiebre, enflaquece, engorda, arde, se hiela. Cada una de tus necesidades te flagela al pasar, y esas necesidades son viles. Tan repugnantes, tan vergonzosas, que te sientes culpable y castigado ante ellas y que, sintiendo sobre tu infecunda cabeza el peso anterior de un misterioso mundo, dices:—¿Qué pude hacer en otra parte para encontrarme aquí? Pero recobra el vuelo, el día ha clareado, la ciencia te llama,

hombre, el arte te releva, huyes ante la claridad azul y vaga del sueño, te evades hacia el cielo; ¡eres libre!... No, vuelve á tu cuerpo, torna á tu cabaña; en tu sombrío espíritu es familiar el fango; tu sangre es tu verdugo, tu carne es tu carcelera; tus sentidos son los hábitos de la prisión infame; no puedes abandonarlos, y, encorvado, soportas siempre, siempre, de día como de noche y sin cesar, la fustigación inexplicable y vil, en el momento en que el azul te abre su puro camino, en que te ves augusto y espléndido, una mano, seas como quieras, hermoso, justo, ilustre, inocente, virgen, te coge, y estremeciéndote, sientes el vergajazo.—¿Estás ahí?—grita entonces el horror.—Sí,—contesta el fango. Y nada te sustrae al inaudito yugo.

Es una hora santa, inexplicable, altanera, en la que cuanto que no es alegría, orgullo ó luz, parece desvanecerse en tu regocijado corazón; es cuando ves á la mujer, alba, blancura, belleza, que bajo su desnudo pie coloca tus vanas resistencias, y hace chorrear sol por tus venas. Tal como en el edén brillara en otro tiempo, preséntase encantadora. Hombre en aquel momento, desprecias á la bestia, infecta criatura, orgulloso, soberbio, olvidando tu propia podredumbre. ¡Bien está! ¡Coge á tu rubia Eva! ¡Llévatela! El día la da á tu noche. ¡Ah, te estremeces de amor; la voluptuosidad te embriaga! ¡El éxtasis se apodera de ti! ¡No te acuerdas ya de la cadena del presidio, te crees ángel!... ¡Ea, despierta, fustigado hasta en tu placer, por tu fetidez!

XXXVII

A LOS QUE SON PEQUEÑOS

¿Tengo yo la culpa de que no seáis grandes? Os gustan las lechuzas, las garduñas, los tiranos, el mistral, el simoun, el escollo, la luna roja, sois el Myrmidón á quien su vacío irrita; la envidia cava en vosotros su pozo sin fondo. Os compadezco. El plomo de vuestro estilo se derrite y corre sobre los nombres á los que dará alguna gloria, y, al distribuir su triste lava negra, trata de ser punzante y no es sino pesado. Tortuosos, os arrastráis hacia cuanto corre; vuestra furiosa mirada sigue á las águilas veloces; reprocháis su estatura y su sombra á los colosos; dícese de vosotros:—Pígméo intentó, pero no pudo. ¿Quién odiará á Cheop sino Liliput? El Partenón os hiere con sus altivas columnas; os hace desgraciados la belleza de los astros; encontráis el Océano demasiado claro, demasiado negro, demasiado azul; detestáis al cielo porque muestra á Dios; estáis descontentos de que todo sea algo; ¡ay! vosotros no sois nada. Sufrís al ver la cosa, el cisne, cuando transcurre una primavera poco lluviosa; os muerde lo que ríe. Tenéis envidia porque la mosca vuela, porque el gusano brilla. En vuestros celos que encarnizan destruyendo, incluíd á todo el que ama, á todo el que tiene fe, ¡y hasta tenéis sitio para mí! Una hierba os hace rechinar los dientes si á vosotros se adelanta; para el augusto mundo, para el espacio, para todo lo que crece, alum-

bra ó caliente, tenéis el infame abrazo que quisiera ahogar. Tenéis justamente la misma compasión que la espada. Mirando un campo, maldecís á la savia; el árbol os agrada cuando el hacha lo hiende; tenéis algo en vosotros que no os permite ser buenos, y la rabia es vuestra meditación. Vuestra alma tiene frío por donde la nuestra se entenece; sentís la náusea donde nosotros sentimos el imán; sois naturalmente monstruosos. Rugís cuando el pájaro canta bajo los grandes olmos; cuando la flor, junto á vosotros, que os sentís deformes, es bella, os figuráis que lo hace adrede. ¡Qué soplo daríais si la estrella estuviera cerca! Creéis que la luz os hace ser pálidos con su brillo; os imagináis, viendo á una mujer, que por molestaros únicamente tomó un amante; y que el mes de Mayo os derrama malignamente sobre la cabeza su brillante urna de luz y de incienso; cuando los bosques se engalanan, cuando la hierba se llena de aroma y los prados son dulces, alegres, frescos, perfumados, encantadores, os parece que es contra vosotros; pedís á gritos auxilio cuando el sol se levanta.

Execráis sin objeto, sin distinción y constantemente sin esfuerzo, por instinto, por mentir, por hacer traición. No es para vosotros un trabajo odiarlo todo; hormigas, aborrecéis á la inmensidad sin esforzaros; vuestra alegría es impía, acre, cínica, obscena; y sufrís. ¡Porque nada ¡ay! es tan castigado como el aborto, gigante de enemistad!

Si la mirada pudiera penetrar bajo la bóveda ruin de vuestro cráneo estrecho al que cautiva instinto vil, dentro de él se vería el enorme horizonte de la noche; sois lo que babosea, ignora, insulta y daña; la montaña del mal se alberga en vuestra alma enana.

Cuanto más pequeño es el corazón, más odio encierra.

9 Diciembre.

¡Oh gloria! Los héroes, los espíritus soberanos, los poetas profundos, serenos y luminosos, los grandes legisladores y los grandes capitanes, en tus despejadas cimas hacen sus altivas moradas. Huéspedes del palacio azul sin puerta y sin camino, por encima del tumulto y del humano caos, resplandecen como el astro ó se ciernen como el águila, porque toda alma tiene su objeto, su campo, su ley, su regla, y, según que un instinto bueno ó malo luzca en nosotros, cuando el uno corre al azul, el otro corre á la noche. ¡Oh sombría ignominia de la frente baja, de los lúgubres ojos! Los miserables monstruos alérganse en tus cavernas. En ellas están ocultos todos esos eternos rateros, lobos de rostro humano, pillos de perfil de lobo; estos son los viles holgazanes que vagan llenos de odio, arrastrando su infame corazón como se arrastra una cadena, sin casa, sin pan, sin Dios; son aquellos los ricos ociosos, los escépticos por fatiga y cansancio lascivos; todos carecen de fe, de ánimos, de valor, de fuego, y envidian la moneda de diez céntimos como pudieran envidiar una grande alma; arrastrándose, repugnantes, horribles, excluidos, condenados, rechinando los dientes, miran la vida con ojos ardientes.

XXXIX

El gran Uno, el gran Todo, el ser en quien se sumergía Tales, entrelaza el mundo espíritu con el mundo objeto, y mezcla en la unidad de sus leyes inflexibles, órbitas morales con las órbitas visibles. En lo ideal como en lo luminoso, los fenómenos, negros ó brillantes, forman nudos; no es más que un tejedor, que no hace sino una tela; la verdad es tan astro como la estrella, un sol es tan ceniza como la virtud.

Representate, pues, pensador agotado por los vientos, conjunto de hechos morales, sombríos problemas que tengan razón de ser, y que la tengan en sí mismos, en un sistema semejante al curso de los planetas, agitándose en torno de Dios como se agitarían en torno de un sol (¡oh pensador! digo Dios, como podría decir Centro). Van, vienen; uno sale, otro acude, otro regresa, y el uno para el otro son apariciones. Tal hecho, que sirve de base á vuestras convicciones y que conmueve en vos al prudente y al sabio, no es con frecuencia sino un espectro, un fantasma, un pasaje. Mas ¿conoces, hombre, la revolución del hecho idea y del hecho pasión? ¿Conoces los reales? ¿Conoces los posibles? ¿Te son visibles todas las funciones? ¿Sabes, triste pasajero que entraste con esta sombra, todo lo que gira en torno del eje desconocido y la totalidad del orden planetario? ¿Se te ha de explicar esta coincidencia porque, desconociendo su orbe, tu misterio llega á bordear en el fatal círculo el otro obs-

curo misterio que tú llamas el mal? El vuelo más ó menos pesado en el aire es más ó menos denso; el águila es hecha para el éter, el espíritu hecho para el amor. Algún día se te aparecerán esos equilibrios.

Cómo de lo ideal es capaz lo real; cómo nos es palpable lo que os está oculto; cómo vuestro visible es nuestro invisible; cómo hay un mundo abstracto, terrible y dulce que no veis y que se mezcla con el vuestro, de igual modo que, rama con rama, un árbol se introduce en otro; cómo el universo une, en un orden eterno, el engranaje moral y el carnal rodaje; cómo á los hechos vivos que lloran, cantan y rugen, corresponden, en la idea y el espíritu, otros hechos; cómo en el centro único en que está todo el ser construido, con el zodiaco resplandeciente de la noche, gira el espantoso zodiaco del misterio; cómo, hablando, la sombra parece callarse. Podrás concebir tal vez estos hechos cuando tus ojos, engrandecidos por la muerte, puedan ver, como ves el azul con millones de hogueras, la formidable constelación de las almas.

XL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

LA CIENCIA Y LO ABSOLUTO

—Síntesis,—dice el cielo.—El hombre dice:—Análisis.

Decís vosotros:—«Todo vegeta ó se mineraliza.

Nuestros padres se aturdían á fuerza de pensar.»—Tijereteando es como creéis hallar algo. El rayo, que hiciera temblar al mago y al druida, en estos momentos ¡oh sabios! es para vosotros un flúido que ha de ser vidrioso, si no es resinoso; el alma es un gas; ciertos animales lo poseen. Disecáis el milagro, hombres; hacéis química con el sueño de los profetas; declaráis sagrado el crisol *principium et fons*; encarnizados, cortáis los prodigios profundos, impalpables, sordos, enteros, incorruptibles, en menudísimos pedazos; para vosotros, lo único real es el momento presente. ¡Ciencia, tu escalpelo no enseña sino destruyendo! Si no fueras ciencia, se te tomaría por envidia. De la naturaleza, augusta púrpura de la vida, hacéis un harapo, ¡oh vivos!, un jirón, una triza, un nada. Y el gusano de la tumba llama á eso, como vosotros le llamáis, aprender. ¡Tú sabes! ¡Tú no haces otra cosa que descomponer el ser!

★

Sabed, pues, que sigue, puesto que aprendéis.

Los flúidos, arrastrados por un soplo invisible, no saben donde están los polos de la pila. ¿Quién no sabe algo de óptica? La pupila. La cifra no sabe álgebra; el elemento no sabe ciencia; el ser es imán que todo lo atrae hacia sí sin conocer las formas; todas las fuerzas son ciegas, enormes.

Lo absoluto; he ahí el hecho inmóvil y total. Lo absoluto no conoce, enanos, vuestros pedestales, ni vuestras visiones, larvas, vuestros ruidos, títeres, ni vuestro hormigueo de ojos, de espíritus, de lentes, vuestra oscilación, vuestra onda, vuestra ola; no sabe si son cinco los minutos que la luz necesita, en el

curo misterio que tú llamas el mal? El vuelo más ó menos pesado en el aire es más ó menos denso; el águila es hecha para el éter, el espíritu hecho para el amor. Algún día se te aparecerán esos equilibrios.

Cómo de lo ideal es capaz lo real; cómo nos es palpable lo que os está oculto; cómo vuestro visible es nuestro invisible; cómo hay un mundo abstracto, terrible y dulce que no veis y que se mezcla con el vuestro, de igual modo que, rama con rama, un árbol se introduce en otro; cómo el universo une, en un orden eterno, el engranaje moral y el carnal rodaje; cómo á los hechos vivos que lloran, cantan y rugen, corresponden, en la idea y el espíritu, otros hechos; cómo en el centro único en que está todo el ser construido, con el zodiaco resplandeciente de la noche, gira el espantoso zodiaco del misterio; cómo, hablando, la sombra parece callarse. Podrás concebir tal vez estos hechos cuando tus ojos, engrandecidos por la muerte, puedan ver, como ves el azul con millones de hogueras, la formidable constelación de las almas.

XL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

LA CIENCIA Y LO ABSOLUTO

—Síntesis,—dice el cielo.—El hombre dice:—Análisis.

Decís vosotros:—«Todo vegeta ó se mineraliza.

Nuestros padres se aturdían á fuerza de pensar.»—Tijereteando es como creéis hallar algo. El rayo, que hiciera temblar al mago y al druida, en estos momentos ¡oh sabios! es para vosotros un flúido que ha de ser vidrioso, si no es resinoso; el alma es un gas; ciertos animales lo poseen. Disecáis el milagro, hombres; hacéis química con el sueño de los profetas; declaráis sagrado el crisol *principium et fons*; encarnizados, cortáis los prodigios profundos, impalpables, sordos, enteros, incorruptibles, en menudísimos pedazos; para vosotros, lo único real es el momento presente. ¡Ciencia, tu escalpelo no enseña sino destruyendo! Si no fueras ciencia, se te tomaría por envidia. De la naturaleza, augusta púrpura de la vida, hacéis un harapo, ¡oh vivos!, un jirón, una triza, un nada. Y el gusano de la tumba llama á eso, como vosotros le llamáis, aprender. ¡Tú sabes! ¡Tú no haces otra cosa que descomponer el ser!

★

Sabed, pues, que sigue, puesto que aprendéis.

Los flúidos, arrastrados por un soplo invisible, no saben donde están los polos de la pila. ¿Quién no sabe algo de óptica? La pupila. La cifra no sabe álgebra; el elemento no sabe ciencia; el ser es imán que todo lo atrae hacia sí sin conocer las formas; todas las fuerzas son ciegas, enormes.

Lo absoluto; he ahí el hecho inmóvil y total. Lo absoluto no conoce, enanos, vuestros pedestales, ni vuestras visiones, larvas, vuestros ruidos, títeres, ni vuestro hormigueo de ojos, de espíritus, de lentes, vuestra oscilación, vuestra onda, vuestra ola; no sabe si son cinco los minutos que la luz necesita, en el

fondo de las azules obscuridades, para franquear treinta y cinco millones de leguas vuestras y bajar del sol, brasa del infinito, á la tierra, globo espantoso, impuro, leproso, desterrado, á rodar en vuestro montón de sombras inferiores ¡oh vivientes!, y si son quince días ó diez y seis horas el tiempo que necesita la limaza para andar una milla inglesa. Y no conoce al gnomón cuya sombra yerra en el fondo de vuestros palacios, ni el reloj de vuestra existencia, tenebrosa sordina que, en vuestro vacío, estúpida, se bambolea, ni la aguja del cuadrante, pesado caballo atontado que gira, sacando la hora del pozo eternidad, para vaciarla ruidosamente sobre vuestras cabezas frágiles, ni vuestros rayos, ni vuestras longitudes, ni vuestros bronce, ni vuestras arcillas, ni el ritmo de vuestras voces, ni los descarríos de vuestros pasos, ni vuestros espacios, ni vuestros tiempos.

Si el placer duradero agoniza en sufrimiento; si el nombre de Shakespeare, yendo de Londres á Francia, empleó ciento cincuenta años para pasar el estrecho; si el Ecuador tiene calor y el Polo frío; si un Alizuber (1), teniente del profeta, atravesando los combates como un sombrío festín, no salió nunca de ellos sino ensangrentado, polvoriento, humeante, sin recoger por la noche el polvo de su negro traje para depositarle en su tumba; si el Crédito territorial vale más que el Grand Combe; si Luis el Grande venció en Flandes, gracias al consejo de Harcourt ó al parecer de Torcy; si Tiberio César bogó en su galera, y piensa en lo que dice el viento, ese demagogo; si Pablo es ortodoxo y Felipe es ariano... lo absoluto

(1) Almanzor.

no ve nada, no sabe nada de esto. Lo absoluto no sabe poco ni mucho que yo existo, que vosotros existís. Sólo, ni bueno ni malo, por encima de nuestras cabezas, tiene, dejándonos hablar bastante, poco, demasiado ó mucho, la imparcialidad terrible del que lo es todo: el alma la tiene él; lo invisible lo ve, lo imposible es él; lo que él comprende es lo incomprendible.

Si lo absoluto pudiera, en el abismo en que me encuentro, inclinarse hacia el insondable espacio de las noches, en el que se muestren, obedeciendo á la ley de los grandes antros, los globos luminosos que creéis centros; si él, el ojo providencial, llegara á ver eso, su estupor comenzara al reparar en ese pobre pequeño cielo, en ese firmamento débil que apenas dora un rayo, en esa baba de fuego que llamáis auro-ra, en ese sol que pestañea bajo una nube negra, cuyo escaso esplendor se esparce por el azul sin siquiera hacer bajar el párpado al águila, en esa sombra misma y en la lentitud de la babosa de luz.

XLI

Sufrimiento, ¿eres tú la ley del mundo? El hombre viene á éste triste y se va desnudo, nace débil y muere inundo. ¿Eres acaso el fondo de lo desconocido?

Los granizos, los rayos, las trombas; los martillos asesinando á los clavos; el grano en el pico de las palomas; el cordero entre los dientes del lobo;

el tigre, teniendo el horror secreto de su propia ferocidad; el león, esa fiera anacoreta que aúlla en las inmensidades;

el niño que muere, alma que naufraga; el lirio que se corta apenas abierto; los marineros que se traga en la sombra la siniestra baba del oleaje...

En todas partes las asechanzas fúnebres, el gladio, la garra, el diente, ojos fijos en las tinieblas; el crimen en acecho y correteando.

La abeja rechaza á la avispa; el tambor llama á los hombres á la guerra; un horizonte velado por una gasa; crece la sombra y disminuye el amor;

las discordias se extienden; Caín, Nemrod, Nerón, Macbeth... Los corazones de todos los hombres pendien del odio, ese gran cadalso.

La duda surge de la tumba; y de lo alto del cielo sin claridad, parece desprenderse una eterna noche sobre la lúgubre humanidad.

¿Todos esos dolores son el orden? El aire del sepulcro invade el firmamento, y en el abismo se ve cómo se retuerce la de los brazos misteriosos, la noche.

Y todos esos horrores tienen á un tiempo este lamento; y de todas esas sombrías bocas se oye salir esta voz:—¡Dios! ¿Qué hizo la criatura? ¿Y por qué es castigado el ser? Tal es el gran grito de la naturaleza en el gran luto del infinito.

XLII

Hombre, los avatares y las metempsicosis en la formidable inmovilidad de las cosas; el fulgor rojizo que aparece en la cima de los Thabor; el destino, abismo cuyos bordes trata de asir Job, en el que Platón se espanta, en el que el mismo Cristo teme al flujo y reflujo de la ola de la duda; el alba en flor; las tumbas interiores encarnadas; la pequeñez obscura y lúgubre de los soles; la enormidad, sondada en vano, del grano de arena; los inusitados rayos de lo incommensurable; el mundo inmediato, para los videntes horroroso; los arbustos, los zarzales, las rocas imponentes; la sordera, más sombría aún que el silencio; el mar triste, oscilando como una balanza; el escollo sangriento, la ola desmesurada, babeando en los gemidos lamentables del aire; la tempestad, sacudiendo la crin de los relámpagos, no se interrogan en el horror de los caos vagamente percibidos, de la misma manera que el obispo Pallade ó el fraile Pyrro.

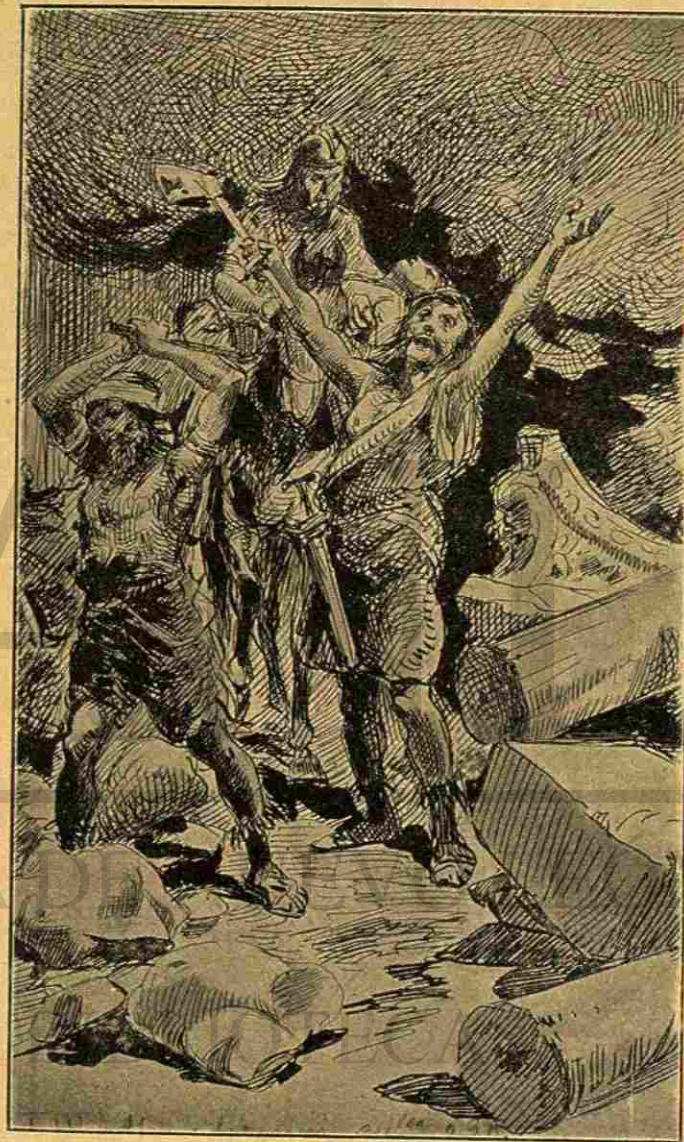
XLIII

HOMO HOMINI MONSTRUM

¿Tienes, hombre, en el fondo de tu conciencia una medida segura para pesar, para contar, para clasificar? ¿No eres tú mismo tu propia admiración? Te

asusta lo que miserablemente ejecuta el género humano, y no sabes qué has de creer de ello. El hombre molesta al hombre. ¿Oyes gritar á la evidencia ante tu propia historia? Ea, explícate. ¿Quién es el asesino: Bruto al matar á César, ó César matando á Roma? Aun cuando el áspero Dante y aquel otro á quien se conoce con el nombre de Tácito y el llamado Juvenal residieron en tu alma formando un tribunal, Minos el uno, Eaco el segundo y el tercero Rhadamanto, no sentirías aumentar la luz, la justicia y la razón, así en tu corazón como en el horizonte. He aquí el animal fiero y la bestia de carga; de un lado el emperador, del otro el hombre; Claudio y el género humano, Tiberio y el universo. ¿Es uno más abyecto que perverso el otro?

Mira como la noche amontona las nubes, las sombrías legiones regresan; pasan los soldados, águila y bandera al viento, bajo los arcos triunfales; el pueblo aplaude desde lo alto de los tablados; al ruido de los clarines unen alguna estrofa salvaje: —«Somos compañeros de destrucción y de gloria, oh Cómodo, emperador igual á Júpiter! ¿Quién podría contar las olas del mar, los reyes que subyugaste, los muros que enrojecimos?» Pasan, portadores de ópimos despojos. Delante va el amo inmenso, el vencedor; toda Roma á sus piés no es más que un inmenso coro; anda, precedido de la charanga altanera, y el circo se estremece; en el negro bestiario, grandes tigres están en pie abriendo las patas delanteras, y para ver pasar al hombre á quien Dios lo entrega todo, al César adorado por el globo que él saquea, recuestan su vientre fiero en los barrotes de la jaula. Y mientras tanto, César, satisfecho de la buena acogida; César, cuya luz está hecha con el duelo de naciones sobre las cuales pesa la obscuridad profunda, el emperador imponen-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

te de aquella noche del mundo, dando las gracias á los dioses, da al pueblo de Roma un banquete en el que se beberá sangre humana, en el que el bruto de los bosques y Roma soberana rugirán juntos en la arena, en el que el incienso humeará entre los gritos de espanto; un festín de cristianos, de mártires, de cautivos, de esclavos procedentes del Euxino ó del Tajo, en el que el pueblo se sentará á la mesa y la fiera comerá. Responde:—¿Quién es el monstruo entre el tigre y el hombre? Y luego, cuando oigas en lo alto los gritos de:—¡Castiguemos! Cuando la historia vea, en la noche pronta á nacer, la reaparición de los antiguos demonios del hombre, y con los brazos elevados hacia el cielo, grite:—¡Ahí tienes á Caín en Constantino, á Nemrod en Atila! Cuando Roma, el mundo, vacile; cuando, para tragárselo todo, vengan en la misma onda la espantosa barbarie y el radioso Cristo; cuando todo, leyes, costumbres y dioses se deshaga; cuando la Ciudad eterna, reina esclava, presa de los eunucos, cuya alegría desconocida haga llenar su copa con una risa impura, oyendo tras de sus murallas el paso de Alarico; cuando Roma no tenga ya sino el inmundo valor de esperar la violación, de codos en la orgía; cuando la suerte dé el escándalo de embriagar á aquella prostituta antes de entregarla; cuando la fatalidad dé la asonada del visigodo, del huno estúpido, del vándalo, ¿qué harás tú, qué dirás? Cuando las calamidades sean como magistrados; cuando el alba y la tumba estén mezcladas; cuando todo sea tan justo y tan cruel que parezca que Dios sea el segador y Satán la guadaña, ¿qué sabio de entre vosotros distinguirá lo falso de lo verdadero, el sí del no, el rayo de la luz, lo que se ha de condenar, de lo que es necesario absolver, el héroe del bandido, el animal del ángel, el horroroso desbordamiento del diluvio normal? ¿Quién podrá hacer

la suma del bien y del mal en aquel espantoso derrumbamiento del hombre?

XLIV

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

LO QUE ES LA MUERTE

¿Qué idea tienes de la muerte, vano pensador?

Te estremeces ante la obscuridad, la bruma, la negrura, la tumba en el fondo de la suerte y la muerte infalible, porque este mundo es un templo terrible; te asusta el horroroso hormigueo de las fosas; si obligado te vieras á profundizar el sepulcro, éste, á través de su malsano y fétido vapor, te parecería un precipicio de inmundicias, lleno de seres bellos en otro tiempo, lúgubres en aquel instante, y en lugar de la pupila y del ojo irradiante, bajo sus párpados sólo verías un cráter horrible, de donde salen sus miradas transformadas en gusanos de tierra.

No. El féretro no es, hombre, lo que tú te figuras. La muerte, bajo el techo de las tumbas negras y frías, es la misteriosa y luminosa ofrenda; no es únicamente grande por el alma; lo es también por la carne, peso vil que yace sobre la tierra. La tumba, astro central hacia el que todo descende, arrojando un rayo doble á la doble frontera, transfigura el espíritu, transforma la materia. La muerte, que para ti es monstruoso espectro, ase al ser y le aplasta entre sus nudosos dedos, y, como lavandera arrodillada ante el río, limpia





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los huesos, los cuerpos, la carne, viuda del espíritu, el harapo animal y el andrajo humano en un eterno chorro de luz. En el esplendor es donde se descompone todo. La muerte es la unidad que todo lo recobra.

¡Oh! ¡Cómo te deslumbraría esa oscura muerte, de la que sólo Dios sabe el secreto, si, cual nosotros, cuyo ojo ve el aspecto verdadero, en el espacio extraño y temible, pudieses ver doquiera y á la vez, y á todas horas, en rosas en la tierra, en fósforo en el cielo, en flores, en frutos, en savia, en perfume, en aurora, el nacimiento de la enorme y magnífica podredumbre!

XLV

¿Por qué has de negar, hombre, lo que no ves? En dos partes iguales, á las que une una suerte común, lo visible y lo invisible hállase mezclado en un ser, al que la arcilla procura peso y que el espíritu penetra; este ser, compuesto de una y otra ley, come y piensa. Si quieres verle, mírate, hombre; tú no puedes ver lo celestial; y es triste cosa que así sea; se oculta á tus ojos carnales; pero existe. Este universo, abismo al propio tiempo que ascensión, este mundo de doble aspecto, esta creación cuya mitad espléndida no fué para tí hecha, no tiene, siendo la esfera una, verdadera, eterna, el lado del demonio sin el lado de Dios; el mono prueba la existencia del ángel, el hombre es el medio.

XLVI

EL CÁLCULO

El cálculo es el abismo.

¡Ah! ¿sabes tu esfera? Pues bien, estarás solo. Trata, hombre, de hacer entrar en el infinito á un ser cualquiera de aquellos á quienes tocas con tu mano ó ves con tus ojos. Nadie puede hacerlo. La vida acaba con la pérdida terrena. Cada ser tiene su centro: la pantera muere fuera del bosque, la chispa espira al salir del fuego, y espira el pájaro en cuanto sale del aire; ninguna forma vive arrastrada fuera de lo real; la visión terrestre está limitada á la tierra; la nube misma, que va de continente á continente, sería presa del vértigo si viera lo absoluto. Sólo el prodigio puede salir del horizonte. El hombre, que es el monstruo en quien se une el miasma del nadir y el fulgor del cenit, puede hacerlo. Por consiguiente, entra si gustas en lo abstracto, en lo oscuro, en lo enorme; renuncia á la forma, renuncia al color; pero te advierto que serás solo para levantar el sudario, las vestiduras de la pálida Isis. Todo está oscuro, en vano gritas y llamas. La naturaleza, ese perro fiel del hombre, se detuvo con espanto en el umbral del abismo.

Mira. La ciencia exacta está ante tí; desnuda, pálida, terrible, dice:—¡Qué se llevan el alba y la vida! —Teniendo la obscuridad por puerta, por señales el

alfabeto misterioso que su blanco dedo escribe fuera de la claridad, en la sombra del espíritu, por encerrado negro el fondo inmenso de la tumba. Aquí, en una niebla que desciende por todas partes, en limbos en los que todo perece, por medio de gestos confusos, dirigir al mundo, al sol, al cielo, una negativa, en un vacío inmóvil, en que nada cambia de sitio, en medio de un frío en que el espíritu respira hielo, en el que abortan Fahrenheit y Réaumur, sube á lo absoluto, el número, esa pared horrible, incolora, impalpable, informe, impenetrable; las cifras, esos copos de lo inconmensurable, flotan en las tinieblas en que se pierden tus miradas, y para escalar la misteriosa pared, esos espectros mudos, sordos, sobre su ala fúnebre llevan al pensador aquella escalera que tiene el nombre de álgebra; escalera hecha de obscuridad y cuyos escalones desgastaran las plantas de Dédalo y de Hermes.

¡Geometría! ¡Álgebra! ¡Aritmética! Loma en que la invisible planta corta el vago cono, en la que el asíntota busca, en que la hipérbola huye; cristalización de los prismas de la noche; mar en que el poliedro es la horrible madrépora; nublado en que el universo en cálculos se evapora, en que el fluido vasto y sombrío por todas partes esparcido no es sino una hipótesis, y tiembla y se disuelve; noche formada por un montón de sombrías evidencias, en que las fuerzas, el gas, confusas abundancias, los elementos rugidores á los que el espanto sigue, pierden su negro vértigo, sus llamas, su ruido; caverna en que el trueno entra sin dejarse oír, en la que toda lámpara hace mayor la obscuridad, en que la unidad del ser aparece al desnudo. ¡Estalactitas de la cifra en el fondo de lo desconocido! ¡Criptas de la ciencia!

¡No se sabe qué de átono y de informe, que vive, que ahonda, que palpa! ¡Visión de lo abstracto que el ojo no vería! ¿Es un firmamento lívido? ¿Es un océano negro? Fuera de los objetos que alumbra el día, fuera de los vivos de la sangre y de la savia, fuera de todo ser errante, pensador, amante de toda palabra y de todo movimiento, en la extensión en que nada palpita ni vibra, especie de obscuro esqueleto del equilibrio, el enorme mecánico ideal construye sus figuras, que hacen sombra en la noche. Pesa allí un horrible é inexorable crepúsculo. En el fondo, casi indistintos, lo absoluto, lo innumerable, lo desconocido, rocas horribles que roen las verdes algas de A más B tenebrosos, mezcladas con X é Y; sumas, soluciones, cálculos de los que se ve pender la adición, informe escolopendra, que se arrastra, terribles signos vagamente distinguidos, triángulos sin Brahma, cruces en las que no se ve á Jesús, reducción del mundo y del ser átomos, sombrío enlace de fórmulas fantásticas. Esas hidras, cada una de las cuales tiene un fatal secreto, se ponen en cuclillas en la sombra, inerte pedestal, ó se arrastran, como escapadas del Erebo, como los monstruos enigmáticos que vagaban en torno de Tebas. El filósofo á quien la abeja ofrecía su miel, los poetas, así Moisés como Ezequiel, y Platón como Homero, espiran entre las garras de aquellas esfingestatuadas de negros jeroglíficos; no hay allí alas; la idea aborta ó se espesa; la poesía muere; la luz ennegrece; lejos de dilatarse, todo espíritu se contrae en las inmensidades de la ciencia exacta, y las águilas que llevan el rayo á los Júpiter nada tienen que hacer en aquellos siniestros éteres; la esfera aquella acaba con el arte como la cicuta, desde su áspera mata, amodorra á la flor á la cual ahoga.

Sin embargo, la quimera puede vivir en aquellos lugares, llevando el octante en una mano y en la otra la retorta, con tal que sujete el álgebra á sus sueños. En un rincón monstruoso vegeta allí la magia, en cuyos flujos y reflujos rueda la ciencia, Flamel bajo Lavoisier, Herschell sobre Thrasyllus. ¿Quién para el nigromante y para la mandrágora canta abracadabra? El ábaco de Pitágoras; porque se sube por un lado y se baja por el otro, y el sueño no está nunca lejos del hombre.

Pero aquí el pensamiento, seco y despojado, pierde sus esplendores como el árbol su hoja en Enero, y aquí entra el fúnebre invierno del espíritu. Allí el mundo exterior transfórmase ó muere; todo ser no es sino un número tragado por la suma. Cogida ella misma con sus rayos entre los dedos del hombre, en el abismo en que el cálculo la apaga, la constelación, que el astrónomo alcanza, tórnase también cifra, y lúgubre, entra en la fórmula; el montón de doradas esferas acumúlase á los ceros. Todo allí se demuestra. La cifra, duro escalpelo, como si se tratara de un vientre enorme, abre y registra el firmamento. Reina la prueba en aquella esfera áspera, despiadada, espesa. Tranquila, cuenta, desmenuza, diseca, oprime, mide, examina, y nada sabe fuera de la balanza, fuera del crisol; registra la sombra y el huracán, hace el catastro del azul, el torbellino, el meteoro y el astro; toma fuera de él las dimensiones del enigma; no siente que nada se estremezca bajo el sudario de los muertos; anula lo invisible, ignora lo que pesa el gran Yo del abismo, hipótesis inútil, y pone plomo en los piés de los lúgubres sondeadores. Cuando llama á las tétricas profundidades, la linterna sube después de apagar su llama, la ley surge sin el espíritu, el hecho sin el alma; cuando el infinito se presenta, Dios se ha desvanecido.

¡Oh ciencia, absoluto que proscribe lo inaudito!
¡Lo exacto tomado por lo verdadero! ¡El más grande
desprecio del hombre, átomo en quien se quiebra la
humanidad, y que se figura tener la claridad, cuando
realmente tiene la noche en su mano conducida por
el vacío!

¡Oh vacío! De ahí viene con frecuencia que el pen-
sador pasee su desesperación sobre la ciencia huma-
na, y que á veces se oiga gritar:—Sabios, puesto que
vuestra obra es un esfuerzo inútil; puesto que, aún
con vosotros, ningún buscador penetra en el proble-
ma único y no llega á conocer nada; puesto que, ni
aún siguiéndoos entre tanta obscuridad, nada se sabe
de la realidad, nada respecto á la suerte, nada de lo
que atañe al alba ó á la eterna sombra, nada de lo que
se relaciona con el precipicio en que la esperanza tem-
blando entreabre su ala; puesto que es necesario que
después de hacerlo vosotros hemos de discutir nos-
otros; puesto que no podéis responder á las pregun-
tas:—¿Tiene el mundo un Dios? ¿Tiene la vida un
alma? Puesto que os reclama la misma noche que nos
posee, ¿á qué vienen vuestra ciencia y vuestra vani-
dad? ¿Con qué objeto los cálculos han de seguir ro-
yendo las inmensidades? ¿Y á qué profundizar lo im-
posible y hacer ¡oh pensadores sombríos! que los
números arrastren su podredumbre por el infinito?

★

¡No importa! Si en alguna ocasión se acercó el
hombre á Psiquis la misteriosa y fatal; si en alguna
oportunidad él, mísero polvo, creó un abismo, fué en ésta
á no dudarlo. La ciencia es el vacío sublime. En ese
firmamento gris, llamado abstracción, abismo del que
la hipótesis es el alción, todo es indefinido, todo es im-

palpable. El cálculo, reloj en el que la cifra es la arena,
desde que en su urna naciera un primer número, no
fué por el hombre devuelto una sola vez; y los prime-
ros ceros, enviados por Mónimo y Merón para unirse
á los últimos en el abismo, hace cuatro mil años que
no han regresado. Los pastores de la Caldea, hombres
ingenuos, sueñan, temblorosos, contando al ser por
los dedos; se ve á Aristóteles vagar y desaparecer; flo-
tan allí espíritus, Oeber, Euclides, Euleró, como, an-
tiguamente, tétricos en las ráfagas de aire, los profetas
se cernían bajo el techo celestial; como su carro
Elías, Newton tiene su binomio. ¿Qué hacen allí,
pues, todos aquellos magos, Laplace y los modernos,
Hipsido y los antiguos? Llevan el espacio á la inflexi-
ble cifra. Halley ase la ley del infinito que pasa; Co-
pérnico, borrando por momentos mundos nulos,
saca una gota de tinta de los negros cálculos, y hace
una raya en la bóveda estrellada; Hicetas llama tem-
blando á Galileo; la tierra huye bajo sus piés hacia el
azul rojizo; y ambos, con una seña, detienen al rubio
sol; y en el fondo del precipicio, y entre una hume-
rada, percíbese al inmenso Ptolomeo apoyado en los
codos.

Todos esos titanes, cautivos en un solo horizonte,
cíclopes del saber, no tienen más que un ojo, la ra-
zón. En la noche se oyen vagos ruidos de yunques.
¿Qué se forja en ellos? La duda y la obscuridad. ¿Es
todo ceguera, turbación, inquietud en tales brumas?
Sí. No obstante, deslumbrado por aquel exceso de som-
bra, á veces pálido, aturdido, tembloroso, sin aliento,
como al farol nocturno llega la nocturna mariposa, por
entre aquellos abismos infinitos, se llega al resplan-
dor Thales, al fulgor Leibnitz, y después de espan-
tosos paisajes, se ve brillar la lámpara de las siete an-
torchas, nominadas los siete sabios, y la ciencia entera.

aparece como un lúgubre cielo, sin materia, lúgubre y, no obstante, real, no aceptando el azul y rechazando la tierra, teniendo por llave al hecho, el número por misterio; el álgebra brilla allí como una sombría Venus. Y de aquellos absolutos y de aquellos desconocidos, de aquellas espantosas obscuridades, de los vacíos aquellos, los logaritmos vienen á ser las lívidas pléyades; y Franklin, pálido, arroja allí un fulgor de relámpago, y pasa luego un cometa, que tiene el nombre de Keplero. Hay dos noches, dos pozos deslumbradores, dos capas de obscuridad, sin fin, sin forma, espantosas; el álgebra, noche del hombre; el cielo, noche de Dios; los siglos gastaríanse contando, fuera de lugar, de espacio, de tiempo, invisibles pilares, en una sombra los números y en la otra los astros.

¡Matemáticas! ¡Caída al fondo de lo verdadero! ¡Tumba donde baja el ideal que rechaza lo bello! ¡Abstracción tan querida á los pensadores como la estrella á los gauros! ¡Pared de bronce y de bruma! ¡Oh frescos de las tinieblas en la noche! ¡Torsión de la idea, fuera de los seres, de los aspectos, de los rayos y de los cuerpos! ¡Creación que se arrastra sobre las cosas en escombros! ¡Oh capilla Sixtina, espanto de los números, en la que aquellos condenados, perdidos en la labor que á cabo llevan, se precipitan para siempre en el cálculo sin fondo! Inusitado precipicio, ¿quién es tu Miguel Angel? ¿Qué pensador, qué soñador, qué creador extraño, qué mago puso ese precipicio en el más tétrico fondo del pensamiento humano y mortal, frente al otro abismo, vida y mundo, que se adivina en el fondo del pensamiento eterno y divino?

XLVII

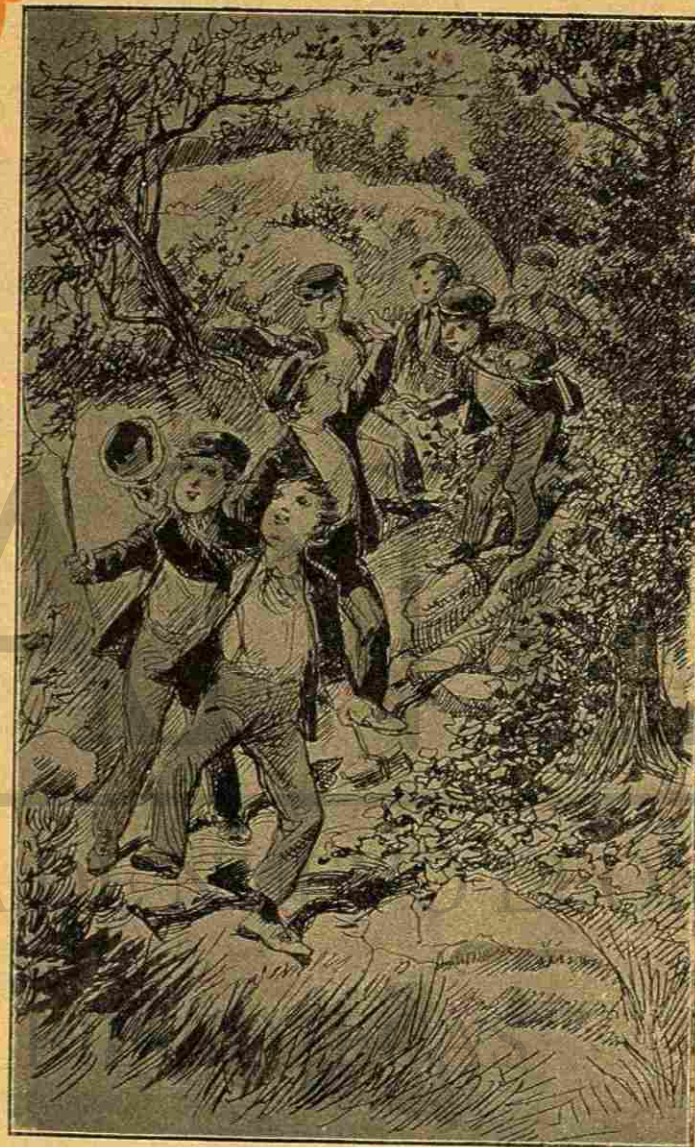
SABIOS

¿Sabios? ¿Quieres sabios?

Mira los frescos colegiales que se escapan de los bancos para correr por los jardines, y van al campo, ligeros, libres, ebrios de juventud, gritando, cogiendo flores, tirando libros, y que se entregan á la vida inundados de alegría, y se llenan el espíritu de luz, sin preguntar cómo se llama á la aurora de los cielos. Mira aquellos dos enamorados que buscan la capilla del azul, de los espesos setos, de los rumores de pájaros, y que dejan que su corazón huya con los arroyos, hable con los nidos, brille con el sol, sin querer, sin intentar, sin sondear, sin construir otra cosa que un sueño inefable y real. Poco les inquieta el inútil cielo; para nada le necesitan, puesto que pueden decirse:—¡Te amo!—¿Qué harían con él si ellos son ya el paraíso? Ambos llevan un sueño en la frente; son felices; por alba y por luz tienen: él, la belleza de ella; ella, la ternura de él. El ruiñón suspende su canto para oírles; avanzan, dulces insensatos del corazón, embriagada pareja de la voz amorosa y de la mirada sagrada. ¡Avanzan, existen! Cogidos de la mano y muy juntos, viven labio con labio y pensamiento con pensamiento, hasta el punto de que todo su ser es un estremecimiento de alegría, y que, junto á los rayos que despiden sus ojos, la

mañana es avara y económico el astro, y que la joven ama y el joven adora, y á su alrededor estremécese el bosque; hasta el punto de que no saben nada, de que no quieren nada, de que es para aquellos deslumbrados un festín la llanura, y de que todos los que pasan vuelven hacia ellos la cabeza, y de que los jóvenes sienten celos, y de que los viejos, tristes porque no pueden sentirse celosos, sientan envidia. Aquella hermosa pareja se inclina sobre el agua, que apaga la sed.

¡Pensador! ¡pensador! Dos sabios hay en la tierra; mas ¡oh desgracia! uno y otro no duran más que un momento: el primero es el niño, el segundo es el amante.





IV
EL ARTE
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

i

En otra época, en tiempos de la luz pura, la antigua poesía hablaba á la antigua naturaleza; el verso alado, altivo, sublime, ingenuo, asemejábase á un ave, á la que las otras reconocían, á la que el águila acogía con un:—¡Eres tú! En las nubes, las copas de los bosques, lentamente agitadas, los antros, las rocas, los lirios y las olas del mar hablaban con Orfeo, el de los serenos ojos; las cosas comprendían el cántico profundo de los hombres; el tallo ofrecía sus flores; la rama ofrecía sus frutos al dulce mago Lino, embriagado por la musa; cuando cantaba Homero, el sagrado mendigo, el viejo Término, enternecido, se volvía sobre los mojones, y la cabra, el cordero, el buey de largas astas y la vaca de hinchadas tetas que arrancaba con sus dientes el verde césped, distraídos alzaban la cabeza por encima de las malezas y, deslumbrados por un divino fulgor, avanzaban, para ver pasar por la hondonada, llena de risas, de cánticos, de máscaras y de espigas, el viejo carromato loco que paseaba á Thespis.



5 noviembre 1853, Jersey.

II

LA CANCIÓN DE SILENO

Al salir de su choza silvestre, verde asilo, dos lindos muchachos, el pastor Mnasilo y Cromis, han visto á Sileno dormido en lo profundo de una gruta, solo y, como siempre, borracho más que á medias. Sus cintillas de oro desenrollábanse en el antro; su cántaro estaba roto y yacía sobre el vientre. Los muchachos aprovecharon la ocasión para apoderarse de él. Con la cintilla sujetaron al dios, viejo cantor que más de una vez no cumpliera con ellos su palabra.

Egle, la hermosa ninfa; Egle, la hermosa loca, surge, les anima y redobla los nudos; y, aún cuando ya el anciano vuelve á abrir los ojos, le pinta el rostro, en medio de las risas, con la encarnada sangre de las moras aplastadas.

Él despierta y sonríe.

—Dejadme libre, amigos, y oiréis las canciones que os prometiera; aceptad el rescate que os ofrezco; para vosotros tengo canciones, y otra cosa para ella.

Y luego, empieza y canta.

Entonces, al oír aquella voz, se vió como los gamos, los lobos y demás animales del bosque, se con-

fundían con los silvanos en una extraña danza, y como las pensativas encinas agitaban cadenciosamente sus frentes, cuya sombra cae á lo lejos en el valle. La roca del Parnaso está menos orgullosa de Apolo cuando su cántico llega al Olimpo, á ráfagas, y el Ródope y el Ismaro no escuchan tan atentamente á Orfeo.

1843.

III

Un horizonte sucede á otro; siempre avanza el espíritu y el arte se renueva. Aquí están los grandes hombres, semejantes á grandes pródigios, para rehacer sin cesar, con luz, una dote de obras maestras para el mundo espantado. Ya podemos formar leyes, alzar diques. El genio se traga todo lo que hacemos bajo el espléndido amontonamiento de inmensas florescencias. En su camino sin fin, nada detiene su marcha; hace Roma después de Tebas, la cúpula después del arca; hace el Coliseo después del Partenón. Muere Homero, dejándonos su nombre, como un astro; síguele Esquilo; Francia se muestra cuando Roma espira; surge luego Rabelais; nace Cervantes; brilla Shakespeare, y estos hombres se asemejan á océanos. El coloso recién nacido asusta á los viejos gigantes; Dante asusta á Amós; Miguel Angel intimida, con sólo alzar la cabeza, á la gran pirámide, y, desde Apolo griego á la Esfinge egipcia, hace estremecer al arte antiguo ante el arte nuevo.

Rendido bajo el peso del sombrío destino, Homero espira; dice Virgilio:—¡Dichoso quien sabe el fin!—Ser ó no ser, he ahí la cuestión,—exclama Shakespeare. Esquilo, cuyo verso es una función; Píndaro, frente donde se agita el sombrío enjambre de la oda; David, Ezequiel, Estesicoro, Hesiodo, susurran, cual susurran con el viento los ramajes tenebrosos; Iditun, Salomón, Juan, Isaías, Amós, con las palmas de sus manos en las páginas de las biblias, avanzan como envueltos en terribles torbellinos; el rayo llévase á Dante y la bruma á Osíán... Y el espíritu humano tiembla como un océano cuando los problemas negros, que los delirios soplan, desencadenan en la noche la tempestad de las lirás.

V

La expiación triste y la suerte, nudo de hierro, el dolor, la materia odiosa y la carne, encierran al hombre, espíritu cautivo, alma esclavizada, y son la reja negra y dura de la vida. Pero escúchese arriba este grito:—¡Paz al pecador!, que de lo alto de los cielos descienda una blancura, y de repente la carne, cuya pesadez rinde, la áspera expiación, la ma-

teria implacable, el destino y el dolor pondránse á cantar, y, vibrando en aquella sombra, en la que el alba va á surgir, ante el respiradero en que el hombre intenta leer, aquellos barrotes se tornarán las cuerdas de una lira.

VI

Cuando el poeta, ese gran espíritu desterrado, á fuerza de azotar con su inmensa ala el infinito, está cansado, cuando experimenta la necesidad de interrumpir su carrera entre la muerte, fin sombrío, y Dios, manantial fatal, no pudiendo cernerse, sino sólo bogar, sideral y soberbio, se posa por un instante sobre cualquier pasión corriente y popular; semejante al águila blanca, cazador del cielo polar, relámpago y torbellino que, cual otra ave, se deja caer fatigado en las vergas de un navío.

VII

Cuando todo un continente tiembla bajo la acción de un soplo eléctrico; cuando de la triste Europa ó de la áspera América se ve brotar la centella; cuando la humanidad grita en su amarga angustia y se oye, como semejante al vientre de la madre, la sombría tierra se estremece.

Sabed, lividos transeuntes, cuyo rostro yeo, que el águila Poesía, la de las vastas alas, se asusta poco de esta convulsión; nunca es tan altiva como en el choque de la catástrofe, como cuando hace descender la avalancha de estrofas del viejo monte Revolución.

Cobija los Juan Huss como los Dantes. Sabed que en la tromba, y sobre los mares rugidores cerniéndose siempre esa ave, y que, sin siquiera sentir las sacudidas, iría á poner su nido y á retorcer musgo con su pico en el cráter mismo del Etna.

Tranquila, coge el huracán en sus garras y le doma; es el espíritu humano; vuela, se cierne, sube en el rayo y en la claridad, tendiendo una tras otra sobre la enorme fragua el ala ochenta y nueve y el ala noventa y tres, inmensa en la inmensidad.

1.º agosto 1854.

VIII

A la hora en que el cielo está negro, en que el astro es claro; cuando las nocturnas visiones flotan en el espacio, semejantes á torbellinos paseándose á lo largo de las costas; cuando los hombres reposan en su lecho lleno de sueños, Dios les abre el oído y les habla en voz baja. Les dice lo que han de saber; de qué modo ha de marchar el justo en la sombra de la vida; grande, evitar el orgullo, y, pequeño, huir de la envidia. ¡Oh! ¡Estremeceos todos

aquellos á quienes esa voz advierta algo! ¡Escuchadla con atención! Dios no habla sino una vez y jamás repite lo que ha dicho.

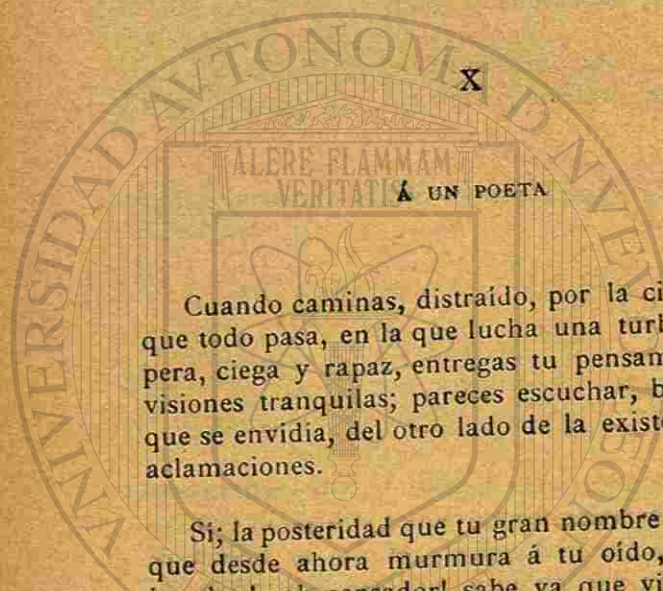
Esa es la voz que, temblorosos, oísteis en otro tiempo. ¡Oh profetas!, ¡espíritus que pensáis en el desierto!

Y esa voz es tan pronto el rayo como un concierto.

IX

¡Oh! mientras que ese rey, destruyendo murallas y palacios, cañonea esa pobre población con sus negras balas, tú, inteligencia, levanta tu tienda en ese campo lleno de rumores vulgares, y entre el estrépito de los combates, calcula, tú, á quien Dante hubiera tomado por compañera, calcula qué máquina guerrera, qué cañón y qué ejército enorme serían necesarios para derribar la torre construída en tu pensamiento.

1870.



Cuando caminas, distraído, por la ciudad en la que todo pasa, en la que lucha una turbamulta áspera, ciega y rapaz, entregas tu pensamiento á las visiones tranquilas; pareces escuchar, bella alma á que se envidia, del otro lado de la existencia, vagas aclamaciones.

Si; la posteridad que tu gran nombre despierta, y que desde ahora murmura á tu oído, ¡oh grande hombre! ¡oh pensador! sabe ya que vives. Ella ve que todos tus versos apuntan á su origen; todo lo que tu espíritu sueña, prepara ó imagina, es visible para sus ojos encantados.

¡Oh poeta profundo á quien se sigue y se venera!
¡La obra está aún oculta en tu severo espíritu, escondiendo en la noche sus rayos graves y bellos, y, todavía en la sombra ya, la gloria la distingue; la gloria, astro tardío, luna sombría y serena que se levanta sobre las tumbas.

¡La gloria ve tu sueño! y su nocturna claridad, como en otro tiempo, Febe, en el bosque taciturno, besa á Endimión con su rayo amigo, desde el fondo del porvenir acaricia con misterio, al través de las

ramas de tu austero pensamiento, á la obra maestra aún dormida!

29 diciembre 1841.

XI

¡Vergüenza sobre el vano filósofo, sobre el artista inútil que no pone su sangre y su corazón en el estilo suyo! ¡Vergüenza sobre el sofista que se sienta en el umbral de las virtudes, que comenta á Platón sin meditar sobre Bruto! ¡Vergüenza sobre los que, calurosos, adoran la patria, haciendo de su cariño pública y entusiasta idolatría, y que, llegada la hora del abismo y del peligro, no la aman hasta el punto de sufrir por ella el destierro! ¡Vergüenza sobre el tribuno que grita al pueblo que le siga, y que se siente en el alma un cobarde apego á la existencia! ¡Vergüenza sobre el orador que dice:—¡Progreso!, ¡humanidad!, ¡porvenir!, sin querer el calvario al lado! Pueden por un instante encantar á Atenas ó á Roma, engañar á Esparta; la antigua honradez del hombre, que regatea la gloria á los luchadores poco heridos, refunfuña y no es tan cándido que se deje seducir, y muestra sus escritos, clavados en su mostrador cual moneda falsa; y el tiempo, ese viejo pesador de oro que juzga y paga, que dice á uno:—[®] ¡Siempre! y á otro:—¡Bastante!, no admite en su taquilla sus nombres llenos de cardenillo.

XII

A UN GRAN ACTOR

¡Ve, sé el mensajero de los poetas sublimes! Lleva el alma humana á sus augustas cumbres. Anda como el que regresa del Citerón; haz estallar su voz ante la multitud agolpada; toma su pensamiento como un clarín.

¡Sé Otelo, Macbeth, Titán, Orestes, Aquiles! ¡Sé la aparición de Shakespeare y de Esquilo, el fantasma que estos pensadores hacen salir del infierno, la creación sombría en que su llama resplandece! Ellos son el alma de éstos; sé tú su carne.

Coge á los dioses cuerpo á cuerpo. Conquista esos vastos papeles que hacen inclinarse al débil de flacos hombros. Transfórmate, crece en nuestras emociones. ¡Sé el gigante, sé el águila de alas inmensas, sé el rostro de las visiones!

Vaga con Yorik junto á las fosas abiertas. Busca con Calibán las verdes soledades. ¡Sé caballero, lacayo, sacerdote, emperador, verdugo; doquiera, arriba, abajo, que un espíritu te acompañe! Sé Carlomagno y Figaro.

Inventa traduciendo. Lucha con las ideas de los

poetas, sembradores de las almas fecundadas. Lucha con sus bellezas, que nos encantan. ¡Ase, doma á esas bellezas soberanas, hazte servir por esas reinas!

Sobre el verso temblón, lleno de trágicos odios, que se retuerce en el negro umbral de las pasiones humanas, compuesto de ideal y amasado con barro, yérquete formidable, deslumbrador, extraño, como el arcángel sobre el demonio.

Sacerdote de los dioses del arte, llena de su genio al pueblo de los mil ecos que de ellos se burla y reniega. Esparee tu alma en olas sobre el hombre sonriente; porque gastándola siempre, siempre está entera. Sobre la materia vierte el espíritu.

28 julio 1847.

XIII

Quando yo era un niño, al salir de la retórica, enviaba á los periódicos prosa lírica en honor de los gigantes del sombrío espíritu humano; trataba de explicar su fin y su camino, con qué paso marchaban y hacia qué luz; lo que hacían; por qué la Biblia es la primera y á ésta sigue la Iliada; y decía por qué Moliere, semidiós, está por encima de Corneille rey; lo que es Milton; por qué yo no era ateo; al genio; y por qué razón admiraba el *Prometeo*; por qué contemplaba á los espíritus resplandecientes, poetas, oradores, sabios. Luego, instantes había en los que, rompiendo mis inquietas plumas, exclama-

ba:—¿A qué celebrar en prosa a los poetas, alabar la inmensidad, el azul, las profundidades? ¿Se puede dorar la llama y engrandecer la grandeza? ¿Cantar á Homero en estilo de á treinta sueldos la página! ¿Zurcir un panegirico, inútil estrépito, colgar mi alabanza de vidrios de colores del rey Priamo, gigante del antiguo dolor, de Job, de Jeremías, de Dante, de tí, Shakespeare, del viejo Esquilo, en quien el viejo Titán respira! ¿Decir al genio en la columna de un periódico:—¡Bendito seas! ¡Ensalzar á aquellos escritores de un gran libro infinito, de los cuales la multitud desconoce hasta su ortografía; colgar una araña de vidrios de botella del enorme y flamígero anillo de Saturno!

Y por lo bajo decíame una voz:

—¡Oh creyente! El cielo te ha puesto en el alma una lira ingenua; no, no te detengas; obras bien, continúa. Admira. Así es como se llega al firmamento. Comprender al genio es el principio. El espíritu religioso, en el mundo en que vivimos, esboza el himno á Dios con un himno á los grandes hombres. Los grandes hombres, niño, son los reflejos de Dios. Son la ardiente rueda en torno del sombrío eje. Arrojan, desde lo alto de su candente solsticio, el uno la verdad, la justicia el otro, aquél la sabiduría y todos lo infinito. El pensador que, unido á su esplendor, desde abajo, intenta la ascensión de la cumbre austera, ve en todos esos espíritus los escalones del misterio, en cada uno de ellos siente al ser desconocido que vive, va de lo mortal á lo eterno, sube del poeta al profeta, del sabio al apóstol, y, ascendiendo paso á paso de una claridad á otra, deletreando el santo nombre en cada frente roja, forma con los rayos una escalera que conduce al sol.

1.º febrero 1855.

XIV

El exámetro, con tal de que, rompiendo la cesura, muestre el pensamiento y guarde la medida, vuelva y marcha; se retuerce, se arrastra, se pone en pie. El verso cortado contiene todos los tonos, lo dice todo. Es lo que hace que Horacio encante cuando se le lee. Su flexible dedo toca á la vez á toda la lira.

XV

¡Cantad, dulces poetas! En vuestros nidos, bajo el follaje, la aurora os sonríe aún al declinar de los años. ¡Sed los únicos cuyo amor quiera dorar los blancos cabellos!

El poeta es un cántico que vuela hacia nuestro oído; vive en un rayo; niño, es Platón besado por las abejas, y, anciano, Anacreonte.

¡Oh poetas! ¡Vivid, amad, agítad las alas, radiantest y ocultos! ¡La dicha os invita á su fiesta eterna...! Pero, si os acercáis

á las revoluciones enormes y severas, fiero caos, abismo obscuro, en el que todas las cimas tienen la forma de calvarios, ¡renunciad al azul!

¡Renunciad al amor, renunciad á la fiesta! Formaos grandes corazones que, cuanto más sufran y cuanto mayor sea la tormenta, se sientan más vencedores.

Después de seis mil años de sujeción, el género humano, alzando de pronto la frente, se ha rebelado al fin contra la vieja pena, contra la vieja afrenta.

Es necesario ser poderoso y grave cuando se entra en tales rebeliones. Sed aves, y no voléis hacia el antro, ó sed leones.

18 abril 1854.

XVI

Escuchad la voz conmovedora del ave que canta en el aire, del poeta que sonríe; escuchad á esas voces fieles, porque las aves tienen alas y espíritu el poeta.

Mientras el vino te embriaga; mientras lees el libro escogido por tu vanidad, ó mientras te prostityes con esas tres frías estatuas: riqueza, orgullo y voluptuosidad;

mientras que, faz arrugada, llevas á rastras tu idea, surcando tu vida ó tu campo; mientras que tu instinto conduce, en el gran bache humano, cualquier carricoche inclinado;

mientras que, alegres ó melancólicos, hacéis cien

cosas tristes que os obligan á bajar los ojos, sobre vuestras cabezas, en los cielos, confundidos, tenéis á todos los poetas y á las aves.

21 junio 1843.

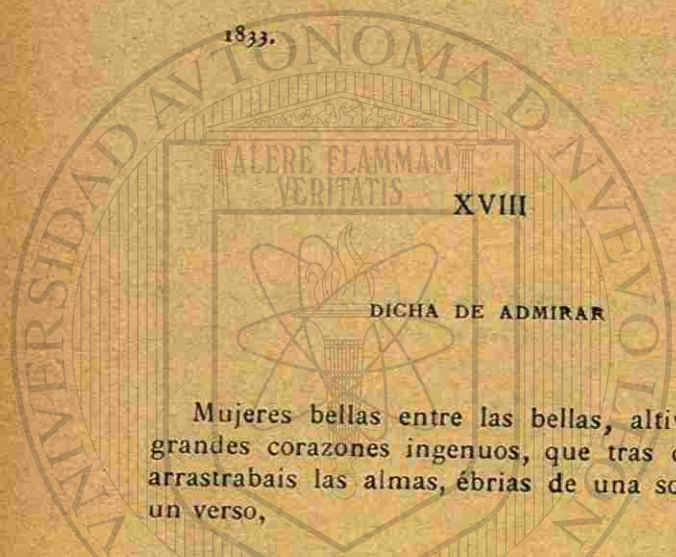
XVII

Para nosotros, recién venidos, que vemos surgir el astro, hijos de una época en la que todo tiene claridades de aurora; para nosotros, hombres de hoy, que salimos de la niebla, que no levantamos revueltos en el arte junto á un espectro de bronce una muñeca de cera, Tancredo junto á Orestes y junto á Electra Alcira, ni confundimos lo antiguo con lo viejo, el cielo en que Boileau se cierne es un cielo lluvioso; el arte no es el salón de Madame del Maine; cierto olor á mohoso despide el buen Teramenes; la tragedia es fría y huele á lobreguez. Si; para el que ha visto, andado, sufrido, amado, las reglas de otro tiempo son una cueva húmeda; todo, hasta el genio, inclina una frente tímida; tose la pobre musa; apenas puede verse volar, guiñando el ojo, bajo ese gran techo negro, á un murciélago, al que se llama el alma humana.

¡Aire, aire! ¡Que el ideal nos conduzca á lo verdadero! Cuando Racine, lívido, no es sino un Campistrón; cuando languidece el arte, con Brosette por patrono, avergonzado de estar bajo llave mientras el águila vuela libremente, honrado deber de toda alma ingenua es entrar allí, apartar las cortinas,

quitar el polvo á sonetos, idilios y rondós, y abrir con gran estrépito la ventana, avergonzada de haber rechazado el día y albergado á la araña.

1833.



Mujeres bellas entre las bellas, altivos poetas, grandes corazones ingenuos, que tras de vosotros arrastrabais las almas, ébrias de una sonrisa ó de un verso,

quien quiera que seáis, ¡oh genios!, frentes divinas, gloria, y tú, belleza, vosotros que, vivas armonías, venís á nosotros en la claridad;

cuando á los aplausos innumerables uno mi obscura aclamación, no os volváis hacia la sombra, no preguntéis cómo me llamo.

¡Qué importa mi nombre, oro ó cobre, perla ó gota de agua en el mar! Soy del montón, para seguir; de los más escogidos, para amar.

19 febrero 1849.

XIX

Á PROPÓSITO DE UNA VERJA DE BUEN GUSTO

Es el buen gusto una verja. ¡Cuidado con ese viejo buen gusto! Pan, el sagrado macho cabrío, baló bajo su almohaza en todo tiempo.

El gusto clasifica, aísla, escoge, y, por miedo á las disputas, pone cerrajería al rededor de todo lo que tiene aquí abajo.

Encierra y dice:—Emancipo.—He creado,—agrega,—cuando corta. Ser sobrio, es su principio, agradable á los enfermos.

Es primo de la envidia, miembro de los senados. Da al corazón, á la vida, la forma de un candado.

Es un Pindo amarillo de color ocre; en mitad del camino, en el arte pequeño, satisface, mediano, su ausencia de apetito.

Retrocede ante el grande. No sin perjuicio se es tocado por Hércules ó cogido por Micromegas.

Toma sus precauciones contra todas las locuras, las obras maestras, los rayos de luz, las mujeres demasiado lindas.

Para él, el ideal, el estilo, el hombre, los bosques y las aves, tienen la misión de hacer útil un par de tijeras.

Torna las almas jesuíticas, los espíritus pedantes, y, tranquilo respecto á los resultados, dice:—Desbocáos.

¡Invalído, sé lírico! ¡Liebre, tórnate desenfrenada! ¡Cúbrete de rosas, madero! ¡Macette, sé Evadné!

Topo, enciende el trueno. Ansarón, doma á la ola del mar. Tráeme, tísico, doscientos kilogramos sobre los riñones.

Estúpido, suelta tu genio. Carámbano, trata de tener calor. ¡Estrecha, manco, en tus brazos á Polimnia! ¡Estréchala fuertemente!

Embrutecerse es el precepto más claro del ritual. A fuerza de ser inepto, se concluye por ser espiritual.

Consiste todo el arte poética en galopar bien, mucho, con ese pleurético punto llamado buen gusto.

El gusto nos autoriza. Haz lo que quieras. Con la reticencia de que seremos castrados.

Se estropea el efecto de su bello desorden, si olvidamos que se ha prohibido que muerdan á los leones.

Definiciones:—Señoras y caballeros: el antiguo buen gusto es el asno encargado de las almas, es Nada, sumo sacerdote de Todo.

Es esto necio sin ser fiero, es predicar sin enseñar, es Febo tratando de peinarse después de volverse calvo.

El despeinado le exaspera. ¿Qué le quiere ese vellón desagradable y próspero del gran arte, lozana juventud?

El gusto, esquilado, no quiere ninguna cabellera en libertad. Porque un cráneo tiene el odio de un enamorado que desertara.

Cráneos desnudos, hombres sin ardores, sufren y se sienten indignados al ver aquellos cabellos y aquellas mujeres que les abandonaran.

XX

Escapándose en mitad de la grito, Shakespeare, frente tempestuosa, surgió en la sombra de la niebla. Ese negro poeta llevó á cabo una obra tan ruda y tan soberbia en su enormidad, tan llena de esplendores, de vértigos, de abismos y de rayos de luz sobre las cumbres, tan sombría y tan fecunda en precipicios inusitados, que, desde hace trescientos años, los pensadores la contemplan deslumbrados, sorprendidos de que todo á ella les conduzca, lo mismo que una montaña elevada en el fondo del alma humana.

XXI

Los instrumentos están llenos de la voz del misterio.

Me gusta la trompa profunda en el bosque solitario; me gusta el órgano, trueno y lira, relámpago y noche, cañonazo y estremecimiento, fuerza enorme de ruido, hoguera de armonía con negras chimeneas; me gusta el contrabajo de los lamentos obstinados, y, bajo el tembloroso arco, el espantoso violín que, mezclando el óboe, la selva, el aquilón y el ala de la mosca, y el pífano, y el sistro, vierten en el alma sombría un siniestro claroscuro.

12 octubre 1854.

XXII

En el mundo mejor que sueña mi capricho, todo cantará; el cántico del trabajo es el amigo; y, á pesar de La Fontaine y gracias á Pablo Meurice, la cigarra cantará sus hazañas á la hormiga.

Todo acabará un día por convertirse en armonía; canta, Juana, entre tanto. En el cenit, en el nadir, Dios acompaña con una lira infinita; un gorrión que canta ayuda á una encina á crecer.

Todo el que canta conmueve á la hechizada naturaleza; la música es hermana de los ardientes rayos; una canción que se suelta es útil á la vida; ¡cantad, pajarillos; cantad, criaturas!

Por la noche, á la hora en que la sombra adormece los nidos que sueñan; cuando todo se extingue, un astro aparece en el horizonte; cuando todo se calla, élévanse las voces del infinito; la noche quiere una estrella y el silencio un canto.

16 enero 1876.

XXIII

FRAGMENTO DE CARTA

.....
Era yo pequeño, con el deseo de ser grande.

Ocurría esto en el antiguo tiempo en que París, al igual de Roma, que fué reina del mundo y de un hombre esclava, veía caer á César, herido por veinte verdugos, y lloraba á su tirano á la vez que á su héroe. Volvían los Borbones, paternal familia; el Luxemburgo, Pizzo y la llanura de Grenelle tomaban parte en la fiesta, y Trestaillon reinaba; Ney, Brune y Monton-Duverniet eran asesinados, y con ellos Murat, el deslumbrador parodista de Aquiles.

Yo sabía mal el griego; quise leer á Esquilo.

Era yo entonces joven, ignorante, inocente, ingenuo; compré en la primer librería de viejo que hallara al paso un Esquilo en francés; porque, hablando con sinceridad, érame muy necesaria una traducción. Savarin, ante el cual se escapa un sabroso manjar; el ángel, á quien el demonio, con la sonrisa en los labios, roba un alma; una joven, dejando escapar una pulga; Colón, viendo su mundo escamoteado por Vespucio, no hubieran sentido más estupor y más espanto que yo, creyendo hallar á Esquilo y encontrándome con Brumoy.

XXIV

LA RISA

Sólo el porvenir puede hacer uso de la risa y de la burla. Con la potente risa no se puede jugar. Entre Júpiter furibundo y Júpiter risueño, menos temo á aquél. La risa es la metralla.

La carcajada humana persigue al negro pasado; se burla de los pedantes limitados al A, B, C, y falta al respeto á las orejas del asno; se mofa de lo que cojea en nombre de lo que vuela. Reyes carcomidos, falsos dioses estropeados, códigos podridos, semblanzas de sacerdote y de murciélago terrible, todo es por ella herido; aumenta conforme el día se hace

más claro en la tierra más segura; denuncia el altar y los dogmas piadosos que se arrastran poco á poco hacia los presupuestos de importancia; quiere que el arte más altivo nos conduzca hacia grandes fines; nada se deja cantar por Terámenes; si el fastidio se presenta, rehusa el impuesto; cuando, admirado del fusil Chassepot, y con el sable entre los dientes, Tartufo se da aires de victoria, grita, tras esta gloria, á la chie-en-lit (1). Ve el error desterrado, asiste imperturbable á esta sombría huída del vendabal del progreso, y se prodiga altanero, rudo, en las figuras tristes, en el juez falso, en el príncipe retirado, en los augures, que no pueden mirarse sin llorar. Redobra al ver que todo se transfigura; hace blanco, es fuego, proyectil, centella; acribilla la rutina que se retrasa; fustiga á todos aquellos seres entorpecidos que prefieren el buen hombre Ayer al lindo niño Mañana, y, desde el vagón arrastrado por el relámpago, pega de rechazo sobre el rendido animal que va enganchado al viejo coche.

22 noviembre 1867.

XXV

BIBLIOTECAS

Me gusta un libro y odio una biblioteca.

(1) Chienlit, ó chie-en-lit, nombre popular dado á las máscara que recorren las calles durante los días de Carnaval.—(N. del T.)

Del patagón al turco y del gauro al azteca, todos los hombres deliran. Sea. Sus errores son nuestros duelos. Está bien. Pero ¿por qué esas colecciones, de todas las maneras como el loco desvaría, hechas á todo gasto, que no divierten á nadie? ¡Oh rimeros solemnes, venerables montones en distintos tamaños, de los diversos yerros, anaqueles que llena la noche pedagógica, alcobas de los libroles carcomidos que tanto gustan á los buenos hombres calvos; tabiques, armarios, agujeros, departamentos en los que todos los viejos nada muestran sus lomos enmohecidos, en vuestros cantos tenebrosos, tras de la bruma de los vidrios distingo el montón informe de los belitres!

¡Oh los que nunca se leyeron y los que no se leen ya, Laharpe y Lebatteux, saludanse desde un extremo á otro de un estante ó desde lo alto de un pilar! ¡Tuet y Patouillet dándose las de ilustres! ¡Oh las mutuas adoraciones de esos dos galopines! ¡Oh los pedestales ventrudos bajo los bustos con paperas! ¡Rapin alabando á Bouhours! ¡Oh buena vecindad de Saumaise rascando el lomo á Ménage! ¡La sombra oprime amorosamente, bajo la jácera, á Lipse con Moreri, á Brosette con Craso! ¡El ganso admira al pavo y ambos se congratulan! ¡La pata (1) cordial empuña la espátula! ¡Cero deposita gravemente á *Nihil* en el suelo!

¡Ampulosidad del vacío! ¡Sombra! ¡Cuando os veo, tétricos infolios clásicos, echo á correr! El fastidio de los siglos duerme en vuestro calvo pergamino; el horrible bostezo os guarda, enseñando los dientes!

(1) Se refiere al instrumento de hierro de este nombre. —(N. del T.)

¡Oh negros libros olfateados por el perfil de los pedantes! ¡Al través de vuestras diáfanas páginas, paréceme estar viendo getas de puercos besando hocicos de asnos!

XXVI

La naturaleza, eterna madre, os otorgó sus castos favores, viejo Hesiodo, viejo Homero. ¡Oh poetas, soñadores gigantes!

Chantres del arado y de la espada, al través de los tiempos, negra niebla, mostráis en vuestras epopeyas el hombre niño al hombre anciano.

En vosotros se ve, como una aurora, brillar ese bello ayer dorado que la Grecia contempla todavía con una sonrisa extraviada.

Como la Osa y los Dioscuros atraviesan los frondosos ramajes, en vuestros fulgores sombríos se ve agitarse un mundo confuso.

En la noche de vuestros viejos poemas se ve como tranquilos y tonantes resplandecen, menos divinos que vosotros, los radiantes seres olímpicos.

Vuestra cima toca las nubes. En vuestra sombra, en la que brilla el oriente, los héroes, las diosas desnudas, van y vienen sonriéndose.

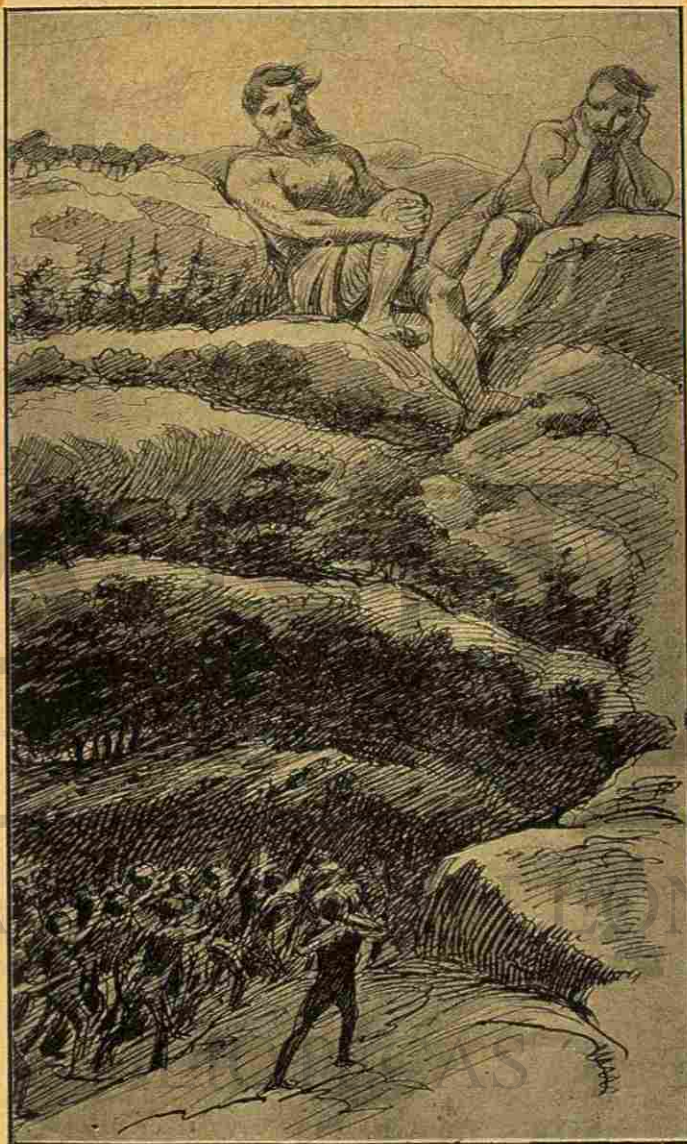
Los dioses, que para nosotros son mármoles, vi-

ven en vuestros libros gemelos. ¡Como pajarillos en los árboles, vuelan entre vuestras ramas numerosas!

29 marzo 1847.

XXVII

Thiers se mofa de Mazzini; Pitt se mofa de Washington; Juvenal parece de mal tono á Nisard; Shakespeare hace encogerse de hombros á Planche. Antes de que el vapor conquistase ambos polos, los sabios se burlaban de Fulton; Pouillet, que brilló en otro tiempo en el cenit del Instituto, negaba ¡oh locura! el telégrafo eléctrico. El espíritu ligado detesta al espíritu que desata; el que ve de cerca y bajo, desprecia algo al Himalaya; el cielo, ese precipicio azul, ese negro pozo de los relámpagos, desagrada á aquellos hombres que nunca saben de fijo donde estamos, y que, desdenando á Euler y á Newton, no avanzan sino tanteando el terreno con el báculo; ¡tratad, pues, de hacer admirar á los miopes la estrellada mirada de las Calíopes sentadas en el Pindo y profundizando en el infinito. Esquilo, ese proscrito, y Dante, ese desterrado, desvarían, y su vista está falseada por el destierro; el alma de Job parece á Prudhomme insensata, porque á los envidiosos y á los impotentes pertenece esa cosa augusta: el buen sentido; el esposo que escoge la multitud, es el eunuco; el jefe incontestado, ante el cual doblan la nuca todos los que usan sable y sotana, es un Midas á quien Zoilo habla en voz baja. Cuando vaga por las ciudades, Isaías siente su grande alma odiada por los ne-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gros vivos, y avanza sin encontrar un corazón que le comprenda; los lívidos insultadores siguen á Corneille errante; detrás de Milton gruñe una palidísima jauría. Todo el que tenga el talento de ser pesado estando vacío será admirado por fatuos y celosos, esos perros que para los grandes y los fuertes tórnense lobos. ¡Vedles echar á correr tras de Homero! ¡Vedles venerar al estúpido efímero, al cero solemne que, durante un momento, prevalece entre la soldadesca ó la clrigalla! Siendo el idiota el estuche del personaje, bástale que un gesto sea más viejo que su edad y callar con el aire de la más profunda inocencia para ser apreciado, y para que los que hacen y deshacen todos los nombres de azar mezclados en nuestras tormentas, le aclamen con voz enronquecida por los ultrajes, sabiendo que la manera mejor de atacar á los grandes hombres escarnecidos consiste en admirar á los imbéciles.

Si hacéis el bien, se os hará la guerra, y, sin saber por qué, el estúpido ser vulgar agítase furioso en torno del profeta pensativo.

*

Contemplar el abismo desde lo alto, examinar desde lejos el arrecife, no está bien hecho. Ser grande, es ser ridículo. Pigmeo es altivo, siendo pigmeo; mide de arriba á abajo á Hércules; Mirmidón no toma en serio á Titán. Todos los gigantes que permanecen en pie en las alturas hacen reir á Liliput, feroz hormiguero.

¡El enano siente un peso en la espalda, y su joroba, de la que está satisfecho, aún cuando al fin y al cabo algo cansado, le hace el mismo efecto que á

tí el mundo, Atlas! Vale él tanto como tú. ¿Qué tienes tú más que él? Tú llevas tu fardo como él el suyo.

*

Atrancad vuestras puertas y las ventanas, por miedo á que la razón y la verdad entren en vuestra casa ¡oh burgueses! Hombre docto, hombre grave, molusco, quien quiera que tú seas, ¡cuidado con la irrupción brusca de las claridades, de los pensadores, de los espíritus, en el agujero en que la noche sombría puso tu corazón bajo candado! Vegetas. ¡Cuidado con el gran peligro de vivir! La ostra debe cerrarse en cuanto se abre el libro; porque una palabra vertida en un alma es suficiente para abrir en ella un abismo y llenarle de claridad. La ignorancia es el asilo de la estupidez. No leas nada si te interesa quedarte imbécil.

Radiante, el ansarón grazna y cojea; semejante al pavo real, el orgullo, aún cuando tenga muchos ojos, no se sirve de ellos para ver, sino para ser soberbio; el falso sabio tiene su cola abierta en forma de haz que le sigue, que vive por él, le ama, le cree divino y le hace más inepto, volviéndole más vano. Esta cola es el público de los necios cortejando al galopín. El pedante idiota, arrogante y siniestro, eclesiástico ú hombre de Estado, lo sabe todo, lo ignora todo y cree que es el genio un atentado, y, Guizot, nada quiere de Voltaire. ¡Silencio, Mirabeau! Dantón, ¿quieres callarte? ¡Cuidado que resulta impertinente el tal Galileo con su sol fijo y su tierra dando vueltas! ¿Se puede imaginar nada más quimérico que aquel Colón soñando con su América?

Contra esos altivos creyentes se toma á Dios por

testigo. Las iglesias, los reyes, que son grandes por tan poco, esas pasadas legiones tardigradas, se indignan contra los que marchan rápidamente y no se contentan con lo falso y lo perjudicial. Estos hombres hablan alto y asustan á la noche. ¡Abajo esos terribles enamorados de la aurora!

*

Los grandes pensadores sagrados á quienes una llama devora, los poetas, los espíritus fuertes, los altivos soñadores, saben que el infinito no otorga favores, pero que tampoco hace injusticias; piensan, meditando acerca de los destinos de abajo que se prolongan en el profundo destino de arriba, abismo obscuro; he aquí por qué su mirada no se aparta del cielo y se llena, en el espacio en que flota la ciencia, de un deslumbramiento en el que nace la clarividencia; en cuanto, surgiendo sobre nuestro negro mundo, el astro dios de la aurora se presenta, dejando ver en el inmenso caos la enormidad del alma; en cuanto ese monstruo de sombra con crin de llama; en cuanto ese desconocido espléndido llamado sol, imponente, tranquilizador, cubierto de relámpagos, rojo, surge, igualando con su luz soberbia los grandes montes, la redondez del mar, la brizna de hierba y el horror de los bosques, de los que sale un vago cántico; en cuanto, fertilizando, acabando, esbozando, vida y misterio, enigma explicador de los problemas, haciendo el abismo claro, los astros lívidos, ayudando al corazón á creer y al espíritu á orar, pone manos á la obra como un buen trabajador; en cuanto ha comenzado su tarea de luz; en cuanto, sujeto por sí mismo á la primer causa, ha blanqueado los cielos, visión profunda, y sumido en la noche á ese nadador, el rayo de luz, pronto como el trueno

recto como la regla, el topo denúnciale á un ciego:
el águila.

28 abril 1876.

XXVIII

Cuando ese encantador poetilla gracioso que, no pudiendo huir hacia los cielos, piérdese entre las flores, te ataca ¡oh genio! en su aturdimiento, y, burlón, se aventura en tu sombra infinita, tú sigues tan tranquilo: Dante apenas ve á Gresset. La especie de débil y confuso rumor que producía el primer día que te insultara, gigante triste, no es para tí de aquellos que prueban que se vive, y ni aún tuviste el vago movimiento de un coloso distraído por un instante en su sueño. Dejas que aquello viva y zumbé. Se mueve, aún cuando el viento sea poco, el nido de la ardilla, no el antro del león, y sin tratar de escapar recibe el águila el picotazo del colibrí. Tú dejas escapar esa ala inútil y dorada. ¿Desde cuándo el astro es turbado en el empíreo porque un locuelo salte y baile en el fondo de los bosques? ¿Desde cuándo el enorme trueno, cuya voz conmueve al monte que tiembla y al mar que vacila, enciende el relámpago para castigar á la centella?

XXIX

Si; el genio tiene sus ateos. Ante la envidia del ojo feroz, las grandes almas insultadas bajan su mirada púdica. El envidioso se une al impío. El alma bajamente acuclada, permanecen cogidos de la mano, mintiendo y negando á Dios con su labio impuro, el uno en la naturaleza, el otro en el genio humano. Pero de las cosas se desprende la justicia; sufren, son desgraciados; bajo sus frentes lívidas ocultan un fastidio obscuro y tenebroso. La eterna equidad que á todos juzga tiene la sombra por refugio, el error por objeto, el mal por voto; condena á la negra tristeza á los que hacen dudar de la gloria y á los que hacen dudar de Dios.

XXX

Es una ley: Veuillot, ese bergante, existe; Planché es real; Barbey respira; Nisard alienta; Rolle vive; Frerón muerde á Voltaire; no se sabe quién pincha á Milton; Cecco, también llamado Cecchi, pone sobre Dante, indignado, su pata familiar; Green se arrastra por encima de Shakespeare y Visé por encima de Molière; los grandes hombres, que en el fondo del azul vemos pasar con su corona inmensa de fulgores espléndidos, hechos por la muerte más vivos

aún, que huyeran para siempre á la sombría aurora, que con dirección á la gloria partieran, son ruidos y cubiertos de seres infinitamente pequeños, pues el deslumbramiento no excluye la miseria. La gloria tiene su insecto y el acaso la mina; el Océano siente vagar el pulpo bajo su ola azul; Zoilo está sobre Homero y Satán sobre Dios; lo sublime no está al abrigo de lo inmundo; y no me sorprendería lo más mínimo que cualquier día un ángel viniera á revelarnos que en el profundo cielo los astros tienen piojos.

Paris, 20 septiembre 1874.

XXXI

LO PELIGROSO DE LAS CIMAS

¡Oh soñador! no vayas hacia las cimas; vuelvo de ellas. Y es aquello terrible. Los sordos ábregos diluvianos reinan allí pasando repetidamente; flota y desaparece allí cuanto soñamos; allí, en aquellas grandes tumbas llamadas religiones, graznan cuervos desconocidos.

Ten miedo á las alturas frecuentadas por los espectros; los efectos del abismo en ninguna parte son tan tenebrosos como sobre las cumbres formidables; allí, lo real se confunde con lo ignorado, y los negros escalones de las visiones sin fondo son lúgubrementes aborables.

Allí resplandece un sol que la bruma dilata; allí están los fieros dioses; Nemeos, que ruge; Pytón, que silba; Apis, que muge; sombrío deslumbramiento del que los sabios, esos grandes ingenuos, salen locos, y de la que volvieran Tasso insensato y Milton ciego.

No vayas á los bosques sagrados, ni á los montes en que Pitágoras viera la faz de los demonios, en los que se encuentran todas aquellas blancas formas, de las que los magos profundos no saben qué pensar, y á las que espían, sin atreverse á hacer otra cosa que asomarse por entre las ramas.

Teme la inspiración feroz del desierto; el desierto es un lugar de espanto, del que Dios se sirve, y no fué creado para tus estudios: los abismos devoraron á veces á los que en ellos penetraran; no bañes tu frente en los inmensos horizontes rojizos del sol poniente en las soledades.

Teme encontrar allí lo que no es necesario ver. Teme las ascensiones hacia la elevada cumbre negra. Las sombras no tienen nada que decirte. Coge tu poesía en los campos, entre las flores, y, puesto que abril consiente en sonreír, no vayas á buscar el espanto en otra parte.

Teme los rudos aletazos y los ardientes picos. Teme aquellos matorrales, en los que hay seres horribles que meditan sin leyes ni reglas. Si intentaras coger al vuelo en tales bosques cualquier estrofa salvaje y sombría, correrías los peligros que el buscador de nidos de águila.

23 agosto 1874.

XXXII

¡Quien quiera que tú seas, espíritu, genio, tú que sientes tu fuerza, que vives y que en la gloria ó en la ironía de tu alma grande encuentras la satisfacción! ¡Tú, severa naturaleza, que no tienes otro alimento que tú misma, y tú misma por luz! ¡Tú, á la vez himno y gritería, astro al propio tiempo que niebla, caverna y león á la vez!

Cualesquiera que sea tu siglo, sombra, tormenta, abandono, miedo, harapo, sudario, ¡anda, que nada te desanime! Anda; Homero está desnudo, Dante está sólo. ¡Deja que las olas se amontonen! ¡Deja que se desvanezcan las multitudes! Tú, que no tienes remordimientos, acepta tus soberbias tareas. ¡Sé el intrépido entre los cobardes, sé el vivo entre los muertos!

A veces el alma humana, cansada, parece presa del abatimiento; el aterido besa el hielo, el ciego ama la ceguera. ¡Decrecimientos inexorables! ¡Las cosas se hacen miserables, los hombres se hacen pequeños! Todo muere. Parece que empieza el inmenso envilecimiento de los corazones convertidos en apetitos.

¡Oh desgracia! A veces un pueblo,—tú lo viste, Grecia, Roma, tú lo sabes,—siente una vergonzosa pereza de ser grande, y dice:—¡Basta! ¡No más Ayax! ¡No más Aquiles, Brutos, Esquilos y Solones! ¡No

más héroes de frente pura! ¡No más arcos de gloria de aquellos que hacen de toda la historia nuestra un puente de gigantes en el azul!

¡No más altaneros Propileos, ni Panteones, ni Partenones! ¡No más cabezas estrelladas! ¡No más grandes hombres!... Comamos. Toda la historia no es sino un sueño. ¡Gloria al festín que se prolonga! ¡Gloria á los crímenes no expiados! ¡Que la mujer, desnuda y con flores en la cabeza y sortijas de oro en los dedos de los piés, tome parte en la fiesta!

¡Que nos visite un espíritu nuevo! ¡Seamos los nunca vistos! ¡Que Atenas se llame Thersites! ¡Que Roma se llame Davus! ¡De las viejas conquistas vivas, hagamos ¡oh pueblo! nuestras sirvientas! Vivir es la sola ambición. ¡Hagamos cocer, alegre multitud atea, con el fuego de Prometeo, la comida de Trimalción!

¡Que las pálidas multitudes que la tumba espera con la boca abierta, tomen entonces las actitudes todas del humo y del vacío! Una horrible noche encarnizada cubre el alma, el destino, los pasos, las frentes, los corazones, los ojos; la multitud de oro, bebe, come, ignora, se arrastra, canta y ríe; y la aurora se niega á subir á los cielos.

Viendo que el hombre no tiene alas, la mujer llora su afrenta, y se ruboriza por el hijo á quien dará el ser. ¡Llegó entonces, pensador, la hora de su turbación! ¡Lucha!, ¡redobla tu esfuerzo!, ¡muestra la idea y el cielo azul al hombre que, no atreviéndose ya á creer, ve el porvenir vacío de gloria y el universo vacío de Dios!

¡Avanza francamente!, ¡surge! cuando tu siglo de las bajas prudencias empequeñezca. En las decadencias es donde los hombres son más grandes, y en los escombros sobre todo es donde las elevadas y sombrías columnas, superándolo todo, dominándolo todo, bellas entre los despojos disformes, tumbadas parecen inmensas y sublimes cuando están en pie!

H. H. 10 junio 1870.

XXXIII

POR QUÉ LOS GRANDES HOMBRES SON DESGRACIADOS

Cierta noche, escuchando, solo, entre los escombros, oí hablar á los sombríos acontecimientos.

—Somos los forjadores, y son los grandes hombres los yunques en el antro por Dios depositados, siempre dispuestos para el duro trabajo de la creación de nuevas razas. Porque los hombres son malos, viles, cobardes, voraces, monstruosos, y ha llegado el tiempo de cambiarles. A fuerza de martillazos llégase á forjar. Y los hombres sin freno, sin ley, sin corazón, sin fuego, sin alegría, necesitaban que se les hiciera un alma nueva y que alguien grande resplandeciera sobre ellos. Era necesario dar al hombre un alma poseedora del resplandor de la luz, del poder y de la dulzura; un alma paternal para el niño, fraternal para la mujer; un alma justa. Dios nos dijo

cierto día:—Forjadles esa alma. Y nos dió por martillo el infortunio. Allí estaban los grandes hombres pensativos; dedujimos por ello que podíamos golpear sobre aquellos sombríos yunques.

15 agosto 1874. París.

XXXIV

Á TEÓFILO GAUTIER

Amigo, poeta, espíritu, huyes de nuestra negra noche. Sales de nuestros rumores para entrar en la gloria, y en lo sucesivo tu nombre brillará en las puras cimas. Yo, que te he conocido joven y bello; yo, que te amaba; yo, que más de una vez, en nuestros altivos aletazos, atontado, me apoyé en tu alma fiel; yo, encanecido por los días que nievan sobre mi cabeza, me acuerdo de los días pasados y, pensando en aquel joven pasado que vió nuestras dos auroras, en la lucha, en la tormenta, en las sonoras arenas, en el nuevo arte que se ofrece, gritando al pueblo: sí, oigo aquel gran viento sublime desvanecido.

Hijo de la Grecia antigua y de la joven Francia, tu altivo respeto á los muertos fué de esperanza lle-

¡Avanza francamente!, ¡surge! cuando tu siglo de las bajas prudencias empequeñezca. En las decadencias es donde los hombres son más grandes, y en los escombros sobre todo es donde las elevadas y sombrías columnas, superándolo todo, dominándolo todo, bellas entre los despojos disformes, tumbadas parecen inmensas y sublimes cuando están en pie!

H. H. 10 junio 1870.

XXXIII

POR QUÉ LOS GRANDES HOMBRES SON DESGRACIADOS

Cierta noche, escuchando, solo, entre los escombros, oí hablar á los sombríos acontecimientos.

—Somos los forjadores, y son los grandes hombres los yunques en el antro por Dios depositados, siempre dispuestos para el duro trabajo de la creación de nuevas razas. Porque los hombres son malos, viles, cobardes, voraces, monstruosos, y ha llegado el tiempo de cambiarles. A fuerza de martillazos llégase á forjar. Y los hombres sin freno, sin ley, sin corazón, sin fuego, sin alegría, necesitaban que se les hiciera un alma nueva y que alguien grande resplandeciera sobre ellos. Era necesario dar al hombre un alma poseedora del resplandor de la luz, del poder y de la dulzura; un alma paternal para el niño, fraternal para la mujer; un alma justa. Dios nos dijo

cierto día:—Forjadles esa alma. Y nos dió por martillo el infortunio. Allí estaban los grandes hombres pensativos; dedujimos por ello que podíamos golpear sobre aquellos sombríos yunques.

15 agosto 1874. París.

XXXIV

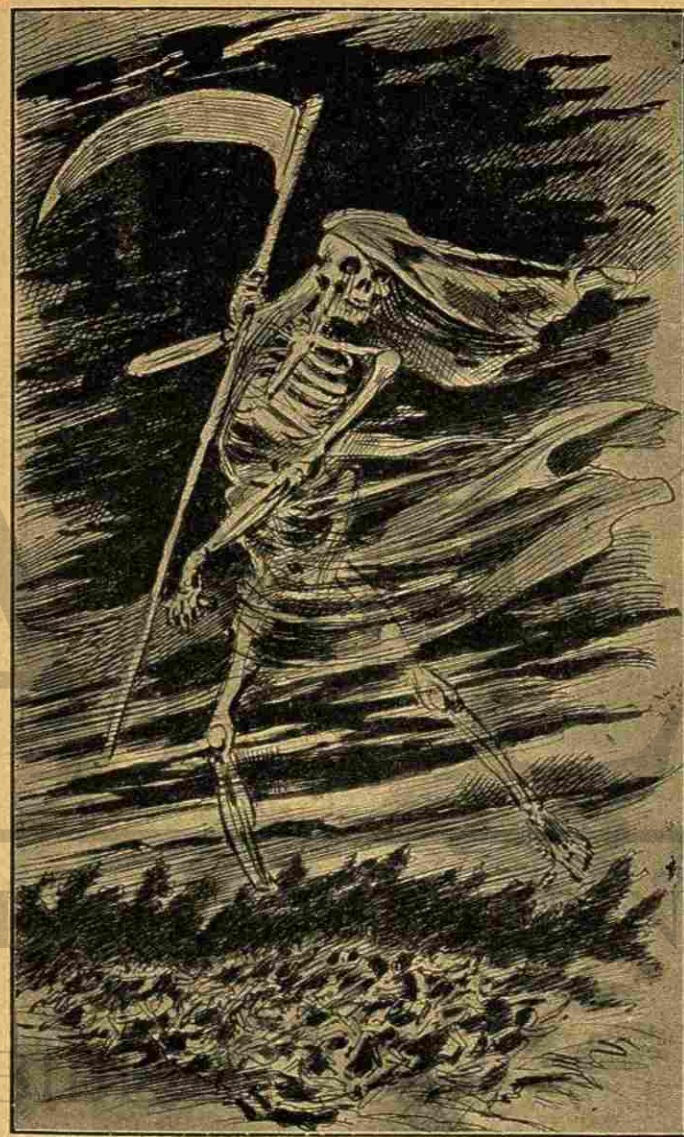
Á TEÓFILO GAUTIER

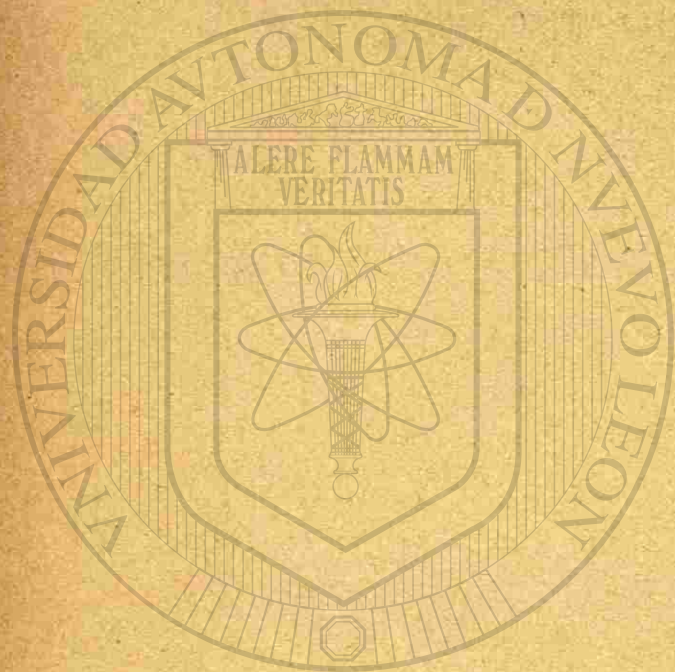
Amigo, poeta, espíritu, huyes de nuestra negra noche. Sales de nuestros rumores para entrar en la gloria, y en lo sucesivo tu nombre brillará en las puras cimas. Yo, que te he conocido joven y bello; yo, que te amaba; yo, que más de una vez, en nuestros altivos aletazos, atontado, me apoyé en tu alma fiel; yo, encanecido por los días que nievan sobre mi cabeza, me acuerdo de los días pasados y, pensando en aquel joven pasado que vió nuestras dos auroras, en la lucha, en la tormenta, en las sonoras arenas, en el nuevo arte que se ofrece, gritando al pueblo: sí, oigo aquel gran viento sublime desvanecido.

Hijo de la Grecia antigua y de la joven Francia, tu altivo respeto á los muertos fué de esperanza lle-

no; nunca cerraste los ojos ante el porvenir. Mago en Tebas, Druida al pie del negro menir, Flaminio á orillas del Tíber y Brahma á orillas del Ganges, poniendo en el arco del Dios la flecha del arcángel, de Rolando y de Aquiles frecuentando las cabeceras, forjador misterioso y potente, sabías retorcer todos los rayos de luz en una sola llama; el sol poniente hallaba la aurora en tu alma; ayer se cruzaba con mañana en tu fecundo cerebro; hacías sagrado el viejo arte, abuelo del arte nuevo; comprendías que, cuando un alma desconocida dirigese al pueblo, después de volar como un rayo entre las nubes, es necesario escucharla, aceptarla, amarla, abrirle los corazones; tranquilo, desdenabas el vil esfuerzo de los burlones que echaban espuma sobre Esquilo y baba sobre Shakespeare; sabías que este siglo tiene su aire, que respira, y que el arte, no avanzando, sino transfigurándose, se embellece, lo bello juntándolo á lo grande, y se te vió estallar en ilustres gritos de alegría, cuando el drama asió á París como una presa, cuando el antiguo invierno fué rechazado por floreal, cuando el inesperado astro del ideal moderno brilló súbitamente en el cielo que se abrasa y cuando Pegaso fué relevado por el Hipógrifo.

En el severo umbral de la tumba te saludo! Ve á buscar lo verdadero, tú que supiste encontrar lo bello. Sube la áspera escalera. Desde lo alto de los sombríos escalones se entrevén los arcos del negro puente del abismo. ¡Ve, muere! ¡La última hora es el último escalón! Parte, águila; vas á ser abismo á tu gusto; vas á ver lo absoluto, lo real, lo sublime; vas á sentir el siniestro viento de la cima y el des-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE B

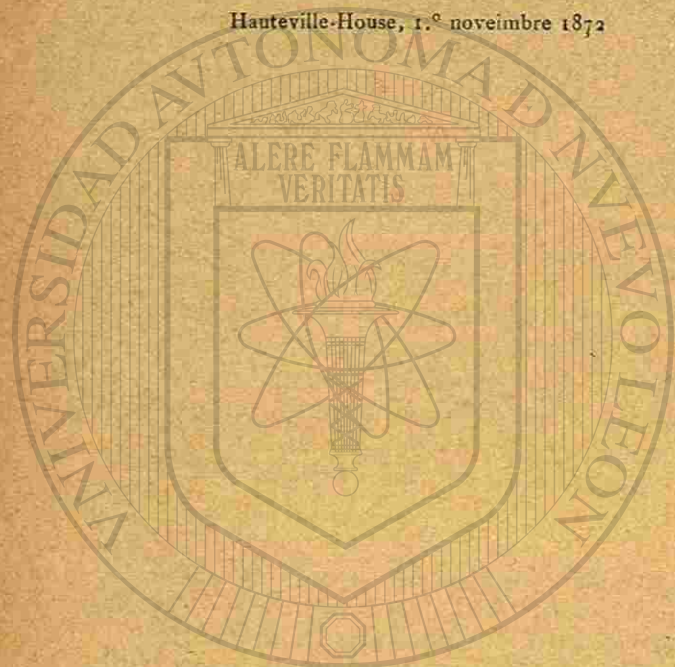
lumbamiento del prodigio eterno. Vas á ver tu olimpo desde lo alto del cielo; desde lo alto de lo verdadero vas á ver la quimera humana; desde la de Job á la de Homero, alma, y desde lo alto de Dios vas á ver á Jehovah. ¡Sube, espíritu! ¡Crece, ciérnete, abre tus alas, anda!

Cuando un vivo nos deja, mírale conmovido, porque entrar en la muerte, es entrar en el templo; y, cuando muere un hombre, en su ascensión veo distintamente la mía. Siento, amigo mío, la sombría plenitud de la suerte; he comenzado la muerte por la soledad; veo mi sueño profundo estrellarse vagamente; llegó la hora en que á mi vez voy á marcharme; mi hilo, demasiado largo, se estremece y casi toca la cuchilla; el viento que se te llevó me levanta dulcemente, y voy á seguir á los que me amaban cuando estuve desterrado. Su ojo fijo me atrae al fondo del infinito. Corro á él. No cerréis la puerta funeraria.

Pasemos, porque tal es la ley, á la cual no puede nadie sustraerse; todo se dobla, y este gran siglo, con todos sus destellos, entra en la sombra inmensa en que huímos, pálidos. ¡Oh, qué feroz rumor producen en el crepúsculo las encinas que para la hoguera de Hércules se derriban! Los caballos de la Muerte relinchan; están alegres porque la edad del brillo va á concluir; espira este siglo altanero, que supo domar el viento contrario... ¡Oh Gautier! Tú, su igual y hermano, partes después de Dumas, Lamartine y Musset. Seca está la onda antigua en la cual el hombre se rejuvenecía; como ya no hay Estigia, ya tampoco hay Juventud. El duro segador avanza, con su hoz enorme, pensativo y despacio, hacia el resto del trigo; me ha tocado la vez, y la negrura llena mi ojo tur-

bado que, adivinando ¡oh desdicha! el porvenir de
las palomas, llora sobre las cunas y sonríe á las
tumbas.

Hauteville-House, 1.º noviembre 1872



V

EL «YO»

U A N L

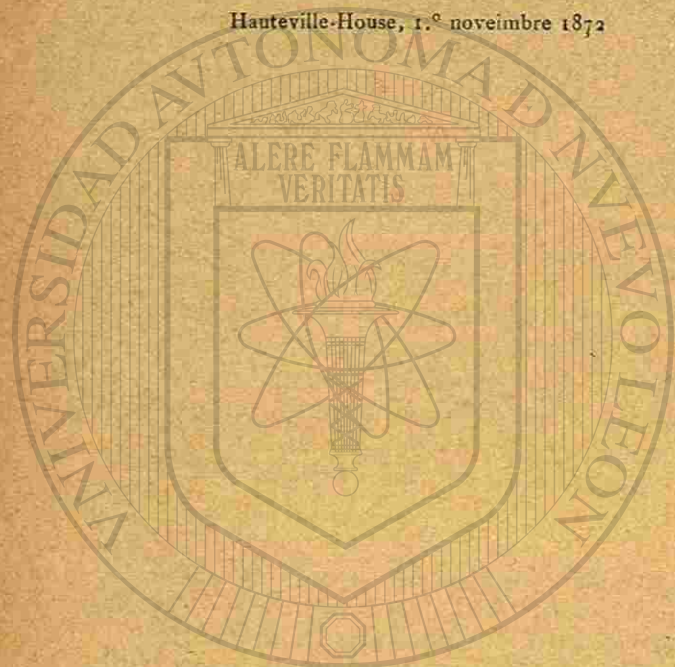
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bado que, adivinando ¡oh desdicha! el porvenir de
las palomas, llora sobre las cunas y sonríe á las
tumbas.

Hauteville-House, 1.º noviembre 1872



V

EL «YO»

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B

I

Á LUIS B.

No, no he cambiado. Mal haces, hermano, en lamentarte. ¡Ay! Aún cuando el cielo nos sea contrario á veces; aún cuando nada tengamos nuestro; aún cuando en nuestros trabajos, rudos y dulces, no obstante, la suerte envidiosa nos interrumpa; aún cuando no he cambiado, Luis, tu corazón se engaña. Soy el ser pensativo que siempre fuera, contemplador de la naturaleza, adorador de lo bello, hecho de admiración, de estudio y de oración, prosternado ante la sombra y ante la luz. Creado para sufrir y vivir por el amor, tengo en mí dos músicas que cantan una tras de otra, en la cabeza una orquesta y una lira en el alma. Esta creación en la que trato de leer, con sus universos, su brillo, sus esplendores, conmoviendo mi cerebro hasta en sus profundidades, hace á la vez vibrar todas sus fibras. Quiero los pueblos grandes, quiero los hombres libres; sueño con un porvenir mejor para la mujer. Inclinado sobre el pobre y sobre el obrero, les soy fraternal desde el fondo de mi pensamiento; cómo guiar á la multitud tempestuosa y confundida; cómo dar al derecho más base y amplitud; cómo disminuir aquí abajo el dolor, el hambre, la dura labor, el mal y la miseria;

todas estas cuestiones me tienen bajo su garra. Y luego, aunque soñador, fácilmente regocijado, siéntome de pronto el corazón alegre si, en mi estrecho círculo, con una palabra, con cualquier inesperado y loco capricho, hago nacer á mi alrededor, al anochecer, junto al fuego, aquella risa infantil que hace sonreír á Dios. Así me conociste; sigo siempre el mismo; sólo que hoy, entristeciendo á los que amo, á veces sube el duelo á mi frente dolorida; permanezco menos tiempo entre los felices, y en mis ojos, con frecuencia fijos fuera de este mundo, la sonrisa es más pálida y más profunda la sombra.

11 octubre 1846.

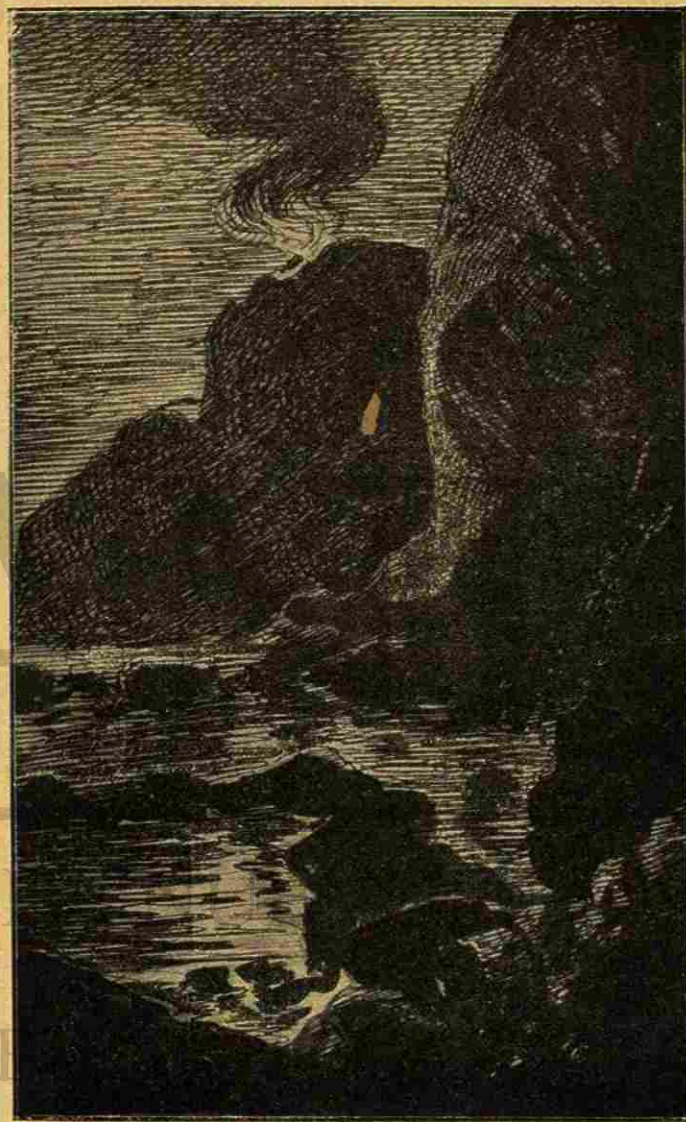
II

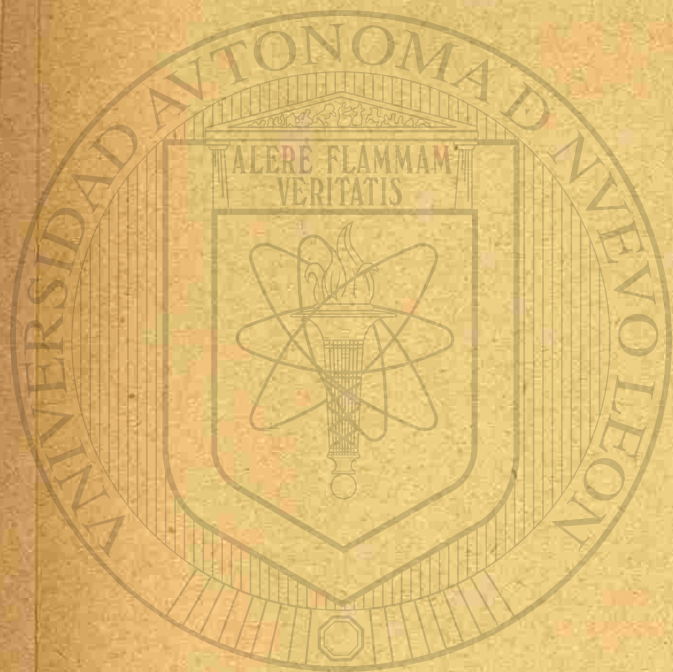
Á CARLOS

—¡Admírate, niño! Una pobre hoguera de pastor muestra y dibuja á veces, desde lejos, Scila ó bien Caribdis á los marinos de Mesina y conduce al nau-dero hacia el camino próspero.

—Pero—respondió el niño—padre mío, la estrella puede también servir para eso.

—¡Oh Carlos, hijo mío! Tú lo has dicho. Sigue hablando ¡oh frente pura que hacia mí te elevas como una aurora! ¡mi adorado hijo! ¡Todo es grande, todo es bueno! Tú lo has dicho con tu boca que





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR

tantas veces vertiera su soplo perfumado en mi espíritu feroz.

¡Tú lo has dicho! ¡una sola palabra de tu fresca inocencia vale más que mi ciencia y mi sabiduría, niño religioso! Para una mirada de niño no tiene velos el azul. ¿Dónde, sino en tus ojos, podría hallarse el secreto de las estrellas?

1837.

III

Á UNA MONJA

En vuestras devociones, que comprende mi pensamiento, no os interrumpáis como alma herida ¡santa hija del cielo! ¡Oh, no, no he reído! Mi corazón fué en todo tiempo el abrigo de un Dios soñador, y lo que venero más en este mundo es el hombre, razón tranquila y pasión profunda, que forma parte de todo, á todas horas, en todas partes, de pie ante la suerte, de rodillas ante Dios. Ved: yo nací bajo austeras miradas, y mi alegría ingenua contempló graves misterios sin reírse y sin miedo. La hermosa infancia, semejante á un blanco vapor, siempre en nuestro espíritu reaparece y flota; y yo lo recuerdo, jugando en mi niñez con mi hermano Eugenio, con Abel, mi otro hermano; uniendo mi voz á las suyas, inocente Babel, llené siendo muy pequeño de infanti-

les canciones el santo claustro en que en otro tiempo oraban las Feuillantines (1).

25 junio 1837.

IV

La Francia, ¡oh hijos míos! reina de las torres coronadas de flores, en tiempos del emperador con quien iba vuestro abuelo, tendía hacia el Rhin el brazo derecho, el izquierdo hacia los Pirineos, y sus pies y su cabeza tenían ¡oh destino! el Océano por colchón, los Alpes por cabecera.

Austerlitz, Jena y Friedland, brillaban cual meteoros; un solo hombre enardecía todos los ojos; su gloria, engrandeciéndose en todas las auroras, componíase del rumor de las sonoras trompetas y de los alegres tambores.

Y Europa, vencida y altiva, veía brillar en aquel campo, del que salían la guerra y sus terrores, en torno de aquella Francia en todas partes la primera, cual moscones en torno de una luz, un grupo de reyes y emperadores humillados.

Estas cosas pasaban cuando mi alma inocente se abría, como la vuestra, ante el sol ardiente; el leopardo inglés vagaba con la boca abierta; París estaba en pie; Francia era gigantesca cuando yo era niño,

(1) Véase la nota sobre esta palabra en la Trad. de Odas y BALADAS.

cuando yo era niño, envidiado por las madres, libre en los jardines y libre en los bosques, y me divertía, vagando junto á las cabañas, cazando abejorros en las rosas de Damasco, cerrando bruscamente con los dedos aquellas flores.

Bosque de Andernach sobre el Rhin, 12 septiembre 1840.

V

El otro día, querido amigo, amigo de veinte años, mientras que en vuestros pensamientos, soñando con días mejores, profundizabais del Estado los altos destinos, yo miraba cómo vuestras hijas jugaban por entre las flores.

Desiguales por la edad, igualmente amadas, la mayor á la menor sonrió con cariño. ¡Tres hijas!, ¡seres puros!, ¡almas formadas en el bien á las que anima un rayo de vuestro grande espíritu!

El rocío inundaba las flores apenas abiertas; ellas jugaban, riéndose con su risa sin hiel. Dos cosas aquí abajo sientan bien á las rosas, las risas de los niños y las lágrimas del cielo.

¡Bellas frentes en las que todo es alegría y que nada de sombrío tienen! ¡Oh! las contemplaba con el corazón repleto de lágrimas, ¡yo que viviré ya con el ojo fijo en una sombra, yo que busco en todas partes mi dulce ángel, que huyera!

En presencia de vuestra dicha olvidaba mi sufrimiento; oraba, con espíritu apacible y firme; mi duelo recomendaba á Dios vuestra esperanza, y desde el fondo de mi corazón os decía:—¡Amigos,

sed siempre felices en esas cabezas tan queridas! ¡que cada día que pase aumente su hermosura! Ved en vuestros umbrales, objeto de los cuidados austeros, aumentar su gracia y su serenidad.

¡Dios os debe esa dicha! porque en nuestra noche negra, esos seres tan queridos nos consuelan en ocasiones; porque os apartáis del rumor de vuestra gloria para escuchar, pensativo, el alegre ruido de sus voces.

Amado en el hogar, admirado de la multitud, espíritu profundo, luchador de los discursos triunfantes, pasando de lo justo á lo verdadero, vuestro destino se desliza entre los grandes trabajos y los niños pequeños.

¡Oh! cuando negros cuidados empañen vuestras horas, mirad, mirad hacia ese tan dulce porvenir, esas tres frentes radiantes, esas tres albas benditas que se elevan en la sombra ¡oh padre! en torno vuestro.

Septiembre 1844.

VI

¡Muchas veces vinisteis á mi morada llamándome amigo! En vuestros brazos mecisteis al niño que llora y al niño que duerme.

Y, mientras dormían, bellas frentes en las que parece brillar todo un mundo mejor, vosotros parecíais, inclinados con una pura sonrisa, vago reflejo de la suya,

parecíais tener vuestros corazones abiertos á las ideas serenas, á los sueños reconfortadores, que salen dulcemente, para nuestras almas heridas, del sueño de los niños.

VII

Á OL.

Antes ¡oh soñador! vivías inclinado sobre la naturaleza. Sin cambiar de postura, tu espíritu inclinase ahora sobre los acontecimientos.

Ya de los tiempos futuros para tu fija y clara pupila son visibles los negros perfiles. Sonriendo vagamente á los encuentros posibles, avanzas de noche ante tí. Temor, esperanza, ¿qué te importa?, tú vas hacia donde ves el deber. Ignoras si se ponen acechanzas bajo tus pies. Entre esos hombres locos y vanamente sonoros, grave, triste y lleno del lejano porvenir, dices ú ocultas las cosas del destino; porque el radiante cielo te hizo nacer ¡oh poeta! del Apolo cantor y de la muda Isis.

17 noviembre 1849.

VIII

MI APOSENTO

Creémonos un medio que el sueño llena.

Venus ríe completamente desnuda sobre mi cama, la cual está cubierta por un damasco escarlata de borlas doradas; en mi pared hay monos que, cuadrilla alegre y grotesca, hacen cien cosas con aquellas furiosas risas que encantan á Molière y chocan á Andrieux. Lozas, bajo relieves, cerámica, cristales de Bohemia y esmaltes, sobre armario, forman todo un poema; todo un mundo se mueve sobre mi cómoda, y los pavos reales cubiertos de ojos cruzan por los espejos. Allí cerca sueñan, lleno el ojo de una dulce quimera, mi bisabuela, bella y joven, y mi abuela, muy pequeña, con una flor en la mano. A mi alrededor, sobre más de un viejo pergamino, sobre el raso florido, sobre los tiestos, sobre las lacas, viven confusamente los djins (1), los brucolaques, los mandarines de aire venerable y socarrón, los dragones, los monotes y esos diablos chinos muy feos, pero chispeantes de malicia y de fuego, que deben parecerse á los sueños de una mujer enamorada de vos ¡oh mi amigo Cremieux!

(1) Véase la composición de este título en LAS ORIENTALES.

Mi espíritu piensa mejor en este mundo extraño; como un pájaro tentado por lejanas costas, abre lentamente las alas en tales sueños.

1850

IX

El sol poniente brillaba al través de la neblina como la frente de oro de un viejo templo arruinado. El árbol se estremecía. El mar, por las olas movido, parecía á lo lejos una columna retorcida de mármol verde, caída sobre el enorme horizonte.

La ola, rueda errante, y la espuma, yegua, huían; por momentos, veía yo brillar los cielos llenos de miradas; las olas iban, venían, corrían sin cesar, innumerables, y yo escuchaba, inclinado sobre el circo de la sombra, el ruido que producían todos estos carros.

¡Lúgubre inmensidad!, ¡temibles profundidades! ¡Todos están allí, los Satanes y los Prometeos, tenebrosos océanos! ¡Cielos, sois el abismo en que los genios caen! ¡Oh, cuántos gigantes distingue el ojo en el fondo de las brumas infinitas!

¡Oh vida, enigma, esfinge, noche, sé bien venida! Porque me siento de acuerdo con el alma desconocida. Sufro, pero creo. Habito en lo absoluto, patria obscura y sombría no más intimidada en todos esos abismos de negrura que el pájaro en los bosques.

Sueño, fija la vista en lo incomprensible. Cerrado está el cenit. Los justos son el blanco de la mentira desvergonzada; el bien, que parece ciego, tiene el mal por ministro. Pero, tranquilizado, veo, bajo aquella puerta siniestra, la rendija de claridad.

X

El bien germina á veces en las zarzas del mal. Con frecuencia, en el edén vago y azul del ideal, estremeciéndome, sintiendo apenas que existo, al través de mi triste humanidad, como por los barrotes de una cabañuela, veo abrirse, en el fondo de un resplandor inmenso, flores monstruosas junto á espantosas rosas. Siento que por deber escribo todo aquello que, en el áspero y tembloroso pergamino, parece nacer siniestramente de la sombra de mi mano. ¿Eres acaso tú, grande aliento insensato de los profetas, quien viene á turbar mi pensamiento? ¿A dónde, sino, soy llevado por ese nocturno azul? ¿Es un cielo eso que veo? ¿Es el obscuro sueño del que distingo la puerta abierta de par en par? ¿Es que obedezco? ¿Es que mando? ¿Huyo, tinieblas? ¿Persigo? Todo cruge; momentos hay en que no sé si soy el soberbio jinete ó el feroz caballo; tengo el cetro en la mano y en la boca el freno. ¡Adiós; dejadme paso, abismos, precipicio azul, precipicio negro! ¡Cállate, trueno! ¿A dónde me llevas, Dios? Soy la voluntad, pero soy el delirio. ¡Oh vuelo en el infinito! Puedo muy bien decir á cada instante, como Jesús dirigiéndose á Lamma Sabacthani:—¿Es largo el camino todavía? ¿Ha concluido esto, Señor? ¿Permitiréis

pronto que me duerma? El Espíritu hace lo que quiere. Siento el enorme soplo que Eliseo sintió y que lo levantara; y oigo en la noche que alguien me dice:

—¡Anda!

XI

TRABAJO

Me pongo á trabajar, amigos; he tomado papel y pluma, y empiezo á escribir; escribo versos, escribo prosa; pienso. Hago cuanto puedo por apartarme de la mentira, del mal, del egoísmo y del error; oigo rugir en mí el negro abismo de las palabras flotantes; trabajo.

Esta palabra, más profunda que todas, es dicha por el obrero y repetida por el apóstol; el trabajo es deber y derecho, y su orgullo consiste en ser la esclavitud siendo la libertad. El presidiario del deber y del trabajo es libre.

¡Cómo, pensador! ¡vas á restablecer el equilibrio, en el fondo de tu espíritu, que ocupaban otros cuidados, entre la idea y la palabra, entre el más y el menos! ¡Prosa! ¿Para qué? ¡Versos! ¿Para qué? ¡Rimas! ¡Frases! ¿Con qué objeto? ¿Para qué abismos, misterios, la vida y la muerte, los secretos del crecimiento extraño y sombrío de los bosques y de los

Sueño, fija la vista en lo incomprensible. Cerrado está el cenit. Los justos son el blanco de la mentira desvergonzada; el bien, que parece ciego, tiene el mal por ministro. Pero, tranquilizado, veo, bajo aquella puerta siniestra, la rendija de claridad.

X

El bien germina á veces en las zarzas del mal. Con frecuencia, en el edén vago y azul del ideal, estremeciéndome, sintiendo apenas que existo, al través de mi triste humanidad, como por los barrotes de una cabañuela, veo abrirse, en el fondo de un resplandor inmenso, flores monstruosas junto á espantosas rosas. Siento que por deber escribo todo aquello que, en el áspero y tembloroso pergamino, parece nacer siniestramente de la sombra de mi mano. ¿Eres acaso tú, grande aliento insensato de los profetas, quien viene á turbar mi pensamiento? ¿A dónde, sino, soy llevado por ese nocturno azul? ¿Es un cielo eso que veo? ¿Es el obscuro sueño del que distingo la puerta abierta de par en par? ¿Es que obedezco? ¿Es que mando? ¿Huyo, tinieblas? ¿Persigo? Todo cruge; momentos hay en que no sé si soy el soberbio jinete ó el feroz caballo; tengo el cetro en la mano y en la boca el freno. ¡Adiós; dejadme paso, abismos, precipicio azul, precipicio negro! ¡Cállate, trueno! ¿A dónde me llevas, Dios? Soy la voluntad, pero soy el delirio. ¡Oh vuelo en el infinito! Puedo muy bien decir á cada instante, como Jesús dirigiéndose á Lamma Sabacthani:—¿Es largo el camino todavía? ¿Ha concluido esto, Señor? ¿Permitiréis

pronto que me duerma? El Espíritu hace lo que quiere. Siento el enorme soplo que Eliseo sintió y que lo levantara; y oigo en la noche que alguien me dice:

—¡Anda!

XI

TRABAJO

Me pongo á trabajar, amigos; he tomado papel y pluma, y empiezo á escribir; escribo versos, escribo prosa; pienso. Hago cuanto puedo por apartarme de la mentira, del mal, del egoísmo y del error; oigo rugir en mí el negro abismo de las palabras flotantes; trabajo.

Esta palabra, más profunda que todas, es dicha por el obrero y repetida por el apóstol; el trabajo es deber y derecho, y su orgullo consiste en ser la esclavitud siendo la libertad. El presidiario del deber y del trabajo es libre.

¡Cómo, pensador! ¡vas á restablecer el equilibrio, en el fondo de tu espíritu, que ocupaban otros cuidados, entre la idea y la palabra, entre el más y el menos! ¡Prosa! ¿Para qué? ¡Versos! ¿Para qué? ¡Rimas! ¡Frases! ¿Con qué objeto? ¿Para qué abismos, misterios, la vida y la muerte, los secretos del crecimiento extraño y sombrío de los bosques y de los

pueblos, y de la sombra en que crecen los imperios, y de todo ese humano enigma en que los Shakespeares nadaban, y que recorrían, los ojos de par en par abiertos, Tácito con su prosa y con sus versos Dante? ¿Para qué la belleza, el arte, la forma, el estilo, Lucrecio y el espondeo, Horacio y el dáctilo, y todos esos arregladores de metros y de palabras llamados Píndaro, Esquilo, Job, Plauto, Isaías y Amós? ¿Para qué sirve lo que en la tierra hace el hombre grande?

Más les valdría callar á los que de este modo hablan. Conozco de hace tiempo su vana objeción.

El arte es la rueda inmensa, y yo soy su Ixión.

Trabajo. ¿En qué? Pues... en todo; porque el pensamiento es una vasta puerta que abren á cada instante esos pasajeros llamados Honor, Deber, Razón, Duelo, y que todos tienen derecho á empujar. Veo arriba apuntar el eterno día; la tierra parece menor á quien ve más cielo; ofrezco á los difuntos, en mi alma presa del choque de los vientos, su recuerdo acrecentado con el olvido de los vivos. ¡Sí, amigos, trabajo! ¡Sí, escribo; sí, pienso! porque el soberbio sosiego es la recompensa del hombre que, sangrando, y no obstante tranquilo, trata de pensar más á fin de sufrir menos.

El soplo universal me envuelve y se apodera de mí. El porvenir lejano, fulgor de la montaña, se me aparece por encima de todos los negros horizontes. ¡Gracias á tales sueños nos erguimos de nuevo!

¡Oh estremecimiento del pensador al tornarse profeta! El trabajo, esa cosa inexplicable, formada

de vértigo, de esfuerzo, de yugo, de voluntad, acude cuando la llamamos, nos arroja una súbita claridad y vierte en nosotros todos los celos generosos, y, dócil, ardiente, altivo, abriendo bruscamente las alas apartando los dolores como si fueran ramajes, nos lleva al través del infinito, lejos de los males, lejos de la tierra, lejos de la desgracia, lejos del vicio, como un águila que en la sombra tiene uno á sus órdenes.

XII

POST-SCRIPTUM

Me dices:—Acaba ya tu libro de las *Miserias*.

Amigo, para acabar ese vasto trabajo, necesito ante todo mi libertad de espíritu. Cuando en el cerebro de un hombre se mueve un mundo, el hombre no puede pensar en los jesuitas, en Roma, en el señor Bonaparte, en Faucher, en Molé. ¡Devuélveme el espacio inmenso y el cielo estrellado! ¡Devuélveme la soledad y la selva muda! No es posible ser á un tiempo poeta volador, y tribuno con Changarnier, águila en el ideal y buitre en el carnero.

XIII

Cuando camino hacia mi objeto augusto, lo que amenaza me sonríe. ¡Oh Dios! justo es lo que yo quiero, y lo quiero con firme voluntad.

Ni junio formidable y feroz, ni los gritos, ni la amarga risa, ni Bonaparte el del mirar atravesado, ni el viento soplando sobre el mar,

ni el odio, al que estoy expuesto, nada me hará vacilar. Si el mundo se derrumbara, su caída me aplastaría sin conmoverme.

XIV

Á UN NIÑO

Aún cuando sea uno de aquellos que en otro tiempo se inclinaron sobre tu cuna llena de tu joven voz, empiezas, niño, á no conocerme. No soy para tí sino un extraño, un ser desconocido, perdido en negras mañanas, un viajero cuya sombra da sobre otros caminos, alguien á quien se vió en otro tiempo, antes de los días fúnebres, cuando se era pequeño, pasar por las tinieblas; no piensas en mí más

que en el moscardón que no ha mucho volaba zumbando, que en tu pelota perdida, que en tu lámpara apagada; no más que en ese perfume de hierba y de alelí, que abril mezcla en la aurora y que sólo dura un instante; me dejaste alegremente caer de tu espíritu, como cuaderno acabado, lleno de garrapatos. Haces bien.

Tenemos, por desgracia, más memoria los que, viviendo mientras nacéis, leemos vuestro porvenir escrito en nuestro pasado; conmuevenos vuestra suerte, y con frecuencia permanecemos pensativos, nosotros, grandes niños, ante vosotros, pequeños hombres.

No te extrañe, pues, que, desde el fondo de los lúgubres horizontes, venga á tí, joven alma, y te diga:—Hablemos.

Deja por un momento tu pluma y cierra tu gramática, escucha: hete creciendo, con tu madre en pie á tu lado como un guardián celeste. Sola y viuda, entregada al capricho de los vientos, expuesta á los negros soplos que no respetan á nadie, tiende sobre tu frente su ala temblorosa, y vela; la paloma teme por la caña. Porque la suerte amenazadora nos acompaña desde la cuna; séase un joven príncipe, séase un pastorcillo, nadie escapa al destino; su testaruda uña se introduce en nuestros cabellos y, espantados, nos arrastra.

¡Oh, fija tu mirada en sus ojos adorados! Aquí abajo es tu madre y allá arriba es tu ángel. Esa mujer ha pasado por más de una extraña prueba. La sombra de ayer sombrea hoy. Ella acepta, estoica y sencilla, el áspero fastidio, el aislamiento, la afrenta

con que un necio nos apedrea, el odio de los malos, esa muela estúpida que en el molino aplasta un diamante lo mismo que un grano de mijo, y todos los dolores, consecuencia del destierro.

¡Oh, el destierro! ¡Es triste, se va, grave y macilento, arrastrando un duelo sin fin en el espacio sin límites, y, en el duro camino que hacia la sombra baja, sin cesar se ve caer gota á gota la sangre de las raíces del corazón que cuelgan, desgarradas!

La desgracia es el fuego en las ramas secas. Devora alegremente nuestros días desvanecidos.

Brillaba ella no ha mucho ante las miradas deslumbradas, semejante al mes de mayo acariciado por el céfiro, brillaba no hace mucho; actualmente llora. Aquel fulgor no duró sino lo que un relámpago dura.

Pero el augusto pensamiento habita en su ojo erigido; pero la desgracia que, aún hiriéndonos, nos venga, puso alas de águila en sus espaldas de ángel. Dios, oculto en la noche de aquel ser apenado, brilla y hace resplandecer su ceja transparente, el alabastro deja ver la luz inmortal, reluce su frente.

Tú, su hijo, estremécete ante ella, como el niño Graco cuando su madre se le acercaba; porque ella es la claridad de tu alba que nace.

¡Qué importa que la multitud lo ignore ó desconozca! Cuando la angustia oprimía su corazón, yo vi cómo sufría, yo vi cómo luchaba, y para mis adentros decía:—Esta mujer hubiera sido Arquidamia en Esparta ó Cornelia en Roma.

Niño, parécetele si quieres ser un hombre; porque ella es valiente; porque su dulce ojo femenino dirige una mirada viril al abismo; porque es un espíritu firme; porque es un verdadero valor. Nunca, bajo el cielo azul; nunca, ante la tormenta; nunca, retén esto aunque seas pequeño, en un seno más noble latió un corazón más grande.

Ella es mujer, no obstante, y son innumerables sus desgracias; pero un profundo azul llena su espíritu sombrío. Marcha á través de la vida, áspero bosque, y mira más allá de los ramajes; se diría que en la obscuridad busca la solución de un enigma; luego se inclina, semejante á un mástil que da sombra, y dice á la esperanza:—¡Vetel, al recuerdo:—¡Silencio! y al día que muere:—¡Acaba cuanto antes! Porque, siendo ella una conciencia pura, es un alma triste. Aún cavilando mucho tiempo, persiste su tristeza. La hiel de la injusta duda está en el fondo de su corazón, como en el fondo de un vaso hermoso un licor amargo. Es que ¡gimió ella tanto en esas lúgubres vías por las que Dios con nuestros dolores y las alegrías nuestras nos empuja! Una lágrima eterna vaga en torno de sus ojos... ¡Oh! ¡Inclinémonos ante esas frentes misteriosas que, débiles y dobladas, en la sombra en que Dios nos arroja, parecen hechas para llevar el mudo sufrimiento; á las que el destino, verdugo jamás cansado, persigue sin cesar; á las que todos los males de la tierra y todos los duelos cubren con su cilicio, tapan con sus velos, y que esperan de los cielos coronas estrelladas!

¡Ámala! ¡Dale tu corazón todas las mañanas! ¡Ríel! ¡Regocija esa alma con tu carcajada infantil! Sé la ola pura que mece y acaricia al cisne. Cuando ella habla, adora; obedece á una señal suya. Sé su

consuelo y sé su defensor. Que la mentira vil, engañada en su negrura, venga trayendo la afrenta, te vea y se la lleve. Que se te vea ya valiente ante su puerta. Si la suerte, santa y encantadora ley, hubiérame dado el gran deber de hijo que á tí te confía, ¡oh, cómo hubiera dormido ella bajo mi guardia fiel y, león para los demás, hubiese sido perro para ella. Sé bueno, sé dulce, sé tierno. Aparta con tu mano, ante sus piés delicados, las piedras del camino.

Oye: aún cuando por ella ¡oh pobre niño! dieras toda tu alma soplo á soplo y tu sangre gota á gota; aún cuando, arrodillado, besaras los pliegues de su vestido; aún cuando la contemplaras como se contempla un lirio, como se contempla un cielo ó una aurora, juntas las manos y los ojos cubiertos de lágrimas, todo ello aún no sería bastante respeto, bastante amor, para aquel ser de la pura frente á quien debes tus días.

Graba en tu joven espíritu, hijo de una noble mujer, estas palabras, que son como el adiós de un alma; niño, escúchame mientras esté yo aquí. Porque el ojo que brilla se apaga y la boca que habló se cierra, pues vivimos el tiempo necesario para desaparecer. Y adviértote, niño, que quizá sea yo de aquellos á quienes nunca se volverá á ver; de tal modo están en la obscuridad. Van envueltos en un torbellino de ruido, magullados, heridos, llenos los ojos de serenas claridades. El monstruoso huracán de los furores y de los odios, soplo que viene de abajo, dobla su frente pensativa. Su alma vuela, pájaro, de arrecife en arrecife. Atraviesan el choque de las fortunas varias, y su mano se agarra al mármol de las tribunas, á las leyes, á la patria, á las columnas

del derecho. Cuanto mayor es el peligro, más se acrecienta su deber; de la ola cada vez más negra su fe sale más robusta. Luchan por el bien, por el honor, por lo justo, por lo bello, por lo verdadero, dejando sangrar sus corazones. Se dice:—¿Adónde van? ¿Volverán vencedores? ¿Será más fuerte que todos la adversidad? Y mientras tanto el siniestro viento se los lleva; luego se les pierde de vista; y, al cabo de mucho tiempo, á orillas del mar léese su nombre bajo un ciprés.

22 diciembre 1853.

XV

Con frecuencia he llevado dura vida, proscripto, errante de lugar en lugar, triste y dirigiendo una mirada de envidia al sepulcro misterioso.

He recorrido á pie largas distancias, andando de noche, temiendo las voces, más lleno de sombras y de dudas que la fiera de los bosques.

¡Oh vencidos de las luchas civiles, desgraciados de vosotros! Nada os sirve. De noche atravesé las ciudades como se atraviesa un desierto.

Solo, contando mi escaso peculio, lejos de todos mis amigos ausentes, miraba, en el crepúsculo, ir y venir á los transeúntes.

El agua de los caminos mojaba mis polainas.

Cansado, dejábame caer sobre viejos bancos. Miraba por las ventanas la alegría de los astros flamígeros.

Oía reír bajo las cabañas á los aldeanos que comían; un extranjero es un fantasma; las paredes no le conocen.

Como Tulio al huir de Roma, caminaba, sin saber hacia dónde me dirigía, siendo acogido por aquellos á quienes nombro, rechazado por aquellos cuyo nombre callo.

El viento Norte silbaba sobre mi cabeza. Yo huía sin saber cómo, envuelto en la tempestad cual en un sombrío vestido.

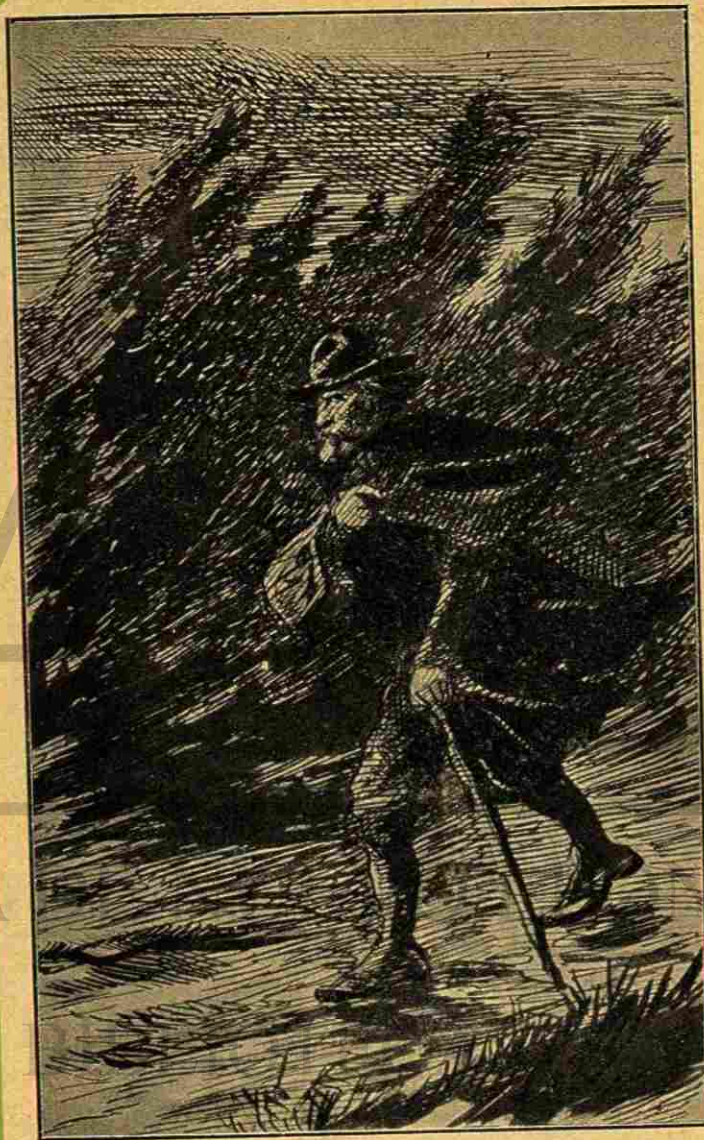
En guerra con la sombra en que nos hallamos, con la ola y el viento marino, con el cielo, con los hombres; en paz con mi sereno corazón.

Mi alma abría sus ojos fúnebres; todo estaba negro, no había cielo azul; pero veía en aquellas tinieblas la lejana blancura de Dios.

Me decía en mi sufrimiento:—Llorar es bueno, sufrir es hermoso. Porque la puerta de la esperanza se abre con la llave de la tumba.

A mi alrededor, rebaño alado, las estrofas cuyo enjambre me sigue, se arremolinaban descabelladas en los negros soplos de la noche.

Yo me hallaba seguro, al través de mis penas, de que era un justo acorralado, y de que las encinas y las rocas no podían odiar mi voz.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hablaba á los astros de fuego; callarse no está bien sino en un maldito; y hacia cantar á mi alma para que oyera á la naturaleza.

No sé qué respuestas daban los vientos á mis canciones. He comido las moras de las malezas y he dormido bajo los arbustos.

14 octubre 1853. Jersey.

XVI

La cima está desierta, negra, feroz, inclemente; sombría escarpadura la rodea por todas partes; el horizonte no es otra cosa que una soledad; el universo es eterno en aquella cumbre áspera y ruda, y en ella encuentro ¡oh Señor! huellas de piés desnudos, que prueban que antes que yo estuvieron otros en ella. Y encuéntranse allí grillos y argollas, como en el presidio.

Yo estaba abajo, fijos los ojos en la montaña.

Dos seres han pasado mientras yo me encontraba allí; y sus miradas brillaban, hasta el punto de parecerme que aquellos dos desconocidos, radiantes bajo sus velos, para hacer de ellas sus ojos habían tomado dos estrellas; uno tenía el aire cándido, altivo el otro; ambos caminaban por el mismo sendero; y el uno murmuraba:—Cree; y el otro decía:—Piensa. Y en la frente del uno leíase: «Conciencia», y en la frente del otro leíase: «Verdad». Yo

les contemplaba conmovido por su belleza. Entonces los severos pasajeros dijéronme por señas que me levantase. Eran el águila junto al cisne, y les seguí, y ellos fueron los que aquí me trajeron y me dejaron solo en lo alto de este monte.

4 agosto 1854.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XVII

A DOS ENEMIGOS AMIGOS

Desde la orilla de los mares sin fondo que jamás perdonan; desde en medio de los rayos y de los vientos, que me dan el espectáculo horrible de su eterna ira, os grito:—¡Amigos, reconciliaos! No tenéis derecho á no ser hermanos. Yo, que conozco los furiosos de la suerte, los vientos contrarios, los choques inesperados, las despiadadas luchas, os digo:—¡Amaos! La sólida amistad ciñe con aro de acero al hombre, vaso frágil. Virgilio amaba á Horacio, Horacio amaba á Virgilio, hasta el punto de que en Roma, donde el ojo va á buscarles, no se distinguía, viendo juntarse sus cabezas en la gloria íntima y familiar, de dónde salía el laurel y de quién procedía la yedra.

¿No eres tú el que, pensando, escribiendo, cerebro mundo en el que se mueve todo un pueblo vivo, alumbrándote á tu gusto con la luz que prefieres,

del drama y la novela haces tus dos hemisterios? ¿No eres tú el que anda, sube y baja? ¿No tienes tú la pluma del vuelo deslumbrador, que toca á todos los tiempos, que atraviesa todos los velos y descarga sobre París un torbellino de estrellas? Sois dos nombres queridos que o recemos al mundo. Las aclamaciones abundan sobre vuestras frentes, como en los palacios se posan las palomas. Dios que, para crearos, abrió dos grandes tumbas, para encender vuestros corazones hizo brotar dos rayos, de Diderot el uno y el otro de Schiller; y ahora, cada cual en su dominio, alumbráis uno de los lados de la grande alma humana. Puesto que sois fuertes, sed dulces, amigos. Los dos sois la luz: ¡amaos! Con el corazón en los labios, vertéis sobre las multitudes conquistadas vuestras frases exquisitas; ligaos uno á otro con esas cadenas de oro. La elocuencia es riqueza y tesoro la amistad. La ola se apacigua, conmovida, en cuanto ve el alba lucir. Veos solamente el tiempo de sonreiros, y os comprenderéis: debéis hacerlo, por ser los que doman el siglo; reinando sobre el instante. Volvamos, pues todo lo demás es duelo ó quimera, á las cordialidades titánicas de Homero; enseñad á la multitud, que carece de dioses, y que, en su niebla lúgubre y fastidiosa, se entristece y no ve del Olimpo en que os halláis, lo que es la franca risa de los poetas. Sed la pareja ardiente en el carro luminoso. Si, os comprenderéis con sólo miraros. Si todo se comprendiera, todo sería armonía; todo sería gloria, azul, esplendor, alegría infinita, amor; y el caos no es otra cosa que una mala inteligencia.

En mi tempestuosa noche, en la que siéntome mordido tan pronto por la vibora como por la hiena, permitidme que luche con el negro odio. Tal es mi destino. Antes que mi frente se doblase, muy

joven, comencé ¡oh desdicha! el negro combate. Jacob lucha con el Ángel y yo lucho con la Sombra. ¡Ah! Tomo para mí sólo las penas, los males innumerables. ¡Que yo sea el único que sangre, estando los otros radiantes! Vuestro acuerdo encantará á mi corazón henchido de adioses, á mi alma, quebrada por la suerte y que continúa entera, y acaso haga correr la altiva lágrima que hace tres años está pendiente de mi pestaña. Dadme la dicha, en el fondo de mi destierro; dadme la alegría, en el fondo de mi tempestad, de ver que nada falta á vuestra doble fiesta, de decir:—¡Están ahí, en el resplandor, él, el atleta no vencido, él, el vencedor encantador!; de deslumbrarme de lejos, yo, el hombre de las tinieblas, con vuestros encantos, cada día más célebres; de oír á los ecos ensalzados constantemente, y, aplaudidos por todos, aplaudirse vuestros nombres. Amaos por el que á ambos os ama. ¡Amaos, que la envidia se torne por ello más livida! Gemelos, volvedos hermanos para todos, y demostrad que el día, soberbio, feliz, alegre, no es sordo á la voz que sale de la obscura noche; demostrad que los rayos quieren consolar á la sombra, vosotros á quienes todo coronara, á quienes todo sonríe, poniendo vuestras dos manos en la mano del proscrito.

21 diciembre 1854.

XVIII

DELFINA GAY DE GIRARDÍN

I

Se marchó ella, pues, y calla. Devuélvenos ¡oh bóveda estrellada! la grande alma alada que cantaba.

Era de aquellos á quienes mi morada atrae. El año pasado vino á lucir en ella, y me aclaró con una sonrisa el horizonte.

¡Paz á vos, buen corazón útil, bellos ojos cerrados, espíritu espléndido y fértil! Le gustaban mi pequeña isla, mis grandes olas,

estos campos de trébol y de centeno, este suave suelo, el océano que el astro regula y mi negra roca, desde la que el ave arranca á volar.

II

No agrada la existencia á esas almas altivas; porque los vivos son piedras sobre sus frentes y polvo bajo sus piés.

Siembras la noche, Dios, al crear los hombres,
esos negros problemas; somos las lívidas máscaras
del vacío;

somos el alga y la onda ¡oh sembrador! Flota-
mos, el viento nos enrolla, toda nuestra obra disuél-
vese en ruinar.

El mal tiene á las viles multitudes en sus nudos;
multitudes pueriles que producimos ruidos estériles
ú odiosos.

Enanos que vagamos sobre escombros; embrio-
nes, esbozos, fantasmas, sombras que gritamos en
tus sombrías inmensidades.

¡Dios! ¡Los hombres, cabezas bajas, ojos carnales,
se mofan del abismo que tú atraviesas, de tus pro-
fundidades, de tus espacios eternos!

¡Escupen sobre el gran velo azul del cielo; críti-
canlo todo, mar, barco y vela; insultan á la sombra
y á la estrella, al alma y á Dios!

Insultan al alba pura, al aire vital, á lo bello, á lo
verdadero, á la naturaleza y á esa sombría abertura,
al ideal.

Insultan á lo invisible, al ciprés, á la suerte de
que son blanco, á la onda y al estremecimiento te-
rrible de los bosques.

¡Insultan al pontífice, al fulgor, al ser, santo je-
roglífico, y al enigma que está bajo tu garra, esfinge
soñadora.

¡Prostituidas están sus voces, Jehovah! Cuan-
do el águila oye su gritería, mira á las nubes y
huye.

III

¡Oh grande alma prisionera, corazón mártir! el
águila de mi caverna fué quien te enseñó el modo de
partir.

Mientras lloramos, sentados bajo las ramas, tú,
alma, sonríes, inclinas tus dos grandes alas blancas
sobre nuestras frentes.

Y, desde el fondo de nuestros abismos, inquietos,
te vemos sobre las cimas, elevando tus dos sublimes
brazos hacia el cielo.

IV

¡Destino!, ¡abismo de los vientos contrarios, de
las olas mudas! ¡Oh, cuántas urnas funerarias! ¡Hija,
mujer, padres, hermanos, alegría, amores!

Se luce, se brilla, un lindo sueño os dice:—¡Ven!
Y un viento se produce, dura el tiempo necesario
para ocasionar un flujo en la costa; ¡y después nada!

El viento Norte extingue, rompe, se lleva la an-
torcha y sopla, cada vez más fuerte, por encima de
la negra puerta de la tumba.

Pálida es nuestra dicha y vive poco. Ávido me
vuelvo hacia el sepulcro, ese vacío lleno de Dios.

Dios, allí, en aquel sombrío mundo, pone el amor y todos los puertos en aquella onda, y en aquella sombra profunda toda la luz.

¡Oh vivos que, en la bruma, en el dolor, pasáis como ola que humea y no sois sino la espuma sobre el escollo!

¡Vivid en las claridades falsas, espiad! Yo, buen Dios que nos oyes, siento moverse las fosas bajo mis pies.

Hora es de que me vaya lejos del ruido, bajo la zarza y la maleza, á encontrar lo que en la noche se estremece.

Todos mis nudos están disueltos en el misterio. La sombra es mi austera patria. Tengo menos amigos en la tierra que debajo de ella.

16 junio 1855.

XIX

CARTA DEL DESTERRADO

Me preguntas qué hago. Nada, estoy solo, pienso. Voy á ver si alguien me conoce por la costa; trato de encontrar en estos rudos bosques, en estos montes, un amigo trágico, un muy viejo escollo com-

batido por el abismo, cualquier abeto roto de un modo sublime, una roca en la cual se vea el dolor y no se aperciba el espanto. Hablo al océano y le digo:— Soy yo. Y nos ponemos á hablar, él lleno de sombra, mezclando un consejo grave con sus innumerables rumores, y repitiendo constantemente en la espuma y en los vientos la misma frase:—¡Amad, porque sufrís, vivos! Yo estoy pensativo y distraído para la barca que boga.

En ocasiones, el trueno toma parte en el diálogo; el relámpago, esa interjección, cae del cielo.

El mar me gusta; se siente su virtud en su hiel. Sanea la tierra á fuerza de amargura. Le amo. Así es que ir en su busca es mi costumbre cuando en mi corazón siento subir, bajo el cielo azul, la áspera indignación que á Dios interroga.

Los proscritos son gente que cuenta sus asuntos á las olas en la tormenta y á las esferas en la noche; abrimos nuestros corazones altivos y fuertes, aunque móviles, á los vientos, esos feroces intrusos; y se acaba por tomar una altanera costumbre de tutear á la sombría soledad.

De ahí la calma ¡oh vastos cielos vencedores! Pasa el viento, arrancando la espuma de nuestros corazones; y cuando en nuestro odio y en nuestra cólera se ha esparcido desde lo alto el inmenso rumor polar; cuando el rayo nos ha mirado á los ojos, ¿qué resta de un hombre furioso y honrado? Un sabio. Se sondea mejor el misterio en que nos hallamos ante esas grandes olas negras, menos turbadas que los hombres; se siente que en ese caos hay un mundo á prueba; se confronta con atención el falso abis-

mo y el verdadero, la traición del hombre y el esbozo de la onda; se contemplan los pliegues del agua ronca y profunda; se abre uno al candor como ellos al alción, y se torna uno pensativo en proporción al prodigio, y se siente que el mal humor se borra bajo esa ola tranquila en el fondo y fiera en la superficie. Se cree ver en su alma oscura la salida de un astro. Y eso es lo que acaba de ocurrirme.

He visto tantos vacíos, tantos hombres y cosas, tantas inmovilidades, tantas metamorfosis, que estoy cansado. Después de esos nada, de esos intrigantes, de esos criminales, de esos locos, me gustan los huracanes; entro en la onda, esa enorme y formidable fiesta, y descanso, amigo mío, en la tormenta.

Agosto 1855.

XX

Pálido, avanzo en el furor del abismo, por entre la espuma, escuchando lo que dicen, llenos de horror, la sibila en Cumas y el apóstol en Patmos.

Cuando paso por aquella sombra por la cual, huyendo de la tormenta, nadie todavía pasó, tengo á mis pies el abismo y el rayo sobre mi cabeza; se dice: —¡Ahí está el insensato!

Mientras el huracán, que á veces parece reír y luego estalla en sollozos, juega con los aparejos de la nave como con una lira, un negro cántico sale de las olas.

Y yo, en quien el duelo, el odio, la vejez, la onda y el viento engañoso se encarnizan, sigo mi camino, dejando que los otros tengan miedo.

H. H.

XXI

A la hora en que el sol se pone; cuando, por la noche, solo, vago en el fondo de los bosques, pensativo, sonriente, feroz, azorado bajo los negros árboles;

ó cuando, junto á la hoguera que flamea, dejando mis libros cien veces leídos, cruzando una pierna sobre la otra, miro y no escucho.

—¿Qué tiene?—decís vosotros.—¡Cavila!—¡Sí, cavilo! ¡Es que veo crecer y elevarse hasta mí la sombra en que el astro ideal surge!

¡Es que, en esta noche en que se borra la claridad hecha para nuestros ojos, siento que unos rostros misteriosos se acercan á mi faz!

¡Es que me vienen apariencias, formas, voces, suspiros, del mundo en que se encuentran aquellas esperanzas que llamamos recuerdos!

¡Es que á mis sentidos convulsivos se abren espacios fúnebres; es que, en esas tinieblas, siento á mi padre y á mi madre pensativos!

¡Es que siento pasar un ángel, te siento pasar, hija mía, alma de la frente encantadora, en yo no sé qué hálito extraño que me hace estremecer dulcemente!

¡Es que, bajo nuestros techos apacibles, como en nuestros bosques llenos de espanto, los muertos presentes, pero invisibles, fijan en mí sus ojos profundos!

6 enero 1860.

XXII

A JUANA

Estoy triste; la suerte es dura; todo muere, todo pasa; los seres inocentes caminan en la noche; tú nada de esto sabes; te ríes escuchando en el espacio lo que canta y al mirar lo que se abre á la vida;

no conoces el destino; cuchicheas no se sabe qué ante lo ignorado; sonríes ante el azoramiento de los sombríos Quijotes y ante el sudor de los pálidos Jesucristos.

No sabes por qué pienso, por qué cae Kesler en Guernesey, Ribeyrolle en el Brasil; no sabes, Juana, lo que es la tumba; no sabes, Juana, lo que es el destierro.

Ciertamente, si yo pensara que ennegrezco tu alma, no te diría todo esto; mas bueno es que sepas que, aún cuando abril dore tu frente con su pura llama, frente que Dios coronó de estrellas expresamente para mí;

aún cuando el cielo tenga el alba y tu sonrisa mi corazón, Juana, la vida es lúgubre y se gime en ocasiones; puesto que no tienes más que un año, puedo decírtelo todo; pues únicamente comprendes la dulzura de mi voz.

16 agosto 1870.

XXIII

Si en ese gran París, ¡oh encantadora enfermera! que arrojáis en nuestra sombra una mirada de luz, cualquier metralla ú obús, regalo de rey, me hace el insigne honor de estrellarse encimá de mí, ó si un hulano me asesta una lanzada, no me haré llevar á la ambulancia, en la que vuestra dulce piedad acoge á los heridos, en la que sobre tantos dolores se posa vuestra mirada; no iré ¡oh adorable enfermera! por miedo á salir incurable al marcharme de allí curado.

Enero 1871.

XXIV

CALUMNIADO

Un proyectil demasiado pesado tiene dificultad en elevarse; demasiada distancia impide á un guijarro llegar á su destino; una esfera lapida vanamente á otra esfera. Sabed que cualquier hombre ruín puede decir abyectas mentiras que duren un día; pero que es algo costoso lanzar una afrenta en voz bastante alta para que pueda alcanzar á un hombre honrado. Un miserable se hace pagar, embólsase la suma y luego calumnia. Pues bien; efecto nulo. Ved; el que se siente justo y severo, y dulce, que no hizo mal sino al mal, que fué fiel al honor como la golondrina lo es á su nido, que vivió para combatir y luego perdonar, que nunca dijo no al enemigo vencido, que quieré todos los deberes y no quiere ningún infame papel, puede desafiar al odio. Y he aquí por que ese gracioso de mal género, ese vil, hecho para las hondonadas y no para las cimas, que siempre me está insultando, no me ofende nunca.

Junio 1871.

XXV

Cambia el aquilón, y pone la popa donde la proa estuvo; no se necesita mucho tiempo para que gire una rueda y para lo que de arriba se encuentre abajo, y amenudo lo que pareciera caído responda levantándose. Recuperaremos nuestros derechos, nuestras tierras, nuestras provincias; id á preguntar, reyes y príncipes, al molino de Valmy qué viento hará entonces. ¡Oh, estoy viendo aquel día espléndido!; se ha dormido; despierta uno; allí está Francia en diosa convertida; rie su frente, desnuda está su espada; ese humo que huye á lo lejos es el enemigo. El firmamento, pues que Dios no hace nada á medias, pone su profundo arco iris sobre nuestras dos ciudades.

No, no pienso que los reyes estén tranquilos. En el mundo no tengo más que una alegría, su cuidado. Casi digo ¡gracias! á los verdugos de mi país. Y puesto que de un infierno puede nacer una génesis, no me disgusta estar en la fragua. ¡Purificación del fuego, yo te bendigo! Los fénix luminosos tienen hogueras por nidos; el alma se engrandece y brilla en la llama; esclavo es todo lo que no sale vivo del baño de lava, y hallo útil la prueba.

Crece, león.

Yo espero.

Reyes, consumad vuestra rebelión.

TOMO I

35

XXVI

Ave, dea; moriturus te salutat

A JUDITH GAUTIER

La muerte y la belleza son dos cosas profundas, que contienen tanta sombra y azul que se diría son dos hermanas igualmente fecundas y terribles, con el misma enigma é igual secreto.

¡Oh mujeres, voces, miradas, cabellos negros, trenzas rubias, brillad! ¡Yo muerol ¡Tened el esplendor, el atractivo, el amor! ¡Oh perlas que el mar mezcla á sus grandes olas! ¡Oh luminosos pájaros de la sombría selva!

Judith, nuestros destinos están más cerca uno de otro de lo que pudiera suponerse, mirando mi rostro y el vuestro; todo el divino abismo aparece en vuestros ojos, y yo siento en mi alma el estrellado precipicio. Ambos, señora, somos vecinos del cielo, puesto que vos sois bella y yo viejo.

12 julio.

XXVII

NVOI

Conoces, soñador amigo, que mi destino ves, la jauría envidiosa, áspera, inmunda, encarnizada que ladra tras mis talones, y me insulta, y me muerde, cual si yo fuese grande, como si fuera fuerte. Encierra ese poema y no vuelvas á hablar de él á nadie. Esa jauría surge cuando suena mi clarín, y vuelve á su noche cuando el ruido de éste ha cesado. Quiero condenarla á silencio forzoso, por algún tiempo al menos. Agrádame este olvido que le pesa, y callo para que se calle.

XXVIII

Pigmeo y Mirmidón son el odio y la calumnia. Tener la ironía en los labios y el odio en el corazón, suele ser, poeta, la costumbre de aquí abajo. Después de tantas empresas, después de tantos combates, sitíate la afrenta; son toda una multitud que te insulta en tu duelo y en tu soledad; pero tú, á quien el destino absorbe, no tienes tiempo para mirar á los que te muestran el puño. Por más que te ro-

deen los tumultos, tú no dejarás de meditar. Todas tus obras son por Zoilo malditas; el fiero encarnizamiento del odio está sobre tí. Tú, que antes te cernías á modo de arcángel, y á quien una ley pone en la tierra, en el fondo de las visiones fúnebres, prisionero en la enorme jaula de las tinieblas; tú, el águila descabellada por la sombra, el desterrado caído de un infinito á otro infinito, del cenit al abismo y del cielo á tu alma, alumbrado, pero á la vez quemado por tu profunda llama, roído por la negra añoranza del firmamento rojo; tú, cuya fija mirada dirige un reproche al sol y parece preguntar con qué derecho se te destierra; tú, que no tienes más que á tí mismo por cima y por asilo, no te distraes poco ni mucho de tu sueño eterno; y, mientras agitados como en torno de un criminal, los transeúntes quisieran matarte, y te gritan, y á tus piés, rugiendo y rechinando los dientes, la multitud zumba con el rumor tempestuoso del enjambre, y te llama idiota, traidor, avaro, asesino, incendiario, espíritu maligno, alma perversa, ladrón y homicida, clamor que nada apacigua, como si el furor fuera siempre en aumento; pensativo, tú no sabes justamente lo que ocurre.

24 mayo 1872.

XXIX

Vuelvo á ver, después de veinte años, la isla en que diciembre me arrojó, pálido náufrago. Hela aquí; es ella, en efecto. Está como un aposento en el que aún nada se ha cambiado de lugar.

Si, eso es lo que era; me parece que ríe y que distingo el mismo pájaro fugitivo, la misma flor temblorosa, la misma aurora en el bosque;

me parece volver á ver, como en el fondo de un espejismo, los campos, los verjeles, los frutos maduros, y en el profundo firmamento la misma tempestad, y la misma hierba al pie de las paredes,

y el mismo techo blanco que me espera y me ama, y, más allá de la rugiente ola, la misma visión de un edén, en la misma deslumbradora profundidad.

Si, reconozco aquella costa encantada, como entonces se me apareció; feliz orilla en la que se busca á Acis y á Galatea, en la que se encuentra á Booz y á Ruth;

porque no hay playa, ni isla, ni montaña, en medio de los amargos abismos, mejor hecha para ocultar las rosas del idilio bajo el trágico horror de los mares.

¡Cielo!, ¡océano!, era esta misma naturaleza, abismo de silencio y de ruido, con no se sabe qué insondable abertura sobre la luz y sobre la noche.

Si, eran aquellas cabañas; si, eran aquellas orillas; era el mismo aspecto oscilante; el mismo olor acre de los brezos salvajes, los mismos tumultos del viento;

era la misma ola arrancando á los escombros los mismos encajes de plata; eran los mismos peñascos dando las mismas sombras sobre la misma eterna ola cambiante;

eran los mismos cabos, que la ola desconoce y roe, pues el fiero mar, de duelo lleno, no se inquieta, en su sueño espantoso, por la figura de los escollos;

era la misma huída inmensa de las nubes; en los montes, en los que Dios hace resonar sus truenos, las mismas copas de árbol, en tropel removidas, no han cesado de estremecerse;

era el mismo soplo ondulante en los centenos; creo volver á ver, en el humilde prado, las mismas mariposas, las mismas águilas en el océano desmesurado;

era el mismo flujo cubriendo la isla de espuma, como un caballo blanquea el freno; era el mismo azul; era la misma bruma... ¡Y cuántos vivían, que han muerto!

8 agosto 1872, al llegar á Jersey.

XXX

No me detengo, no descanso nunca; cuando la ola, mi testigo, tiembla, yo grito al viento:—¡En marcha! y —¡Adelante!—digo á la ola cuando el viento cambia.

Y avanzo, constantemente arrastrado por el huracán... Hombre, ama tus amores, siéntate en el banco de piedra de tu puerta, ¡y deja que pasen los días!

¡Feliz el que vive estúpido en su casa, y que, por la noche, ve siempre salir el mismo pájaro de noche á la misma hora y del mismo ángulo del techo!

13 agosto 1872.

XXXI

..... *Omnia vidit*

Eversa,

(JUVENAL).

¡De qué te sirve ¡oh Príamo! haber llegado á tan viejo! Ves caer á tus hijos, á tu patria y á tus dioses.

Un anciano es con frecuencia castigado por su vejez con la poca claridad que el destino le deja. Sobrevivir es un sentimiento punzante, casi un remordimiento. Ver su ciudad quemada y todos sus hijos muertos, es desgracia posible; y el solitario abuelo tiembla, llora, por haberse retardado en la tierra.

Diciembre 1873.

XXXII

A LA SEÑORA DE A. SH.

¿Queréis saber con qué sueño? Recuerdo que cierto día, en otro tiempo, á la hora en que el alba que aparece abre sus ojos de paraíso,

pasaba yo entre palomas, por un cementerio, jardín que, cubriendo de rosas las tumbas, oculta el vacío en el edén.

Vagaba yo en aquella sombra insalubre en la que las cruces negras están de pie; de repente, una gran piedra lúgubre se animó, púsose á vivir.

Era aquél, entre la hierba y las vincapervincas, un sepulcro sombrío y altanero, que súbitamente rozó, al través de las ramas, un furtivo relámpago matinal.

Triste se le veía bajo una carrasca y, como para apaciguarle, la joven alba misteriosa daba un beso á aquel espectro.

Y la caricia ¡oh maravilla! devolvió la vida al lúgubre sepulcro, aquel sordomudo abrió el oído, y el ojo abrió aquel ciego.

Viendo venir la luz, como en el desierto el negro Sina, aquella siniestra mortaja de piedra, en el que llora un alma, resplandeció.

Y le vi, en el sombrío bosque, en el pestilente campo, como transfigurado en la sombra por aquella dorada franja del cielo.

No era ya la espantosa lápida que se eleva fuera de todo ruido, bajo la que hay un abismo lleno de estrellas, pero lleno de noche;

no era la tumba en que sueña un vago fantasma desterrado, abismo en el que acaba lo que acaba, límite en el que comienza lo infinito.

Gracias al alba, al pie del viejo árbol, en la zarza y en la retama, el frío granito, el orgulloso mármol que conoce el gusano de tierra,

iluminaba aquellos fúnebres bosques, temidos del hombre, amados del cuervo, y, tranquilo, tenía en las tinieblas no se sabe qué aire de antorcha.

Cesó de ser el fantasma. El alcohól quedó deslumbrado y el clavel le echó su bálsamo; las flores no tuvieron ya miedo de él.

Las rosas que nuestros ojos admiran bajaron su destruido tallo, y los pajarillos se pusieron á cantar en torno de su noche.

Noble mujer, fiel á los vencidos, vuestra sonrisa fresca y bella, cuando en mí brilla, me recuerda aquella aurora sobre aquella tumba.

H. H. 5 septiembre.

Tomo I

36

XXXIII

Vosotros que, vencedores, pusisteis, desde ha veinte años, amos sangrientos que rendís cuentas, vuestra noche sobre la Francia dolorida, y sobre los campos vuestra gloria que les avergüenza;

tú, sacerdote; tú, soldado, jefe de las hazañas sombrías, á quien sigue con los ojos la triste historia; tú, juez, escamoteador que de la vaina de las leyes sacaste el puñal del sofista;

cuando cubrís de afrentas odiosas, de gritos amargos y de un tumulto de voceríos á ese hombre que, por largo tiempo pensativo á la orilla de los mares, vivió con la frente en las nubes,

y que, en el candor de sus tranquilos designios, quiere la justicia igual y grande, antes de llamarle defensor de asesinos, ¡esperad á que os defienda!

XXXIV

Tú nos miras, noche, gran pasajera negra; mas no debes comprender mucho nuestra historia, porque á menudo es bastante más sombría que tú.

Sed hombre honrado, probo, creyente, seréis el enemigo público; arriesgad, en la tormenta, por una idea justa, vuestra cabeza, y seréis tratado de igual modo que el cobarde ó el traidor.

—¡Ese hombre se atreve á invocar la piedad venerable! ¡Ofrece asilo al débil! ¡Abajo el miserable! ¡Cómo! ¡Se interpone entre nosotros y el asesino! ¡Se conmueve viendo á las mujeres de rodillas! ¡Se indigna al ver que arrojamos los muertos al río! ¡Compadece á los huérfanos, no hace viudas! ¡Se atreve á pronunciar la palabra Perdón! ¡En estos momentos, en los que cada cual abandona á todos esos prejuicios que se llaman derecho, libertad y clemencia, en los que se siente recomenzar el antiguo mundo; cuando se ve que un paso hacia atrás es sensato, y cuando por porvenir tómase el pasado, se obstina, ayuda á los vencidos, sin tregua los defiende, moriría el vil por ellos!

De este modo se raciocina en ciertos momentos.

Un día, viendo pasar horribles sucesos, viendo que en el gran París se hacía una fosa, no creyendo á Dios muerto y la verdad falseada, no figurándome que matar fuese un derecho, me erguí, dije:—El día muere, crece la sombra, ¡cuidado! Por encima de vuestros fieros combates ¡oh negros luchadores! existen cosas estrelladas: la razón, el progreso, la patria y el honor; el vencedor se envenena á veces á sí propio. ¡Deteneos! La amnistía es un fin sereno. Sed clementes. ¡Y sobre mí cayó entonces tanto odio, tanta execración, horror y espanto, que fui casi ¡oh noche! igual á un emperador!

12 abril 1874.

XXXV

¡Ah! ¡Conque hacéis vuestra dicha del frío deber! ¡Conque no bebéis el olvido de vuestro honor, y la impudicia, la orgía y la vergüenza, á vaso lleno! ¡Conque sois prudente, económico, severo, para caminar con la frente alta, lo cual es vuestro solo cuidado! ¡No queréis veros un día á la merced de las gentes que hacen oficio de tasar un alma y de comprar tan pronto el hombre como la mujer! ¡Tenéis presente en el espíritu la horrible suerte de aquellos á quienes el hambre sombría obligara, bajo pena de muerte, á ser lacayos y á venderse al amo, y no tiráis el dinero por la ventana!... Pues bien, ¿sois un avaro, un miserable; un hombre ruin, peor que un miserable y casi casi un bandido!—¡Ambicioso!—dice la mujer perdida.—Modrego,—agrega el sacerdote. La virtud es en vos un vicio, y, no queriendo ser en este tiempo de corazones insulsos y en los que se halla una jerga ruin, Aretino ó Daugeau, sois Harpagón.

18 diciembre 1874.

XXXVI

La alta honradez, he ahí toda mi gloria. ¡Oh pueblo! cuando muera, pon mi recuerdo sobre esa

áspera cima que se llama el deber cumplido; que, una vez allí, alguien me defenderá contra el olvido; alguien feroz, el odio. Este avanzará lanzando gritos siniestros y vanos, con el enjambre ronco de las afrentas tenebrosas; y todos aquellos monstruos negros—calumnia, impudor, bajeza—que día y noche disputan entre sí, querellándose entre sí día y noche, sin cesar rechinarán los dientes.

En la India, cuando, por la noche, los horrorosos cuervos son vistos, cerniéndose en círculo y en la sombra, por encima de cualquier oscura cumbre, dícese en el campo:—Es porque se ha depositado un cadáver en la montaña.

15 diciembre 1874.

XXXVII

El niño es muy pequeño y es el abuelo muy viejo. El insultador no teme nada. Como un cielo lluvioso vierte la lluvia sobre los bosques, que conmueve el viento, esa mano de viejo asestó en otro tiempo, en más de una mejilla, los sonoros bofetones. Pero hoy los largos destierros, el cielo inglés y los setenta y tres años han enfriado á aquel hombre; tranquilo, desdeña. Apenas sabe cómo se llama el insultador por haber, cuando brillara julio, ayudado á alguien que llevaba el mismo nombre. Nada más. ¿Y qué importa un joven chusco in-mundo? ¿Qué importa que un lacayo exista ó no? ¿Qué es un aullido más en la perrera? ¿Qué importa á la esfinge soñadora de los cañaverales del

Nilo que un reptil se deslice vaga y siniestramente junto á ella? Los pilluelos pueden sin miedo hacer aullar á su estilo. En ver pasar á un anciano á quien el duelo acaba consiste la bravura del infame. No hay peligro en ello. El picaro es ruin á su gusto; se repite, á fin de dar coraje á su alma, en donde mucha prudencia lleva á la audacia, que el abuelo es muy viejo y el niño muy pequeño.

31 marzo 1875.

XXXVIII

Amo á los niños pequeños, y soy un viejo loco.

- ¿Abuelo?
- ¿Qué?
- Quiero marcharme.
- Marcharte. ¿A dónde?
- A donde yo quiera.
- Vamos allá.
- Quiero quedarme aquí, abuelo.
- Quedémonos.
- ¿Abuelo?
- ¿Qué?
- ¿Lloverá?
- Creo que no.
- Yo quiero que llueva.
- ¿Por qué?
- Para que mis habichuelas crezcan en mi jardín.
- Dios es quien hace la lluvia.
- Pues bien, quiero que Dios la haga.

- ¿Y si él no quiere?
- Quiero yo. El buen Dios no puede impedirme que rompa mi juguete. Por lo tanto...
- Es justo. Podría enfadarse. Pero prescindamos de él.
- ¿Para que llueva?
- Indudablemente. Ven, Santiago, tomemos la regadera del jardinero y haremos llover.
- ¿Dónde?
- Sobre tus habichuelas

XXXIX

HUYENDO DEL ERROR

¿Me oís, abismos? ¿Me veís, espumas? Floto. Durante mucho tiempo, dulces niños, vivimos, mis dos hermanos y yo, en ese A B C D de impostura y de error de que el hombre hace su biblia; pero aquello acabó, y de la lucha salgo terrible y alegre como un evadido.

Somos alguien nadando en la sombra inmensa, extraviados; todo es lazo, ignorancia, inclemencia; el mar no tiene ya un pliegue que no sea triste y negro; gime el escollo, el viento llora, tiembla la ola; la bruma es la duda, y á cada instante parece que el abismo está desesperado.

El océano, ese déspota, tiene el viento por minis-

Nilo que un reptil se deslice vaga y siniestramente junto á ella? Los pilluelos pueden sin miedo hacer aullar á su estilo. En ver pasar á un anciano á quien el duelo acaba consiste la bravura del infame. No hay peligro en ello. El picaro es ruin á su gusto; se repite, á fin de dar coraje á su alma, en donde mucha prudencia lleva á la audacia, que el abuelo es muy viejo y el niño muy pequeño.

31 marzo 1875.

XXXVIII

Amo á los niños pequeños, y soy un viejo loco.

- ¿Abuelo?
- ¿Qué?
- Quiero marcharme.
- Marcharte. ¿A dónde?
- A donde yo quiera.
- Vamos allá.
- Quiero quedarme aquí, abuelo.
- Quedémonos.
- ¿Abuelo?
- ¿Qué?
- ¿Lloverá?
- Creo que no.
- Yo quiero que llueva.
- ¿Por qué?
- Para que mis habichuelas crezcan en mi jardín.
- Dios es quien hace la lluvia.
- Pues bien, quiero que Dios la haga.

- ¿Y si él no quiere?
- Quiero yo. El buen Dios no puede impedirme que rompa mi juguete. Por lo tanto...
- Es justo. Podría enfadarse. Pero prescindamos de él.
- ¿Para que llueva?
- Indudablemente. Ven, Santiago, tomemos la regadera del jardinero y haremos llover.
- ¿Dónde?
- Sobre tus habichuelas

XXXIX

HUYENDO DEL ERROR

¿Me oís, abismos? ¿Me veís, espumas? Floto. Durante mucho tiempo, dulces niños, vivimos, mis dos hermanos y yo, en ese A B C D de impostura y de error de que el hombre hace su biblia; pero aquello acabó, y de la lucha salgo terrible y alegre como un evadido.

Somos alguien nadando en la sombra inmensa, extraviados; todo es lazo, ignorancia, inclemencia; el mar no tiene ya un pliegue que no sea triste y negro; gime el escollo, el viento llora, tiembla la ola; la bruma es la duda, y á cada instante parece que el abismo está desesperado.

El océano, ese déspota, tiene el viento por minis-

tro. Miro más allá del siniestro horizonte, resisto al horror del precipicio ilimitado; veo más allá que la sombra, y el odio y la guerra. Como Colón gritaba á sus compañeros: —¡Tierra!—grito yo á los hombres: —¡Verdad!

Y veo á Pitágoras y á Esquilo, espíritus sublimes, y á Job y Dante, almas acostumbradas á las alturas, y á Thales y á Milton cernerse en el obscuro firmamento. Así, á pesar de los choques de la onda y sus griterías, una dispersión de águilas en las nubes se arremolinó soberbiamente.

Sacerdotes, no pudisteis tragarme en vuestros sueños; Dios no consintió que vuestras mentiras me ahogasen; avanzo, y hago seña á los pálidos marineros; traigo de los mares la perla que en ellos se encuentra; ¡vivo! La evasión del naufrago es cosa probada cuando se ve la cabeza por encima de las olas.

4 mayo 1878.

XL

PASADO EL INVIERNO

No esperéis de mí razones contra Dios, al cual veo brillar; la noche muere, huye el invierno; ahora, la luz, en el campo, en los bosques, en todas partes, es la primera cosa. Me enternece vagamente la pri-

mavera. Abril es un niño, delicado, encantador, florido; ante la infancia y ante el céfiro siento no sé qué necesidad de llorar y de reír; mayo completa mi alegría y se une á mi llanto. Juana, Jorge, acudid, puesto que tenéis ahí flores. Acudid; canta la selva, dórase el firmamento, no tenéis derecho á estar ausentes de la aurora. Yo soy un viejo pensador y os necesito; venid, quiero amar, ser justo, ser dulce; creer, dar confusamente las gracias á las cosas, vivir sin echar en cara á las rosas las espinas, ser, en fin, un buen hombre que admite al buen Dios.

¡Oh primavera!, ¡bosques sagrados!, ¡cielo profundamente azul! Se siente que un vivo soplo de aire penetra á uno y, á lo lejos, la abertura de una blanca ventana; se une el pensamiento al claroscuro de las aguas; se tiene la dulce dicha de estar con los pájaros y de ver, bajo el amparo de las ramas primaverales, cómo esos señores cortejan á esas señoras.

26 junio 1878

XLI

—¿Quién eres, peregrino?
—Lámome el que llora.
—¿Sí? Pues vente con nosotros.
—Soy un hombre detenido por una mano de fantasma.

—¡Ven!

—¡No!

TOMO I

—Los años te han hecho débil. ¿Por qué permaneces inmóvil en la sombra con los ojos medio abiertos.

—Una piedra me sujeta, amigo mío.

—Tu alma está vestida de noche. Solo, en pie, ¿no sientes el espanto de un lento cambio en estatua?

—La sombría tierra sube en mí.

—¿Qué haces ahí? ¡Ven! Cae la tarde, sopla el viento en tus grises cabellos.

—Espero á que vuelva á abrirse una tumba donde está prendido el bajo de mi vestido.

XLII

El anciano despiértase en más sombra cada día; á cada aurora está un poco más muerto que la víspera. La vida humana, ese nudo vil, deshácese lentamente, roído por el alma alada; el sombrío pájaro atado quiere recobrar su vuelo y cada día rompe un hilo.

¡Oh frente blanca á la cual invade la noche que avanza! ¡mueres! una tras de otra tu voz, tu fuerza que sucumbe, tu ojo, en el que decrece el horizonte, se extinguen—ese será mi destino y el vuestro—como por la noche se ven cerrarse una tras de otra las ventanas de una casa.

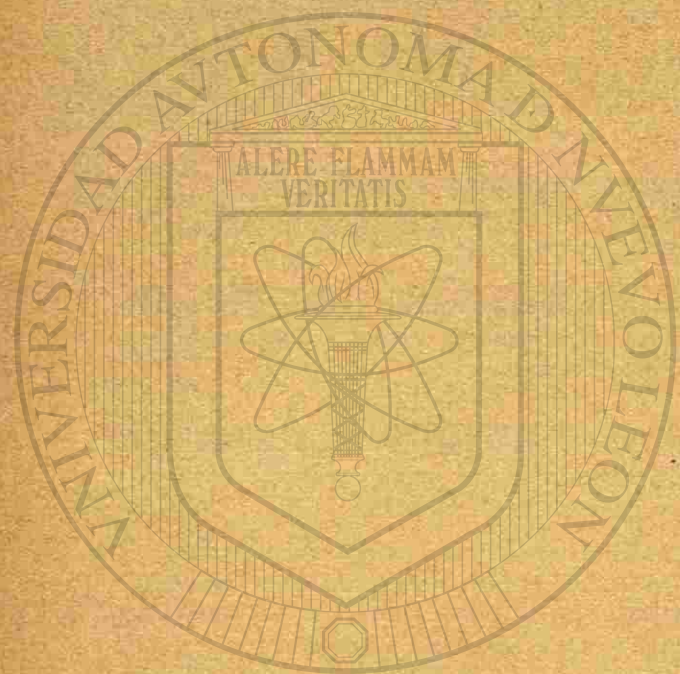
1878.

XLIII

Regresarás, como Voltaire, cargado de años á tu gran París; de los Juegos, de las Gracias y de las Risas serás el huésped involuntario.

Serás el agonizante amado; se murmurará desde la aurora, en tus umbrales medio cerrados:—¡Ya! mezclado con:—¡Todavía no!

A la vez niño y viejo chocho, podrás pensar ¡oh alegría honrada!—Soy tan bueno, que se me cree tonto, y tan tonto, que se me cree bueno.



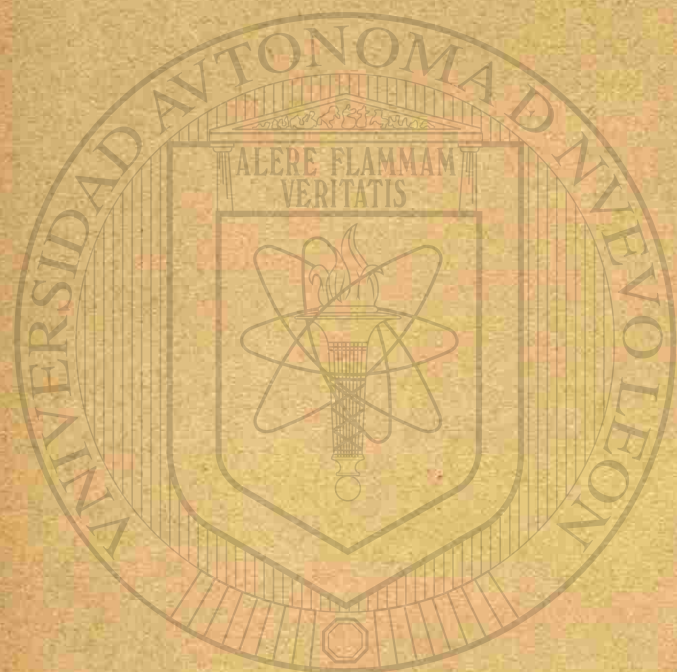
U A N L

ÍNDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Págs.
Ten, musa dominadora	5

LAS SIETE CUERDAS

I

LA HUMANIDAD

I. <i>La visión de las montañas.</i>	11
II. <i>Los evangelistas.</i>	13
III. <i>Los burgueses hablan de Cristo.</i>	14
IV. <i>Indudable es que el pensamiento.</i>	15
V. <i>Inscripción.</i>	16
VI. <i>Cuando muriera Augusto.</i>	16
VII. <i>Cuando el antiguo mundo.</i>	16
VIII. <i>Orgullo del polvo de un rey.</i>	17
IX. <i>Invocación del mago contra los dos reyes.</i>	18
X. <i>La profecía del morabito.</i>	19
XI. <i>El califa ha castigado á los montañeses.</i>	21
XII. <i>El chaïque y el ladrón.</i>	21
XIII. <i>Los seres sombríos pasan.</i>	23
XIV. <i>El Campeador.</i>	25
XV. <i>El anciano de Brisach.</i>	26
XVI. <i>El animal miró al hombre.</i>	27
XVII. <i>¡Batallas!</i>	28
XVIII. <i>Hugo Dundas.</i>	29
XIX. <i>Escrito en una pared de Versalles junto al cordón de campanilla de Luis XIV.</i>	31

	Págs.
XX. <i>La melancolía del vidamo</i>	31
XXI. <i>La guillotina</i>	32
XXII. <i>Talavera.—Relato de mi padre</i>	45
XXIII. <i>Escrito en un libro del joren Miguel Ney</i>	47
XXIV. <i>A un soldado convertido en lacayo</i>	48
XXV. <i>Himno para la inauguración de la columna de Napoleón en Bolonia</i>	49
XXVI. <i>Los dos lados del horizonte</i>	50
XXVII. <i>La jorobada</i>	52
XXVIII. <i>Balma</i>	54
XXIX. <i>Las madres han sentido estremecer sus entrañas</i>	56
XXX. <i>En el transcurso de tres días</i>	57
XXXI. <i>Viro mayor</i>	58
XXXII. <i>A Jorge</i>	60

II

LA NATURALEZA

I. <i>¡Heme aquí!</i>	65
II. <i>No sé por qué he de hacer otra cosa</i>	65
III. <i>Carta</i>	66
IV. <i>Cuando la luna aparece</i>	68
V. <i>Nubes</i>	70
VI. <i>A Caunterets</i>	71
VII. <i>Señor, he meditado durante las horas nocturnas</i>	72
VIII. <i>Epílogo</i>	73
IX. <i>El crepúsculo de la tarde</i>	74
X. <i>David, el mármol es sagrado</i>	75
XI. <i>La hiedra</i>	76
XII. <i>¡Naturaleza!</i>	77
XIII. <i>Un monumento romano</i>	79
XIV. <i>El verano en Coutances</i>	80
XV. <i>Venid á vernos al asilo</i>	81
XVI. <i>A Guernesey</i>	82

	Págs.
XVII. <i>Noche de tormenta</i>	83
XVIII. <i>En mi sillón</i>	85
XIX. <i>Es la hora en que el sepulcro</i>	85
XX. <i>Al anochecer</i>	87
XXI. <i>Paréceme ¡oh noche helada!</i>	88
XXII. <i>Cuando salíamos de Avranches</i>	88
XXIII. <i>Primavera</i>	90
XXIV. <i>En los jardines de la margrave Sibila</i>	91
XXV. <i>Lo que es salir llevando consigo un número de EL CONSTITUCIONAL</i>	91
XXVI. <i>¿En alguna ocasión...?</i>	92
XXVII. <i>El fin de los mundos</i>	93
XXVIII. <i>No os creáis ni grande ni pequeño</i>	94
XXIX. <i>Tarde</i>	95
XXX. <i>Noche</i>	96
XXXI. <i>El alba es menos clara</i>	99
XXXII. <i>Obscuro está el espacio</i>	99
XXXIII. <i>¡Oh poeta!</i>	100
XXXIV. <i>Ciudad muerta</i>	101
XXXV. <i>En el lomo de un elefante</i>	102
XXXVI. <i>Venus</i>	102
XXXVII. <i>De Alberto Durero</i>	103
XXXVIII. <i>¿Quién une al vacío...?</i>	106
XXXIX. <i>Oh, rus</i>	107
XL. <i>¿Dónde está la claridad?</i>	109
XLI. <i>Llegada al parador</i>	110

III

EL PENSAMIENTO

I. <i>Efectos al despertar</i>	113
II. <i>El niño</i>	114
III. <i>La mujer</i>	117
IV. <i>Ningún ala se posa mucho tiempo</i>	120
V. <i>Procura tener el alma dispuesta</i>	121
VI. <i>A los que cometen faltas leves</i>	122

	Págs.
VII. <i>Las cuatro de la mañana</i>	123
VIII. <i>El filósofo llora</i>	124
IX. <i>¿Quién te dice que el mundo...?</i>	126
X. <i>¡La filosofía es voraz!</i>	127
XI. <i>¿Quién pasa por encima de nosotros?</i>	128
XII. <i>Los que hacen que la desgracia</i>	129
XIII. <i>¿Pensáis en eso?</i>	130
XIV. <i>La civilización</i>	131
XV. <i>Buenas gentes</i>	132
XVI. <i>Epitafios de niños</i>	133
XVII. <i>La idea de la guerra importuna á los di- vinos</i>	134
XVIII. <i>¡Cuidado con los hombres!</i>	135
XIX. <i>Un hombre es inocente</i>	136
XX. <i>¡Oh! ¡Cuán cierto es que nada es el hombre!</i>	139
XXI. <i>A Pablo M.</i>	140
XXII. <i>Visiones</i>	141
XXIII. <i>Origen de los dioses</i>	143
XXIV. <i>¡Los escritores son todos más ó menos demonios!</i>	145
XXV. <i>Al salir de una iglesia</i>	148
XXVI. <i>Contemplación.—Consuelo</i>	149
XXVII. <i>Cierta noche soñé</i>	150
XXVIII. <i>He soñado con una naturaleza</i>	152
XXIX. <i>En el cementerio de ***</i>	153
XXX. <i>¡Oh! ¡Dí!</i>	154
XXXI. <i>Inscripción sepulcral</i>	156
XXXII. <i>Sombrios ladradores de las tinieblas</i>	157
XXXIII. <i>Sombra</i>	158
XXXIV. <i>Luz</i>	163
XXXV. <i>Dios sigue su camino</i>	166
XXXVI. <i>La miseria humana</i>	167
XXXVII. <i>A los que son pequeños</i>	172
XXXVIII. <i>¡Oh gloria!</i>	174
XXXIX. <i>El gran Uno</i>	175
XL. <i>La ciencia y lo absoluto</i>	176
XLI. <i>Sufrimiento geres tú la ley del mundo?</i>	179

	Págs.
XLII. <i>Hombre, los avatares</i>	181
XLIII. <i>Homo homini monstrum</i>	181
XLIV. <i>Lo que es la muerte</i>	184
XLV. <i>¿Por qué has de negar, hombre?</i>	185
XLVI. <i>El cálculo</i>	186
XLVII. <i>Sabios</i>	193

IV

EL ARTE

I. <i>En otra época</i>	197
II. <i>La canción de Sileno</i>	198
III. <i>Un horizonte sucede á otro</i>	199
IV. <i>Rendido bajo el pena</i>	200
V. <i>La expiación</i>	200
VI. <i>Cuando el poeta</i>	201
VII. <i>Cuando todo un continente</i>	201
VIII. <i>A la hora en que el cielo</i>	202
IX. <i>¡Oh! mientras que ese rey</i>	203
X. <i>A un poeta</i>	204
XI. <i>¡Vergüenza sobre el vano filósofo!</i>	205
XII. <i>A un gran actor</i>	206
XIII. <i>Cuando yo era un niño</i>	207
XIV. <i>El exámetro</i>	209
XV. <i>¡Cantad, dulces poetas!</i>	209
XVI. <i>Escuchad la voz</i>	210
XVII. <i>Para nosotros, recién venidos</i>	211
XVIII. <i>Dicha de admirar</i>	212
XIX. <i>A propósito de una verja de buen gusto</i>	213
XX. <i>Escapándose en mitad de la pita</i>	215
XXI. <i>Los instrumentos están llenos de la voz del misterio</i>	216
XXII. <i>En el mundo mejor</i>	216
XXIII. <i>Fragmento de carta</i>	217
XXIV. <i>La risa</i>	218

	Págs.
XXV. <i>Bibliotecas.</i>	219
XXVI. <i>La naturaleza.</i>	221
XXVII. <i>Thiers se mofa de Mazzini.</i>	222
XXVIII. <i>Cuando ese encantador.</i>	226
XXIX. <i>Si; el genio tiene sus ateos.</i>	227
XXX. <i>Es una ley.</i>	227
XXXI. <i>Lo peligroso de las cimas.</i>	228
XXXII. <i>¡Quien quiera que tú seas!</i>	230
XXXIII. <i>Por qué los grandes hombres son desgra-</i> <i>ciados.</i>	232
XXXIV. <i>A Teófilo Gautier.</i>	233

V

EL «YO»

I. <i>A Luis B.</i>	239
II. <i>A Carlos.</i>	240
III. <i>A una monja.</i>	241
IV. <i>La Francia.</i>	242
V. <i>El otro día.</i>	243
VI. <i>Muchas veces.</i>	244
VII. <i>A Ol.</i>	245
VIII. <i>Mi aposento.</i>	246
IX. <i>El sol poniente.</i>	247
X. <i>El bien germina.</i>	248
XI. <i>Trabajo.</i>	249
XII. <i>Post-scriptum.</i>	251
XIII. <i>Cuando camino.</i>	252
XIV. <i>A un niño.</i>	252
XV. <i>Con frecuencia.</i>	257
XVI. <i>La cima está desierta.</i>	259
XVII. <i>A dos enemigos amigos.</i>	260
XVIII. <i>Delfina Gay de Girardin.</i>	263
XIX. <i>Carta del desterrado.</i>	266
XX. <i>Pálido, avanzo.</i>	268

	Págs.
XXI. <i>A la hora en que el sol.</i>	269
XXII. <i>A Juana.</i>	270
XXXIII. <i>Si en ese gran París.</i>	271
XXIV. <i>Calumniado.</i>	272
XXV. <i>Cambia el aquilón.</i>	273
XXVI. <i>Ave, dea; moriturus te salutat.</i>	274
XXVII. <i>Nvoi.</i>	275
XXVIII. <i>Pigmeo y Mirmidón.</i>	275
XXIX. <i>Vuelvo á ver.</i>	276
XXX. <i>No me detengo.</i>	278
XXXI. <i>¡De qué te sirve...!</i>	279
XXXII. <i>A la señora de A. Sh.</i>	280
XXXIII. <i>Nosotros que vencedores.</i>	282
XXXIV. <i>Tú nos miras, noche.</i>	282
XXXV. <i>¡Ah! Aunque hacéis vuestra dicha.</i>	284
XXXVI. <i>La alta honradez.</i>	284
XXXVII. <i>El niño es muy pequeño.</i>	285
XXXVIII. <i>Amo á los niños.</i>	286
XXXIX. <i>Huyendo del error.</i>	286
XL. <i>Pasado el invierno.</i>	288
XLI. <i>¿Quién eres, peregrino?</i>	289
XLII. <i>El anciano despiértase.</i>	290
LXIII. <i>Regresarás, como Voltaire.</i>	291



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS
DEL TOMO PRIMERO

	<u>Páginas</u>
Lámina 1. ^a	5
Lámina 2. ^a	18
Lámina 3. ^a	25
Lámina 4. ^a	28
Lámina 5. ^a	33
Lámina 6. ^a	53
Lámina 7. ^a	65
Lámina 8. ^a	70
Lámina 9. ^a	82
Lámina 10. ^a	96
Lámina 11. ^a	115
Lámina 12. ^a	128
Lámina 13. ^a	134
Lámina 14. ^a	153
Lámina 15. ^a	182
Lámina 16. ^a	184
Lámina 17. ^a	194
Lámina 18. ^a	223
Lámina 19. ^a	235
Lámina 20. ^a	241
Lámina 21. ^a	258

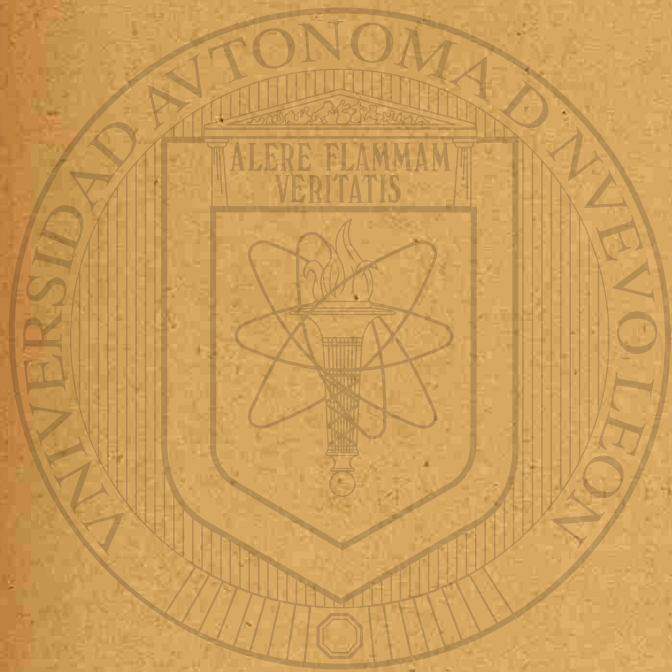


OBRAS COMPLETAS DE VÍCTOR HUGO

TODA LA LIRA
(PÓSTUMA)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VÍCTOR HUGO

TODA LA IRA

EL AMOR
LA FANTASÍA — LA CUERDA DE BRONCE

EDICIÓN ILUSTRADA CON LÁMINAS EN NEGRO

TOMO SEGUNDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA
F. SEIX-EDITOR



ES PROPIEDAD DEL EDITOR

EL AMOR

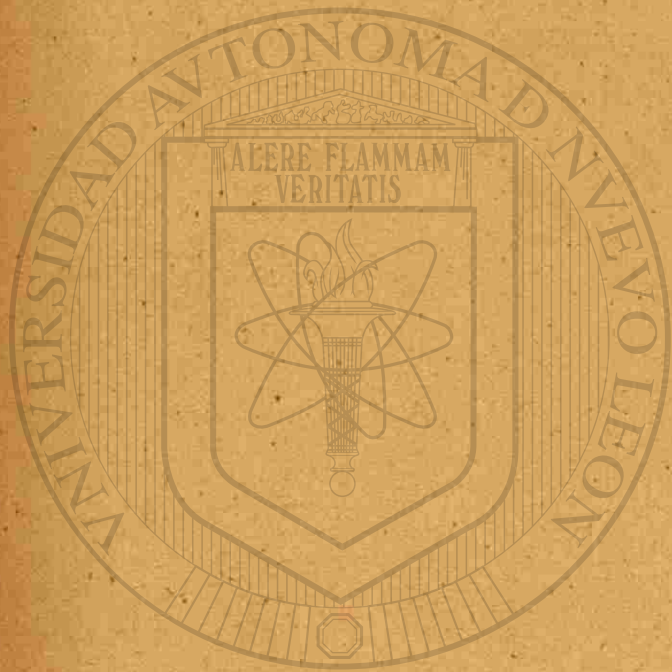
LA FANTASÍA — LA CUERDA DE BRONCE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tipolit. Seix, S. Agustín, 1 & 7, Barcelona (Gracia).—Teléfono 3.541



U A N L

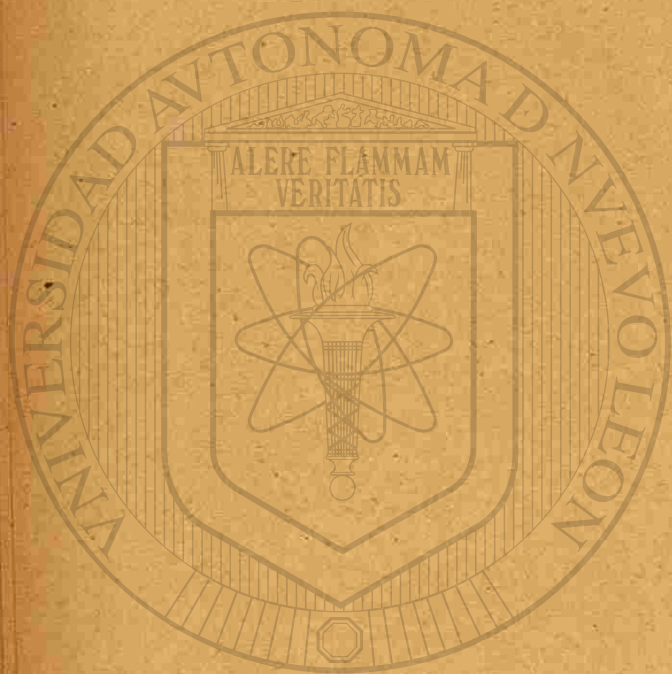
VI

EL AMOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Cuando mi mano se estremece si roza con la tuya;
cuando me ves palidecer, mujer de los cabellos dora-
dos, como el primer día, como la primera hora, sólo
con tocar tu ropa y sus adorados pliegues;

cuando ves que no encuentro palabras con que
explicarte en qué consiste aquello de que llenas mi
pecho tumultuoso; cuando al mirarme sientes que tu
sonrisa me embriaga por grados y hace brillar mis
ojos;

cuando mi voz, bajo el fuego de tu dulce pupila,
tiembla en mi boca conmovida é impotente para ha-
blar, como un temeroso pájaro de pronto cogido por
el ala, que se estremece atolondrado sin poder echar
á volar;

¡oh bello ser creado para mejores esferas! di, des-
pués de tantos duelos, desesperaciones, fastidios, y
tantas amargas penas, y tantas tristes horas, que con
frecuencia hacen tus días más lúgubres que noches;

¡oh! di, ¿no sientes alzarse en tu alma el amor verdadero, el amor puro, adorable fulgor, el amor, antorcha del hombre, estrella de la mujer, misterioso sol del mundo interno?

¿No sientes, di, pasar por tus párpados el soplo de la mañana, vencedor de las tinieblas? ¿no oyes unas voces diciéndote bajo: —Espera! no oyes un canto en la sombra de tu corazón?

¡Oh, recoge ese canto, alma herida y altiva! Esa alba que se alza en tí es la luz verdadera. ¡No temas ya nada! ¡Dios hizo tus ojos para la luz, tu alma para el cielo y tu corazón para el amor!

¡Mira radiar en tu destino menos sombrío ese sol del amor que por siempre brilla, que, aun después de la muerte, luce fuera de la sombra, que no tiene puesta y para el cual no habrá noche!

II

¡Oh, si existís, mi ángel, genio mío, que me llenáis el corazón de armonía y de amor, espíritu que me inspiráis, puro silfo que en sueños oigo á menudo hablarme al oído, y con vuestras alas de oro, cerrada la noche, volar por la alcoba que embalsama un olor á rosas hacia ese ser encantador al cual sirvo de rodillas, y que, puesto que es mujer, es más ángel que vos! Decidle, buen genio, con vuestra dulce voz, á ese ser tan querido, que á veces me rechaza, que mientras la multitud fija en él la mirada, y su sonrisa conmueve al teatro deslumbrado, y todos los corazones son una orquesta confusa que á sus piés suspira; mien-

tras, por instantes transportado, el pueblo se levanta y ríe ante su belleza, hay en alguna parte un alma extraviada, embriagada, que, para mejor recoger su adorada imagen, se oculta en la noche como en un sudario, ¡y que, admirado por todos, es amado por uno solo!

10 marzo 1833.

III

Ya lo ves, ángel mío, es necesario aceptar nuestros dolores. El amor es como el rocío, que brilla con mil fuegos y mil colores en la sombra en que el alba lo ha depositado. Nada es más radiante bajo el alto firmamento. No acerquéis vuestros ojos, que tanto esplendor encanta, á esa gota de agua que brilló un momento. De lejos, era un diamante; de cerca, no es más que una lágrima.

Suframos, pues es preciso. ¡Amemos y alabemos á Dios! El amor es casi toda el alma. El Señor gusta de ver arder bajo el cielo azul dos corazones mezclando su doble llama. Fija sobre todos nosotros su ojo tranquilo y clemente; pero, entre esos vivos que ve siempre caminar, luchar, correr, cosechar lo que siembran, Dios mira más dulcemente á los que lloran porque aman.

1.º enero 1835.

IV

Me habéis probado, Señor, por medio de todas las pruebas. He sufrido mucho. Me asemejo á las viudas que trabajan de noche y piensan tristemente; no hice daño y fui castigado; mi tarea es difícil y amarga mi vida; las cosas que hago son como una quimera; después de la dura faena y de la estación dura, he visto á mis enemigos pisotear mis mieses; la mentira y el odio y la injuria, con alegría, han triturado con sus dientes mi nombre como una presa. ¡He meditado tanto! La duda ha fatigado mi razón; los ardientes celos, acre y fatal veneno, en mi corazón profundo que arde y se desgarran, mataron la confianza y la sonrisa alegre; pálido y buscando con la vista tu horizonte, ví salir de mi casa féretros adorados, lloré como hijo y como padre, y con frecuencia me hace temblar lo que hace esperar á otro.

Mas no me quejo, y caigo de rodillas, y os doy las gracias, ¡oh Señor dulce y amargo! porque, Dios bueno, Dios de las almas sinceras, pusisteis todos los dolores y todas las miserias sobre mí, sobre mi corazón sombrío, oprimido entre vuestras manos, ¡excepto la de amar sin ser amado!

23 junio 1843.

V

¿Sabes lo que Dios dice al niño que va á nacer?
Cuando aquella humilde mirada se entreabre á nues-

tra luz, le dice: — ¡Ve á sufrir, ve á pensar, ve á saber; alma, pierde la inocencia y trae el amor!

Si, ahí está el secreto; sí, ese es el misterio. Hágase lo que se haga, nada hay que no sea censurable; se cae á cada paso que se da en esta tierra; todo está lleno de error; pero basta amar.

¡El amor es, paloma, lo que debes traer! Después de ese viaje duro, obscuro, largo, azaroso, el cielo, de donde venimos, puede volver á abrirnos sus puertas: se salió solo, se ha de entrar por parejas.

19 julio 1850.

VI

Cierto que no era en vano mujer y encantadora. Mas lo terrestre tenía en ella un aire divino. Llamas temblaban en mis labios atrevidos, ella aceptaba el amor y todos sus incendios, soñaba con el tuteamiento, arriesgábase paso á paso, no se negaba y no se entregaba; su tierna obediencia era altiva y serena; sabía hacerse esclava y permanecer reina, ¡suprema gracia! ¡y qué más inesperado que haberlo dado todo sin haber perdido nada! Hallábase desnuda con sublime abandono, y, echada en la cama, parecía tendida sobre una cima. Conforme en ella entraba el amor vencedor, hubiérase dicho que el cielo iba brotando de su corazón; os acariciaba con luz; la desnudez de los pies hace el andar más altivo en aquellos seres formados con ideal belleza; de la sombra corría hacia su frente una claridad semejante á la nocturna aureola de los polos; al través de los besos, de sus blancas es-

paldas se hubiera creído ver salir lentamente dos alas; su mirada era azul, de un azul de firmamento, y consistía la grandeza de aquella mujer extraña en que, cesando de ser virgen, tornábase ángel.

VII

NOVELA EN TRES SONETOS

I

¡Hija de mi portero! El sonoro Erimanto (1) ante vos sentiría estremecerse sus pinos verdes; el Oreb, cuya cima pasma al universo, inclinaría su altivo cedro que un pueblo adora;

Los doctores judíos, abandonando los talmudes entreabiertos, reflexionarían; y los griegos, en el templo de Aglaura, á lo largo del cual Platón camina leyendo versos, dirían al veros: —¡Salud, diosa Aurora!

Así palparían los griegos y los hebreos cuando pasáis, con los ojos bajos, bajo vuestro manto; así se estremecerían en el Oreb tenebroso los cedros, y los pinos en el augusto Erimanto; no os oculto que sois encantadora, no os oculto que estoy enamorado.

II

No os oculto que estoy enamorado, no os oculto

(1) *Erimanto*, en griego *chelma*, su nombre moderno es *Olonos*, montaña de Grecia, en el Peloponeso, entre la Acaya y la Arcadia. Según la mitología, estaba habitada por un jabalí monstruoso, que fué cogido vivo por Hércules. —(N. del T.).

que sois encantadora; sea: más ya comprenderéis que lo que me atormenta es, teniendo el corazón lleno, tener el bolsillo vacío.

Se huye del pobre como se huía del leproso; para Tirso sin un céntimo, Filis es poco clemente, y el amante sin oro no deslumbra á la amada; es necesario ser Rothschild antes de ser Saint-Preux.

No importa, me obstino; y tengo la extraña audacia de ser pobre y amar, y os quiero, ángel hermoso, porque el ángel no está completo sino cuando lo es, ya caído;

y ofrézcoos, Egle, chalequera admirada, todo lo que un alma ¡ay! vuelta hacia el infinito une de poético á las redondeces de una pañoleta,

9 diciembre.

III

Me hablaba una estrella del cielo; esta virgen me decía:

—¡Oh descendiente enlodado de los Colletets! (1) me he reído de tus sonetos de ayer, en los que te elevabas hasta la rubia Egle, hija de tu conserje.

Egle sueña, podría contarte algo de ello, pero me callo. Sueña con terciopelos bajo cortinas de sarga. Pierdes el tiempo. Enflaquece, haz versos, gasta una vela, cántala; será como si cantarás.

(1) Guillermo Colletet, poeta malo del siglo xvii, satirizado por Boileau.

Un galanteador sin dinero es un pájaro sin alas.
Está demasiado alta para tí. Los poetas son locos.
Nunca llegarás hasta esa doncella.

Y dije yo á la estrella de los dulces ojos:
—Razón tenéis cien veces, señorita. Más me val-
dría estar enamorado de vos.

10 diciembre.

VIII

VISIONES DE COLEGIAL

Cuando se sale de retórica, del libro y del tinte-
ro, se tiene el alma quimérica y el corazón aventu-
rero.

Tiénense por nido paredes parduscas, desvanes
fabulosos, que los ratones hacen siniestros, que la
ilusión torna azules.

No se es difícil para las divinidades que se van; y
las ninfas de Sicilia se apoyan de codos á la orilla del
techo.

Puesto que es necesario que convenga en ello, es
verdad: con frecuencia en el pasaje de Vivienne to-
mamos á Margots por Junos.

Toda la mitología viene á picotear en nuestros
zaquizamies, en los cuales hacemos una orgía de cie-
lós y de paraísos.

Medito. Sí, la vida es sombría y encantadora; y
guiños de ojos que me ponen en la fila de los dioses
acércaneme en la sombra.

El éxtasis habita en el quinto piso, el amor en la
frente del colegial multiplica los sueños del cenobita.

Soy cándido hasta el punto de estar á veces per-
suadido de que Venus me hizo señas desde su ventana,
situada en Saint-Mandé.

Bajo mi cráneo está mi ojo tan bien dispuesto para
sueños tales, que al través de mi planchadora se me
aparece Filodisia.

Una dulce camisera vino ayer á mi granero; la en-
cantadora muchacha traía destellos en su cesta.

Y, encantado por aquella aparición, me figuré que
veía caer á Hebe, toda temblorosa de aurora, encima
de la percha de mi palomar.

¿Cómo pintar el aire de alegría de dos ojos casi
inocentes? Fresca, sobre la cabeza tenía aquella luz
de sus diez y seis años.

Y el otro día, lleno de Homero, pensaba yo no sé
en qué; avanzaba por la quimera, muy junto á la ori-
lla sin pretil.

Una musa de frente suprema cruzó por mi hori-
zonte. —¡Es la misma Calíope!—grité.—Era Susana.

Atrevíme, en el tenducho en que un baúl es el
sofá, á sobar á Calíope; Calíope me arañó.

La modista es la sirena. Atraigo á Ana á mi morada, dándole nombres de reina á fin de tutearla.

Así vivo, el ojo encendido, con mis volúmenes, lejos del ruido, convirtiendo en estrellas á todas las mujeres, confusamente, en la noche.

A todas las he hecho diosas. Y sobre sus trapillos pongo el fulgor de las sombrías bóvedas ó el relámpago de las azules cimas.

A veces veo esbozarse la túnica bajo la rodilla para limpiar, y veo á la Diana jónica bajo la sedalina de Francineta.

Me deslumbro, solitario; porque es necesario que usemos, una tras otra, en la tierra, todas las ilusiones.

Espío y me aventuro á sondear con ojo ardiente la buhardilla y el empíreo, y contemplo; y mientras

que por la canal de mi tejado vaga algún gatazo bigotudo, Cipris se pone la liga y Palas se quita su pañoleta.

IX

HERMINA

Estaba en la edad austera en que se es fuerte en versión de la lengua materna, en que se busca, embriagado por no se sabe qué perfume, alguien á quien poder decir apasionadamente:—¡Yo te amo!

Entraba en los trece años, ¡oh verdes hojas! ¡jardines! ¡crecimiento obscuro y dulce de la primavera! y amaba en secreto á Hermina, que tenía entonces ocho años.

A veces, aun cuando ella estuviese ocupada en jugar, yo iba, mudo, á sentarme á su lado, y fervoroso la contemplaba embebido mirar á su muñeca.

Hay una hora extraña en que se siente el alma nacer; cierto día sentí como un cántico de aurora en el fondo del corazón.—Bueno,—pensé,—avancemos, ¡hablemos!, ha llegado el momento de ser vencedor.

Tomé un aire profundamente serio, y le dije:—Minette, unamos nuestros destinos. Pido tu mano.—Y ella me respondió con este capirotazo:—¡Chiquillo!

X

¡ELLO EMPIEZA!

Vedles jugar en cuclillas sobre la arena, ó bien sobre la hierba, entre las flores, tierno tapiz; el uno arrastra la carreta y tiene el otro la pala. El paraíso les habla, les llama el himeneo. Seis años dan á veces un cachete á tres años. Pasan luego los años y se avanza, ¡oh frescos senderos resbaladizos! Ella tiene seis años, él nueve; se casan; la aurora y la primavera coquetean; en el bosque, las palomas torcaces hacen cosas entre sí, en la sombra, que convierten en novios á dos niños. Pasa otro año, ó dos; las niñas son altivas; de pronto, dicen «no», y sienten en su boca la expansión

obscura y vaga del beso. ¡Cuidado, madres! En los corazones pósase Eros, salvaje ave sin ley, sin freno, sin regla, que comienza en paloma y acaba como águila. ¡No importa!, esto es exquisito. Cupido es Bebé; Píramo no sabe á qué sexo pertenece Tisbe, y Berenice juega al volante con Tito. ¡Bella edad, en la que el idilio es aún pequeñín!

XI

Era yo el soñador que piensa, y era ella el pájaro que huye; adorábala yo en silencio, ella á mí me amaba con gran ruido.

Cuando en cualquier elevada esfera creía cernerme victorioso, oíala producir estrépito abajo, en mi corazón.

Pero volvía á mi sueño y seguía amándola, crédulo de la divina mentira de las rosas y de los amores.

Las profundidades consteladas, el alba, la naciente luna y el amor, parecíanme mezclados con las cintas de su cofia.

Sonaba con un cielo extraño para mi eterno himeneo.—¿Qué sois?—gritaba.—¿Un ángel?—¿Yo?—decía ella.—¡Una chiquilla!

Y, alma asida en el cielo por un pinzón, sentía yo deshojarse mi poesía, que picoteaba su canción.

Decíame ella:—Oye, está mal que me hables de

vos, ¡eh! Y me daba toda la mano cuando me hubiese bastado el guante.

Romperme un miembro por ella; tal era mi deseo en ocasiones. Un día fuí á su aposento, habíamos de ir al bosque;

pensaba que la encontraría bien vestida, casta como el oriente; y salió á abrirme en camisa. Yo me puse encarnado, ella riendo.

No sabía qué decirle, y me vi obligado á atreverme; no quería sino una sonrisa, fué necesario tomar un beso.

Y mi pasión discreta desvaneciósese para siempre. Y el amorcillo puso á la puerta al amor.

XII

MAYO

No dejaré secarse las vincapervincas sin ir á oír lo que se dice bajo las ramas y sin atisbar, oculto entre el follaje infinito, la conversación de los nidos y las hojas. No hay más que un dios, el amor, y abril es su profeta. Me figuraré convidado á la fiesta que el pinzón cantor da al pluvial dorado; huiré de la ciudad y volaré—porque el alma del poeta es una vagabunda—hacia las hondonadas cubiertas de abundantes rosas. Allí, las mariposas blancas y las azules, así como lo divino se confunde con lo fabuloso, van y vienen, cruzando aquéllas sus alas alegres y listas, de manera que se les tomaría por resplandores celestia-

les; allí charlan los pájaros, buscándose y huyéndose; allí viene Margot (1) cuando se espera á Glicera; el ideal, desenmascarado, muestra sus piés de arcilla; se encuentra á Rabelais donde buscábase á Virgilio. ¡Oh juventud! ¡oh desnudos senos de las mujeres en los bosques! ¡oh qué vasto idilio y cuántas voces sombrías! ¡cómo todo el jaral, lleno de mundos invisibles, rie en el claro-oscuro de las églogas profundas! Me gusta la visión de tales realidades; doquiera brilla la vida de los serenos ojos; la canción de los bosques tiene tal dulzura, que si Febo la oye cuando, pensativo, desata sus caballos, cansados hasta el punto de no poder resollar, se detiene y hace seña á las musas de que escuchen.

XIII

La griega y la parisiense hacen, por entre nuestras burlonas parejas, como al través del idilio antiguo, la misma carrera entre las flores.

Ambas son el amor, la alegría, la ojeada tierna ó atrevida, el capricho, y las dos se tapan á fin de ser vistas.

Ambas, enseñando los hombros, pronuncian no para decir sí, y Galatea está bajo los sauces como Níón bajo el abanico.

Dos hermanas. ¿Cuál de las dos? Pan vacila, en el fondo de los bosques, entre la Arcadia y la Francia, entre Teócrito y Segrais.

(1) Derivado de Margarita.

Romainville vale lo que el Taigeto, y recogiendo á su paso los ramilletes que el tiempo le arroja, la égloga no daría,

en el claro del bosque en que la avellana crece junto al lirio, por los desnudos piés de Amarilis la media estirada de Frisette.

XIV

Llegó cuando me disponía á leer á Homero. Mis ojos estaban llenos de la inmensa quimera de Aquiles, y de los combates que oía relinchar. —¿Qué haces ahí? ¿Quieres venirte?—me dijo.—Pero ¡qué bestia eres! Y la prueba está en que no ves que llevo mi traje nuevo. Iremos á Verrière, donde comeremos aquellas fresas que se encuentran entre los albohóles. Seréis bueno... ¡Ah, no! ¡nada de cosas feas! ¡Figúrate que se dice que allí todo está lleno de rosas! ¡Bien escogiste el momento para leer un librote viejo!

Me levanté, me puse mi chaqueta de nankin, y Susana se me llevó, pisando con su botita á Lemnos, á Egialea y la roca Ecythina.

XV

PRINCIPIO DE UNA ILUSIÓN

Llueve; la bruma es espesa; llegó noviembre con sus tonos rojizos y el invierno, esa espantosa sierra que Dios nos envía á los pensadores.

La abeja erraba, era el alba extensa, el pájaro lanzaba ligeros gritos, los moscones tocaban paso de carga para el asalto á los rosales floridos.

Aquello era encantador. ¡Adiós aquellas fiestas, adiós alegría, adiós estío, adiós tumulto de cabezas en la risa y la claridad!

¡Adiós bosques en los cuales el viento lucha, en los que Juan, buscador de nidos de gorriones, tocaba la flauta tan bien como un griego de la isla de Tinos!

Se hace necesario volver á la gran ciudad que Alceste dejara á Enrique, en la que la multitud aún sería vil si Voltaire no hubiese reído.

¡Negro París! ¡montón de piedra lúgubre que, sin Molière y Rabelais, no sería otra cosa que un jalón sosteniendo la cadena de los palacios.

Es necesario volver al laberinto de pasajes, de callejones, de costumbres, en el que se siente, en la inmensidad de los rumores, un temor sombrío.

Miraré á mi vecina, puesto que no tengo otra flor, el vidrio vago en que se dibuja su perfil, divino de palidez,

su hornillo, en el cual se hincha la crema, sus labios que aún dicen mamá... ¡Cuidado!, esto es el umbral de un poema, es casi la orilla de una novela.

Mi vecina es una obrera de frente de nieve, de dientes de esmalte, á la que se ve todas las noches en oración y todas las mañanas en el trabajo.

Este ángel ignora que yo existo, y, dejando vagar sus ojos negros, sin saberlo me pone triste, y alegre sin quererlo.

Es limpia, dulce, fiel, y recibió de Dios, que la bendice, sencilleces de golondrina que no sabe sino hacer su nido.

XVI

ETAPAS DEL CORAZÓN

1817

ADOLESCENCIA

Iba yo ¡oh tiempo lejano! á soñar al Luxemburgo, desde el alba, y yo mismo era la mañana. Los nidos dialogaban en voz baja, y las desiertas avenidas estaban envueltas en sombra y sol; yo estaba pensativo, era profundo, era pueril. ¡Cómo miraba y qué modo de espiar! ¿A quién? á la Venus, á la Hebe, á la ninfa cazadora. Sentía la invisible caricia de la primavera. Acechaba lo desconocido. Vagaba. ¡Qué curioso es el Querubín en que se despierta Des Grieux! ¡oh mujer, misterio, ser ignorado al que se inciensa! A veces era obsceno á fuerza de inocencia. Mis miradas violaban la vaga desnudez de las diosas, en pie bajo el follaje del estío; contemplaba desde lejos aquellas redondeces mal cubiertas, y estaba enamorado de todas las estatuas; y hasta se me figura que encolericé á más de una. Las audacias en la sombra igualan á los terrores, y, atrevido como un paje y temblando como una liebre, olvidando latín, griego y álgebra, con la fiebre

La abeja erraba, era el alba extensa, el pájaro lanzaba ligeros gritos, los moscones tocaban paso de carga para el asalto á los rosales floridos.

Aquello era encantador. ¡Adiós aquellas fiestas, adiós alegría, adiós estío, adiós tumulto de cabezas en la risa y la claridad!

¡Adiós bosques en los cuales el viento lucha, en los que Juan, buscador de nidos de gorriones, tocaba la flauta tan bien como un griego de la isla de Tinos!

Se hace necesario volver á la gran ciudad que Alceste dejara á Enrique, en la que la multitud aún sería vil si Voltaire no hubiese reído.

¡Negro París! ¡montón de piedra lúgubre que, sin Molière y Rabelais, no sería otra cosa que un jalón sosteniendo la cadena de los palacios.

Es necesario volver al laberinto de pasajes, de callejones, de costumbres, en el que se siente, en la inmensidad de los rumores, un temor sombrío.

Miraré á mi vecina, puesto que no tengo otra flor, el vidrio vago en que se dibuja su perfil, divino de palidez,

su hornillo, en el cual se hincha la crema, sus labios que aún dicen mamá... ¡Cuidado!, esto es el umbral de un poema, es casi la orilla de una novela.

Mi vecina es una obrera de frente de nieve, de dientes de esmalte, á la que se ve todas las noches en oración y todas las mañanas en el trabajo.

Este ángel ignora que yo existo, y, dejando vagar sus ojos negros, sin saberlo me pone triste, y alegre sin quererlo.

Es limpia, dulce, fiel, y recibió de Dios, que la bendice, sencilleces de golondrina que no sabe sino hacer su nido.

XVI

ETAPAS DEL CORAZÓN

1817

ADOLESCENCIA

Iba yo ¡oh tiempo lejano! á soñar al Luxemburgo, desde el alba, y yo mismo era la mañana. Los nidos dialogaban en voz baja, y las desiertas avenidas estaban envueltas en sombra y sol; yo estaba pensativo, era profundo, era pueril. ¡Cómo miraba y qué modo de espiar! ¿A quién? á la Venus, á la Hebe, á la ninfa cazadora. Sentía la invisible caricia de la primavera. Acechaba lo desconocido. Vagaba. ¡Qué curioso es el Querubín en que se despierta Des Grieux! ¡oh mujer, misterio, ser ignorado al que se inciensa! A veces era obsceno á fuerza de inocencia. Mis miradas violaban la vaga desnudez de las diosas, en pie bajo el follaje del estío; contemplaba desde lejos aquellas redondeces mal cubiertas, y estaba enamorado de todas las estatuas; y hasta se me figura que encolericé á más de una. Las audacias en la sombra igualan á los terrores, y, atrevido como un paje y temblando como una liebre, olvidando latín, griego y álgebra, con la fiebre

que resiste á los Bezouts y desafía á los Restauds, permanecía estupefacto al pie de los pedestales, cual si esperase que el viento levantara, debajo de algún árbol, las faldas de una Diana de mármol.

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

Yo suspiraba, creo que ella soñaba. Mi mejilla tenía apenas un ligero vello. Ella se había puesto su enagua de los domingos; yo se la bajaba cada vez que una rama se la levantaba.

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

El diablo es ladino, pero nosotros somos muy necios. Ella se sentó bajo encantadoras cunas, cerca de un arroyo que por la hierba corre, y vosotros cantabais, pajarillos, en vuestra franca alegría.

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

No obstante, el paraíso para mí estaba perdido. En aquel momento un macho cabrío de pie de horquilla pasa y me dice:—Inclínate. Me inclino. ¡Ángeles del cielo! ¡vi su garganta blanca bajo su pañoleta!

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

Yo era muy joven y temía ser osado. Ella me dijo:—Ven á descansar bajo mi sombrilla. Y me dió un

golpecito con el mango. Y yo tomé la revancha con un beso.

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

20 septiembre 1854.

III

1820

Una ráfaga, soplo listo y encantador, hizo que sus faldas se agitaran locamente. Sabía yo que era alada, estrellada, azulada, y la adoraba; mi alma iba tras ella hacia el empíreo. ¡Oh, el amor!, él lo es todo; lo demás es vano. No suponía que aquel ser divino que me llevaba, soñador, tan lejos de la materia, tuviese piernas; de pronto vi su liga, y esto me chocó.—¡Cómo!—me dije.—¡También ella! Mírola conmovido, tembloroso, ardiente, transido, ¡y veo carne donde yo adoraba un alma! Sea. El sueño acabó. ¡Luego no es otra cosa que una mujer que anda sobre la tierra y á la cual la ropa se le recoge hacia arriba cuando hace viento!

Y me sentí todavía más enamorado que antes.

IV

1822

QUINCE—VEINTE

Solos nos encontrábamos en la sombra y el éxtasis supremo. Ella decía:—¡Te amo!, y yo decía:—¡Te

amo! Ella decía:—¡Siempre!, y yo:—¡Siempre!, exclamaba.—Nuestros corazones son esposos,—continuaba ella,—nuestros amores vencerán al destino, y nada me atormenta, siendo tú el más fuerte y yo la más amante. Y yo agregaba:—Mira, la ciudad está envuelta en sombra. Lo prudente fuera vivir en los bosques. Ella decía:—Vivamos en ellos, seamos prudentes.

Si deseáis saber la cifra de nuestras edades, ella quince, yo veinte; entre los dos hacíamos un ciego. Y nuestros ojos estaban llenos de rayos.

V

1826

Primavera. Mayo lo decreta y es lo oficial. El amor, ese infierno azul muy semejante al cielo, llena la alta bóveda, los campos, los prados, las flores, las hierbas; en los elevados bosques lascivos y soberbios la inocente naturaleza abre su corazón sencillo, inmenso, insultado por el burlón mirlo. La voluntad de amar reina, sobrenatural, en todas partes. ¡Cómo se adora y cómo se disputa! Las mariposas, dispersas por el bosque ingenuo, con el primer capullo venido hacen infidelidades á las rosas, sus amantes. Se oye el murmullo de las cóleras encantadoras y apacíguanse las grandes iras en el augusto cuchicheo del beso. ¡Oh vida universal, profundo fin de los cielos! ¡Cómo á fin de que todo sea sólido, vacila todo! ¡Cómo cede todo, á fin de que todo dure! ¡Oh rayos de luz! El idilio dice al abismo, sonriendo:—¡Intentémoslo! Y el abismo obedece, y el mar sombrío adora. Abrese el germen, canta el nido, dórase el azul; la eterna indulgencia

sueña en el fondo del firmamento, y las suaves pañoletas vuelan vagamente.

10 abril 1875.

VI

1828

Siempre temí abordar á una mujer: Arriesgar el corazón es tan grave como arriesgar el alma. La mujer es la parte de arriba de ese abismo conocido con el nombre de amor. ¡Qué trampa! Y ¿cómo decir á las diosas:—Buenos días? Se saluda, y la bella observa; se está con la cabeza descubierta. ¿Ella está pensativa? Se tiene miedo. ¿Ríe? Se tiene aire de imbécil. Se es Platón por miedo á parecer Rabelais. Y yo os adoraba, señora, y temblaba. Lo cual es conveniente, pero es inepto. Y, tímido, cuidadoso por Circe, preocupado por Armida, era ambicioso, inmóvil y prudente, y parecía un árbol imbécil esperando á que una estrella huyera y volase sobre sus ramas. Otros, no obstante, fatuos de modales francos, os saludaban, atrevidos, y, llenos de embriaguez, entraban en plática con vuestros ojos encantadores, y sus frentes se inclinaban ante vuestra sonrisa. Yo era como un necio que se deja proscribir, hasta que cierto día, ¡tanto peor!, mi corazón se decidió, y me dije que era tiempo de que saludara yo á mi vez.

VII

1833

A F...

Puesto que la alegre primavera vuelve á bailar y á reír; puesto que el dulce Horacio y el suave Zéfiro

me esperan en mitad de los prados y entre los arbustos, uno con perfumes, otro con canciones; puesto que la tierra, cubierta de flores, parece una alfombra de Persia; puesto que el viento murmura y dispersa en el espacio las brumas y las nieblas en flotantes archipiélagos, pláceme responder á aquellos profundos gritos, pláceme vagar por las suaves praderas, arrastrando conmigo el enjambre de ensueños y la estrofa que vuela por encima de mi frente. Mientras que bajo el cielo azul las almas amen; mientras que abril, ese bordador, con hierba, rosas y hojas, cree toda clase de cosas encantadoras, y que Dios, de los montes, de los aires y de las aguas, haga grandes palacios para los pájaros pequeños; mientras el alba se abra en esa sombra en que vivimos, los sueños se agitarán sobre la cabeza de los hombres y los pensadores serán enternecidos en los bosques. Los frescos jarales están llenos de pudores acorralados; mujeres, pájaros, todo cede, y los besos se confunden, las vagas adoraciones se disputan vagamente, suspira el agua, ábrese el lirio, resplandece el firmamento, y, si tú quieres, seré tu amante.

VIII

1835

PASEO

Te adoro. Seamos dos felices. Ven á sentarte á una sombra que se asemeje algo á la noche. Caminemos bien despacio. Sé pensativa. Está cansada. Aprovechemos el momento en que no pasa nadie; entremos en el jaral, ocultémonos entre los trigos maduros

¡Que no pueda yo elevar bruscamente aquí en este casto retiro, cuatro paredes, con sólo un movimiento de varita mágica! La naturaleza es un ojo invisible que espía; deslicémonos; el silencio oye; desconfiemos del ruido que hace un alma abrazando dos rodillas. Porque yo no soy otra cosa que un alma; pero un alma puede coger en su zarpa á una mujer, y llevársela, y producir un misterioso ruido de leona bajo tierra y de águila en el cielo.

Riñes. ¡Un beso!—¡Nunca! Te lo quito. Dices:—¡Está mal hecho!—Y quito un alfiler á tu vestido. El amor gusta de los ojos enfadados del pudor, y nada es más encantador que un paraíso enojado. Es cierto, hermosa. Desde que los blancos hombros de Galatea se ocultaran bajo los sauces, y vió Marot, sin ser por ello muy castigado, que á una dulce sonrisa puede seguir un dulce no, una inefable gloria va unida al amor. La mujer está rendida por su exceso de poder; vencida, sabe que es ama; nos gusta; ¡cuán encantador es tener lo que se quería y sentir callarse muchos reproches! ¡Cómo embriaga un rubor vago después del feliz misterio, y cómo se siente el precio de un favor que casi quiere volver á guardar un silencio meditativo! ¿Volver á guardar? No. ¿Para qué? ¿Dar más aún? Acaso. Ocultémonos. Se ha movido una rama. Eso es traicionero. Se adivinaba que Esquilo tenía una cita con Megarilis, la feroz de los dulces ojos, y que ella se dejaba decir ternuras, cuando las hojas temblaban en el bosque de las adelfas.

12 julio 1874.

IX

1842

¿Qué es lo que este año se lleva sobre su ala? Yo no soy menos tierno y tú no eres menos bella. Nuestros corazones no han envejecido ni un día en diez años. No te quejes, nada echés en cara al tiempo; conforme huye, nos acerca al cielo, sin apartarnos del amor.

31 diciembre 1842.

X

1845

EN UN VIEJO CLAUSTRO

—¿Por qué no hablasteis antes?—díjome ella entonces. Y yo respondí en voz baja:—Pero ¿qué querías que te pidiese? Tutear á una estrella es dulce audacia, aun en imperfecto de subjuntivo. Ella se había ya ruborizado mucho; lo que hizo que se pensara, con el deseo en mi alma y en la suya el miedo, en refugiarse en esta iglesia antigua en que nos hallamos, uno y otro rezando en el lugar santo, ella á María, un ángel, y yo al Amor, un dios.

XI

1847

Ves un hombre, con un proyecto bajo los cielos. Mis ansias no tienen freno, soy ambicioso. He re-

suelto tener un domingo soberbio, y mi plan es que vayamos á tendernos sobre la hierba. Abrigo este designio, me construyo esta ópera. Y seremos tantas parejas como se quiera. Buscaremos un sitio desierto, una capilla, un caserío cuyo nombre no sepamos, que no tenga más barón que el mirlo silbador, que esté arruinado y lleno de florido, horribles muros, negros en la sombra, completamente feroces. Allí, las bocas tendrán bondades para las bocas; éste es mi programa. Hay un arbusto glotón cuya hoja es tan encantadora, que con ella se hacían en otro tiempo coronas á los vasos; adorna las viejas paredes de alcobas poco severas; gracias á él, una casa que se desmorona está completa; hermosa, mucho me gusta ese tapicero de las casas ruinosas. Ven, seremos felices, y por auxiliares ¡oh bella! tendremos á los dioses, los cánticos, las yedras. El mes de mayo cumplirá con su deber; Dios clemente lo quiere; se oirá el vago cuchicheo de profundidades de pájaros bajo espesuras de árboles, se hablará bajo; los senos serán mármoles, no los corazones; se tendrá á cualquier amigo por testigo, sin que esto sea obstáculo para que él pueda irse un poco más lejos.

28 mayo.

XVII

VIRGILIO EN LA SOMBRA

Canto á Licaris si Galo lo desea; mandaré hacer un peine de coral en Corcira (1) para peinar los cabellos divinos de Amarillis; á Cimodocia, con más ro-

(1) Corcira, la isla que hoy se llama Corfú.

sas y más lirios en su seno que la primavera en la llanura; á Cloe, que sabía como arreglárselas con Sileno para hacerle cantar el Olimpo y el cielo azul, y para hacer salir del borracho el dios; á Neera, que, completamente desnuda, supo domar al fauno y á Flora, tan hermosa que hubiera hecho huir á Tisifone. En los versos que leerá el porvenir, pondré á Címodocia, Cloe, Flora, y vos, á Neera.

XVIII

¿No es verdad, amor mío, que la noche es muy lenta cuando se está sola en la cama y no se puede dormir? Se oye palpar el péndulo tembloroso y gemir fuera los campanarios de hora en hora. El espíritu flota, despierto, entre los sueños innumerables. No se tiene, en aquella sombra en que falta todo sol, el sueño que cubra de olvido la noche oscura, ni el amor, para haceros olvidar el sueño.

8 septiembre 1844.

XIX

Da la hora, un día va á nacer. Vaga la nube por el cénit, la barca está bajo tu ventana, la golondrina se halla en su nido. En tu alma, que él fecunda, vive el amor noche y día... ¡Deja que huyan la barca y la onda! No dejes huir al amor.

Las horas suelen hablar á nuestros corazones desolados, cuando abandonan en la sombra alguna igle-

sia del bosque. Las peores y las mejores pasan sobre nosotros una tras de otra... ¡Deja, ángel, que huyan las horas! No dejes huir al amor.

¿Hay alguna cosa en el mundo que no flote á uno ú otro viento? La nube es como la onda, clara á veces, sombría en ocasiones. ¡Se marcha! Triste viaje, sin objeto, sin fin, sin regreso... ¡Oh, deja que huya la nube! No dejes huir al amor.

¡La onda, la nube y la hora, todo pasa, todos pasamos! ¡Viva en nosotros una cosa cuando todo cambia en redor nuestro! El pájaro abandona raudamente su dulce nido, su vieja torre... ¡Oh, deja que huya la golondrina! No dejes huir al amor.

28 junio 1844.

XX

UN DÍA EN QUE ELLA ME DIJO: DADME VUESTROS OJOS

¡Oh, mis ojos son vuestros! Son, lo proclamo, audaces, porque con frecuencia su mirada se eleva hasta vuestra alma ó hasta los cielos.

Guardáoslos. Os doy, ¡oh corazón grande que admiró en vuestros dolores!, su lenguaje secreto, su ardor, y su sonrisa y sus lágrimas.

¡Derecho absoluto tenéis sobre ellos! El derecho dulce y supremo de encantarlos, el derecho de abrirlos, y, cuando gustéis, ¡el de cerrarlos!

20 marzo 1845.

XXI

¿Por qué me ofreces tantos pequeños misterios en que yo no comprendo nada? Enciendes mis celos queriendo callarlo todo. En la sombra entreveo un aprendiz de notario ó cualquier Trilby, tunante aéreo.

¿Es que te gusta verme inquieto? Sabe que un bruto medita en mí. Me llenas la cabeza de pensamientos. El amor es un loco que empuja á una bestia; Jocrisse está detrás, Otelo delante.

14 mayo.

XXII

No teniendo ni bosques ni cotos, y siendo, dada mi edad avanzada, demasiado oso, alquilé un antro en el sexto piso de casa en Flicoteaux.

El otro día, frente á mi puerta, noté que había otra tocando á ella; y vi aquel dorado reflejo que el amor nos muestra con el dedo

Me parece que me equivoqué de puerta, un dios nos fascina; entré sin llamar en una gruta vecina.

Marta estaba sentada en la cabecera de su lecho, y ¡encanto irresistible!, sobre sus cabellos de ángel veíase un gorro de diablo.

¡Cabellos de oro! ¡Qué desenvolvimientos, qué

transportes se suponen en vuestros encantadores desórdenes cuando en ellos se pone una rosa!

Corre el pájaro hacia las ramas, su pie buscó su zapatilla; yo dejé escapar una de aquellas palabras tontas que el amor nos dicta.

Nos miramos; yo huí con el alma iluminada. ¡Oh, siento rodar los dados del obscuro destino!

11 julio 1853.

XXIII

Á LA PRINCESA S. G.

Mi verso se apresura y vuela hacia quien le llama. Ella hace desde muy lejos meditar á mi encantado corazón. Cuando tan grande es el espíritu, el alma ha de ser muy hermosa. Si tan grande es la dicha de ser por ella comprendido, ¿cuál no sería la de ser amado por ella?

XXIV

No sé por qué las mujeres hacen tantos remilgos para mostrar ese lado encantador de sus almas que permite adorarlas.

Tienen la vergüenza divina de ser bellas y de arrastrar al hombre hacia el objetivo que su corazón adivina y niegase á adivinar.

La belleza, celeste y serena, sabe caer permaneciendo en pie, sabe ser esclava sin cesar de ser reina, sabe tomarlo todo dándolo todo.

En el fondo no son muy malas. El amor es la canción de los nidos; mujer, al comenzar tu cantas, sin perjuicio de llorar cuando acabas.

28 mayo.

XXV

EN EL BOSQUE

¿De qué hablaba el viento? ¿Por qué temblaban las ramas? ¿Era, en este dulce mes de los nidos y las vincapervincas, porque los pájaros corrían por los gladiolos, ó porque ella y yo solos estábamos allí? Ella titubeaba. ¿por qué, sol, cielo, rocío, aurora? Tratábamos de ir, llenos de pensamientos, ella hacia el campo, y yo camino del bosque. Cada cual tiraba del otro por su parte, y, discreto, yo la seguía primeramente; luego, á su vez dócil, seguíame ella á mí, como en otro tiempo en Sicilia lo hicieron Flora y Mosco, Teócrito y Lida. Como ella nunca me había concedido nada, yo reía, porque lo mejor es tratar de reír cuando se quiere coger un alma y no se sabe qué decir. Yo era el más feliz de los hombres; sufría. ¡Cuán espeso es el musgo en el fondo de los antros frescos! En ciertos instantes brotaba un relámpago de nuestra alma; ella murmuraba:—Caballero... y yo:—Señora...; y quedábamos pensativos, mudos, vencidos, vendedores, después de producirse aquella luz en nuestros dos corazones. Una fuente decía no sé qué cosas

bajo, un sauce. Yo aun no había visto más que un poco de su hombro, no sé cómo ni dónde. ¡Oh, cuán locos nos torna la loca primavera! La audacia de los gorriones bajo las obscuras hojas, las mariposas, la abeja haciendo su colecta, las picadas, los suspiros, asemejábanse á vagas tentativas, y yo sentía miedo, sintiendo que me animaba. Verdad que es acción extraña vagar en la sombra hasta el punto de cesar de ser un ángel, y que la hierba estaba suave, y que es fabuloso atreverse á estrechar entre los brazos á una mujer de ojos azules. Sentíamos vagamente que nos deslizábamos por la pendiente del idilio en la que el amor, traidor y divino, serpentea, y que conduce, al través de no se sabe qué jardín, á menudo al infierno, pero pasando por el edén. La primavera deja hacer, permite, nada en ella se mueve. Avanzábamos; ella, que era sonrosada, se tornaba encarnada, y yo no sabía nada, temblando ante mi éxito, siho que ella pensaba en lo que iba yo pensando. Pálido, yo pronunciaba nombres: Beatriz, Dante; abríase su corpiño, y mi pupila ardiente brillaba, porque el enamorado encierra un curioso.—Ven—dije...—¿Y por qué no? ¡oh bosque misterioso!

3, abril 1874.

XXVI

LA PRINCESA DE JOINVILLE

CANCIÓN

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.

La belleza, celeste y serena, sabe caer permaneciendo en pie, sabe ser esclava sin cesar de ser reina, sabe tomarlo todo dándolo todo.

En el fondo no son muy malas. El amor es la canción de los nidos; mujer, al comenzar tu cantas, sin perjuicio de llorar cuando acabas.

28 mayo.

XXV

EN EL BOSQUE

¿De qué hablaba el viento? ¿Por qué temblaban las ramas? ¿Era, en este dulce mes de los nidos y las vincapervincas, porque los pájaros corrían por los gladiolos, ó porque ella y yo solos estábamos allí? Ella titubeaba. ¿por qué, sol, cielo, rocío, aurora? Tratábamos de ir, llenos de pensamientos, ella hacia el campo, y yo camino del bosque. Cada cual tiraba del otro por su parte, y, discreto, yo la seguía primeramente; luego, á su vez dócil, seguíame ella á mí, como en otro tiempo en Sicilia lo hicieron Flora y Mosco, Teócrito y Lida. Como ella nunca me había concedido nada, yo reía, porque lo mejor es tratar de reír cuando se quiere coger un alma y no se sabe qué decir. Yo era el más feliz de los hombres; sufría. ¡Cuán espeso es el musgo en el fondo de los antros frescos! En ciertos instantes brotaba un relámpago de nuestra alma; ella murmuraba:—Caballero... y yo:—Señora...; y quedábamos pensativos, mudos, vencidos, vendedores, después de producirse aquella luz en nuestros dos corazones. Una fuente decía no sé qué cosas

bajo, un sauce. Yo aun no había visto más que un poco de su hombro, no sé cómo ni dónde. ¡Oh, cuán locos nos torna la loca primavera! La audacia de los gorriones bajo las obscuras hojas, las mariposas, la abeja haciendo su colecta, las picadas, los suspiros, asemejábanse á vagas tentativas, y yo sentía miedo, sintiendo que me animaba. Verdad que es acción extraña vagar en la sombra hasta el punto de cesar de ser un ángel, y que la hierba estaba suave, y que es fabuloso atreverse á estrechar entre los brazos á una mujer de ojos azules. Sentíamos vagamente que nos deslizábamos por la pendiente del idilio en la que el amor, traidor y divino, serpentea, y que conduce, al través de no se sabe qué jardín, á menudo al infierno, pero pasando por el edén. La primavera deja hacer, permite, nada en ella se mueve. Avanzábamos; ella, que era sonrosada, se tornaba encarnada, y yo no sabía nada, temblando ante mi éxito, siho que ella pensaba en lo que iba yo pensando. Pálido, yo pronunciaba nombres: Beatriz, Dante; abríase su corpiño, y mi pupila ardiente brillaba, porque el enamorado encierra un curioso.—Ven—dije...—¿Y por qué no? ¡oh bosque misterioso!

3, abril 1874.

XXVI

LA PRINCESA DE JOINVILLE

CANCIÓN

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.

—¡Oh—dijo ella—golondrina que vas á aquel país, á mi adorado país!, dirás á mi hermana, dirás á mi tía, que en este otro país no estoy contenta. No tengo mi sol, no tengo mi esposo.

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.

—¡Oh—dijo ella—golondrina!, dirás que los bosques están muertos y desnudos, que Joinville ama demasiado el Mediterráneo; le espero, estoy sola, lloro todo el año, y las paredes de las casas están siempre húmedas.

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.

—¡Oh—dijo ella—golondrina!, dirás que tengo frío, que los veranos son cortos, que París es completamente negro, y otras mil cosas. El 1.º de mayo, hermana mía, en vez de rosas, veo gentes muy feas que hacen largos discursos.

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.

1.º mayo 1847.

XXVII

Era yo un honrado colegial; Dionisia tenía el ojo atrevido; ella era Bella y era yo Bestia; entre los dos hacíamos un cuento.

Como la linda Fosseuse, ella se reía de los imprudentes; la ostra es inteligente en perlas; he aquí por qué admiraba yo sus dientes.

—¡Huraño!—díjome un día. Y me ofreció un beso burlón. Yo tomé el beso con mi boca y sentí en el corazón la mordedura.

9 abril 1855.

XXVIII

Esto la distrae; vive completamente sola; es pobre y trabaja; no hace necios remilgos; cambia desde lejos, y para descansar, una mirada, y á veces con la mano un beso con un vecino, solo también en su desván. Y es extraño que un beso que se aventura sepa su camino y que posea el don vencedor de salir de la boca y llegar al corazón.

Sin embargo, ¿ama ella? No puede asegurarlo. Un beso que visita alegremente una miserable habitación, es siempre una cosa que algo dora el humilde techo. Los sueños, cuando son los pobres quienes los tienen, son ricos y están llenos de cosas inefables. Ovidio y

sus novelas, La Fontaine y sus fábulas, no son nada comparados á un cerebro de veinte años que fermenta; y el corazón de una joven, en primavera, crea un cielo, halla un mundo, y sobrepuja en quimera al buen Pilpay, al buen Perrault y al buen Homero.

Basta la ficción; una se entretiene soñando un dios en ese joven, no se sabe qué aparición de estrella vagamente vista en un granero, y no se piensa en atravesar la calle. Ella no es Inés, como él no es Platón, y es probable que nunca se hallen; porque el amor esbozado prolóngase á veces en las nubes hasta el punto de acabar en sueño, y á veces, en el momento en que se creía tener una esperanza, se ve que lo que se tiene es un recuerdo.

XXIX

LO QUE DICE LA QUE NO HA HABLADO

El enigma no dice su palabra; las flechas de oro producen picaduras, de las que no se habla en alta voz; á veces, bajo las obscuras ramas,

piérdese más de un tierno pajarillo; con frecuencia habéis dicho:—¡Te amo!, y yo nunca os lo dije. Prodigáis el grito supremo.

Reusaba yo la profunda confesión. El lago azul bajo la luna sueña, y mudo fúndese en la noche. El agua se calla al salir el astro.

¿Lo habéis encontrado mal hecho? Callándose, el

corazón se vacía, y cuando os tenía en mi presencia, tenía yo el dulce temblor de la felicidad.

Vos hablabais demasiado, yo no lo suficiente; comienza el amor por la sombra; los nidos están heridos por el claro día; las cosas tienen su pudor sombrío.

Hoy (¡cómo, al viento de la tarde, balancéase triste el árbol!) me abandonáis sin haber podido ver mi alma al través de mi silencio.

¡Sea! Vamos á separarnos. ¡Oh, cómo suspira el bosque! Mañana, que me verá llorar, quizá os vea sonreír.

¡Te amo! Esas dulces palabras, que es necesario borrar, desgárranme actualmente. Vos las deciais sin pensarlas, yo las pensaba sin decirlas.

XXX

LA FIGLIOLA

Menos de veinte años y más de diez y seis, he ahí su edad; y ahora decid en voz baja su nombre, Teresa; y pensad en el cielo radiante.

¿Qué destino será el suyo? ¿Qué embriaguez? ¿Qué dolor? No lo sabe. Esa hermosa ríe y se adorna con una florecilla.

Blancos son sus brazos; es castaño su pelo; tiene menudos piés bulliciosos, y la claridad de una fuente en su mirada misteriosa.

Es el comienzo de un alma, un nada en el que todo estará comprendido, corazón en proyecto, plano de una mujer, escenario de un porvenir.

Ignora; es alegre y franca; el dios Hado fué su padrino. Huye el domingo del brazo de un sereno bergante.

El es encantador, ella está bien formada, y Pantín ve de qué modo esta Venus griseta se pasea sin pretil con aquel Apolo grosero.

Diviértese la joven como los cisnes; y su cabellera, y su voz y su sonrisa serían dignas de la fiera grandeza de los bosques.

Miradla cuando pasa; se diría que está enamorada de Amadís, al ver como pasea por el espacio sus ojos celestiales y atrevidos.

Esas blancas jóvenes de las buhardillas, vestidas con tartanes groseros, de facciones finas, tienen la libertad de las verduleras y la gracia de los serafines.

Entonan extraños cantos, en los que la miseria y la luz están mezcladas, y su indigencia tiene por franjas todas las púrpuras del amor.

XXXI

AMOR SECRETO

¡Oh tú de quien me viene el pensamiento, sé altiva ante el Señor! Alza esa cabeza que inclinas, ¡oh tú de quien me viene la felicidad!

Cuando atravieso la legua que nos separa, en el seno de las noches, tu patria estrellada y azul resplandece ante mis ojos deslumbrados.

Es la hora en que cien lámparas encendidas brillan en los techos celestiales; la hora en que los astros y las almas cambian miradas profundas.

Ahondo entonces en tu destino, pienso en tí, que vienes del cielo, ¡en tí, grande alma prisionera; en tí, gran corazón misterioso!

Noble mujer, reina esclavizada, ¡sueño con aquella suerte envidiosa que tanta sombra pone en tu vida y tanta luz en tus ojos!

Yo te conozco enteramente y te contemplo de rodillas; pero en torno de tanta luz, ¿por qué tanta sombra?, ¡oh suerte celosa!

Dios se lo dió todo, excepto la limosna que da á todos en su bondad; el cielo, que le debía un trono, le rehusó la libertad.

Sí, tu ala que la enramada, que el aire alegre reclama en vano, se quiebra tras los barrotes de la jaula, ¡pobre alma grande, divino pájaro!

Lindo ángel, un yugo te tiene cautivo, cien prejuicios son tu prisión, y tu actitud pensativa entristece tu casa ¡oh desdicha!

Te sientes presa del mundo que te espía, injusto y malo. En tu profunda amargura, exclamas con frecuencia: ¡Si pudiese!...

Pero el amor te da en secreto lo que tiene de puro y de hermoso, su invisible corona y su antorcha invisible.

Antorcha que se oculta cuando se quiere, que brilla espléndida y clandestina, y que no alumbra de la vida sino el destino interno.

Te da el amor, ¡oh dulce mujer!, aquellos placeres en los que nada es amargo, y las miradas en que toda el alma aparece en un solo relámpago,

y la sonrisa, y la caricia, y la conversación furtiva y encantadora, y la melancólica embriaguez de una inefable confianza,

y los queridos rasgos de un rostro, sombra que se ama y que le sigue á uno, que se ve de día en la nube y en sueños por la noche,

y los éxtasis solitarios, cuando los dos nos sentamos bajo las ramas llenas de misterios, en el fondo de los bosques llenos de rayos de luz,

puros transportes que desconoce la multitud, y que hacen que se tengan felices días, mientras aun se puede esperar aquello de que siempre uno se acuerda.

Anda, enjuga tus lindos ojos que lloran; tu suerte no se encuentra desheredada. Tu parte es aun la mejor. ¡No te quejes, oh hermosa mía!

Muy poco es lo que falta cuando se está en la roja primavera, y cuando, como la rosa, se vive de perfumes, de sombra y de sol.

¡Deja, pues, ¡oh mi dulce musa!, sin lamentarlo ni un solo día, lo que el destino te niega por lo que recibes del amor!

XXXII

¡Oh, dí! ¿Te acuerdas de aquel feliz domingo? ¡9 de junio! Sobre las cortinas de blanca muselina, el sol dibujaba la sombra de los vidrios de oro.

Él te llama su bien, su hermosura, su tesoro. Tú en sus brazos divagabas. ¡Horas demasiado pronto transcurridas! ¡Oh, cuán tiernamente mezclabais vuestros pensamientos! Fuera todo radiaba, todo brillaba en vosotros, y celos daban al cielo vuestras alegrías. Tus vivos ojos resplandecían llenos de una vaga sonrisa. En los momentos en que los corazones se hablan sin decir nada, él veía cubrirse de pudor y de amor, como agua que refleja un cielo de sombra y de claridad, tu rostro pensativo, tan pronto pálido como sonrosado, y á menudo sentía, ¡oh cosa divina!, en aquel dulce abandono, conocido únicamente de los ángeles, como sobre su pie se iba á posar tu pie encantador y desnudo.

XXXIII

Yo soy sencillo, tú eres cruel, y tengo la candidez de quemar en el fuego mi ala y el alma en tu belleza.

Tu luz me es rebelde, y por ella me siento devo-

rar; pero lo sombrío y bello y por lo que tú debieras llorar,

es que, mutilada, aleteando en la tumba, la pobre mosca quemada entona un himno á la negra antorcha.

XXXIV

EL IDILIO DE FLORIANA

La condesa Floriana se despertó cuando los bosques cantaban á media voz la vaga diana de los pájaros.

Cuando estuvo vestida, como para Julieta toda la sombría enramada palpitó amorosamente.

Y cuando, blanca silueta, apareció en el balcón del patio, la alondra buscó á Romeo con la vista.

Yo corri allí á toda prisa, porque mi dicha consiste en ver levantarse las bellas por la mañana, y los astros por la noche.

II

La hora en que, rechazando el sueño, el alba abre los firmamentos, es el momento, hijas de Eva, de ir á ver diamantes.

Toda una joyería brilla, á la luz serena, en el suelo; la hierba es una pedrería, la ortiga es un estuche;

rubíes en las ninfeas, perlas en los jarales; y se diría que las hadas han desgranado sus collares.

Y nos pusimos á hacer un ramillete en el oasis; y la flor que ella prefiere es la que yo elijo.

III

Saltaba alegre en la hierba, como la linda Euryante, y mostrando el cielo soberbio, suspiraba sonriendo.

—Preferiría—decía—correr por ese hermoso campo azul, cogiendo la estrella inmortal, aun á trueque de quemarme un poco;

mas ya ves, es inaccesible (porque ella me tuteaba). Puesto que el astro es imposible, contentémonos con el clavel.

IV

Ninguna delicadeza es aquí abajo tan risueña como la de una condesa mojando en la hierba sus medias.

A gusto del viento que la lleva, en las flores, en el césped, la belleza de Celímenes toma las gracias de Susanita.

Mostraba á las vincapervincas y á las verbenas, conforme andaba, sus dos lindas piernas blancas, que no me ocultaba á mí.

Se engañaría quien creyera que los bosques no

rar; pero lo sombrío y bello y por lo que tú debieras llorar,

es que, mutilada, aleteando en la tumba, la pobre mosca quemada entona un himno á la negra antorcha.

XXXIV

EL IDILIO DE FLORIANA

La condesa Floriana se despertó cuando los bosques cantaban á media voz la vaga diana de los pájaros.

Cuando estuvo vestida, como para Julieta toda la sombría enramada palpitó amorosamente.

Y cuando, blanca silueta, apareció en el balcón del patio, la alondra buscó á Romeo con la vista.

Yo corré allí á toda prisa, porque mi dicha consiste en ver levantarse las bellas por la mañana, y los astros por la noche.

II

La hora en que, rechazando el sueño, el alba abre los firmamentos, es el momento, hijas de Eva, de ir á ver diamantes.

Toda una joyería brilla, á la luz serena, en el suelo; la hierba es una pedrería, la ortiga es un estuche;

rubíes en las ninfeas, perlas en los jarales; y se diría que las hadas han desgranado sus collares.

Y nos pusimos á hacer un ramillete en el oasis; y la flor que ella prefiere es la que yo elijo.

III

Saltaba alegre en la hierba, como la linda Euryante, y mostrando el cielo soberbio, suspiraba sonriendo.

—Preferiría—decía—correr por ese hermoso campo azul, cogiendo la estrella inmortal, aun á trueque de quemarme un poco;

mas ya ves, es inaccesible (porque ella me tuteaba). Puesto que el astro es imposible, contentémonos con el clavel.

IV

Ninguna delicadeza es aquí abajo tan risueña como la de una condesa mojando en la hierba sus medias.

A gusto del viento que la lleva, en las flores, en el césped, la belleza de Celímenes toma las gracias de Susanita.

Mostraba á las vincapervincas y á las verbenas, conforme andaba, sus dos lindas piernas blancas, que no me ocultaba á mí.

Se engañaría quien creyera que los bosques no

tienen ojos y, en su negra pupila, más de un alegre destello.

Con frecuencia, todo un bosque se ocupa en ver dos piés desnudos en el baño, ó bien aquel movimiento de una enagua que hace estremecerse á Querubín.

Los acianos la encontraban bella; vibraba el viento; verdad es que se estaba más prendado de ella en el trébol y en el tomillo.

Cuando sus ligeras botinas se posaban sobre el prado encantador, aquel montón de libertinas flores levantaba alegremente la cabeza.

Y yo decía: ¡Cuidado! El lirio de los valles es indecente, y el albolol mira bajo vuestra ropa cuando pasáis.

V

Sus piés huían... ¡Qué delirio por vagar por los bosques cantadores! ¡Oh fresca y divina risa llena de aurora y de primavera!

Una suprema voluptuosidad caía de los cielos entreabiertos. Yo seguía sus piés que amo; y en los verdes quincunes,

en los vivos berrizales, burlones, siempre escapaban; y tales son los modales de la estación de los amores.

Admiro, ¡oh día que me embriaga!, ¡oh nueve hermanas!, ¡oh doble monte!, que los sabios que hacen libros sean tan topos como son,

cerrando su triste mirada ante lo que nosotros contemplamos, y cuando hacen la lista de los pájaros, de las mariposas,

de las mil cosas aladas, menos cercanas á nosotros que á los cielos, que vuelan por las avenidas del grande y misterioso parque,

en los prados, bajo los arcos, á la orilla de las aguas, espejos claros, olviden, los miserables, á esos pequeños borceguies negros!

VI

Corríamos por las hondonadas, sueltos al viento nuestros oscuros cabellos, atormentados por las espigas, pero pagados por los perfumes.

Cada flor, cada maleza, una tras otra atraían su hermosa mirada, en la que se estremece el fulgor del bosque.

Ella sacudía las gotas de aquéllas; tierna, las respiraba, y parecía saber la mitad del secreto de todas ellas.

Un hermoso arbusto lleno de rosas y todo él tembloroso de emoción, se hizo decir mil cosas que yo hubiera querido para mí.

Conmovido, perdía yo la cabeza. ¡Cómo hartarse con aquella fiesta adorable, de una mujer y de un rosal!

Ella animaba á las ramas, á las fuentes, á los estanques y á las flores blancas y rojas, á que nos hicieran una bella primavera.

¡Cuán familiar estaba con los bosques llenos de sombra!—¡Pardiez—decía una vieja yedra—no es la primera vez, lirio, que la veo!

VII

¡Qué ramillete compusimos! Para que durase más de un día, pusimos en él algo de nuestras almas; la condesa,

ofreciéndome sucesivamente todo lo que se coge, jugaba á rehusarme la rosa ó la madre selva para concederme el beso.

Las palomas torcaces y los paros nos envidiaban á cada momento; éramos ya ángeles, aunque todavía no éramos amantes.

Sólo que su corazón me llamaba, en la sombra, hacia su corsé; en el fondo de mi sombrío sueño estremeciase una alcoba.

Aunque sumidos en las embriagueces, aunque extraviados y contentos, aunque mezclábamos caricias con los profundos soplos de los cielos,

teníamos aquella dicha tranquila que hace que el serafín encuentre un poco pesada su palma y quiera, después de todo, ser hombre.

Porque, aun allá arriba, ¡oh misterio!, se necesita, os lo digo yo, un poco de carne y de tierra para que un cielo sea paraíso.

22 junio 1859.

XXXV

¡Guarda por siempre en tu pensamiento, guarda por siempre la hermosa novela, la bella historia de nuestros amores!

¡Todo á la vez lo veo en mi pensamiento! La huella que tu pie dejara en el fondo de los bosques,

los campos, las finas hierbas que cubren los verdes senderos, y tu vestido blanco al que se adherían los escaramujos,

como si estas amorosas flores dijeran en voz baja: —¡Aquí tú! ¡Qué felices somos! ¡No te vayas!

Veo las tupidas enramadas del bosque encantador en que soñábamos, tú muy amada, yo muy amante;

donde de la negativa tierna y fiera resultaba yo vencedor, donde mi boca buscaba tu boca y tu corazón mi corazón.

¡Ven! la estación aun no ha concluido, renace el verano. Busquemos la gruta rejuvenecida que nos conoce;

allí, por la tarde, á la hora en que todo declina, en la que Dios bendice, en la que la hoja besa á la rama y el ala al nido,

todos aquellos santos objetos que nos vieron en

nuestros bellos días y que, palpitantes, suspiran por nuestros amores,

todos los huéspedes queridos de aquel sombrío bosque, pensativos y dulces, antes de dormirse, en la obscuridad, hablan de nosotros.

Allí, el petirrojo y la escarcha en sus canciones, el albolol y, en el agua corriente, los verdes berros,

la mosca de alas de oro que cruza el espacio, la onda y el viento, murmuran constantemente en voz baja tu nombre encantador.

Día y noche, por la tarde, con la aurora, en cualquier instante, unos á otros se repiten nuestros tiernos juramentos.

¡Ven al antro aquel en que les juramos descansar!
¡Ven, cambiaremos nuestras almas en un beso!

XXXVI

—¡Cómo! Pero ¿qué idea tienes, caprichosa, de querer que á esta hora en la cual, bajo la encina verde, la hierba se ofrece á nuestros pasos en el tibio bosque, te hable yo de Eylau, de Essling y de Lodi? Hablemos de nuestro amor y no de las batallas. Si, nuestros abuelos reinaban por la guerra, y su estatura era elevada; mi padre fué uno de aquellos gigantes. Y nosotros, si mañana es necesario desafiar las olas, y sufrir los cielos negros después de los días prósperos; nosotros, los hijos, haríamos lo que hicieran nuestros padres, combatiríamos como ellos, aun cuando hu-

biéramos de ser tragados, con corazón igual y brazos más pequeños, y el mundo oiría entonces nuestro clarín sonoro; mas hoy te amo y me amas; la aurora llena los campos, llena los cielos, llena nuestros corazones; los gorriones se burlan fácilmente de Horacio, cuando éste tiene á su lado á Barina, conmovida y sonrosada, y pasa el tiempo hablando de otras cosas. ¿He de dejar admirados ahora á estos prados, á estos bosques, á estas aguas, por un hombre menos espiritual que un pájaro? Los bosques fueron hechos para los jóvenes amores. Bella, no me hagas ser ridículo ante las currucas. Sé clemente, y comprende que en lugares tan encantadores antes se piensa en los niños que en los abuelos. ¿Quieres que espantemos á las flores con nuestros modales tristes? ¿Quieres que nos pongamos á mal con todas las rosas? Si dije que soy discreto, te engañé, hermosa; aquí todo es alegría, acuerdo, silencio, paz; los campos y los valles son cosas tranquilas. Mira esas grutas, en las que ríe la ondina con sus manos palmípedas; mira esos matorrales que un Dios misterioso bendice; la rama sólo tiene un objeto, ocultar el nido; el amor es quien encanta á los ruiseñores, dulces chantres; las persecuciones de amantes á los antros llevan; la naturaleza no es otra cosa que una alcoba; y Venus es aquel ser cuyos desnudos senos distingúense en la sombra. Enero parte, floreal acude; el diálogo que el invierno refunfuña con la viva égloga, tórñase disputa, y el aire está lleno de un vago cántico que hace que la belleza no tenga mal corazón. Los árboles tienen necesidad, bellas, de vuestra risa; una traviesa alegría está mezclada con el céfiro; la manzana de Eva, en manos de Galatea, da contra Virgilio; y todo sería falso, tosco, apagado, si Cloe, á quien los nidos cubren de alegres murmullos, no embadurnase á Sileno con moras; y si Lidia entre ellos no estuviera como

un demonio, Menalco no sabría qué decir á Palemón. Ama y baña, cantando, tus desnudos piés en el manantial; las risas ahogadas son, bella, el recurso de los sotos tenebrosos y de los corazones palpitantes. ¡Oh profundidad salvaje y fresca de la primavera! Bajo las encinas oyense flautas alternando. ¿Quién es su dueño? Eros. ¿Y cuáles son las cadenas? Los rayos de luz, los perfumes, los suspiros, las canciones y el entrelazamiento de las flores en los arbustos. Esta naturaleza de sagrado seno no está satisfecha si os encontráis en ella y no os sentís tentado por nada. ¡Fíjate, hermosa, en el horizonte, ese inmenso idilio! Mira el helecho y la hierba y sus bancos de césped. ¿Crees que de esa sombra y de ese paisaje saldrá el consejo insensato de ser prudente, de ser frío, de no acercarse demasiado, de ser sordo á los instintos, de ser ciego á los atractivos, de negarse á entrar en el amor, esa dulce escuela, y de sustituir por Wágran, Jemmápe y Arcole las revoluciones, la patria en peligro y la ronca batalla, el tierno himeneo de abril? Tengamos, bella, por único asunto la llegada del primer soplo tibio que caldea la pollada, la apertura del lirio, las ramas en que el nido y el viento charlan á medias palabras, la penetración del sol en las hojas, el claro-oscuro de las aguas, el ramillete que tú coges, el perfume que te gusta, la claridad que ves, la hierba y la sombra, y el amor, melodía á dos voces. Aquí Pan busca á Astrea y Fauno espía á Flora. No unamos la guerra á toda esta aurora, á menos que no sea la guerra de los besos. Seamos ardientes corazones apaciguados el uno por el otro. Amemos. El mes de mayo es la estación lúcida. Kleber, como Ajax, Marceau como Alcides, nada tienen que hacer en estos campos llenos de blandos favores, en los que la primavera cuchichea en el fondo de los soñadores bosques; porque Homero no puede hacer otra cosa que asustar á

Teócrito; Mosco teme la epopeya escrita con la espada, y el grupo de pastores que bailan y cantan huye ante el divino Aquiles, el de los piés ligeros.

Entonces ella le dice en la estación de las rosas:

—Amigo, no creáis que yo escucho todo eso; y no os censuro por ello; sé que de esa manera se habla á la querida y también á la esclava. Sí, el alba esboza una fresca sonrisa en el fondo de los bosques; el dulce abril acude con un rumor de lira; los pájaros sobre quienes nada pesa, están contentos; sí, lo que debe llenar nuestros corazones son la primavera, el idilio, Flora y Maya, Astrea y el edén... También la tristeza sagrada. Aun cuando todas las flores festéjenme á cual más, yo siempre pienso en el negro campanario de Estrasburgo esclavizado, y veo, al través de la égloga llena de sombra, en el fondo del horizonte, la gran flecha sombría. ¡Ah! ¡Habladme de guerra! ¿Dónde están los fieros desafíos? Pensar en sus abuelos, es pensar en sus hijos. Para hacer héroes es por lo que es hermoso ser mujer. Tratemos de sacar otra vez al cielo alguna vieja alma; ¡pactemos un gran himeneo! Os amo, sin embargo; mas, en este obscuro y feroz bosque palpitante, la indignación, no el amor, es lo que me domina; no se tiene pudor cuando se tiene vergüenza; yo lo digo: mi país es mi único rubor; ¡no quiero un beso que no cree un vengador!

1873.

XXXVII

A UNA INMORTAL

¡Cómo! Vos, gloria, aureola, deslumbramiento, gracia; vos que no pasáis, ¿teméis á lo que pasa? ¡Cómo! ¡Vos, belleza celeste; vos, diosa, teméis á la belleza de la tierra! ¡Vos que reináis teméis el brillo efímero de aquellas á quienes abril da vida y que son como sus centellas, que, como la verbena y la salvia y el tomillo, nacen con el brillo fugaz de la mañana, embalsaman por un momento los prados y las almedillas, y duran lo que el alba, pues son sus hijas! ¡Vos celosa! ¿De quién? ¡Vos turbada! ¿Y por qué? Vos sois el día sin noche; tú eres el amor sin fin. ¿Qué puede envidiar aquella á quien todo envidia? ¿Quién arrojaría á la belleza del trono de la vida? ¿Quién podría asir á Venus, ese diamante, y arrancarle de la frente del firmamento? Tú estás tranquila en tu azul. ¿Qué te importa á tí, llama, claridad, esplendor, presente siempre como un alma, á tí, encanto del rojo abismo, hecha para el eterno beso del sol, que un rayo se pose conforme pasa sobre una flor? La estrella, en el fondo de los cielos, no tiene miedo de la rosa.

Campos Elíseos, 7 julio 1874.

XXXVIII

Horacio y tú, viejo La Fontaine, habéis dicho:
—Hay un día en que el corazón que palpita apenas,

siente como una lejana canción morir la alegría y huir el amor.

¡Oh poetas! El amor reclama cuando decís:—No amamos, lloramos, no tenemos alma, en nuestros corazones sin fuego ocultamos á Cupido, gotoso é impotente.

El tiempo de amar nunca pasa; ¡no, nunca está cerrado el corazón! Por desgracia, querido Juan, lo que se borra, lo que se va, mi dulce Horacio, es el tiempo en que uno es amado.

XXXIX

A fuerza de soñar y de ver en la llanura á una joven de ojos azules ir á la fuente, Gad notó un día que estaba enamorado. Y huyó el sueño para él. ¿Cómo rechazar aquella dolorosa preocupación? Quiso curarse de ella, pero todo fué en vano; triste, fué á sentarse á las puertas de la ciudad; y viendo pasar á un anciano, le dijo:—¡Ayudadme, señor! El viejo le oyó y acudió. Era un hombre de lengua barba gris. Las palmeras se estremecían bajo el soplo de la brisa; el sol se ocultaba en el desierto polvoriento.—¿Qué tienes?—preguntóle aquel anciano.—Soy muy desgraciado—contestó Gad. Luego agregó:—¡Desgraciado de mí! ¡Amo á una mujer!

—Tuve—dijo el anciano—ese mal que escuece en el alma, cuando era un joven de claro y brillante ojo como tú. Ahora mis cabellos están enteramente blancos, tiembla mi frente, extinguese mi vista, la edad me hiela, todo es para mí sombra; conforme los días

van pasando, la noche va descendiendo sobre mí, y sin aire y sin sostén sufro. Y mi enfermedad consiste en no tener ya la tuya.

XL

Yo oprimía tu brazo tembloroso; avanzábamos los dos juntos, ambos felices y vencedores. La noche era pura y tranquila, llenaba Dios la naturaleza, el amor inundaba nuestros corazones.

¡Tierno éxtasis! ¡Santo misterio! Nuestros espíritus conversaban entre cielo y tierra. Al través de la sombra y de sus velos, tú mirabas á las estrellas y contemplábame los astros.

Y sintiendo penetrar hasta tu alma el dulce ardor de todos aquellos mundos rojos, decías:—¡Dios del abismo, Señor, sois sublime; hicisteis los soles!

Y los astros decían en voz baja al Dios del espacio, al Dios de la eternidad:—Señor, por vos se ama; ¡grande sois vos, Dios supremo; vos hicisteis la belleza!

184...

XLI

EN EL BAILE

Ella se iba acercando, porque él hablaba en voz baja. El la decía:—Se tiene en estas ardientes diversiones una más completa libertad; entre la multitud,

uno se encuentra solo en estos dorados salones; el alegre baile nos oculta á las miradas extraviadas en un torbellino de luz.

Saltan las parejas ardientes, locamente arrastradas. Nosotros soñamos, el uno inclinado hacia el otro, un sueño acaso imposible. Sin ver esas flores, sin ver esas frentes despejadas, pasamos por este baile radiante, deslumbrados por otra invisible fiesta.

Están ellos en las voluptuosidades; nosotros nos encontramos en el amor; nuestros conmovidos corazones hállanse llenos de una misteriosa claridad; un fuego pasajero los abrasa. No pueden ver lo que nosotros contemplamos. Nuestra alma es un oscuro y celeste espejo. Tienen ellos la embriaguez, nosotros el éxtasis.

Mientras que en sus ojos brilla y luce el placer, quisiéramos, turbados por la alegría y por el ruido, que castos velos nos ocultaran. Ríe la multitud, nuestra alma está todavía más arrebatada. Para ellos, en los techos aquellos, brilla el oro; para nosotros, más arriba, las estrellas.

2 marzo 1845.

XLII

EN EL BOSQUE

Nos encontrábamos ella y yo en ese encantador abril que comienza con deslumbramiento. ¡Oh recuerdos! ¡Oh tiempos! ¡Horas desvanecidas! Iba-

mos, con el corazón henchido de éxtasis, la mano suya en mi mano, juntos por el bosque. Por tomar el sendero dejamos el camino, dejamos el sendero para caminar sobre la hierba. El cielo resplandecía con sus soberbias miradas; ella decía:—¡Te amo! Y yo sentíame dios.

A veces, junto á un manantial, nos sentábamos un momento. ¡Cuántas veces mostré su garganta á las ramas de los árboles! Ruborizada y semejante á las náyades de mármol, humedecías tus pies desnudos y blancos como la leche. Luego nos marchábamos pensativos. Me parecía, viendo á nuestro alrededor las belloritas, los alegres botones de oro, las secretas vincapervincas y los frescos albohóles regados por un agua pura, que aquellas florecillas eran todos los besos que de mi boca habían caído en la tuya durante el trayecto mientras andábamos; y la gruta feroz, y la zarza salvaje y la roca negra y calva, murmuraban, envidiosas:—¿Qué va á decir esta noche Diana, la de los castos ojos, la estrellada diosa, viendo pisoteada toda la hierba del fondo del bosque?

XLIII

La blanca Galatea, la de los lascivos hombros, que quería ser vista y huía al través de los sauces, y tiraba, al correr, manzanas á los chiquillos; Cimodocia, la de los dulces ojos, que entonaba canciones y lavaba en los arroyos sus lindas piernas desnudas, hoy, Pamela representando las ingenuas, se ocultarían, sonando con un banquero por sultán, bajo la sagrada sombra de una madre vestida de tartán.

XLIV

SER AMADO

¡Ser amado!, esa es la cuestión, ya ves tú. Amo y se me ama. Dicho esto, todo está ya dicho. Para que yo esté orgulloso, contento; para que yo pueda respirar cómodamente, es menester que yo tenga una sombra y que diga:—¡Amemos! Es menester que otra alma se una á mi alma; es menester que, si estoy ausente, alguien se turbe, y buscándome con los ojos, murmure: ¿Dónde estará? Si nadie dice eso, yo siento sobre mí el destierro, el invierno y el anatema; soy terrible, estoy maldito. El grano que no queda en la criba es el hombre sin hogar, sin objetivo, arrojado al viento. El que no es amado, no está vivo. ¡Cómo! ¡Nadie os escoge! ¡Cómo! ¡Nada os prefiere! ¿Para qué, entonces, el universo? ¿Qué hacer del alma que se tiene? ¿Qué hacer de una mirada que nadie quiere? La vida espera el amor, el hilo busca el nudo. ¿Flotar al azar? ¡No! El temblor se apodera de nuestro ser; ábrese el porvenir como una negra ventana; ¿dónde pondrá uno su vida y su sueño? Uno se cree huérfano; el cielo parece irónico, se tiene frío. ¡Cómo! ¡No disponer de un corazón en el mundo! Nada es capaz de aplacar vergüenza tan siniestra. Se languidece, pesa la hora; el mañana, que se siente venir triste, entristece el hoy. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? Se está solo en el fastidio inmenso. ¡Cuán lentamente se vacía el huso de los días! ¡Cuán pesado es el corazón cuando está vacío! ¿Cómo llevar ese peso enorme, la nada? La existencia es un hoyo de tinieblas abierto; uno se siente caer en ese precipicio.

Cuando Dante entrega á Francesca descabellada al austro implacable y gruñón, un eterno beso la consuela, y el infierno entonces se vuelve cielo.

XLV

Ambos—¿fué en Tibur? ¿fué en Ville-d'Avray?—
vagábamos, y su voz me decía:

—El verdadero amor teme la aproximación vertiginosa de las bocas. Respeta mis miedos. El alma tiene dichas feroces. Quiere ver abrirse el edén, y rehusar. Basta un suspiro, y un beso es demasiado. El pudor es la sombra, y el amor aumenta con él; lo que pierde la querida, lo gana la amante; olvidemos esa carne á la que tú llamas belleza. El amor se convierte en cielo en cuanto se quita el cuerpo. Tú me amas, yo te adoro. Pues bien, seamos fieles, puros, y contentémonos con un temblor de alas. Mi corazón en pleno misterio y mi vida en plena luz, tal es el casto sueño que hago. ¡Oh, deja que mi amor se yerga en mi alma con una frente de estrella! El corazón necesita un sueño, el templo necesita un velo. Respétame. ¡Seamos perfumes, destellos! ¿Qué vemos en este fresco mes de mayo? La proximidad de las almas y de las rosas. Angeles, nos mezclamos en esas apoteosis. Una vergüenza sagrada es una divina antorcha. Te amo. Un corazón salvaje y tierno es tan hermoso como un cielo sombrío alumbrado por fulgores boreales.

Mientras decía esas cosas ideales, yo miraba en lo más tenebroso del bosque, bajo una encina que extendía su sombra como un dosel, no á una diosa

cualquiera, no á una Venus de mármol, sino á un hombre de madera tallado en un tronco de árbol, á una antigua figura de China que se reía de nosotros, sátiros de ojos de macho cabrio que me decía en voz baja con su ancha boca horrible y voraz, como si yo hubiera sido el dulce vagabundo Horacio:

—En otro tiempo yo era un tronco de higuera inútil para todo.—¡Pardiez!—exclamó al verme un escultor persa ó dórico, de aquellos cuyo genio tropieza en la taberna.—¿Haré un banco, haré un dios de este tronco? Quiso que fuera dios. Bien está. Y fui Priapo, y soñé bajo los árboles frondosos.

8 mayo.

XLVI

TAMBIÉN PUEDE HABER ULTRAJE EN LA CARICIA

¡Oh desdicha!, los rayos de luz son crímenes. —¡Basta!—dicen en las sombras los viles cardos á los sublimes lirios. ¡Oh Dios, que sabéis el origen y las consecuencias de todo! ¿Qué hicieron, pues, las cosas bellas, que así las castigáis?

¡Expiación incansable! Las olas son un populacho que arroja á los cabos la afrenta amarga; las rocas sienten escupir sobre ellas las mil bocas; en sus caras feroces tienen la acre saliva del mar.

La flor radiante está en la hierba; ser hermosa es una desgracia; el esplendor desagrada á alguien; la

tirana babosa sube á la rosa esclava, la besa, y la mancha y la lava son el castigo del perfume.

¿Por qué, tempestad, hieres sin descanso con tu vil relámpago al monte que se yergue en la niebla? ¿Con qué derecho en el Edén, imitando á las orugas, tocas á las jóvenes, labio disforme del anciano?

El gran verdugo se llama envidia, el largo insulto de la vida se cumple á cada instante; Dios, que nada ahorra, deja caer desde su nido de águila el trueno sobre las frentes poderosas y el beso sobre las frentes encantadoras.

26 julio 1854.

XLVII

EL BLASFEMO DEL AMOR

GABONUS, solo

Su perro está sentado á sus piés

La bella se llamaba señorita Amable, y ella era combustible; y yo inflamable. Un 13 la ví pasar por el Puente Nuevo. Las Gracias eran tres, las musas eran nueve; esto es lo que hace sagrado el número 12 y fatal el 13. Pues bien, un 13, una andaluza de Pantin,—tales son los encuentros que se tienen,—amable, de una mirada encantadora, me asesinó. Duelo, dúo. Bajo el paternal ojo de los ediles, son muchos los idilios de esta clase que nacen en el Puente Nuevo. Yo la

califiqué de ángel, durante un mes poco más ó menos. Para ser breve, diré que cierto día me pregunté si rompería con ella cuando, con un dulce sol de abril, entre dos lluvias, recibí este billete del ángel:

«Me fastidias. Buenas noches.»

Lo cual me puso furioso. Tanto más por cuanto era ella quien me fastidiaba á mí.

Gusté en seguida, locamente, no sé á qué diosa á quien rodeaba un extraño séquito; poetas, tronados, truchimanes, chambelanes del juego, negro demonio que frecuenta los garlitos, gentes que se enriquecían en la aventura épica del rey de oros burlado por la dama de espadas, que decían del amor, ¡uf!, y del honor, ¡puf!, pero que trampeaban.—Adoré algo á aquella bribona, que me plantó por un príncipe vá-laco. Hice, á renglón seguido, conocimiento con un jefe de *claque*, el cual me hizo entrar en el arte, y gracias á él fuí casi admitido en el rango de los comicastrós y pude tener el honor de acercarme á las comicastras, en calidad de esclavo adorador de sus botinas. Una de ellas, Lisa, aceptó mi corazón bajo sus talones; en el tiempo que un papagayo tarda en subir tres escalones fuí vencedor, fuí feliz y fuí bestia; tres progresos. Mas ¡oh desdicha!, la mujer es la tempestad. Cierta día, llena de cólera, Lisa despidió á todos sus lacayos, entre los cuales estaba yo.

Como una novela desgarrada en mitad de la calle, yo había ya perdido más de uno de mis capítulos; había salido de los unos, había salido de los saltimbanquis; mis amantes no eran otra cosa que un vago recuerdo; de repente sentí que todo en mí se rejuvenecía, como si el sol cubriera de púrpura mi ventana,

y mis ilusiones más rosadas renacieron viendo á una joven que se confesaba. El travieso Cupido penetró en mi banal corazón al compás de trompetas y charangas. ¡Ah, cuándo se pondrán faros sobre la mujer! En la iglesia, donde de la enfermedad muere el contagiado, en la casa de los sacerdotes, en el rincón de la religión, entre dos santos de piedra, un apóstol y un profeta, distinguiendo en la sombra una muchacha perfecta, cometí la necedad enorme de amarla; me incendió sin encenderse no obstante; tuve la áspera embriaguez de las llamas despreciadas; ella me permitía vagar bajo sus ventanas, nada más. Perdí alegría, razón, humor; estuve imbécil de amor todo un año. ¡Verdad que cuando ella murmuraba su oración, como un enjambre de pájaros acudían los querubines y la llamaban hermana mía! Cuando se encerraba con su confesor, me la figuraba pendiente del calvario, juntas las manos, vírgenes sus ojos, severa su frente, casto su perfil, hecho por Greuze ó por Lancret. Un hermoso día, por un indiscreto agujero de la cerradura, en lugar del Gólgota, contemplé el Olimpo; yo, que no me hubiera atrevido á tocar con el dedo su pañuelo del cuello, la ví completamente desnuda en brazos de su sacerdote. ¡María era Venus! ¡Inés era Hebe! Esto me puso en fuga y me tuvo algún tiempo descolorido.

Sin embargo, siempre tenía en la mente este problema: encontrar un corazón que fuese el compañero del mío. Hiceme viajero, buscador, bohemio, nómada, y exploré los mares, las olas, las islas.

Cierta día desembarqué en un país sin poblaciones, casi sin hombres; un lugar encantador; y hallándome pensativo, tuve la sorpresa de ver acercarse, en el estado natural, á una mujer desconocida. Exclamé,

viendo que estaba completamente desnuda:—¡Ah, ésta al menos confiesa! Y muy halagado:—¿De qué pozo salís?—le dije—¡oh Verdad! Ella se acercó á mí, luego huyó, volvió á acercarse, y Vegecio no hubiera maniobrado mejor que aquella salvaje; tan bien, que en la manera como me abordó, ví que Otaiti parecíase á Breda. La civilicé. Pero, ¡cielo azul!, ¡cuántas cosas hube de darle!, ¡enaguas blancas, sombreros color de rosa, trajes, capas, terciopelos, alhajas de precio! La salvaje, al contrario de las mujeres de París, comienza desnuda y acaba vestida. El hombre hace la muñeca y Dios hace la estatua; en estas pocas palabras enciérrese la mujer. La carne sirve de pretexto para nuestras ropas. La isla era un edén tibio y siempre de fiesta; yo era Adán, mi Eva era hermosa y bien formada... Pues bien, aquella obra maestra tenía un mono por amante. Yo era de vez en cuando mirado con fijeza, al través de las ramas llenas de flores, por un gorila. Siete piés de estatura, dientes de tigre, ojo brillante... ¡Zape! Me evadi del paraíso.

Luego, buscando los amores como una yedra los sostenes, hice todas las pruebas posibles; borré en mí una aventura por otra aventura; amé, creyendo que amar no ha perjudicado nunca, á una por placer, á otra por fastidio, á la una por su canción, á la otra por su riqueza, á la otra porque, aunque anciana, era duquesa, á otra por sus amantes, á otra por su marido; adoré á Berta, á Ana, á Mosquetón, á Colibrí, á Juanita y á Olimpia. Así, pues, he conocido á las mujeres, he conocido sus corazones, he conocido sus almas, lo alto, lo bajo, lo verdadero, lo falso, el mal, el bien; y he aquí mi conclusión:—¡Ven, perro mío!

20 diciembre.

XLVIII

Cuando, amándose, dos corazones han envejecido poco á poco, ¡oh qué dicha profunda, íntima, recogida!; el amor, himeneo de las alturas, puro lazo de las almas, guarda sus rayos aun perdiendo su fuego. Aquellos dos corazones, de los cuales se apoderara en otro tiempo, no son más que uno; de los recuerdos de su común pasado, hace el amor imposible que puedan vivir uno sin otro (¿no es verdad, Julieta?, ¡esta vida es la nuestra!), tiene la paz de la noche con la claridad del día, y se torna la amistad sin cesar de ser el amor.

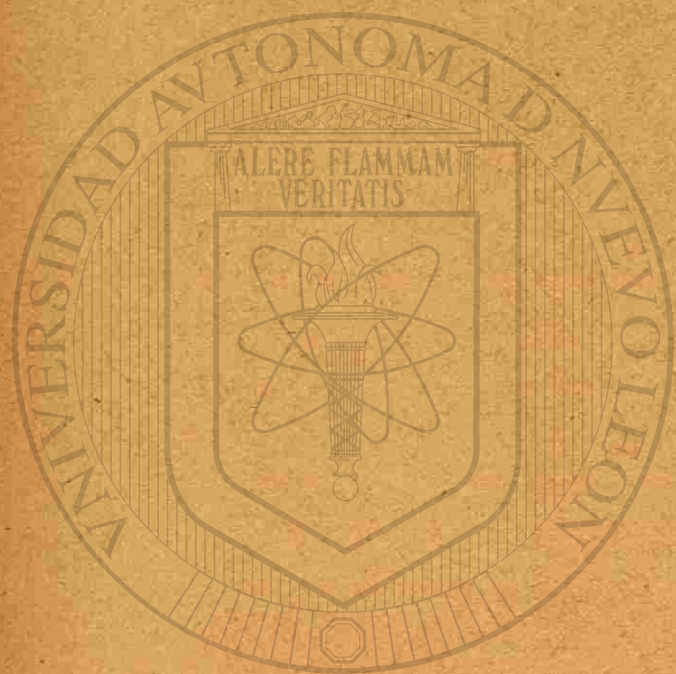
22 septiembre 1864.

VII

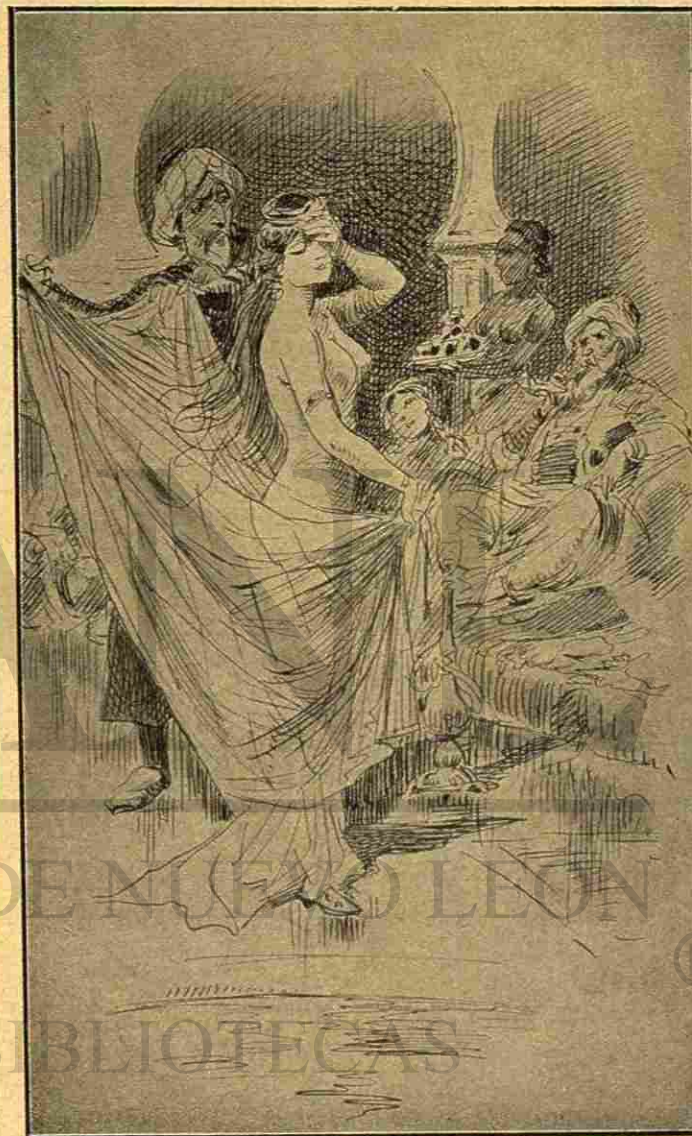
LA FANTASÍA

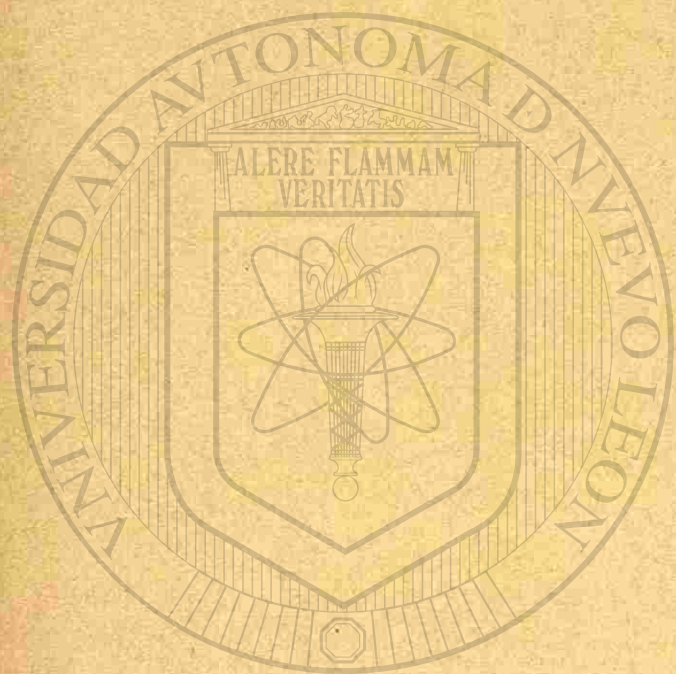
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE P

1

LA BLANCA AMINTA (*)

—Eso es, dijo, ¿qué te parece, eco, si hiciéramos juntos una canción?

En cuanto Aminta hubo llegado, desnuda, ante el dey que le parecía feo, más blanca que trozo de mármol de Carrara, deshizo sus cabellos, largos y rubios. Entonces, ¡oh cabeza de eunuco, nuca del bostangi! (1), te encorvaste hacia abajo. El bajá, cuya alma inflama el amor, dejó caer á sus piés el pañuelo, diciendo: No seas rebelde, hermosa; quiero tus blancos piés y tus rubios cabellos. Y era el bajá de Epiro peor que un verdadero monje y más cálido que un manco (2), haciendo suyas á turcas y circasianas y manteniendo á ciento para él solo. Pues bien, á su exigente palabra, nada contestó al bribón la gentil Aminta. Inclino su cuello de cisne, señal de que encontraba hermoso al

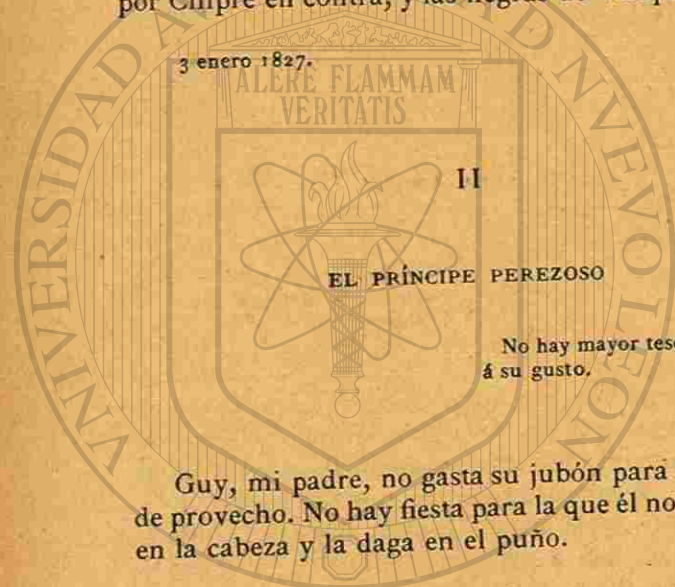
(*) El mérito de esta composición y de las que llevan por título *El príncipe peregrino*, *Vaso de China*, etc., estriba más que en el fondo, en la originalidad, movimiento y gracia que rebosan en la versificación del original francés.—N. del T.

(1) Bostangi-bachi, intendente de los jardines del gran señor.

(2) Manchot, también es el nombre de una ave.

viejo cuervo Cuando sus mujeres vieron á Aminta, á más de veinte les ocurrieron muchas ideas celosas. Largo tiempo el serrallo habló de ella, luego de sus largos cabellos rubios; las blancas que se encuentran por Chipre en contra, y las negras de Visapur en pro.

3 enero 1827.



No hay mayor tesoro que vivir á su gusto.

Villon.

Guy, mi padre, no gasta su jubón para hacer algo de provecho. No hay fiesta para la que él no se apreste en la cabeza y la daga en el puño.

Mi abuelo, navarro, hizo la guerra por la cruz con Alonso, corazón de bronce, en el año mil ciento veintitrés.

Juan de Mesme, mi abuelo, que duerme descolorido en su mortaja, en la celosa Tolosa luchaba solo contra doce.

Mis antepasados, de mucho renombre, dueños de los condados, llevaban en la margen de un ancho dorso una carga de ciudades.

Uno de ellos, Eudes de Montfort, fué el más fuerte

de los leudos; su hombro llevaba sin esfuerzo á Dola hasta el polo.

Su abuelo, sicario negro de Atila, acero antiguo, tuvo en el alma más fuego que el Ekla.

Yo, su desmirriado sucesor, soy el príncipe perezoso. Mi brazo se rompe si descuelga su coraza de gigante.

Pues, menos goloso de muescas, sonriéndome de las batallas, todo me cansa, fiestas, caza, decir: gracia, orando.

Hasta á las bellas tengo menosprecio, y mi corazón, lejos de estar preso por ellas, deja, en una palabra, que echen un sueño tanto los ciervos como los maridos.

1828.

III

LO QUE GEMMA PIENSA DE EMMA

¿Qué hace el platero? Sin duda acaba algún anillo misterioso; su tienda parece un sueño que llenan vagos ojos;

El ópalo es una pupila, la turquesa es una mirada; la llama tiembla eternamente en el ojo del huraño rubí.

La esmeralda esconde en su faceta una ondina de

clara frente; la vizcondesa de Cette tenía los ojos verdemar.

El diamante, deslumbrado por los cielos, sueña bajo su velo; tanto mira á la estrella, que la estrella entra en él.

El ámbar es una lágrima austera; el zafir de casto fuego se ha vuelto azul bajo tierra de tanto como ha contemplado á Dios.

Una mujer entra en casa del platero con la sonrisa en los labios; en sus labios las palabras agitan las alas cantando.

Lleva un chal con palmas, un sombrero color de rosa encantador; al rededor de sus grandes ojos tranquilos todo se estremece dulcemente.

Brilla y charla y parece cosa que luce, perfume, colibrí; tan hermosa que hace temblar el corazón, se admira y busca un abrigo.

¿A dónde va? ¿De dónde sale? ¿De dónde sale el alba? ¿A dónde va el día? Ella es la alegría, chispa de esa llama, el amor.

El pueblo admira, á través de los cristales, con ojo tierno y transportado, la cachemira las mujeres y los hombres la belleza.

Todos la llaman hada ó reina, astro, ángel bajado de los cielos, y se sienten llenos de odio hacia su amante desconocido.

Es blanca, amable, exquisita, loquilla y alegre, y

toda la muchedumbre está conquistada sin combate; cada uno suspira por lo bajo:

—Quisiera ser...—y se nombra algún ideal triunfante.—¡Su amigo!, dice un joven.—¡Su marido!, dice un niño.

¿Quién es, pues, esa mujer? Es una mujer. Cuando Dios hizo la primera alma, ésta nació y la hechizó.

Escoge en casa del joyero todas las joyas hermosas, que se estremecen; y el oro parece tener calentura entre sus deditos blancos.

Lo toma todo la pirata: la verdemar, hermana de las gotas de agua, las ágatas de Surate y los esmaltes del Lido,

y el aderezo completo de sardónica y de berilo. A cada nueva compra prorrumpe en una suave risa pueril.

La perla ve á esa bella. ¿Por qué huir, perla de la dulce frente?—Me gusta más el mar,—dice ella;—es menos obscuro y menos profundo.

5 abril 1855.

IV

VASO DE CHINA

A LA CHINITA Y-HANG-TSEI

Virgen del país del te, en tu hermoso sueño encantado, el cielo es una ciudad de la que China es el arrabal.

En nuestro oscuro París, niña de la frente pura, buscas tus jardines de oro y azul, donde el pavo abre su cola;

y sonríes á nuestros cielos. A tu edad, un enano alegre pinta la inocencia, flor azul, en la loza de los ojos.

1.º diciembre 1851.

V

MALAS LENGUAS

¡Un pichón ama á una pichona! Gran escándalo en el matorral que todos los años estuca mayo. ¡Una paloma zorita ama á un palomo!

Su historia llena los setos de ojaranzos. Están comprometidos por los suyos; en las familias se ve que está uno rodeado de enemigos.

Espionaje y comadraje; nada da más acritud, odio, virtud, rabia y hiel que una felicidad acechada.

¡Cuánto furor en aquella égloga! El enjambre que vuela habla con mil voces y mezcla á su diálogo todas las espinas del bosque.

La cotorra y el abejaruco sueltan porqués, síes, peros, á que los gestos de los aguzanieves parecen poner comillas.

—¡Yo sé muchas cosas de la perezosa!—dice un cuervo, juez de birrete.—Yo conozco á su lavandera.—Y yo conozco á su portero.

—¡Verdaderamente ella no tiene nada de salvaje!—¿Es seguro que están casados?—Para el premio de buena conducta, ahí tenéis dos palomos bien averiados.

El grajo dice: ¡sus besos blasfeman! El pinzón canta: ¡esto marchará! La pardilla gorjea: ¡se aman! La urraca añade: et cætera.

En el informe pasado por un murciélago á la policía se lee que al anochecer él se desliza hacia ella con pequeños gritos.

El pueblo alado se indigna, reprende, fulmina un veredicto, lanza un *bill*. Tal es el mundo. De la charla sale una sentencia terrible.

Escondeos, Rosa. Huid pronto lejos de la chismería encarnizada. El amorcillo que se propala es un rosal desarraigado.

Todo este cuento, ¡oh bella inefable!, debe ser meditado por vos. Tened cuidado, es una fábula, es decir, una verdad.

VI

A UN RATÓN

¡Oh ratón de ahí arriba!, en el granero, tu oasis, mascullas los Pontmartins y los Nonottes enmohecidos.

Andas oliendo con tus mostachos esos viejos volúmenes que han ornado con tan inexpresables manchas las narices.

Tú, ratón, cenas y te desayunas con novelas enfriadas, con versos muertos y cuartetos en otros tiempos jóvenes.

¡Oh ratón! ¡Tú roes y piensas! Tú masticas á granel en tu desván los antiguos dogmas y los antiguos sueños.

Para tí es para quien escriben los buenos Patouillets que alegremente festejas; para tí son las gentes bestias y feas.

Para tí, ratón, que los disecas, dicen en las bibliotecas los sonetos y los sermones: ¡Durmamos!

Para tí se desmoronan los nombres postizos; todo logra pudrirse bien; la rima se vuelve rancia por la punta de los hemistiquios.

Para tí es para quien cae en ruinas el montón deforme de los rudimentistas; para tí es para quien bulle la tumba de las palabras.

Para tí, ratón, en tu zaquizamí se hace viejote Garasse; y para tí se arruga Veuillot.

La posteridad, poco sensible, trata así la obra de los pedantes: la obscuridad encima; tú, ratón apacible, dentro.

El público incivil echa á correr ante esos libracos de hoy, donde yace el fastidio como en el fondo de una alcoba;

Tú no tienes ninguna de esas debilidades; ¡oh ratón cortés!, en cada dentellada que marcas en ellos, se reconoce el olvido.

*

Pero es igual; te compadezco; contempla allá, bajo los purpúreos cielos, al conejo en el inmenso templo de los prados.

Va, viene, bebe el incienso, se embriaga de rayos de luz, de vida y de azul, mientras tú hincas el diente en un libro demasiado maduro.

La aurora está aún en camisa, cuando él, en pie, se alimenta; su mantel verde está puesto siempre; ríe.

Es el rey de los claros de la floresta; sentado sobre sus posaderas, contempla el cielo, tranquilo, despreocupado.

Pone toda clase de caras á la pradera, al alba en ascuas, á las corolas, á los estambres, á Dios.

Sus dos patas, telégrafo de la hierba fresca, á cada instante mandan al cielo este despacho: ¡Contento!

Chapotea en pleno séropol. Mira; es voraz y burlón; compara: él muerde la salvia en flor,

el anís, el perfume, el rocío, el trébol, la hierba-buena y el tomillo; tú *El Ermitaño de la Chaussée d'Antin*.

1839.

VII

Bailadora, escúchame. El Dios del firmamento, que creó el alba pura é hizo encantadora tu frente joven, pone con su mano á todo lo que contiene la dicha algo que brilla con resplandor á la vez químérico y real: la lentejuela en tu falda y la estrella en su cielo.

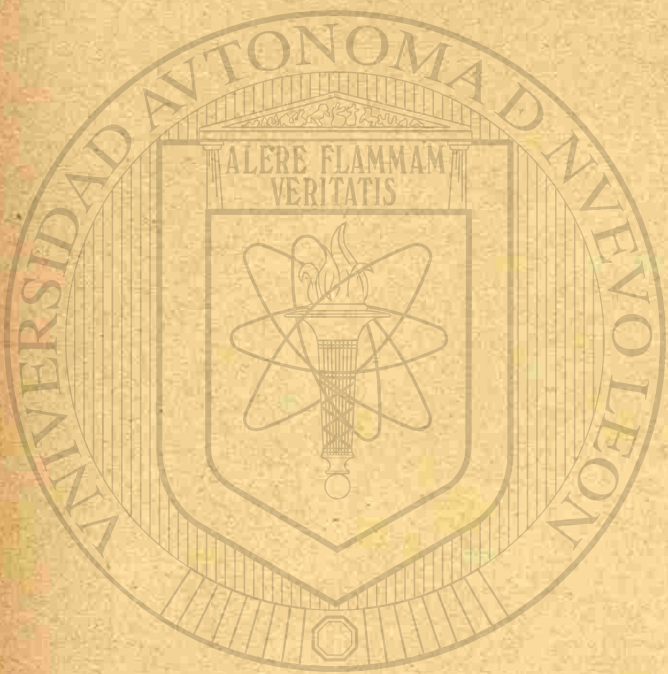
1839.

VIII

EL PÓRTICO DE SAN LUCAS

El pórtico de San Lucas descansa sobre un viejo fuste de piedra, y pórtico y fuste no son más que hierba y yedra.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un hombre singular, más grave y más bien sentado en el reborde del pilar, que un arzobispo en su silla ó que un juez en la sala primera, está arrimado al pilar. Anciano taciturno y repulsivo como el mes de diciembre, del que creo que usted, señora, tendría más miedo que de todo un bandido encontrado en un bosque. Uno se estremece menos por una serpiente que por una oruga. Es un pordiosero rojo, vestido con un andrajo, que se confunde, arrugado, sórdido y cabelludo, con el lindero gris y el muro carcomido. Sobre aquel viejo tuno van lloviendo las monedas. El pilar no es más que una lepra y el hombre una llaga. ¡Por Hércules! Uno está á punto de jurar que aquel viejo germinó un día en aquel pedrusco legñoso, y semejante al muérdago que crece sobre la encina, cubierto de barba como la piedra de musgo, como una flor que se abre á las mariposas, salió de las grietas del granito con todos sus andrajos, tan bien que ahora, gesticulando en la calle, es la verruga viviente del viejo pilar. Hombre extraño entre todos, que os afrentaría, que, sin conmoverse demasiado, vería vuestra hermosa frente, vuestros largos cabellos dorados como los cabellos de Eva, vuestra boca que ríe, vuestra mirada que sueña, y preferiría á todo eso—¿es sabio?, ¿es loco?—el perfil de un rey viejo grabado en un sueldo grande.

IX

Á UN HOMBRE SERIO

Sí, hay que reír, aunque uno fuera Homero; hay que reír, aunque fuera Catón. El bosque, nos ofrece

Dejanira, el prado nos da á Margotón. La risa proviene de los dioses. Reina, está en Roma lo mismo que en Pantín. La risa es el atributo del hombre; César reía y reía Bruto. Jesús sonreía; pero, al fin y al cabo, sonreír bien es reír un poco; y por esto es hombre y por esto es Dios.

El bosque nos ofrece á Dejanira, el prado nos da á Margotón. Si, aunque uno fuera Homero, hay que reírse; hay que reír, mi querido Catón.

X

PROPINA REAL

Iba yo á hacer una visita al rey. Los alrededores de su palacio estaban llenos de mujeres desnudas, especie de serrallo esparcido como un rebaño. Cuando entré, vino el rey cubierto con un gran sombrero, en traje negro, los piés desnudos y completamente borracho; se sentó en un trono de cuero con clavos de cobre, y dijo:—Hombre, ¿sabes que yo soy nieto del mago Zoroastro, antiguo rey de Menfis? Habla.—Y yo contesté al hijo de Zoroastro:—Sí, señor.—Y le puse en la mano una piastra que se metió prontamente en el bolsillo de su fraque de gala. Quedó contento, me ofreció de beber y se fué.

XI

BUEN CONSEJO Á LOS AMANTES

El amor fué en todo tiempo un Ananké muy rudo; si no se quiere ser echado á la puerta, desde que se ama á una bella, se observa, se escudriña; se pone lo natural á un lado; de bruto bestia, se hace uno ángel; se es el enano Micromegas; sobre todo en casa de ella no se hace gasto; se calla, se espera, nunca se fastidia uno, se encuentra buena la escarcha y el cierzo y la lluvia, y hay que decir: ¡tengo calor!, aun cuando se esté tiritando; una palabra de sobra os pierde. Oid esto:

Un bravo ogro de los bosques, natural de Moscovia, estaba muy enamorado de una hada, y las ganas que tenía de casarse con aquella señora se acrecentaron hasta el punto de volver loco á aquel pobre corazón tan tosco; un hermoso día de invierno, el ogro peina su velluda piel, se presenta en el palacio del hada, saluda y se anuncia al ujier como el príncipe Ogrosky. La hada tenía un hijo, no se sabe de quién. Aquel día había salido, y en cuanto al pequeño, hermoso niño rubio, alimentado con crema y bollo, don otorgado á aquella Calipso por algún Ulises, estaba detrás de la puerta y jugaba con el aro. Dejaron solos al ogro y á él en la antecámara. ¿Cómo pasar el tiempo cuando nieva, en diciembre, y cuando no hay nadie á quien decir una palabra? El ogro se puso entonces á zamparse al chico. Es muy sencillo. Sin embargo, es ir un poco deprisa, aun cuando se sea ogro y se sea

moscovita, engullirse así los chiquillos del prójimo. El bostezo de un ogro es hermano del hambre. Cuando llegó la dama no parecía el niño; buscan. La hada se apercebe del ogro con su enorme boca.—¿Has visto, le gritó, un hermoso niño que tengo? El bueno del ogro le contesta cándidamente:—Lo he comido

Y ahí estuvo la torpeza. Los que procuráis agradar, no os comáis al niño á cuya madre amáis.

XII

A la edad de las pastorales, cuando los labios están floridos, Lisa y yo errábamos por los jarales, lejos de las praderas; Lisa con su trenza al viento, yo temblando por una caricia; la amada, el escolar.

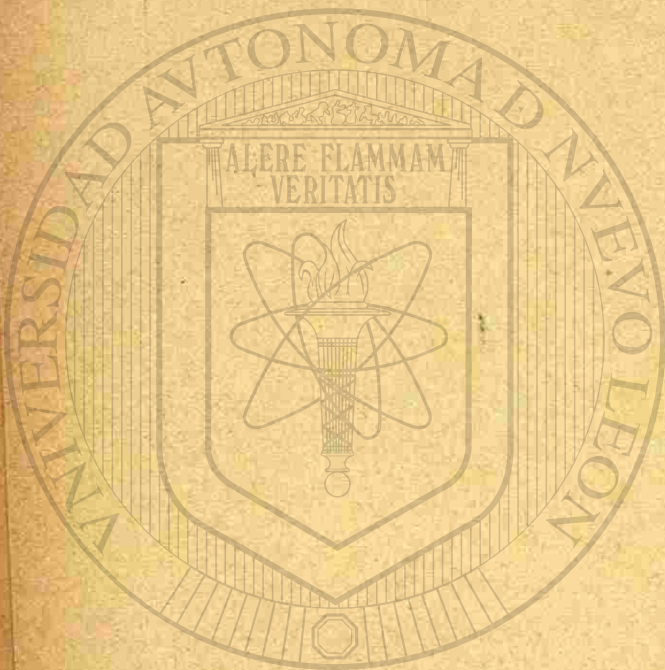
Viendo que se acercaba la noche, me atreví á desconocerme; me tomé un beso tal vez; un fresno viejo suspiró; la república de las bestias, gorriones y curruacas, cantaba sobre nuestras cabezas: ¡Esto marcha!

La noche extendía sus brumas. ¡Dulce amor, tú nos consumes! De repente distinguimos (¿era un chivo?, creo que sí) entre la salvia y la siempreviva ¡oh cuentista del rey de Garbe! una barba dentro del bosque.

Yo que conocía mi Títiro, y á quien Horacio atrae á los campos, grité:—¡Es un sátiro! Lisa dijo:—Es un zapador! Y sin darnos cuenta de ello, huímos, ella menos rápida; ella tuvo vergüenza y yo tuve miedo.

La áspera selva taciturna, tiene en su nocturna





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obscuridad todos los fantasmas, Saturno, Fauno, Irminsul, Urián; la gran Driade verde, cubierta de un vago horror, desconcierta á Florián.

XIII

EN UN ANTIGUO CASTILLO

No tengamos miedo á las negras torres. Las rosas recubren las tumbas. Amemos. Olvidemos á los buitres y acordémonos de las palomas.

El amor es fantasma en este sitio; ese dulce aparecido se pasea por él; Parabère hechizó aquí á Chau-lieu; aquí riñó Alceste á Celimena.

El beso ríe en el jardín; y ese bosque y esa colina, habiendo visto el verdugado, reconocen las faldas hinchadas.

Tengamos una alcoba con ventanas, tengamos una cama á lo pastor; ayer y mañana son gemelos, antes es nuestro camarada.

¡Qué encantadores son los antiguos pecados! ¡Mezcle-mos con nuestras jóvenes quimeras todos esos frescos Cupidillos escondidos entre las sayas de nuestras abuelas!

17 septiembre 1861.

XIV

LA LUNA

El Olimpo tiene en el azul gradaciones desconocidas; un día Venus, bajando aquella escalera, cayó, se hizo cardenales en otras partes que en la cara, y los hombres desde abajo rieron; el temor se borra cuando se puede ver á los dioses por el otro lado.—Sea,—dijo entonces Venus afrentada por su risa;—ya que los hombres han tenido esta buena fortuna, ya no verán de mí más que esto.

Es la luna.

3 junio.

XV

BLASÓN

El marqués de Baden tiene dos cuernos; el uno decora su blasón (no tengo ganas de que me adornes con semejante compostura, Anita).

Bella, no tienes escudo, pero tu dulce risa es encantadora; bebes en las fuentes nunca agotadas y crees en el cielo que nunca miente.

Esos príncipes, á los que envuelve la obscuridad, estaban siempre con la espada en la mano; á menudo

conquistaban la Europa y algunas veces el camino del otro mundo.

Guerra fuera, guerra civil, todo gustaba á aquellos aventureros; dejaban tranquilamente en la ciudad á su mujer con uno ó dos pajes.

Aquellos fieros badeneses de pie ligero hicieron guerra con los hijos de Orcán, al negús, monote cristiano negro, al gran Knez, primo del gran Khan,

en los países de nieve y de arena, en Viena, donde reinaba el delfín, en Chipre, en Zante, en Roma, al diablo; viajaron tanto, que, por último,

aquellos marqueses sujetos á las ausencias, celosos de los cuernos del bisonte, añadieron sus excrecencias á la grandeza de su casa.

10 septiembre 1865.

XVI

¿Quieres vivir, ser admirado y estar gordo y ser enterrado centenario? Teme el jubón demasiado ceñido, á la gente de bonete cuadrado, la tinta y el papel timbrado; haz uso moderado de Cibo, Baco y Venus; deja para los patanes el *poiré* (1), la seta en el prado y la criada al cura.

(1) *Poiré*, bebida hecha con el zumo de las peras.—(N. del T.).

XVII

CADA SIGLO TIENE EL SUYO

El xvi tuvo á Turlupín. El xvii tuvo á Escapín.
El xviii tuvo á Crispín. El xix á Dupín.

XVIII

MASCARÓN

Tenía la frente baja, la risa de un pirata, el pelo negro, el ojo chino, el aire de facineroso; un turbante le cubría como á un Nostradamus; y casi juntándose en su gruesa nariz roma, cejas y mostachos de enorme anchura, le dibujaban una X á través de la cara.

XIX

UN LADRÓN Á UN REY

—Bajo el cielo obscurecido por momentos, sois un ambicioso, señor, y yo soy otro también; rey, los dos, porque el hombre se emborracha de distintos modos, tenemos el mismo objeto, que es tener de qué vivir; para esto necesitamos—¿soy yo sabio? ¿eres tú loco?—tú, príncipe, un reino; yo, pensador, un sueldo.

Todo hombre es el mismo hombre y hace la misma cosa; rey, la bondad de ser desconocido se compone de la dispersión de todo en el infinito; nadie es desheredado, nadie es desterrado, y los vientos arrojan á los reyes el imperio y á los bergantes el óbolo, pues tal es la inmensidad de los soplos. Ambos queremos, á todo precio, no importa dónde, tú agrandar tu reino, y yo ganar mi sueldo, y en nuestra sabiduría ó en nuestra demencia, rey, estamos ayudados por el inmenso azar. Sólo que yo valgo más que tú. Dignate escuchar.

Los dos somos hijos; tú, á quien hay que temer, de la extranjera, y yo de la bohemia; rey, el que tu majestad haga prender á la mía, no prueba que en nuestro desacuerdo la tuya tenga razón, señor, y la mía tenga culpa. Yo nací, déjame que te cuente este cuento, para tener hambre siempre y no tener nunca vergüenza; porque comer no es nada vergonzoso. Nada es tan verdadero como el hambre; y el infierno, del que el hombre hace el ensayo, es la denegación eterna del pan huyendo de las bocas; y por esto yo vagabundeó por el fondo de los bosques agrestes.

Yo no soy malo, yo que hablo; sin quitar á los mortales uno solo de sus cabellos, quiero retirarles un poco de las cosas superfluas y pesadas que ponen sus bolsas demasiado mofletudas. Gasto en esto mucho talento, rey, nunca derramo la sangre. Escúchame, medita si quieres, y si puedes digiere, pero comprendeme. Yo odio el mal que se exagera; matar es orgullo; ¿casar á un burgués? ¡uf! ¿para qué? El asesino es un ladrón entumecido. Rey, yo soy un imán invisible que pasa, y que por su errante suavidad en el espacio atrae sin gritería y sin brutalidad y hace ir hacia él de buena voluntad los *farthings* dormidos en

los bolsillos de los hombres. Me anexiono los sueldos, sin despreciar las cantidades; pero los buenos sacos, bien pesados, es una rareza; me basta un dinero, y á menudo, por todo provecho de mis vastos trabajos, dignos de vuestra estima, colegas míos los señores reyes, no tengo más que cinco céntimos; como soy indulgente con los hombres, me contento.

Procuro costar á los pueblos poco dinero, pero costarles la comida. Tener una madriguera, hacerme de ella un Louvre, acechar al hombre que pasa ó el postigo que se abre, esperar que algún mercader con las brisas vespertinas se duerma y deje bostezar el cajón del despacho, meter mano en él con una agilidad de ángel y no ser visto en aquel misterio extraño más que por los astros pensativos desde el fondo del profundo cielo; espiar el minuto en que las bellas deshacen su liga á fin de pillarles el reloj; operar el encuentro de los sueldos con mi garra; añadir al destino mis diez dedos para alargarlo más; decir á Dios: En el fondo, tú ya sabes que me debes; pues no te enfades; esta es mi vida, alteza; vos tenéis la grandeza, yo la pequeñez; rey, ante el sol, este flagrante prodigio, lo infinitamente pequeño vale tanto como lo infinitamente grande; ¡vale más!

Yo, gusano de tierra y filósofo, yo no tomo en serio la tela que me viste. Representar la comedia es el flaco de Dios; él no se irrita, pero se burla un poco; es un poeta y el hombre es su polichinela. El nacimiento y la muerte son dos campanillazos, el uno á la entrada y el otro á la salida del muñeco de cartón. Me río con el viejo maquinista Destino. Todo es decorado. En el fondo falta la realidad. Todo es afeite, desde el rey al saltimbanco; Jicroisse y Hamlet. Sabed esto, mortales temblorosos; con tela de algodón,

qué hace grandes pliegues blancos, con harina y blanco de albayalde, se es en escena un espectro, ó bien Pierrot.

Mi astucia, en mí que soy un ser infinitesimal, consiste en no hacer verdaderamente ningún mal á los hombres y en vivir, sin embargo. Haz tú más, te desafío. ¡Rey, no está de más esta filosofía!

Prosigo. Pretendo que valgo más que tú, más que todos, y lo pruebo á tí, muchedumbre; á vos, rey.

He observado que el hombre, ínfimo y triste esbozo, no tiene más que su mano derecha, y á lo sumo la izquierda; lo que hace que tú, príncipe, hombre, augusto animal, llevas bien la fuerza y mal la justicia. Ante esto, he meditado, queriendo sobrepasar al hombre; y seguro de mi buen derecho, pero económico de énfasis, benévolo, nada parlanchin, discreto bajo el cielo azul, reparador obscuro de las lagunas de Dios, á fuerza de pensar y de querer, á fuerza de sondearlo todo más allá de la corteza, príncipe, y de estudiar á fondo el corazón humano, he concluido por tener una tercera mano, la que no se ve. La buena. Tal es, señor, mi arte. El resultado, robador. Máscara de cera, fantasma, sombra, polvo y ceniza; ¿majestad, has comprendido?

¡Oh reyes!, vosotros sois un lado, yo soy el otro. Yo soy el hombre de espíritu, el amo del crepúsculo obscuro, del riesgo, del tal vez, de la nada, del transeunte, del soplo aéreo; yo poseo aquel todo que vos llamáis nada; combino el viento con el destino; y yo existo. Mi alma está vuelta hacia el azul. Y pensando que, después de todo, en este mundo, pícaro rematado, soy un picoteador pacífico del azar, que mis dien-

tes no son dientes inexorables, que no derramo la sangre de los miserables como un juez, como un verdugo, como un soldado; pensando que soy el candidato á cero, que mi ambición, sin duración y sin odio, se cierne sobre los humanos con mesurada ala y se detiene en el punto donde se acaba mi hambre, y que, en fin, no hago más que lo que hacen los alegres pájaros del cielo bajo el olmo ó bajo el arce, me siento venerable de no ser malo.

Sí, soy un mortal dotado de facultades que no tienen muchos reyes esculpidos en el mármol. Un bayoco (1), metal inerte, simple cobre, si me siente cerca, se vuelve vivo, procura seguirme, y la moneda ve en mí á su Pigmalión; y vuestros sueldos, oh burgueses, que, reconociendo su jefe al aproximarme yo, os abandonan sin rebelión, sin ruido, para venir tiernamente á mi bolsillo, representan, señores, tantos cuidados por mi parte, tanta destreza, un escrúpulo tan hermoso en mis necesidades, y tantos deslizamientos de anguila y de culebra, que en vuestras casas son sueldos y en la mía obras maestras.

¡Ah, qué arte el mío! Mi colaborador, Dios, que pone lo posible á mi altura, oh príncipe, sabe todo el cálculo, toda la industria, el heroísmo, el aplomo, la alta fantasía, las sonrisas á la avinagrada suerte, las dulces miradas á la Fortuna, loca amable de ojos extraviados, la paciencia augusta y el estudio encarnizado y los trabajos que necesito para, al cabo de una jornada de pasos errantes, poderosos ensayos, esfuerzos temerarios, hacer cambiar de año á dos ó tres maravedís.

(1) Moneda de Italia.

Pero tú, ¿cuál es tu pena? Ninguna. ¿Y tu mérito? Nulo. Uno cree ser grande, ¡qué! ¡porque hereda! Tu padre al irse te dejó el mundo. Haber nacido, ¡qué esfuerzo! Tener hambre, ¡qué talento! Mamar de su madre y luego comer un pueblo. ¡Oh príncipe, tu apetito es grande, pero tu genio es escaso!

El mejor día, pareciéndote bajo tu púrpura y tu cordón azul que tener un pueblo para tí solo es demasiado poco, echas una mirada de dulce deseo sobre un imperio, como un macho cabrío á un codeso. Dices: ¿si me metiera en el bolsillo el pueblo de al lado? Entonces, por fuerza, ayudado en tu ferocidad por el sacerdote que investiga en el fondo del cielo, devana el rayo y pone á tu servicio el Dios de la penumbra, cegándote tú mismo de tu refulgencia, honrado, sagrado, bendecido, sangriento, te apoderas de cualquier país que esté á tu alcance; toda la tierra tiembla y grita espantada; en cuanto á tí, tú vas á devorar, haces lo que te enseñaron; no te pones á hacer ningún esfuerzo de espíritu; sabes apropiártelo todo negligentemente, á descargas de obús, á sablazos, á lanzadas. Es sencillo. Y bien, vas á tomar una nación, esto es todo. ¿No eres tú el exterminio, el derecho divino, el elegido á quien un fakir, un flamen ó un bonzo ha frotado con aceite y metido en el armiño? Ve, toma. Los hombres son cosa tuya. Entonces, ciudades, ríos, montes, bosques temblorosos agitados por un viento sombrío, las llanuras, los caseríos, peor para ellos si arden. Las cunas, los hogares sagrados, el honor de las mujeres, sobre todo eso pones tus monstruosas uñas. Y la iglesia te quema un tortuoso incienso, y el dulce *Te Deum* ilumina con sus cirios el homicidio de los niños y la violación de las vírgenes; y todo lo que no está yacente, está de rodillas.

Yo, entretanto, vagabundeo tranquilo y pacífico

Tal es nuestro matiz, oh príncipe el mejor de los príncipes: yo conquisto un *liard* (1); tú robas provincias.

XX

ARENGA DE CHARLATÁN

TRIANÓN, desde su tablado

Después de los tres saludos

¡Señores míos! ¡Tendremos por araña la Osa mayor! Oiréis,—pagando cada cual según su peculio, Irus por un liar, Crespo por un zequí,—como charlan á media voz, al borde de la capa de arlequín, la balluca y la brizna de viña. Un lago donde veréis huir vagamente un cisne, servirá de espejo, entre la hierba y el tomillo, á las flores, que volverán á componer su tocado en la sombra de la mañana. En ese cuento en que van á salir las hadas, queremos construir un templo con lirios y trofeos, hacer topar á los Arlequines con las Amintas, y enseñaros los juegos y los amores de un montón de destellos de oro que hacen su jolgorio entre dos luces, y mezclar el pleno día con el rayo de luna; veréis aparecer el medio día á media noche; vamos á casar á Piastra con Maravedí, el pie de la

(1) En castellano liar, cuarta parte de un sueldo, la menor de las monedas en Francia antes del sistema decimal, de menos valor que el oehavo castellano.

Cenicienta con las botas de siete leguas, y á hacer bailar en pleno sol á las almas azules...

Pero os retraéis. Es una comedia antigua, el ideal! Ya nadie la quiere. Lo adecuado es ofrecer por todo regalo á la multitud aterrorizada lo sucio y lo cruel. Sea.

La escena, al final, será regocijada con borrachos, piés de piña que se descalzarán, leprosos que se rascarán con cascotes de tiestos rotos, y ladrones á los que se harán respetuosos saludos. Por último, ¡miseros! los dientes de la muerte y los dientes del hambre reirán en el desenlace de la pieza, y la Sarna se casará con el autor en un fuego de Bengala; se irán cantando y dándose el brazo, y el diablo tirará sueldos grandes al buen Dios.

XXI

MUELLE DEL HIERRO VIEJO

CORO DE GANCHOS

Somos los sargentos reclutadores. Para la gloria, para el imperio, para ser ilustres en la historia, el rey necesita matadores; nosotros los buscamos. Para hacer banderas tomamos rodillas; para hacer héroes, tomamos canallas. Reímos abriendo en la sombra nuestras tenazas; el que se fía en la sonrisa, queda preso por el tornillo. El frío, el hambre, la sed, son martillazos que dan una forma oscura á los miserables; pero con tal que les quede un ojo altivo, buena

Yo, entretanto, vagabundeo tranquilo y pacífico

Tal es nuestro matiz, oh príncipe el mejor de los príncipes: yo conquisto un *liard* (1); tú robas provincias.

XX

ARENGA DE CHARLATÁN

TRIANÓN, desde su tablado

Después de los tres saludos

¡Señores míos! ¡Tendremos por araña la Osa mayor! Oiréis,—pagando cada cual según su peculio, Irus por un liar, Creso por un zequí,—como charlan á media voz, al borde de la capa de arlequín, la balluca y la brizna de viña. Un lago donde veréis huir vagamente un cisne, servirá de espejo, entre la hierba y el tomillo, á las flores, que volverán á componer su tocado en la sombra de la mañana. En ese cuento en que van á salir las hadas, queremos construir un templo con lirios y trofeos, hacer topar á los Arlequines con las Amintas, y enseñaros los juegos y los amores de un montón de destellos de oro que hacen su jolgorio entre dos luces, y mezclar el pleno día con el rayo de luna; veréis aparecer el medio día á media noche; vamos á casar á Piastra con Maravedí, el pie de la

(1) En castellano liar, cuarta parte de un sueldo, la menor de las monedas en Francia antes del sistema decimal, de menos valor que el oehavo castellano.

Cenicienta con las botas de siete leguas, y á hacer bailar en pleno sol á las almas azules...

Pero os retraéis. Es una comedia antigua, el ideal! Ya nadie la quiere. Lo adecuado es ofrecer por todo regalo á la multitud aterrorizada lo sucio y lo cruel. Sea.

La escena, al final, será regocijada con borrachos, piés de piña que se descalzarán, leprosos que se rascarán con cascotes de tiestos rotos, y ladrones á los que se harán respetuosos saludos. Por último, ¡miseros! los dientes de la muerte y los dientes del hambre reirán en el desenlace de la pieza, y la Sarna se casará con el autor en un fuego de Bengala; se irán cantando y dándose el brazo, y el diablo tirará sueldos grandes al buen Dios.

XXI

MUELLE DEL HIERRO VIEJO

CORO DE GANCHOS

Somos los sargentos reclutadores. Para la gloria, para el imperio, para ser ilustres en la historia, el rey necesita matadores; nosotros los buscamos. Para hacer banderas tomamos rodillas; para hacer héroes, tomamos canallas. Reímos abriendo en la sombra nuestras tenazas; el que se fia en la sonrisa, queda preso por el tornillo. El frío, el hambre, la sed, son martillazos que dan una forma oscura á los miserables; pero con tal que les quede un ojo altivo, buena

anchura de espaldas, vicios, rabia é instintos fogosos, son nuestra caza. Expulgamos á los pordioseros, apartamos los desarrapados; pasamos por nuestra criba toda suerte de gentes salvajes y terribles; los malos son los buenos, los sangrientos son los hermosos. Llegarán á ser buitres, habiendo sido cuervos.

¡A nosotros todo lo que se arrastra, á nosotros todo lo que pasa! Su Majestad nos dice: Sargentos, haced una matanza; nos entrega á granel el montón de mendigos; nosotros le devolvemos Cides y Esplandianes. Tenemos carta blanca y pleno poder para hacer el ejército horrible tal como el rey lo prefiere; alistamos lobos, osos, judíos escogidos y buenos alemanes que van contra los *purgueses*; cogemos á un bribón cojo falso, ciego de comedia, lo ofrecemos graciosamente á Belona, que muge, y más tarde, arrastrándose por los empedrados, tendrá la pierna de madera verdadera y verdaderos ojos reventados.

Enseñamos, á quien quiere saberlas, nuestras mañas, que son muy chuscas, nuestras trampas, nuestras flores de lis, á veces en nuestros hombros, nuestras fulleras con los naipes, nuestros galones, nuestros plumeros, nuestro sable, y nunca las espaldas. Nosotros reinamos; erguimos nuestras gallardas siluetas, pues todos somos muy ladrones y hasta un poco poetas, y nos siguen. Si no es por fuerza, de grado. ¡Qué hermosas son la charretera y el colback (1) listado! ¿Quién quiere oro? Venid, villanos, nuestra escarcela se ofrece, brilla, deslumbra al pobre y le aguijonea. Cuando vemos pasar frailes, miramos bízco por el lado de aquellos chicos disfrazados con capuchones; en cuanto los descalzos, pre-

(1) Gorra de soldado.

ferimos á los carmelitas; para las guerras, los campamentos, los clarines, las zambras, los saqueos y las violencias, se toman asesinos y ladrones, á no ser que se tengan capuchinos. Los abates secularizados son admirables perros viejos (1) y nuestros mejores bandidos son hechos con sacerdotes. Al cura le sienta tan bien un casco como un turbante.

Sexo bello, ¡atención! Tambores, redoblad un bando. Pescando en agua turbia á esos señores héroes, se sirve á Marte y á Venus y hacemos doble blanco. A las damas, gracias á nosotros, no les faltan amantes, puesto que abastecemos al Estado de guarniciones. El niño Amor, chillón público, anuncia y vocea la partida para Citerea en el muelle del hiarro viejo; Venus, siendo diosa y yendo del todo desnuda, haría muy mal en no seguir á Ajax á la taberna. Aquiles tiene por Catau maneras muy corteses. Los granaderos—redoblad, tambores!—vuelven locas hasta á las piedras; son alegres, feroces y camorristas. Babet siente un humilde rubor delante de Fanfán; las bellas tienen afición á los héroes, y el hocico huraño de un malvado, dentro del uniforme de búfalo, hace entreabrir tiernamente el hiato de las pañoletas; cuando pasa un torbellino de perillanes mostachudos, ahullando, gritando, horrorosos, estrepitosos, orgiacos, un dulce suspiro conmueve los senos elegiacos. ¡Qué guapos hombres! Húsar ó panduro, el sablero espantoso, que tanto horror arrastra en pos de sí que casi haría retroceder á la sombría Hécate, encanta á la más tímida y á la más delicada. Rosa, que sólo con guantes querría tocar á un hombre honrado, toma la garra de un bribón y la besa. Así es la mujer. Establece con arre-

(1) En el texto se lee *reître*, que era en otro tiempo el nombre de un soldado alemán de caballería. La frase *vieux reître* se interpreta perro viejo, liebre corrida.

bato su alma en el cuartel y guarda para los burgueses su posturita regañona. La sensitiva siempre adoró al dragón. Con esto, ¡redoblad, tambores! Lo que le gusta á la boca de la rubia de ojos dulces, es el beso feroz; la mujer con júbilo se hace hacer un niño por el hombre que mató, siniestro y triunfante, y la voluptuosidad de todas esas palomas está en abrir sus camas á los que hacen abrir las tumbas.

31 marzo 1870.

XXII

COMEDIAS IRREPRESENTABLES

QUE SIN CESAR SE REPRESENTAN

la marquesa Antoinette

Un salón

PERSONAJES

ANTOINETTE, marquesa casada con un viejo, en otros tiempos *grisette* (1); treinta años.

ADOLFO, buena posición; 18 años.

EL DIABLO, apuntador.

ADOLFO, aparte

Está sola.

(1) Modistilla, chalequera, etc., de la clase obrera.



bato su alma en el cuartel y guarda para los burgueses su posturita regañona. La sensitiva siempre adoró al dragón. Con esto, ¡redoblad, tambores! Lo que le gusta á la boca de la rubia de ojos dulces, es el beso feroz; la mujer con júbilo se hace hacer un niño por el hombre que mató, siniestro y triunfante, y la voluptuosidad de todas esas palomas está en abrir sus camas á los que hacen abrir las tumbas.

31 marzo 1870.

XXII

COMEDIAS IRREPRESENTABLES

QUE SIN CESAR SE REPRESENTAN

1

La marquesa Antoñita

Un salón

PERSONAJES

ANTOÑITA, marquesa casada con un viejo, en otros tiempos *grisette* (1); treinta años.

ADOLFO, buena posición; 18 años.

EL DIABLO, apuntador.

ADOLFO, aparte

Está sola.

(1) Modistilla, chalequera, etc., de la clase obrera.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TODA LA LIRA

101

LA MARQUESA, aparte

Es él.

ADOLFO, aparte

Aprovechemos la ocasión (se detiene y la admira). ¡Qué hermosa es!

ANTOÑITA, aparte, sin descomponer su actitud

Buenos días, Adolfo. (aparte) ¡Es encantador!

ADOLFO, aparte

¡Es la estrella Venus! (Saluda) Señora marquesa... (aparte) ¡Qué adorable y qué exquisita está así con el brazo doblado bajo la barba!

ANTOÑITA

¿Qué hay de nuevo?

ADOLFO

El almirante Codrington acaba de derrotar á los turcos en Navarino.

ANTOÑITA

Adolfo, ¿qué es eso de Navarino?

ADOLFO

Es un golfo.

ANTOÑITA

¿De Francia?

ADOLFO

No, en Grecia.

ANTOÑITA

¡Ah! ya.

ADOLFO

En el fondo Pilos, en primer término la bahía con algunos islotes; ahí está Navarino. Pues... (aparte) ¡Qué mirada, qué talle! (Baluceando) Señora...

ANTOÑITA

Hablábamos, creo, de la batalla...

ADOLFO

De Codrington... ¡No, de Navarino! (aparte) Estoy loco. Me corto. En voz alta) Estaban en aguas de Corfú; se sabía que los turcos, no sin cierto misterio, habían salido de Citera...

ANTOÑITA

¿Y qué es Citera?

ADOLFO

Es una isla. Cytera, por otro nombre Cerigo. Puede cultivarse allí la pimienta y el añil. Esta isla sirve a los turcos de parada y de cueva. Sinán Cigale dice: Citera es la linterna del Archipiélago...

ANTOÑITA, distraída

Es decir que... el almirante...

ADOLFO

Codrington.

ANTOÑITA

¿Y luego?

ADOLFO

El 20 de octubre, al despuntar el alba, dicen, las flotas salieron del fondeadero de Zante. Como la marina otomana es floja y pesada, el sistema de los turcos era rehusar...

ANTOÑITA

¡Un beso! Ya lo creo.

ADOLFO

No un beso, el combate.

ANTOÑITA

Es verdad. ¿Decía usted? El sistema de los turcos...

ADOLFO

Ya no sé qué estaba diciendo...

EL DIABLO, desde la concha del apuntador

¡Te amo!

ADOLFO

¡Te amo!

ANTOÑITA, aparte

¡Vamos, al fin! (En voz alta) ¡Cielos! ¿Caballero, qué

hace usted? Si no suelta inmediatamente mis rodillas—lo que está usted haciendo, caballero, no es decente—¡voy á llamar!

EL DIABLO, aparte á Adolfo

He roto la campanilla.

ADOLFO

¡Te amo!

ANTOÑITA

¡Cállese usted!

ADOLFO

¡Me muero de amor!

ANTOÑITA

¡Cállate!

ADOLFO

¡Señora, piedad! ¡Tengo el corazón lleno de horror! ¡Déjese adorar como una madona! ¡Si tú supieras! Me siento arder la cabeza. ¡Perdóname! ¡Oh! ¡Déjame morir á tus pies!

ANTOÑITA

¡En mis brazos!

EL DIABLO

Creí que el gran bobo no se saldría del paso. Al principio no sabía una palabra de su papel. (Se oye

ruido de besos. Meditando y riendo). Sin nosotros, el mundo es bestia; con nosotros, es chusco.

II

EL PRIMER CAPÍTULO

Un bosque

ROSA

Puesto que vuestra mirada se me aparece en la aurora,

ALBERTO

Puesto que en vuestros ojos creo ver despuntar una estrella,

ROSA

Puesto que cuando os veo quiero huir y quedarme,

ALBERTO

Puesto que una lira es menos dulce que vuestra voz,

ROSA

Puesto que á vuestros piés agitan sus alas los corrales,

ALBERTO

Puesto que sois hermosa entre todas las hermosas,

ROSA

Puesto que el pájaro no puede cantar sin nombraros,

ALBERTO

Puesto que yo no puedo hacer otra cosa que amarte,

ROSA

Digo que el aire es fresco,

ALBERTO

Digo que la onda es pura,

ROSA

Veo una gran sonrisa en el fondo de la naturaleza,

ALBERTO

Te tomo por esposa,

ROSA

Y yo hago elección de tí,

ALBERTO

Y yo digo que quiero irme por los bosques (momento de fantaseo). Ven.

ROSA

¿Es para siempre?

ALBERTO

Si, dame tu blanca mano. (Se internan en la selva).

EROS

¡Corazón, ten un solo amor!

PAN

Arbol, ¿una sola rama? Es difícil.

EL DIABLO, en la sombra

Leandro en este momento ama á Hero. Rosa ama á Alberto. La continuación en el próximo número.

III

BAJO LOS SAUCES

EL

¡Esquiva!

ELLA

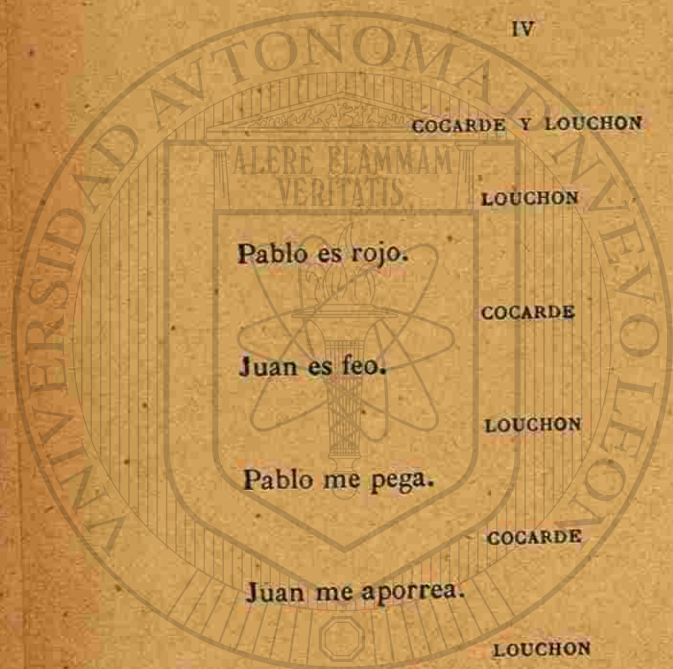
¡Burlón!

EL

¡Tu boca!

ELLA

¡Tu corazón!



IV

COCARDE Y LOUCHON

LOUCHON

Pablo es rojo.

COCARDE

Juan es feo.

LOUCHON

Pablo me pega.

COCARDE

Juan me aporrea.

LOUCHON

Pablo, si no fuera bandido, sería bestia feroz.

COCARDE

Juan se emborracha todo el invierno.

LOUCHON

Y Pablo bebe durante todo el verano.

COCARDE

Juan ha llevado mis prendas al montepío.

LOUCHON

Cuando truena y llueve en mi casa, Pablo sopla.

COCARDE

Juan es un ganapán.

LOUCHON

Y Pablo un bergante.

COCARDE

Yo aquí lo declaro, ese tuno es mi vencedor.

LOUCHON

Yo amo á aquel canalla hasta el fondo de mi corazón.

V

EN EL LUXEMBURGO

Un banco. Dos astrónomos

ASTRÓNOMO 1.º

El equinoccio destroza horribilmente nuestras costas.

ASTRÓNOMO 2.º

¡El viento es vicioso, hace muchas faltas!

En otro banco dos estudiantes

ESTUDIANTE 1.º

¿Qué lees ahí? ¡Cujas!

ESTUDIANTE 2.º

No. Leo á Dante y á Lucano. Mi padre es realista y yo republicano. Es culpa suya. Me manda á París. Aquí me formo, me desarrollo. Me lleno de la luz enorme, y era un aldeano y soy un ciudadano.

En otro banco dos sacerdotes

EL ABATE CARÓN

Hijo, el fin es la iglesia y Dios es el medio; esto no quita que Dios sea Dios; pero los sacerdotes somos los servidores, á fin de ser los amos; el sacerdote es rey desde Moisés y Salomón. Lo que se llama el espíritu humano es el demonio; la razón es una palabra que el dogma borra; y por esto con frecuencia, corrigiendo la naturaleza, el sacerdote prohíbe lo que el cielo permite; cuando se oye hablar al diablo por boca del niño, hay que tener rigor, se le ha de decir que se calle.

EL ABATE DE LAMENNAIS

Y así es como siendo Porée (1) se hace á Voltaire.

En otro banco

UN ANCIANO

Da usted al pueblo que se pierde una constitución

(1) Carlos Porée nació en 1675 y murió en 1741; jesuita francés que tuvo por discípulo á Voltaire.

medio para que sea prudente. Pues bien, esto es terrible, se sirve de ella...

OTRO ANCIANO

Para ser libre.

Bajo los árboles

UNA JOVEN

¡No!

UN JOVEN

Está bien que sea de mármol el seno, pero no el corazón.

LA JOVEN

Dejadme.

EL JOVEN

Bajo un árbol se puede dar un abrazo.

LA JOVEN

Abrazad; pero no así.

EL JOVEN

¡Sí!

LA JOVEN

¡No!

En un paseo

Un niño á una bola, la cual hace él correr

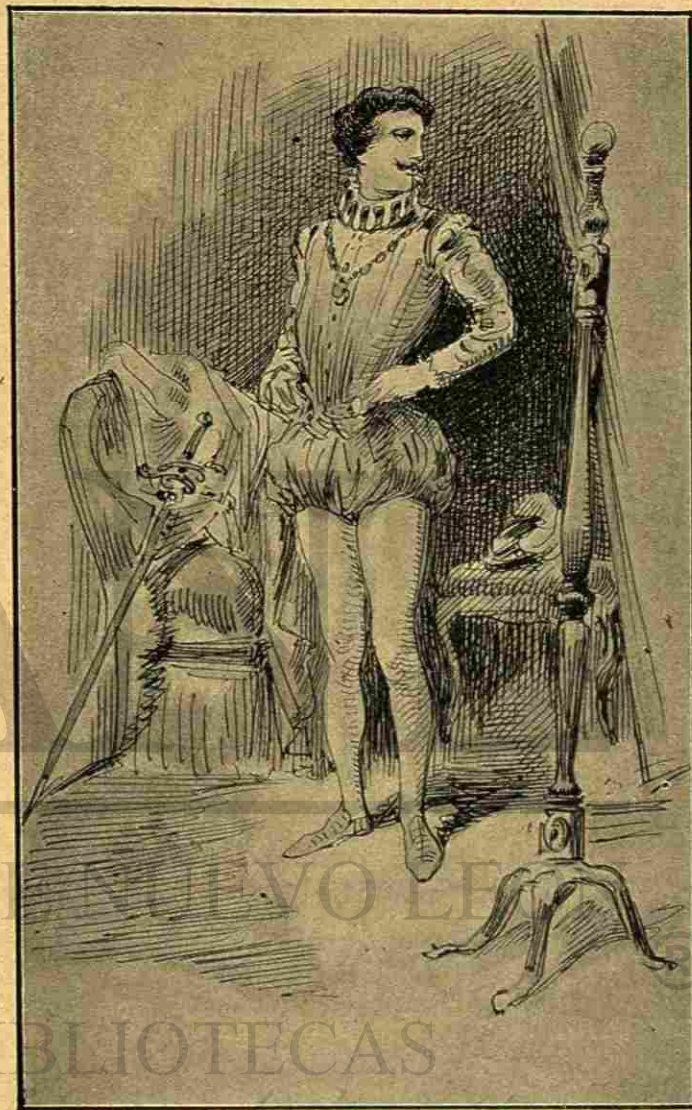
¡No quiero que vaya usted por allí!

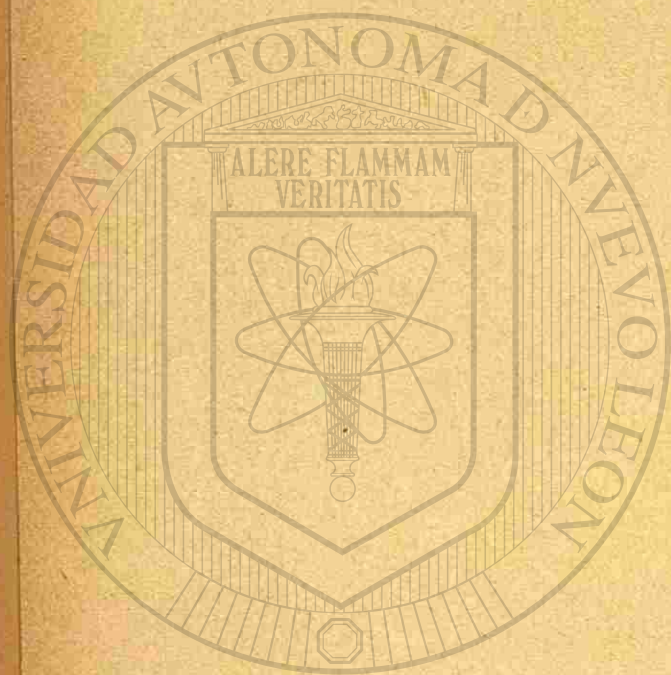
VI

EL MENDIGO

Ante las vidrieras iluminadas de la habitación de un joven que se viste para el baile de máscaras.

—Muy bien. Vestíos. Calle, hoy es el martes lardero. Riámos. No seamos ingratos con la juventud. Es preciso divertirse y que el tiempo pase. Habéis sabido sacar veinte escudos de un tío viejo rapaz; vais á beberlos en una noche. Vestíos, joven, con grandes gritos, con gran ruido. Llamad á todos vuestros lacayos y á todos vuestros camareros. —¡Bourguignon, mi chaleco! ¡Ricard, mi tabaquera de ámbar! ¡Calzadme! ¡Afeitadme! ¡Peinadme!—Eso es. ¡Qué galán estáis con ese traje! Arquead un poco el talle. Poneos una mosca, como hace Juanillo, junto á la boca. El alfiler de rubíes. —Bien. —Y el aire impertinente. Eso sienta bien. —La capa, los guantes. —Y ahora la espada con su pomo para poner alfóncigos. ¡Cuántos corazones suspendidos de las guías de vuestros bigotes! ¡Cuántas mujeres van á decir: adorable señor! Lo tenéis todo, juventud y riqueza y dicha; todo es para vos, ramos de flores, tiernos trofeos; está bien. Cualquiera diría que os han vestido las hadas, y sois siempre uno de los primeros en el baile. ¡Reid! —Un día vendrán los años, pesados atrecistas; enfermedad y vejez, vestidoras siniestras, apagarán vuestras miradas bajo horribles círculos color de hollín, os cortarán la gracia, y os pondrán ¡oh dolor! una cúpula en las espaldas, una lupa sobre el ojo, una boca sin dientes que dirá: ¡seamos prudentes! una nariz grande, un gran vientre y encima de esa cara fresca, dulce, soberbia, adorada





de todas nuestras hurís, una careta vieja obstruída por un matorral de pelos grises. Entonces, desesperado, retorciendo vuestras manos calenturientas, huyendo de los espejos llenos de horribles visiones, tan lúgubre á la vista como encantador fuisteis, sin poder arrancar vuestro disfraz, dominó ridículo y perseguido por las cuadrillas, viendo como los buenos mozos sonríen á las jóvenes, iréis, turba-fiestas (1), á errar en medio de ellos, hasta que aquel espectro, otra máscara repulsiva, sin nariz, sin ojos, que enseña sin reírse todos sus dientes, que viene á buscarnos á todos y nos tira por un brazo, ensartándoos con su horquilla, os arroje una noche en el negro carnaval que se llama el infierno.

VII

CHAPARRONES

Ella es la primavera, lluvia y sol; la quiero; me he acostumbrado á ella.

Un día me dijo:

—Hasta cuando se está solo, los bosques son dulces. ¡Qué hermosas las aguas! La campiña me gusta á causa de los pájaros. Oigámosles cantar.

Yo, con el alma dilatada, escuchaba.

—Los pájaros,—dijo ella,—me fastidian. Juguemos.

—¿A las cartas?

—No.

(1) Literalmente.

—¿A qué?
 —Tengo odio al juego. Hablemos. El amarillo es feo; prefiero el azul.
 —Soy de tu opinión.
 —¡Siempre en los extremos!
 —¡El azul,—dije,—es hermoso!
 —¿Por qué?
 —Primeramente, te gusta á tí; luego, es el cielo.
 —Pero el amarillo es el oro.
 —Vaya por el amarillo.
 —¡Otra vez es de mi opinión! ¡Es desesperante!
 —Hagamos las paces.
 —Te perdono.

Otro día:

—Amigo, ven, me siento muy buena. El tiempo es hermoso, salgamos á pie.

Al ofrecer yo mi landeau:

—No,—dijo,—con este viento fresco, hay que andar, corretear, correr por el bosque á la ventura.

Nos vestimos, bajamos.

—¿Y dónde está el carruaje?

—Pero tú querías salir á pie.

—¿A pie? ¡Nunca! ¿Andar con ese viento frío?
 ¡Quita de ahí!

—Me someto.

Enganchan.

—Ahí está el landeau.

—¿Para qué?

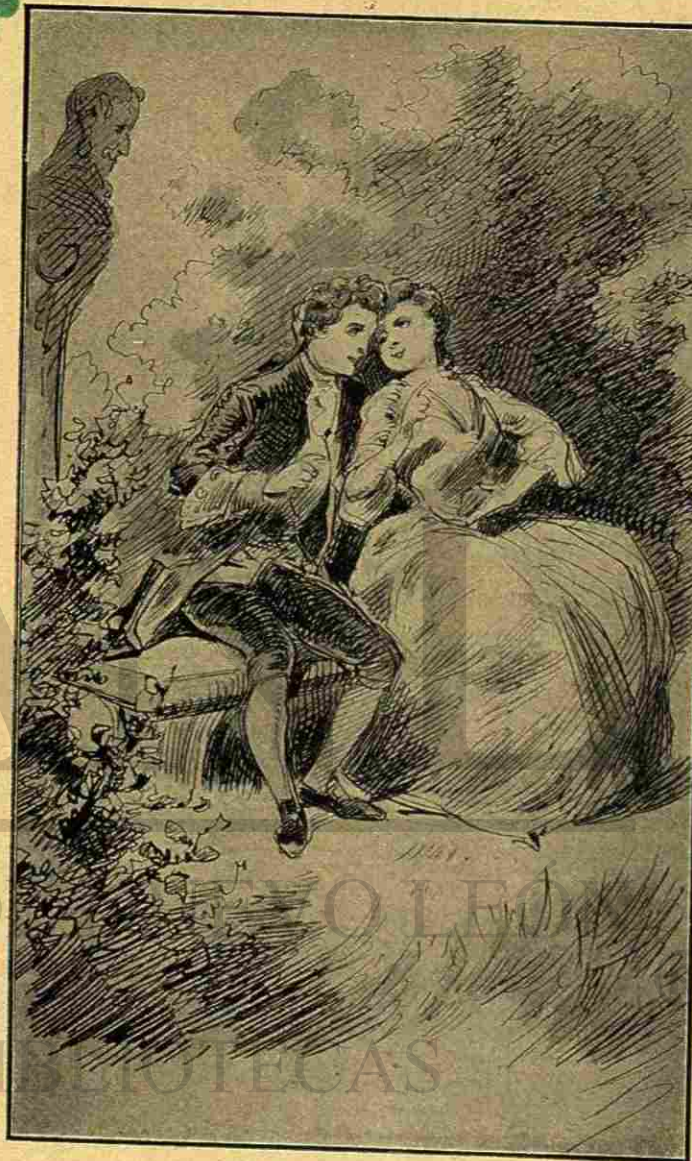
—Pues para salir.

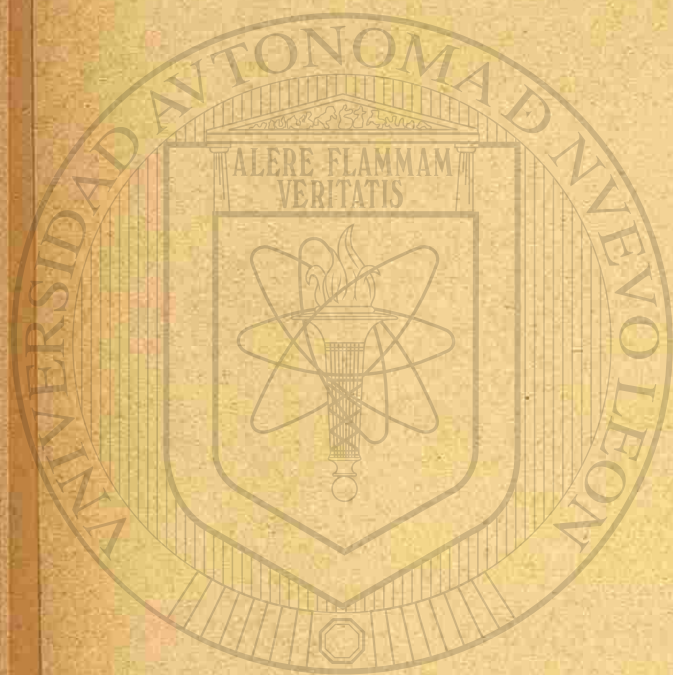
—Retuérceme el cuello, lo prefiero. ¡Pues qué, quieres salir con el tiempo horrible que hace!

Otro día:

—Nuestros corazones,—dijo,—están contentos.

Amigo, yo lo ignoro todo, pero soy tu sirvienta. Pues to que sé amar, soy bastante sabia. Te adoro. ¡Mi Dios eres tú!





Al día siguiente un gran bofetón salió de su manecita y cayó en mi mejilla.

—¡Eh!—dije.

—¡Bagatela! Ven á abrazarme. ¿Cómo me encuentras?—dijo.

—¡Encantadora!

Y así es como me acostumbré á las desigualdades de humor del mes de mayo.

VIII

EN EL SIGLO ÚLTIMO (?)

—¡Seis amantes!—¿Esto hace gritar?—¿A la vez?
—¿Por qué no?—Coqueta, ¿por qué Psaphón?—Es un poeta.—¿Por qué Dimas?—Es un banquero.—¿Y Grib, el horrible cascanueces más negro que su tintero?—¡Diablo!, escribe en la Gaceta.—¿Por qué Senex, el recaudador de impuestos?—Tener un viejo, es mi sistema.—¿Y Marte?—Es un guapo granadero.—¿Y yo, señora?—¡Ah, á tí te amo!

Abril 1829.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LO IDEAL Y LO REAL



(Una calle de noche)

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MILLÓN

¿No veo allá en la sombra un hombre que titubea?

CASCABIERRO

¿Quién es aquel descamisado triste acurrucado en un banco?

MILLÓN

¿Quién vive?

CASCABIERRO

¿Quién va, á obscuras, sin linterna?

MILLÓN

Emperador de la China.

CASCABIERRO

Emperador de la luna. (Se reconocen).

MILLÓN

¿Eres tú, bergante?

CASCABIERRO

¿Eres tú, canalla? Chócala. (Se dan la mano).

MILLÓN

¿A qué vienes aquí?

CASCABIERRO

Iba así, delante de mí, tropezando en la gran obscuridad. ¡Dios, qué noche más negra! Cartucho ha pasado por aquí con su banda; el tunante, no encontrando ningún pobre diablo á quien pillar un cequí, después de tender las redes inútilmente en las encru-

cijadas, ha robado el cielo y las estrellas. — ¿Qué hacías ahí tú?

MILLÓN

Cavilaba.

CASCABIERRO

¡Oh virtudes! ¡Tú cavilar! ¿Pero sabes que vamos vestidos como espantosos lacayos pagados á vergajazos y que se ven flotar jirones en nuestras espaldas?

MILLÓN

Vizconde, lo sé.

CASCABIERRO

¡Lo sabes y eso es todo! ¡Y en tu cerebro nada se indigna y nada bulle! ¡Oh verdadero sabio! ¡Oh poeta! ¡Oh el más grande de los hombres! ¿Miserable y así pacíficamente cavilador?

MILLÓN

Querido mío, nosotros somos ricos. Tenemos el cielo azul, el aire libre, la selva donde canta el pájaro, y ¡por Júpiter! la gallardía que se experimenta al andar libremente por las llanuras. — Tenemos el estío, las noches serenas, la luna reflejándose en el río plateado...

CASCABIERRO

Preferiría tener diez sueldos.

MILLÓN

¡No tienes mal gusto!

X

SUSURRANT VOCES

LA CHIMENEA

¡Leña! Tengo frío.

LOS CRISTALES

Yo hielo y el cierzo está enfurruñado.

UN MANDATO DE UJIER

Piensa en la Providencia.

EL RELOJ

Vive en la calle del Paraíso, en el Marais, y se
llama...

UN CLAVO VIEJO ENMOHECIDO EN EL TABIQUE

El clavo.

UN VOLUMEN DE ANDRÉS CHENIER ABIERTO ENCIMA DE LA MESA

¡Voces del cielo, ruidos divinos, cantad!

LISSETTE, llamando á la puerta

¡Pam, pam!

UNA BOTELLA

¡Glu, glu!

TODA LA LIRA

119

LA FELICIDAD

¡Pst!

LA PUERTA

Bostezo.

EL COFRE

Yo río.

EL AGUJERO DE LA CERRADURA

Yo miro.

LA PARED

Yo escucho.

LA CAMA

Yo me llamo el amor.

LA ALMOHADA

Yo me llamo la duda.

LA VELA

El sol tiene muchas manchas.

LA TAJADA DE JAMÓN

El laurel fué creado para el cerdo.

LA MESA

Yo sostengo el tintero, ese nido negro de donde
sale la idea con las alas blancas.

EL PUPITRE

El trono y el ataúd están hechos con cuatro tablas.

UN TOMO SUELTO DE BOSSUET

¡Desapareced, Vichnu, Bel, Júpiter, Mitrha! Sólo
san Pedro gobierna y reina...

LA ZAPATILLA

Et cætera. ¡Gloria al pie desnudo de Ana!

EL ZAPATO VIEJO

El pie se cambia en pata.

UN BUSTO SOBRE LA CHIMENEA

Todo empieza por chinela y acaba por zapato
viejo.

9 diciembre 1853.

XI

INSINUACIÓN

ANDRÉS

Te juro un amor eterno.

LISA, sonriendo

Cálmate. Hablemos claro. Y seamos pillos de buena fe.

ANDRÉS

¡Lisa!

LISA, cariñosa

Querido amante, ahórrate el continuar. Andrés, yo, por oro falso, doy cobre verdadero; mi corazón es poco goloso de los juramentos de un mentiroso. Soy francamente maula y pago riendo tus escucha-si-lleuve con un ve-á-mirar-si-vienen. ¡Locos son los que hacen juramentos y tontos los que los cumplen! Tú me harás buenas ó malas pasadas y yo te las devolveré. Andrés arde por Lisa, y Lisa adora á Andrés; pero Lisa matraquea á Andrés, como Andrés engaña á Lisa. Amor es nuestro altar, capricho es nuestra iglesia; nos seguimos hoy para dejarnos mañana; aparte de esto, ser de otro modo es no tener nada de humano; la pasión acaba por ser una pirueta; hombre quiere decir viento, y veleta mujer. Amémonos, puesto que es la mejor manera de unir tu perfidia con mi traición; pero no nos mortifiquemos y no seamos cándidos engañados. Que no haya liga en tu pluma ni plomo en mis faldas. Andrés, seamos dichosos y además seamos alegres. ¡Qué tontería de venda tiene Amor sobre los ojos! Quitémosla, ¿quieres? Veamos claro en nuestras almas. Para hacer un fuego se necesitan llamas de todas clases, y toda suerte de amores para hacer un destino. Los corazones siempre constantes son ciegos y sordos. El ojo que no tiene relámpagos, el espíritu que no tiene alas, muere; y, en fin, ser fiel, es estar enfermo. Después de haberse perdido, vuelve á encontrarse alegremente uno á otro. ¿Eh? Seamos buena mujer y buen hombre. ¿Queda dicho? La dulce mano de amor no es una tenaza. Amémonos. Engañémonos.

ANDRÉS

Consiento.

LISA, furiosa

¡Ah, canalla!

XII

ENTRE LA AMANTE Y EL AMIGO

El marqués Gruccia.—BARACCA

BARACCA

¿Qué es Strubble?

GRUCCIA

Mi amigo.

BARACCA

Yo soy tu amante.

GRUCCIA

¡Pardiez!

BARACCA

Strubble es feo.

GRUCCIA

¡Ciertol

BARACCA

Y yo soy...

GRUCCIA

¡Hechicera!

BARACCA

Strubble es calvo y yo tengo cabellos. (Deja caer su
cabellera rubia sobre sus espaldas desnudas).

GRUCCIA

Apolo no está más cubierto de oro cuando sale del
agua. Tus cabellos son sobre tu frente como una olea-
da de aurora.

BARACCA

El se parece á Midas.

GRUCCIA

Tú te pareces á Flora.

BARACCA

Él es bestia.

GRUCCIA

Sobre poco más ó menos.

BARACCA

Yo tengo ingenio.

GRUCCIA

Completo.

BARACCA

Él tiene el tono seco.

GRUCCIA

Duro.

BARACCA

Yo tengo el hablar...

GRUCCIA

Cariñoso.

BARACCA

¡Su olor!

GRUCCIA

Se le huele y á tí se te adivina. (Galantemente). Así
aparece divina Venus cuando anda.

BARACCA

Es mal formado.

GRUCCIA

Jorobado.

BARACCA

¡Tristel... (Ríe). ¡Y mira mi alegría!

GRUCCIA

Él se llama fealdad; tú te llamas hermosura.

BARACCA

Es un hombre espinoso, picante, agudo, melancólico,
desagradable. ¡Es el cardo!

GRUCCIA

Tú la rosa.

BARACCA

¿Me amas?

GRUCCIA

Te adoro.

BARACCA

Pues bien, nada á medias. Escoge entre tu querida
ó tu amigo. Strubble ó yo. Uno de los dos está de
más. Y ha llegado la hora en que es preciso que uno
se vaya y se quede el otro. Entre la joven hermosa y
el horrible soltero viejo, decide. Strubble ó yo aban-
donaremos la casa. Escoge. Yo á un lado; aquel bruto
al otro.

GRUCCIA

¡Pero, ángel mío, no titubeo ni un minuto! (Va á
abrir la puerta de par en par y se la enseña. Baracca se levanta in-
dignada y sale sin mirarle).



XXIII

CANCIONES

ANA Y ANITA (I)

Adoro á Ana, pero amo á Anita; á Ana compuesta,
á Anita de trapillo. ¡Ah Ana, Anita! ¡Anita, Ana!

Rimemos para Ana, rimemos para Anita; la una
es mi musita, la otra es mi canción. ¡Ah Ana!, etc.

La mano de Ana, la pierna de Anita. ¡Qué mano
tan bien hecha! ¡Qué escarpín tan chiquito! ¡Ah Ana!,
etcétera.

Sueño en Ana, abrazo á Anita; la una es muy co-
queta, la otra buena muchacha. ¡Ah Ana!, etc.

Alfombra para Ana, jardín para Anita, ¡mal haya
la moqueta! ¡Viva el césped! ¡Ah Ana!, etc.

Ana va al baile, Anita va al bosque; yo espío y
acecho la sombra y la maleza. ¡Ah Ana!, etc.

¡Celoso de Ana! ¡Celoso de Anita! La nevatilla
hace condenar al ansarón. ¡Ah Ana!, etc.

(1) Por decirlo de algún modo: el título del original *Suzette et Suzon* tiene otro sabor, que no puede traducirse.

Si alguna vez Ana ríe como Anita, mando al dia-
blo toda mi razón. ¡Ah Ana!, etc.

Si Ana sonriera como Anita, este simple amorci-
llo sería mi veneno. ¡Ah Ana!, etc.

Si hay que huir de Ana, ó dejar á Anita y que no
meta en mi casa más que á una... ¡Ah Ana!, etc.

Dejo á Ana, me quedo con Anita; la una me vuelve
bestia, la otra me vuelve bueno. ¡Ah Ana, Anita!
¡Anita, Ana!

II

ROSEMONDE

Una vez hallé un jardín, y en él ví á la señora
Rosemonde; el aire estaba lleno de los más hermosos
pájaros del mundo. ¡Qué sombra en los bosques!

Una vez érase una fuente y fui á beber en ella con
Rosemonde; pasaban náyades y yo veía perlas en sus
dedos á través de las ondas.

Una vez érase un beso que le quité temblando á
Rosemonde.—Calla, mira, son dos, dijo una ninfa
rubia.—No, dijo la otra, son tres.

Una vez érase una flor que salió del corazón de
Rosemonde; es mi alma. Y yo me abraso y en la pro-
funda noche oigo voces que cantan.

III

EL PÁJARO

El pájaro pasa por el espacio donde va á inflamarse el amor; si las rosas son cosas hechas expresamente para hechizar, el cielo está hecho para amar.

El pájaro vuela y consuela el desierto y la casa, y las llanuras y las encinas escuchan, cuando su canción va de un arbusto á otro.

Himno y llama es el alma del bosque, del prado, del estanque, de las almedillas, y de las muchachas que desde la aurora se oyen abrir la puerta cantando.

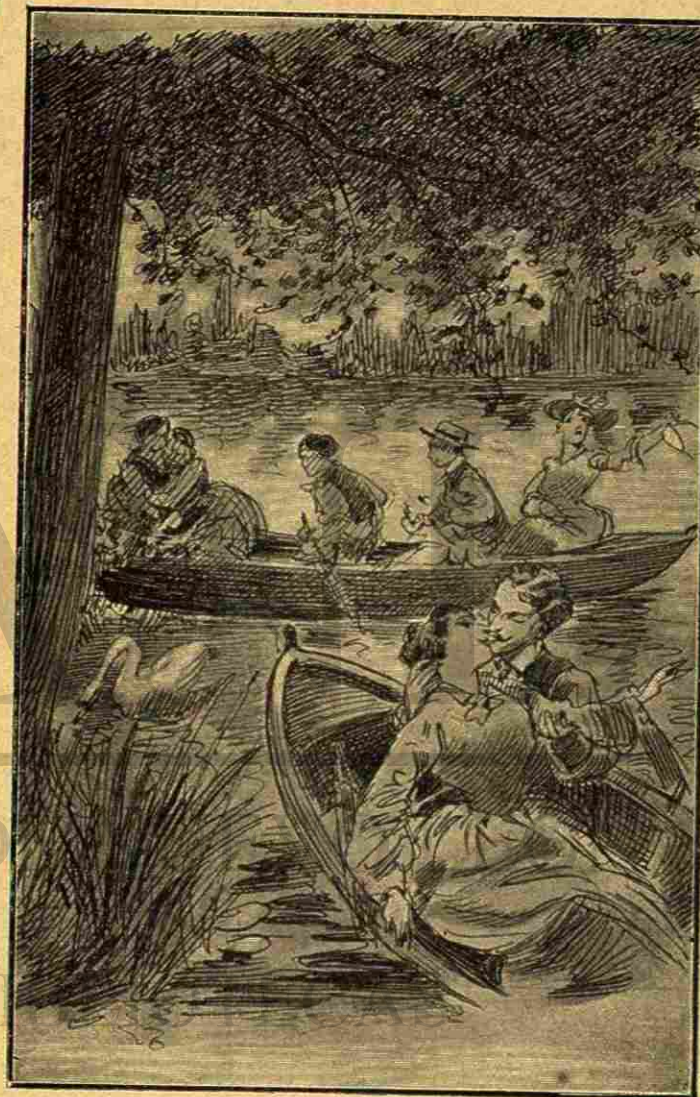
IV

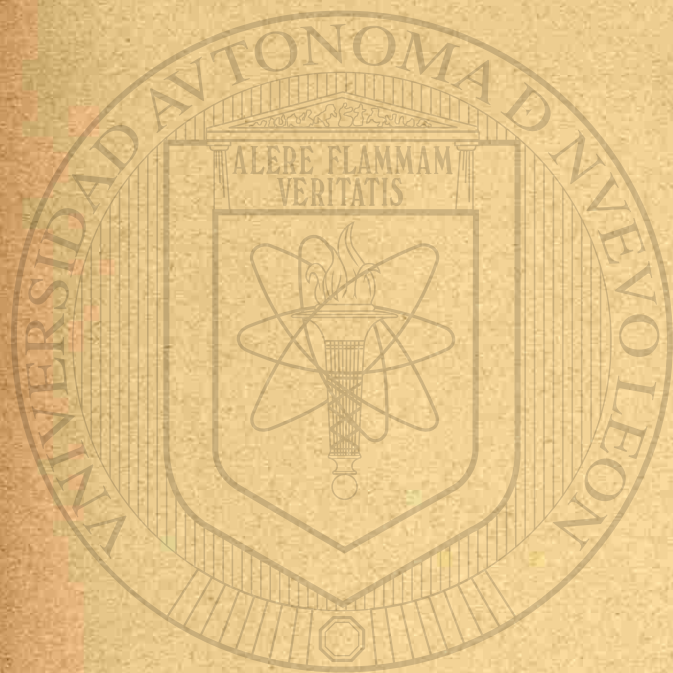
EL TÓRERO

Yo tenía una sortija, una sortija de oro, y la perdí ayer en la ciudad. Soy panderista y torero; guitarra en Granada, espada en Sevilla.

Mi anillo luce más que el astro encarnado; el diablo tan sólo, escondido en el ojo de mi morena, podría producir una joya parecida si un día hiciera un agujero en la luna.

Si encontráis el anillo, donde quiera que sea, traédmelo. Me conocen por Gil. Ciertamente valgo





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poco; no soy más que un sueldo; pero al lado de un ochavo soy un caballero.

No tengo más que mi cantar, como el gorrión. Devolvedme mi sortija y que Dios os lo pague. ¿Conocéis á Juana? Pues bien, ese anillo y su corazón son el único oro que tengo.

V

EN CANOA

Las fauces del lobo son bestias, las fauces del lobo son flores, y ¡vivan las mujeres bien hechas, el Sena y los grandes calores!

Me divierto y me paseo. ¡Amigos, tengamos licencia! Vertamos el dinero sobre la semana, y canciones sobre todos los días. Los bosques están llenos de margaritas, de grajos y de mirlos silbadores.—Las fauces del lobo son bestias, las fauces del lobo son flores.

¡Vacaciones sin tregua! ¿Es prudente fastidiarse seis días sobre siete? Victoria me espera en el pasaje con una flor en el corpiño. Por lo tanto, amigos, ¡Victoria y conquistas! ¡Los hombres alegres son mejores! —Las fauces, etc.

Después de media noche, el buen Dios no quita las alas á las mariposas; las rosas son tan hermosas el miércoles como el jueves, y los domingos y las fiestas no añaden nada á sus colores.—Las fauces, etc.

¡Oh sacerdote, en qué error caes! ¿Acaso se ve al-

gún día que Venus desenganche sus palomas del carro estupefacto de los amores? ¿Los nidos en sus retiros son menos tiernos y menos querelladores?—Las fauces, etc.

Papás y maridos, viejos buenos hombres, no me ocupo de vosotros; no vengáis; pues, donde nosotros estamos á turbar la fiesta de los ojos dulces. No quiero saber dónde estáis más que para estar yo en otra parte.—Las fauces, etc.

Compañía, hay que alistarse en el regimiento de Venus, y que cada uno tenga una amante, y yo quiero besar tus pies desnudos. Ea, señoras, ¿estáis dispuestas? Los amores son los reclutadores.—Las fauces, etcétera.

Marta aparece en la ventanilla. Lisa me llama y me responde. Escoged: ¿el Sena ó el Marne? ¿Asnières ó Joinville-le-Pont? Partamos, la aurora está encima de nosotros, alegres bateleros, alegres titiriteros.—Las fauces, etc.

A veces, en imaginación, me marchó hacia el Océano revuelto, demasiado estrecho para mi canción salvaje, cantando su insensato refrán. Pero Lisa, á través de las tempestades, me hace signos burlones.—Las fauces, etc.

Marta y Lisa, amigos, son gentiles. Abracémoslas á todas horas. Robar un beso á las muchachas hermosas es tratarlas honradamente.—Las fauces del lobo son bestias, las fauces del lobo son flores.

VI

LA CANCIÓN DEL ESPECTRO

¿Quién sois, pues, la bella? ¿Cómo os llamáis? En nuestra casa había una virgen; sus ojos eran sus joyas. Yo soy la virgen,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Vais vestida de blanco, la bella; ¿cómo os llamáis? Guardando los grandes bueyes rojos, Claudio le puso los ojos tiernos. Yo soy la joven,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Lleváis flores, la bella; ¿cómo os llamáis? Los vientos y los corazones son locos; un beso los hace esposos. Yo soy la amante,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Habéis llorado, la bella; ¿cómo os llamáis? Ella tuvo un hijo, lloremos todos; Dios lo tomó sobre sus rodillas. Yo soy la madre,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Estáis pálida, la bella; ¿cómo os llamáis? Ella se escondió en los agujeros, siniestra, con los buhos. Yo soy la loca,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Tenéis mucho frío, la bella; ¿cómo os llamáis? Los amores y los ojos dulces son los clavos de nuestros ataúdes. Yo soy la muerte,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

VII

MARGOT (1)

Firmé con una gran rúbrica una esquila amorosa bien escrita; yo poseía toda la ortografía, Margot tenía todo el ingenio.

Su boca, en la que cierta ironía tenía el aire de decir atreveos, era la California de las risas y de los besos.

Era probable que yo fuera un imbécil; y, sin embargo, la bella encontraba fácil adorarme cantando.

Hasta el día en que, por la moda, cambiando de amores y de tono, Margot encontrase cómodo pasar á ser Margotón (2).

Éramos algunos artistas, poetas, sabios (3), que lanzábamos al viento nuestros pensamientos tristes y nuestra juventud.

Éramos los capitanes de la charanga y de los cantos parisienses de Atenas, atenienses de Longchamps.

Yo era, entre aquellos doctos, el soñador que habla en argot, poniendo su corazón en las nubes y su alma en Margot.

Alegres bateleros de Nanterre, bogábamos por las

(1) Derivado familiar de Margarita, *Marguerite*.

(2) Diminutivo derivado de Margot.

(3) En francés es muy común llamar sabios á los que se dedican á las ciencias.

puras ondas; Margot miraba con sus jemelos á un notario, cuando yo contemplaba el azul.

Ella encontraba el agua demasiado fresca y prefería el Ambigú, y exclamaba: Cuando yo pesco, es con el acento agudo.

La suerte rasgó sus velos; ella huyó, yo me escapé; yo subí á las estrellas y ella á un cupé.

VIII

LA CANCIÓN DE MAGLIA

Nada es como debería ser; el amo es más feo que el criado.

Odio tu jerga, Zemira; á pesar de su argot, admiro á Margot.

Con frecuencia los piés de una pobre muchacha que lleva zuecos, son hermosos.

Aquí la guerra áspera y negra; ruido, gloria, laureles triunfales, oro falso.

Aquí la bestia de carga es el hombre, y allí los héroes cerós.

Aquí lo necesario, agrio y flaco; allá lo superfluo moffetudo.

En la iglesia y en la tabernilla que acecha, se presenta el diablo: sujeta.

á Gertrudis por su grñón y su aire pacato, y á Ninón por el moño.

El destino, ese dios bestia y sin cabeza, hizo muy mal al animal.

Hizo el mundo de un barro inmundo y el mar de una hiel amarga.

Todo se sostiene por una cadena de odio; en las flores se ve llanto.

Aquí abajo, todo, hombre, mujer, vida, alma, está echado á perder por Ananké.

Así que, cuando el hombre acaba su sueño, ¡qué triste aborto ve!

Hombre, hermano mío, somos dos hombres, y llenos de venenos, dos enanos.

Tu secreto deseo concierda mi perdición, y mi negro anhelo te odia;

Pues este globo, en que tiémbla la mar, nos parece pequeño para nuestro apetito.

En su superficie nos falta sitio para nuestro nada gigante.

IX

CANCIÓN DE Á BORDO

Marino, la ola es una mujer. Teme la arena, teme

el agua, teme la roca. Bogas hacia Plutón. Las olas son bulldogs del negro carnicero.

La borrasca, pálida y desnuda, según dicen los viejos, arrastra un sudario entre las nubes. El sitio de los ojos está vacío bajo su gran cráneo lívido y lluvioso.

Desde que uno está en esa espuma, se siente dentro del timpano como un ruido de yunque; la ola salta sobre el hombre, el viento se porta como un foragido.

El que sale con bien gana una quina. La mar es una tunante, dicen los viejos. La mar es una salvaje. La ola tiene siempre envidia á la costa.

Toda la tierra florida no sería más que una pradera y un césped, sin esa mar de tinieblas que hincha en el horizonte sus fúnebres pliegues.

¡Desgraciado del que leva áncora! Ella es la botella de tinta que encontró un día Satán, á quien embriaga la envidia, y que vació sobre el libro de Jehová,

X

EN LA SELVA

UN TRANSEUNTE, cantando

En el verde césped tanto vale la duquesa como la campesina; Jerusalén ofrece á Susana, pero la Courtille ofrece á Anita; Cupido nos da á Inesilla y las

perlas de su redecilla ó á Javotte con su gorro al estilo de Caux...

EL ECO

A elegir.

OTRO TRANSEUNTE

¡Qué dulce tirano es una mirada tierna! ¡Oh virgen, dame tu corazón! Ya lo he dicho, darse es tomar; tu prisionero es tu vencedor; siendo mujer, se llega á ser reina; si tu beso robara mi alma, ¿cuándo crees que escaparía?

EL ECO

Luego.

OTRO TRANSEUNTE

¡Te lo juro por la aurora, te lo juro por la noche, me casaré contigo! ¡Te adoro, ven! Tu pura mirada me seduce; el amor á tus piés no tiene ya alas; seré tu marido fiel, y toda la selva me oye...

EL ECO

Mentir.

25 mayo 1876.

XI

RONDA PARA LOS NIÑOS

Niñas, las flores están abiertas; bailad, comamos. Estoy deslumbrado por las rosas y por vuestras frentes.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR

Vosotras sois las reinas entre las flores; se lo diremos á los bosques, á los prados, á las mejoranas, á las campanillas.

El pájaro conversa con su hembra y se interrumpe para querellarla con su sonrosado pico pronto á los besos.

Dadnos muchos besos, alegrías efímeras, futuros pimpollos.—Nosotros los devolveremos á vuestras madres.

XII

EL CANTO DEL VIEJO PASTOR

Soy viejo; pero esto no, impide ¡oh adelfas, oh lirios!, todo género de cosas tiernas, cualquier género de frescos atractivos,

casarse, rayos de luz, hálitos, en los campos llenos de dulces voces y que el alba dore las llanuras, y el pájaro cante en los bosques.

Las flores escuchan la promesa de la mariposa; ¿la cumplirá? ¿Es una orgía, es una misa ese radiante sol de abril?

Un viejo más en la naturaleza no es otra cosa que un viejo que se va; hasta el mismo Querubín llegó siempre á la sombría abertura.

Soy viejo; pero con tal que ame, nada tengo que

echarme en cara, y la abeja irá del mismo modo á requebrar á la flor del melocotón.

El viento susurra, el agua refleja, el alegre conejo sale de la madriguera, la rosa se sostiene derecha como una moza casadera.

Las parejas se borran entre las sombras. Las grandes encinas echan fuera la luz. ¿Qué queréis que hagan los bosques, sino ocultar al amor?

Los nidos tienen al árbol por cómplice; el amor prende á los corazones en su liga; preciso es que todo se cumpla según la voluntad del buen Dios.

Las hojas son las hermanas de las alas; un bosquecillo es un cercado; los bosques son complacientes con las bellas y á mí me parece que tienen razón.

¡Amemos! Es lo que abril prefiere. Con todos sus perros sin collares, Diana, indignada, inútilmente hace un ruido salvaje en el fondo de los jarales;

esa gran virgen feroz pierde su tiempo contra los amantes; el amor es la boca, y la boca es el rayo que hace juramentos;

¡Qué importan Diana y sus perros! Cloe encuentra elocuente á Atis; á los bosques les gustan los diálogos puntuados con un beso frecuente.

La naturaleza es la inmensa alcoba, y así es como todo se pierde, y así es como todo se salva; Cupido es el niño experto;

es sutil, es soberbio; ¡vasto himeneo providencial!

Los gamos hacen el idilio en la hierba, el águila hace la epopeya en el cielo.

Se oyen murmullos de almas, toda la sombra es un gran estremecimiento; y si ya no sé la canción, señoras, todavía sé el compás.

XIII

CANTO DE LOS SUEÑOS

¡Hurra! ¡Hurra! Todas las puertas están abiertas, ¡hurra! ¡Smarra!, para nosotros que salimos de las aguas verdes y que venimos de la maleza negra!

Los hombres agitan los gladios, el látigo, la cadena, el incensario; nosotros corremos á lo largo de las playas y somos los pájaros sueños.

¡Hurra! ¡Hurra! Todas las puertas están abiertas, etcétera.

¡Que cada cual se encierre! ¡Que se secuestre! Cerrad la ciudad y venid á ver. Estamos en la sala ecuestre, sentados en el sillón del burgomaestre.

¡Hurra! ¡Hurra!, etc.

El sargento está de plantón.—¿Quién va?—Veterano, cumple tu deber. Revoloteamos en la calle al rededor de su cabeza áspera.

¡Hurra!, etc.

La noche siembra sus perlas de ámbar. ¡Cerrad el tabuco y el manso á doble vuelta! Estamos en diciembre. Bueno, ¡ya estamos en vuestro cuarto!

¡Hurra!, etc.

Rubias jóvenes y ancianos calvos, corred vuestras cortinas, es de noche; y ahora, en vuestras alcobas, ¡mirad como lucen nuestros ojos salvajes!

¡Hurra!, etc.

Cerrad vuestros ojos, dormid, profanos; sed vuestro propio apaga-luces. Nuestros diáfanos murciélagos agitan las alas bajo vuestros cráneos.

¡Hurra!, etc.

Nosotros soplamos la ceniza y las llamas, el amor, el luto, el miedo, la esperanza; cerrad vuestros corazones, hombres y mujeres; nosotros hablamos en la obscuridad á vuestras almas.

¡Hurra!, etc.

17 marzo 1854.

XIV

LA CANCIÓN DE JACQUEL EL MARINO

El amor toma las de Villadiego (1) como un canalla, haciendo diez nudos en un buen lugre en alta

(1) *Lamour f... le camp comme un b...* En esta y en otras frases de esta canción es imposible toda traducción más ó menos literal.

mar. La hermosura pasa—¡zarabanda!—como pasa el contrabando en Saint-Omer.

Mi abuelo era un gran chusco. Tú no le llegarías al hombro, tambor mayor. Y mi abuela—¡farandola!—era hermosa como un ídolo dorado en oro.

La señora, nada averiada, era duquesa y casada con el dinero (1). Y mi abuelo—*la bourrée* (2)—le dijo una noche: Adorada mía, soy sargento.

Y mi abuelo propuso á mi abuela hacer á mi padre calentándose; pero mi abuela—¡la gavota!—pero mi abuela era devota, é hizo el niño.

XV

TONADA DE LA PRINCESA DE ORANGE

I

Ven, oh tú á quien adoro, tu paso es más alegre que el viento de los cielos; ven, los ojos de la aurora son divinos, pero tus ojos me miran mejor.

Abril es la juventud; ven, salgamos, la casa, el cercado, la cárcel, el hogar, la sabiduría nunca han tenido razón contra la estación.

Por poco que tú quieras, seremos dichosos; mira, el alba está encima de las techumbres y el agua corre bajo las hojas, y en los bosques se oyen voces del cielo.

(1) Por el dinero, no por afecto á su marido.

(2) Como zarabanda y farandola, la *bourrée* es el nombre de cierta danza popular y también de su aire ó tonada.

Todas las cosas dulces, la golondrina al regresar á la torre vieja, las canciones y las rosas y la claridad del día son hechas de amor.

Amar es la primera de las leyes del Dios clemente. El bosque es encantador; y lo que se hace amando es luz y firmamento.

Hermosa, en la muerte todo cambia; el cielo se abre embalsamado, soberbio, inflamado, y nos dice: ¡Ven, sé ángel! Pero el que no amó lo encuentra cerrado.

Pero en el bosque, recélate de los amores inocentes; el hombre es la chispa, la mujer es el incienso.

Acostaos en el musgo, durante el hermoso mes de mayo; lo que hay de más dulce es cuando se es amado.

Recorred las almedillas, las fuentes, los matorrales; al rededor de las muchachas cantarán canciones.

En cuanto una mujer ama, en el fondo de su espíritu brilla el alma misma; en el fondo de su espíritu florece una rosa.

Vosotros que queréis llamas, vosotros que queréis flores, buscadlas en las almas; buscadlas en los corazones.

XVI

CANCIÓN DEL BOL DE PONCHE

Soy la llama azul. Habito en el arrabal, en el valle, en el ribazo; bajo el tejo y el alerce, vago en el Père Lachaise, vago en el Camposanto.

El agua brilla en el crepúsculo; el transeunte montado en su mula hace un signo de la cruz; su perro baja la cola; yo soy la llama azul que danza en el fondo de los bosques.

La noche extiende su ala; *De Profundis* se mezcla á Traderidera; los muertos abren su ataúd. ¡Espectros, al cementerio! ¡Máscaras, á la Opera!

¡Mozo, ponche! Llego, soy el convidado azul, el espíritu de los lagos descoloridos, el enano de los juncos melancólicos; vengo á besar las rosas después de los nenúfares.

¡Bebed, muchachos y doncellas! Otras han sido bellas; otros han sido guapos. ¡Reid, regocijadas tropas! Yo salgo de sus tumbas para danzar sobre vuestras copas.

Sube á tu cuarto, lleva tu carbón, cierra tu puerta, enciende la luz; es de noche. Mira en tu cuchitril tu estufilla negra columbrando como una máscara de ojo encarnado.

Otros beben; tú te mueres en la obscuridad; tu ojo

sombrio se apaga, tu frente palidece; yo estoy allí, te alumbro y he dejado su copa para bailar sobre tu cama.

XVII

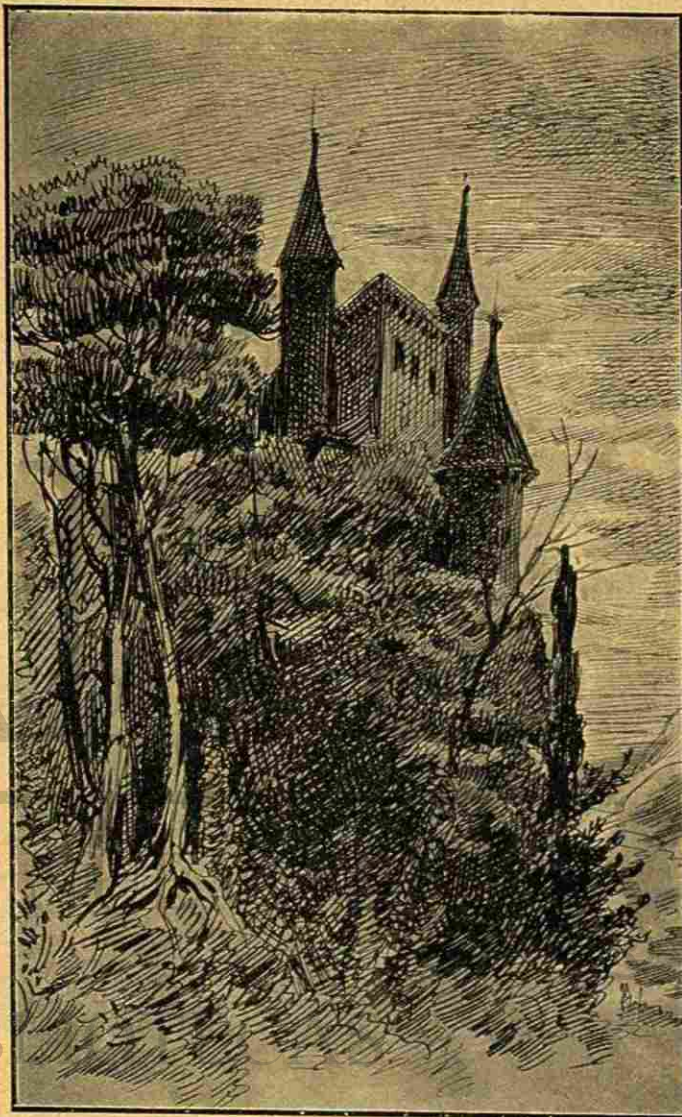
EL CASTILLO DE L'ARBRELLES

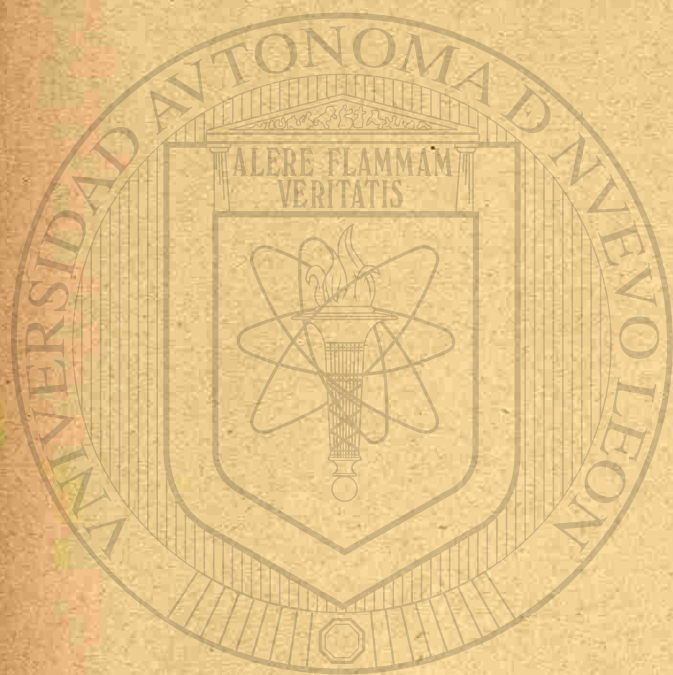
DANZA EN RUEDA

Ve, aldeana, á coger la fresa y la frambuesa en los campos, los días hermosos. A ocho millas de Amboix, á dos millas de Tours, el castillo de l'Arbrelles, rey de estos contornos, se levanta con sus torres, sus torres y torreones. En los días hermosos ve á coger la fresa y la frambuesa, á ocho millas de Amboise, á dos millas de Tours; allí están las torres, las torres y los torreones del castillo de l'Arbrelles, bien conocido de los buitres.

Coged, Teresa y Juana, la frambuesa y la fresa; riamos, bailemos, amemos, el cielo está contento de ello; burlémonos, burlémonos de los sermones. El castillo de l'Arbrelles, que nombramos cantando, yergue sobre los viejos montes sus torres y torreones. Riamos, bailemos, amemos; coged, Teresa y Juana, la frambuesa y la fresa, burlémonos de los sermones. Allá, sobre los viejos montes, se yerguen las torrecillas del castillo de l'Arbrelles, bien conocido de los demonios.

Coged, hijas de Amboise, la fresa y la frambuesa. Los demonios, los buitres, han cambiado de cara desde los tiempos antiguos. Torres de siniestro augu-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio, la hierba crece en vuestros patios: ¡desmoronaos, feas torres! El cielo estará contento. ¡Amemos, los años son cortos! Coged, Teresa y Juana, la frambuesa y la fresa. ¡Oh bellas!, nuestros amores para robar vuestros encantos, para llenaros de lágrimas; los demonios son nuestras almas, nuestros corazones son los buitres.

XVIII

CANCIÓN DE GRAVOCHE

¡Ran, tan, plan! ¡Dobla, tambor, dobla más! ¡Pan, pan, pan! ¡Pif, paf, bum! ¡Ran, plan, tan, plan! ¡Hermosa aurora!

Hacen enfadar á los reyes; ven en su socorro, burgués, con tu entusiasmo, tu paraguas y tu asma.

Dobla más, dobla, tambor. ¡Hermoso día!

¿Se necesitan reyes á la cabeza de los pueblos convertidos en bestias? Tú, cañón, dices sí; yo, el suelo, digo no.

Ran, tan, plan, etc.

Y tú, viejo traperero, toma tu garfio y tu canasta, porque ya es tiempo de que recojas á todos los reyes y á todos los príncipes.

Dobla más, dobla, tambor. ¡Hermoso día!

Ese montón de tronos traquetea; tíralos todos á tu posada, desde el rey Dagoberto al emperador Gobert.

¡Bate, tambor, bate más! ¡Ran, tan, plan, pan, pan! ¡Pif, paf, bum! ¡Ran, plan, tan, plan! ¡Hermosa aurora!

XIX

OTRA CANCIÓN DE GRAVOCHE

El señor Prudhomme es una ternera que se cons-
tipa del cerebro al más pequeño viento fresco que
hace. Prudhomme es la zapatilla que se pone un rey
bajo sus talones para andar hacia atrás.

Yo hago la canzoneta, haced el rigodón. ¡Rampon-
neau (1), Ramponnette, don! ¡Ramponneau, Ram-
ponnette!

El Prudhomme tiene pesadumbres; llora sobre el
progreso, por sus salarios que se encantan, por los
reyes, coches de alquiler por horas, por su caja, y por
el fin del mundo en que se tenía hambre.

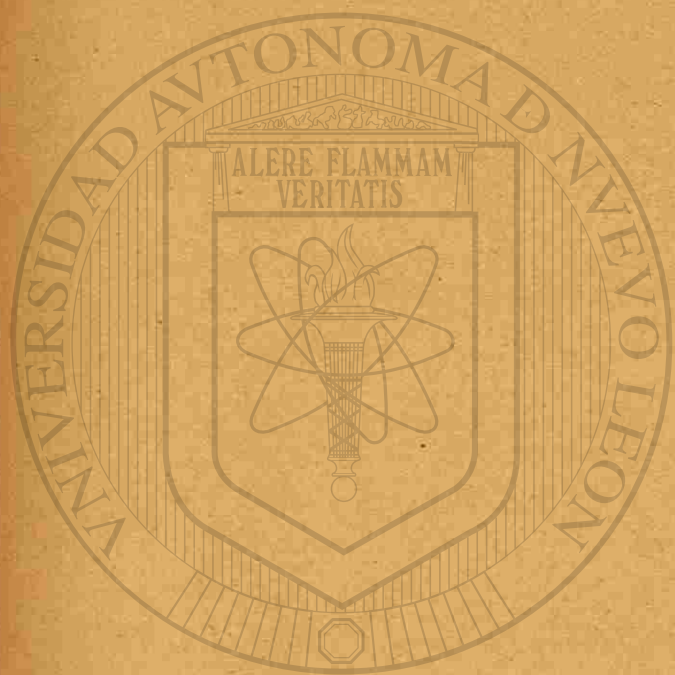
Yo hago la canzoneta, etc.

LA CUERDA DE BRONCE

...Y añadido á mi lira una cuerda
de bronce.

Las Hojas de Otoño.

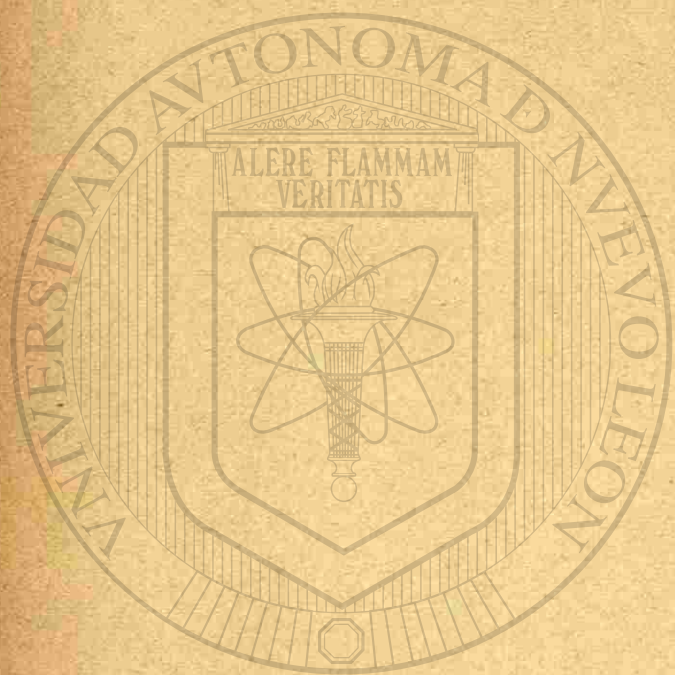
(1) Juan Ramponneau (1724-1802), famoso tabernero parisién.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DESPUÉS DE LOS REVESES

1872

¡Oh Francia!, uno de tus hijos se arrodilla ante ti. El humilde sacerdote del divino arte, al que nada mancilla, te trae su tristeza y su augusto amor. Cuando todas las grandezas de un país se desmoronan una en pos de otra bajo el vil encarnizamiento de la suerte tenaz, en los días tenebrosos, el teatro (1), que en otros tiempos, riendo, grave, tempestuoso ó sereno, hablaba á las naciones por dos máscaras de bronce, cuando sangra la horrible llaga de las fronteras, debe no decir al pueblo emocionado más que cosas altivas. Cuando la patria enlutada baja los ojos ante su antigua historia hecha cenizas, por tierra, esparcida al viento; cuando el elevado Capitolio ha dejado sitio al Calvario, tenemos por deber el recuerdo severo, y el hombre es envilecido por los cantos de la musa, si saca de ella una embriaguez que raya en el olvido. En adelante, después de tanta angustia, después de las huidas, los campos cercados, las murallas vendidas, las torres destruidas, y la cautividad de las sombrías legiones; cuando la Europa nos odia, á nosotros que

(1) Esta poesía fué compuesta para servir de preludio á las representaciones de *Ruy Blas*, en el teatro del Odeón.

51

si
ié-
ra-
en
r el
nos
lu-
ara
nos
ede
era-
rié-
os á
ace-
nos
odo
aría
eles,
rían
e se
sa-
cep-
hace
todo
ra el
o—y

están
sobre
n, se
siglos
mez-
otra
Y la

la protegemos, esos himnos que se llaman Oda, Drama, Epopeya, deberían parecerse todos á vainas de espada. Si el tigre arrebató al cordero entre sus dientes, súbitamente saldrán de esos potentes poemas súbitos y furiosos resplandores; sus versos serán reprensivos, amenazadores y supremos; se sentirá brotar de ellos un aire de combate, se verá en ellos la gloria lloviendo sobre su mal lecho, y habrá en esos grandes clamores voces altivas que removerán la áspera vergüenza en el corazón de los capitanes, y les infundirán la rabia y la sed de sumergir su honor en la ola sublime del peligro; y así es como se salva un pueblo y se funda en tí, París, en tí, Roma, un alma profunda. No vengáis á buscar otro placer que entrever una espada y recobrarla; el arte no debe á los espíritus más que fiestas viriles; tengamos días espantosos, sea, pero no instantes estériles. Cuanto más disminuye la felicidad, más debe crecer el corazón; el astro acepta la noche para resplandecer mejor en ella. La estrella, desdeñosa en el fondo de los cielos fúnebres, tiene el aumento de la sombra y de las tinieblas, responde por el crecimiento augusto de los rayos. Por esto aquí todos, quienes quiera que seamos, hijos de los que vieron de cerca Berlín y Viena, no encontrando justo ni conveniente tener tales abuelos y no pensar en ellos, y dejar en rehenes su gloria al extranjero, teniendo el sombrío enojo de los hombres sobre los cuales se anda, recordando que nos toca á nosotros llevar el arca y ser la altiva vanguardia del progreso, pensamos es bueno aguzar nuestros pesares y que hay que tocar nuestras llagas con un hierro rojo; y puesto que ya reverdecen los setos; puesto que está acercándose el encantador mes de mayo, debemos mirar el sagrado firmamento, los bosques, los campos, los lirios, la rosa, la vincapervinca, con este pensamiento en el corazón: ¡la revancha!

Si nos dejáramos encadenar por el destino; si vueltos hacia la noche y no hacia la mañana, pudiéramos continuar viviendo prisioneros; si no lloráramos con el alma embriagada de cólera, teniendo en la frente cada uno de nosotros el sonrojo de no ser el que se espera, el vengador; ¡ah! si no quedáramos pensiveles ante todo hombre que pisotea á su verdugo, se yergue y se nombra y le quita su espada para matarle; si pudiéramos callarnos y acostumbrarnos al oprobio y mostrar, transformación vil, que se puede ser Tersites después de haber sido Aquiles; si diéramos razón á los reyes riendo entre ellos; si descubriéramos en nosotros corazones espantosos dispuestos á consentimientos infames de la caída; si ante el vencedor, gritando: ¡cesemos la lucha, paz! ¡quedémonos así!, decimos: ¡estaba pensando lo mismo! ¡Ah, todo habría acabado! ¡La Francia, oh franceses, arrancaría de su cabeza, con sus manos indignadas, sus laureles, y de entre sus cabellos puñados de estrellas que irían á apagarse en la noche! ¡No, no seremos lo que se desvanece; no, no seremos el hijo que degenera, y sabremos apresurar el despertar del trueno; no, no aceptamos nuestro honor obscurecido! Porque lo que hace un pueblo ilustre es esto: teatro, tribuna, alma de todo hombre de luces, de toda pura llama, vuelo para el espíritu; trabajo para el cuerpo, arte, pensamiento—y el enemigo fuera.

Mientras estén en Alsacia y estén en Lorena, están en nuestra casa. Su sable, pueblo, se arrastra sobre tí. Te han quitado tu bien, pueblo. Pues bien, se vuelve á tomar. ¡Ah! Ni el más grande de los siglos no es grande si una sombra de vergüenza está mezclada á su gloria. Teniendo un ala blanca tener otra negra, ¡no, Francia, no! Jamás has vivido así. Y la paz no es paz sino después de haber vencido.

¡Oh Grecia! ¡Oh Pericles! ¡Días lozanos! ¡Edad espléndida! Píndaro por una parte, por otra Tucídides; lo ideal venía á ser el verdadero nombre de lo real, y Fidias esculpía el muro del Partenón; Hipócrates tomaba el pulso de Demóstenes; el pueblo se abrevaba de luz en las fuentes que se llaman Apolodoro, Eurípides, Platón; el duro Solón, levantando su bastón sobre Tespis, había muerto; y Sócrates quitaba los dioses al hombre; Atenas parecía despertar vagamente á Roma, que respondía á su llamamiento desde el fondo de la sombra,—y los persas eran arrojados del Archipiélago!

Quién ha dicho, pues: ¡la Francia cae! Mañana, de pronto, se verá levantarse lentamente la gran piedra de su tumba.

Sí, mañana; sí, la hora está próxima. Ved. Se endereza teniendo en sus dos puños, de los que cuelga su cadena, un trozo de espada espantoso.

Sí, el porvenir nos trae esa poderosa espada en que Dios clemente ha reemplazado la hoja humana por la celeste flamígera.

¡Oh, demos la bienvenida á esa espada prodigiosa! ¡Que nos haga ver en las nubes el grupo estrellado de los antepasados!

Que su relámpago muestre á nuestra alma todos aquellos rostros de gigantes, á Martel derribando á Abderramán, á Juana que liberta á Orleáns.

Y aquellos esforzados, hermosos en su creencia;

Bayardo, que jamás se dobló; Marceau, que murió bajo Maguncia; Hoche, que fué muerto ante Metz.

Que se oigan susurrar sus voces, y que no se pueda adivinar si es que se oye á Kleber que ríe, ó el cielo que truena.

Que esa fiera espada de la Francia sea la espada del género humano; que anule el sufrimiento, hoy espada, mañana reja de arado.

Que sea para todos la liberación, que atraviese la nube oscura y que nos devuelva aquí abajo la esperanza y el azul allá arriba

Que esa espada cree y fulmine, que siembre la luz á fuerza de relámpagos, y que salga de ella la alegría y salga de ella el amor.

Que con su claridad, por toda la tierra arrobada levante una sublime tempestad de vida, de victoria y de libertad.

Que siegue el mal como si fuera hierba; que se diga: ella ha fundado nuestros derechos; y que sea soberbia para siempre por la inmensa huida de los reyes.

París, 19 febrero 1872.

I

AL DÍA SIGUIENTE DE SEDÁN

Está bien. Enjugaos.

Francia, Prusia, lavad, tú tu oprobio, tú tu gloria. Cada una tenéis un sonrojo en la frente; sobre tí, Francia, la espesa vergüenza; y sobre tí, Prusia, la índole de tu victoria. — César, ¿qué propina quieres? — Quinientos mil millones. — Queda hecho, métetelos en el bolsillo.

Honor, virtud, pudor, fraternidad, probidad; ¡pasad, sombras!

El porvenir curioso vendrá á ver esos escombros que se llamaban un tiempo justicia, derecho, razón. ¡Cómo crece la grama! ¡Cuán pronto prosperan la traición, la conquista, el robo, el homicidio y las rapiñas, y cuán fecundas son en espinas, en noche obscura, en horror sobre el templo derribado! ¡Cómo un rey cubierto de oro, de púrpura y de odio encorva y dobla á su gusto la más altiva raza, y cuán fácil es á los emperadores hacer su esclavo de un pueblo y de un león su perro! Sed ruso, inglés, austriaco; sed el gallo, sed el águila, sed el cisne, vuestro amo os sujeta, y no ha de hacer más que una seña para que de vosotros, pueblo destruido, no queden más que aves de presa y aves de noche. ¡Erais Alemania y sois Prusia! ¡Ah!

Si existiera, para comparecer yo ante él, un tribu-

nal de reyes, altivo, augusto, repulsivo, presidido por tu espectro, oh negro Felipe II; un arcéopago sombrío donde estuviera sentado Tiberio, yo diría: ¿Es ahí donde delibera Satán? Y entraría. ¿Por qué? Para decirles esto:

—Yo que aquí os hablo, no soy más que uno que pasa. Pero miradme bien todos vosotros, césares de Roma, dueños del mundo, reyes, papas; soy un hombre. Lo que yo quiero vengo á gritároslo: Quiero la paz para nosotros, para vosotros, para nuestros últimos nietos. Quiero lo verdadero, lo bello, la fraternidad. El alma de Dios mismo, el amor, ese destello, esa llama formidable que ilumina el bien, que abrasa el mal, que lo deslumbra todo, así al animal como al hombre, que derrama la verdad, la dulzura, la clemencia y visible en lo más alto de los cielos en la sombra inmensa. Quiero abrir de nuevo el edén á todos los grandes deseos; quiero la verdad, la justicia, y odio á los bellacos, á los tiranos, á los traidores, á los tráfugas; y yo soy el acusado, puesto que vosotros sois los jueces.

II

A UNOS REGIMIENTOS DÉSALENTADOS

¡Oh pobres soldados nuestros!; sí, habéis cedido. Antes que este sagrado París os sea franqueado; antes que nuestra Francia augusta esté salvada; antes que el águila haya puesto á salvo su nidada, vosotros habéis dicho: ¡abajo la guerra, ciudadanos! Y nosotros, que bajo la bomba y bajo los vizcaínos luchábamos

como vosotros, dispuestos á las más terribles tareas, os hemos gritado indignados: ¡Callaos, cobardes!

Pues bien, fuimos injustos, sois unos valientes.

¡Ay! Tener chambelanes por generales y por jefes criados y por amos fámulos, es demasiado, y vosotros habéis sufrido los días siniestros; fuisteis enviados ante la afrenta; combatisteis para ser fulminados; visteis como se desmorona una gloria destruída y aprendisteis el camino de la fuga. ¡Oh dolor! ¡Vosotros, los hijos de aquellos para quienes tronó Austerlitz y resplandeció Jena!

¡Ah oscuros corazones hechos pedazos y llenos de amargura! ¡Esperad, oh vencidos! No es la costumbre de Francia tener la frente inclinada largo tiempo. Después de Blenheim, después de Rosbach, caímos; pero volvimos á levantarnos en Ulm y Arcole. Sufrid la desgracia como se sufre la escuela; alimentad la áspera ira de los corazones humillados. ¡Sea! Por un instante, hijos de Francia, cedéis ¡ay! y retrocedéis un paso; pero no volveréis á nuestra antigua gloria y á nuestros antiguos caminos sino con el alma más altiva.

También desfallecían los grandes soldados romanos; y cuando César pasaba, aquellos descontentos épicos le pedían la paz bajando las picas, lo cual no impedía, y sin embargo lo olvidamos, que aquellos hombres se batieran como leones, y que los pueblos tuvieran por aquellos legionarios el culto de espanto que se tiene por los truenos. Sí; á veces, cuando el aliento romano se interrumpía, los bárbaros tenían un momento de reposo; y se reía al ver que volvían á las ciudades los viejos hastati, cansados y blancos,

y los pupilos cuyo rostro tenía apenas un bozo rubio; pero pronto aquel ejército, en quien Roma vivía, se cubría de nuevo con su coraza y entraba en campaña, y en todas partes, en Dacia, en Frigia, en España, los reyes se echaban á temblar cuando el viento les llevaba el ruido de su marcha hacia adelante.

París, 8 enero 1871.

III

ANTE LA COLUMNA DESTRUÍDA

★

Cuando la gigante hubo caído, se acercaron.

Si algún rey de Egipto, un kedive, un bajá derribaba la impura pilastra de Cleopatra, buena para dar al pastor un poco de sombra al medio día, se diría ¡barbarie! Y se tendría razón. Así, pues, aquel trofeo era sublime en el horizonte; tenía el aspecto de un faro iluminando una costa; las ciudades del prodigio y del sueño, Nínive, Menfis, hecha por Menes; Sarda, donde reinó Ciro; Sarepta, llena de tantos hombres desaparecidos; Jericó, Palenque, Sofala, Babilonia, no tenían nada más hermoso que aquella áspera columna. Aquel cipo triunfal, al que respetó un siglo, borraba por entero el obelisco de Elefanta, el jalón de Bisancio en el fondo del hipódromo y el pilar de Tebas y el pilar de Roma.

Aquella columna, siendo forjada con cañones tomados á los reyes, estaba llena de voz; se oía al pue-

blo hacer ruido en aquel bronce; y nosotros no teníamos el derecho de destruirla, porque nuestros padres la habían construido para nuestros hijos. Dando cara á todos los desafíos, representaba la revolución de Europa, esbozada por su vertiginosa y rápida cabalgata, y el espíritu de Fleurus cerniéndose sobre Austerlitz y nuestras banderas con rayos de luz en sus pliegues. Al ver en la plaza la augusta espiral de toda aquella enorme y sideral gloria, y aquel negro torbellino de fantasmas, torcido, fijo y petrificado bajo el viento sin dirección, se pensaba. Parecía que la alta humareda, salida revoloteando de aquel fiero ejército, bajo el cielo tempestuoso y sereno, no había querido disiparse y se había hecho bronce.

★

Parecida al segador que pisa las gavillas maduras, aquella columna tenía por zócalo un montón de armaduras. Ofendía á los reyes y no á las naciones. Ella fijaba el punto de donde partieron nuestros padres, á fin de que se pudiera juzgar los pasos que nosotros dábamos; indicaba el lugar de donde se retiran las olas y añadía los días antiguos á los días nuevos; después de los grandes soldados, ¡plaza á los grandes ciudadanos! En París, que el sueño inunda, era como una estela en medio de este cuadrante del mundo y su sombra marcaba en él las horas del progreso.

Los reyes no se atrevían á ir á mirarla de cerca

Ayer cayó la gran solitaria. Cuando se la vió en el suelo, se pudo medir todo lo que se puede quitar de orgullo en un instante al siglo más oscuro y al más refulgente.

★

Los que pegaron su oído á sus restos oyeron en la sombra un rumor semejante al Océano cuando habla y se queja á los cielos.

Ved lo que decía aquel ruido misterioso.

—Os habéis equivocado como se equivocaba Roma. Lo que habéis tomado por la gloria de un hombre es la gloria de un pueblo, y es la vuestra, ¡ay! Pueblo, ¿cuáles son mis culpas? De los tronos resplandecientes, de la Europa trabajada por la Francia en todas direcciones, de la batalla acabada en vasta liberación, de Edad media muerta, de los prejuicios proscritos, ¿de qué me acusáis? ¿De la sangre, el llanto, los gritos, los lutos y los aletazos demasiado grandes de las victorias, de ser una cima donde luce el relámpago de las noches negras, de vivir y atestiguar que vuestros padres pusieron su alma en el acero de los cañones enemigos? Mi crimen es la lucha altiva de las espadas, el choque de los escuadrones, las corazas abolladas, las escalas contra el muro, los clarines, los asaltos. Los leones son odiados de todos los leoncillos; vuestra infancia no ha podido soportar mi vejez; sea, Parto con Ulm y Wagram. Os dejo con Sedán. Adiós, molesto. Me voy. Aun prefiero ¡ay! mi guerra que vuestra paz.

IV

La gran República tiene garras fatales. ¡Ay de los que, sin ser los verdaderos machos, sin ser los esposos reales y serios, quisieren hacer aceptar á la ruda

hembra, en el fondo de los bosques misteriosos, su falsa virilidad. Palas preguntaría en qué se mete Davo; la gigante sería poco tierna con el mirmidón si él se atreviera á intentar un instante de abandono; la altiva uña podría muy bien maltratar aquella nuca; no es sin peligro que á veces una peluca, aún cuando tenga un aspecto salvaje y ásperas espesuras, toma aires de melena á los ojos de los conocedores; no aconsejo al señor Scapiglione que haga el león junto á la leona.

París, 17 octubre 1871.

V

DESPUÉS DEL DERRUMBAMIENTO DEL HOMBRE

Para vengar el pasado, para salvar el porvenir, oh pueblo, he sentido que debía castigar á un hombre y que era preciso castigar una cabeza; y yo, que he llevado la tempestad en mi garra, cuando la justicia de temible y sagrada frente me ha dicho: ¡Fulmina, amigo!, he dicho: Lo haré. Sea. Porque no son las águilas, por lo general, que se niegan á coger un trueno con su garra. Y he luchado. Aquel amo estaba allá bajo su dosel, y yo le combatía y le miraba. Todo lo tenía para sí, desde el Volga al Tíber, todo, la Alemania esclava y la Inglaterra libre; yo le hacía la guerra á través de esta paz; y la multitud á sus pies, mientras yo hería, se admiraba de que alguien se atreviera á permanecer honrado, habiéndose convertido la ignominia en una fiesta. Yo, único desterrado á la orilla de los mares, odiado de todos, tanto más indignado cuanto más era absuelto, ¡oh Guernesey!,

en pie sobre tus altivas colinas, le arrojaba desde lo alto sibilinas hojas; los vientos se las llevaban, sombra, nublado, afrenta; y cuando pasaban por encima de su frente, salía de ellos un verso parecido al rayo.

Pero ahora que el hombre infame está en el polvo, que está en el suelo, espantoso, yacente, y que veo como su nombre hace estremecer doquiera todas las voces, y como andan los transeúntes por encima del César miserable, deja sitio, áspera justicia, al venerable perdón; ó cuando menos, si perdonar es demasiado, permite que mi encendida cólera permanezca en las cumbres, y no descienda á herir á ese cadáver. Déjame volver hacia todo lo que me lacera, hacia los que ahora son poderosos y hacen inclinar á la Francia al borde de la caída sin fondo. Yo luché ¡oh Verdad!, pero nunca remato. El corazón perseverante no es el alma implacable. El aplastamiento del que ya no existe es pueril; la culpa no basta, necesito el peligro. Mi ira sólo es tenaz para con aquellos que tienen el arma en la mano y en los ojos la amenaza, y en mi desdén reposado y pensativo sumerjo los monstruos, si han muerto, ó si son pequeños. El rayo quiere un fin y se encuentra inútil sobre la hidra inanimada ó el reptil microscópico, y el negro justiciero, hiriendo en las cumbres, deja vivir al gusano y que se pudra la serpiente.

VI

LA ORGÍA DE LOS ASESINATOS

¡Ah, bien! Pongo los puntos sobre las íes; sea, en rigor admito la guerra; el asesinato nunca. Confesad

que sería extraño que me gustara la matanza en detalle, yo que la execro en conjunto, ó que, reprobándola en detalle, tuviese gusto por la sangre cuando sus olas hacen desbordar el sumidero.

Si, los cadáveres están cubiertos por los escombros; pero la historia sabrá más tarde cosas sombrías. Quieres cubrir en vano, delantal del carnicero, la Saint-Barthélemy difícil de ocultar; las esponjas de las gentes arrodilladas son inútiles para lavar el torrente de los Cevennes, y de él rezuma siempre un largo arroyo de sangre.

Es por demás que el asesinato tome un aire inocente, pruebe lo que no es, niegue lo que se demuestra, explique sus razones, diga su pro y su contra:—Que, si no se pusiera á nadie fuera de la ley, Veuillot estaría sin trabajo (*tâche*) y Carrier sin empleo (no olvidéis ese acento circunflejo, impresores), (1) que no es posible tener cuidado del sexo, de la edad, etcétera, porque se tiene mucha prisa, y la cal viva está hirviendo en el foso; que es un trabajo, después de todo, poco cómodo; que hay que desconfiar del pathos á la moda; que se os quisiera ver en el mismo caso, señores descontentos; que á partir de entonces hay orden para largo tiempo; que hay que extirparlo todo para que nada amenace.—El asesino puede jurar por sus grandes dioses, san Ignacio, Fouquier-Tinville, Hébert, de Maistre, Jaime II; es en vano que dibuje una sonrisa repugnante; él es el crimen, salido del pueblo ó de la biblia, y, hasta por las causas buenas, es horrible; que se llame Alba, Omar, Cromwell, Bellart, Marat, es siempre estúpido y siempre foragi-

(1) En francés, *tache* significa mancha moral y materialmente; y *tâche* significa tarea.

do; cualquiera que sea el partido que se revuelva en el error, ¡desgraciado del asesino, tanto por un bando como por otro! Encuentro á Atreo espantoso, hasta matando á Caín. Cualquiera que seas, tú que fuiste verdugo, esconde tu mano, sabe que no puedes sustraerte á esto, que un crimen siempre se comete en un hermano y que toda víctima es hermana del matador. Se distingue entre error y maldad; pero escoger entre los matadores, ver la nieve ó la arena tintos en sangre y pleitear por el tigre excusable, ¡nunca!; nunca tendremos para el homicida embrutecido aquel perdón que se parece á la complicidad.

¡Ah! ¡Cuántas Niobes, Ecubas y Electras! ¡Ay! Oigo hablar en voz baja á los espectros y hasta un sordo cuchicheo de los muertos llega vagamente á mi oído á través de la obscuridad. Yo que no soy más que un hombre que tiene por ley compadecer, luchar, no matar nada, no temer nada, que vencedor me arrodillo y vencido estoy en pie, tengo mi resolución de llegar al fin; siento en mí la fuerza enorme, la inocencia. No tener para ningún crimen ninguna complacencia, es mi ley. Digo, pues, á todos la verdad, ¡á ti, Rigault; á ti, Galifet! Probidad, sinceridad, deber, en esto está toda mi alma. Los matadores rojos tienen en la frente el signo infame; pero odio á los fratrícidas negros y á los asesinos blancos, por ser parecidos á los rojos. Soy el barrendero imparcial que pasa y arroja á los cuatro feroces vientos del espacio todo lo que mancha al hombre ó al pueblo, ó á la ley, al asesino de Duval, al asesino de Darboy, al error, sombrío punto de apoyo donde se apegaba el crimen, á Haynaa, Cissei, Jourdan corta-cabezas y su hacha, al cura y su misal, al raitre y su cimera! Por monstruoso que sea el montón que forme el estiércol, no retrocedo; me encuentro con Augias y yo tengo el humor de Hércules.

VII

VICTORIA DEL ORDEN

Sí, se han salvado el orden y el Estado, y creo que es por la quinta ó la sexta vez; el steamer proveedor del presidio está en nuestras radas; durante ocho días se ha tropezado con cadáveres, fosas, moribundos; ya se ha acostumbrado uno; se ha hecho justicia muy pronto; se ha matado hombres, mujeres, niños, de todo, un revoltijo.

Ahora son forzados que comen de la tartera vestidos con trajes de la chusma, varios que eran los sepultureros de la tiranía y cuyo nombre célebre habíamos visto volar desde el Volga al Ebro, desde el Tajo al Niemen. ¡Victoria! No se han hecho las cosas á medias. Para salvar á la patria y delante del enemigo, París había tenido durante cinco meses el rumor inmenso de las selvas que el viento parece volver locas; se parecía al sombrío huracán libiano; ha sido menester hacerle callar un poco; está bien, ya estamos aliviados; porque es una pena una ciudad empeñada en libertar á Francia. Alemania nos dice á media voz: ¡Gracias! Los cafés se han vuelto á abrir, las iglesias también; la paz sangrienta sale de la guerra civil; tenemos el orden de más y aquella ciudad de menos. Hay quien hubiera querido tal vez menos muertos; pero ¿no es lo corriente que un caballo tenga demasiada espuma en el bocado cuando ha corrido mucho? La bomba no ve más claro que el trueno; en tan duros combates los golpes en falso están permitidos al Júpiter

ter de lo alto, lo mismo que á los Jupines (1) de abajo. En una palabra, estamos salvados. De todos los corazones sale este grito de entusiasmo y de felicidad: ¡Silencio! ¡Que nadie piense y que nadie hable más!

Es hora de que la mar ascendente tenga su reflujo y que el útil viento de la tumba desaliente á todas esas libertades que hacen un ruido de tormenta. Este siglo tiene demasiados relámpagos, rayos y truenos; bueno es, y así lo vemos al fin, que un puño salvador, salido de las tinieblas, le estreche; la sociedad quiere, la religión reina; en el derecho divino, en el *sylabus* es donde está la salud, pues el pueblo es casi un abuso. De ahí este gran éxito: la sombra en la fragua; ¡el 89 castigado de su 93!

VIII

En Bélgica (y ¡ay! tal vez también en otras partes) la justicia, el derecho, la ley, son un adorno; para el pueblo sale de ello un brazo armado de una espada; pero si pasa alguno de arriba, esto se quita; el juez es un marco, Temis es un cartón, la áspera y sombría magistratura es un carnero en carretilla, y el código es un aprisco; para hacer desvanecer la fantasmagoría basta el silbido bien dado que se oye en el teatro y también en los bosques.

Ejemplo: unos dandys ridículos salen con sus gorronas, oh Brillat-Savarin, de la bodega donde tú cenas, y, alegres cenadores, quieren con razón servir al

(1) Jupín, nombre con que se designaba irónicamente á Júpiter en el francés de la Edad media.

VII

VICTORIA DEL ORDEN

Sí, se han salvado el orden y el Estado, y creo que es por la quinta ó la sexta vez; el steamer proveedor del presidio está en nuestras radas; durante ocho días se ha tropezado con cadáveres, fosas, moribundos; ya se ha acostumbrado uno; se ha hecho justicia muy pronto; se ha matado hombres, mujeres, niños, de todo, un revoltijo.

Ahora son forzados que comen de la tartera vestidos con trajes de la chusma, varios que eran los sepultureros de la tiranía y cuyo nombre célebre habíamos visto volar desde el Volga al Ebro, desde el Tajo al Niemen. ¡Victoria! No se han hecho las cosas á medias. Para salvar á la patria y delante del enemigo, París había tenido durante cinco meses el rumor inmenso de las selvas que el viento parece volver locas; se parecía al sombrío huracán libiano; ha sido menester hacerle callar un poco; está bien, ya estamos aliviados; porque es una pena una ciudad empeñada en libertar á Francia. Alemania nos dice á media voz: ¡Gracias! Los cafés se han vuelto á abrir, las iglesias también; la paz sangrienta sale de la guerra civil; tenemos el orden de más y aquella ciudad de menos. Hay quien hubiera querido tal vez menos muertos; pero ¿no es lo corriente que un caballo tenga demasiada espuma en el bocado cuando ha corrido mucho? La bomba no ve más claro que el trueno; en tan duros combates los golpes en falso están permitidos al Júpiter de lo alto, lo mismo que á los Jupines (1) de abajo.

En una palabra, estamos salvados. De todos los corazones sale este grito de entusiasmo y de felicidad: ¡Silencio! ¡Que nadie piense y que nadie hable más!

Es hora de que la mar ascendente tenga su reflujo y que el útil viento de la tumba desaliente á todas esas libertades que hacen un ruido de tormenta. Este siglo tiene demasiados relámpagos, rayos y truenos; bueno es, y así lo vemos al fin, que un puño salvador, salido de las tinieblas, le estreche; la sociedad quiere, la religión reina; en el derecho divino, en el *sylabus* es donde está la salud, pues el pueblo es casi un abuso. De ahí este gran éxito: la sombra en la fragua; ¡el 89 castigado de su 93!

VIII

En Bélgica (y ¡ay! tal vez también en otras partes) la justicia, el derecho, la ley, son un adorno; para el pueblo sale de ello un brazo armado de una espada; pero si pasa alguno de arriba, esto se quita; el juez es un marco, Temis es un cartón, la áspera y sombría magistratura es un carnero en carretilla, y el código es un aprisco; para hacer desvanecer la fantasmagoría basta el silbido bien dado que se oye en el teatro y también en los bosques.

Ejemplo: unos dandys ridículos salen con sus gorronas, oh Brillat-Savarin, de la bodega donde tú cenas, y, alegres cenadores, quieren con razón servir al

(1) Jupín, nombre con que se designaba irónicamente á Júpiter en el francés de la Edad media.

orden entrando á saco una casa; si han bebido buen vino, si aquel populacho se compone de gente con título, de hombres en plaza, de barones, de marqueses, de príncipes, de lacayos, miserables bien presentados, asesinos del género chisgaravís, si son bandidos á la última moda,

incapaces de coger un sueldo de mi cómoda, haciendo coro con sus voces, tarareando un *couplet*, deseando matar sólo al que les desagrada, ningún magistrado debe turbar aquella chanza. Si el principal truhán es casi un personaje; si han tenido la precaución de ser en número suficiente, armados y cincuenta contra uno solo, ciento si es preciso; si son prudentes; si en aquella guarida no han de temer más que á dos chiquillos guardados por un abuelo; si se trata de un francés cualquiera, de un quidam,

el señor Anspach se convierte en burgomaestre de Saardam, ni un agente de la autoridad, ni un exento se mueve; que, ¿alguien cree que Kerwin va á enfadarse y á ponerse colorado contra su hijo que hace en la sombra una treta encantadora? La policía se cambia en Bella durmiente en el bosque. Como en el fondo la justicia es un dengue, siendo admitido el estado á quien agrada la cosa, y que transforma en cipo, en poste, en mojón, en peón, á aquel dogo, el gendarme, y á aquel linco, el espía, todo va á las mil maravillas y se deja hacer; Anspach bebe aquel alboroto como si fuera un somnífero. ¿Acaso se molesta á la gente por tales miserias? ¡Un asalto! ¡A lo sumo un homicidio! ¿Qué es eso? Después de todo está bien hecho. ¡Diviértete, juventud! Dormid, señor Berden; roncad, señor Cornesse. Somos regidos por leyes complacientes. ¡Forzar una puerta, sitiar un edificio! ¡Bravo! Esos tranquillones no son más que belitres. ¿No se ha de

ir á molestar á alegres rompedores de cristales, por una piedra que hubiera podido matar á un niño? ¿Proteger al hombre atacado? No, al que se defiende es al agresor.

Entonces, en la sombra livida luce una metamorfosis en que Ovidio se recrearía, y la amable mitología reaparece. Toda una capital es convertida en selva; la patrulla encantada imita al cangrejo; en casa de Argos sonriente, Morfeo está de servicio.

Bruselas, 30 mayo 1871.

IX

Á UN REY DE TERCER ORDEN.

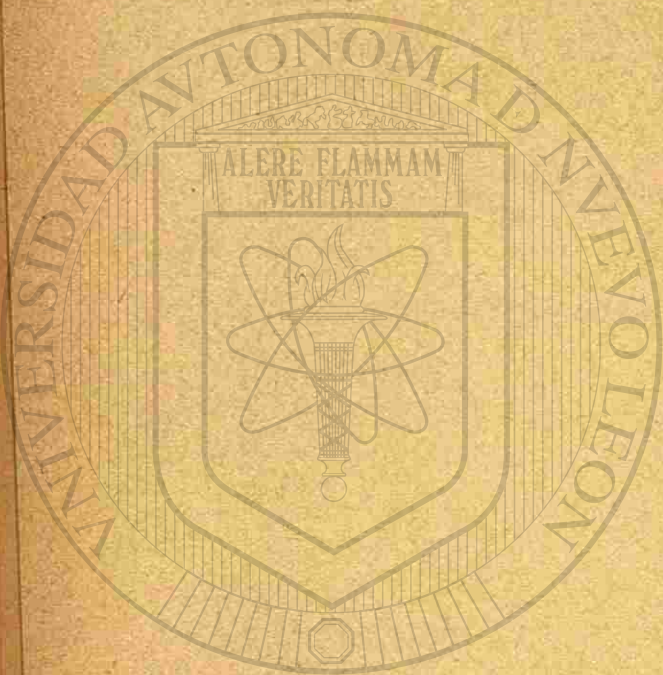
Rey, tú me has expulsado, me dicen. Poco me importa. Además, un acaro, en un diario cucaracha, me ultraja de tu parte y de parte del cielo; real afrenta que babea en estilo oficial. No te contesto. Tengo esta impolítica. Mira, rey, ser una alteza no es gran cosa. A tí y á tu periodista os ignoro, pues estoy muy ocupado con las flores que Dios en este instante nos prodiga y en querer festejar el mes de las rosas. Además, yo no creo que las grandes esfinges melancólicas ni que el sombrío escollo contra el que va á chocar el alción, llamen mucho la atención en el infinito, uno al grano de arena, el otro al chorro de espuma. Que un cortesano insulte y una lamparilla humee, es muy sencillo; un soñador no se irrita por ello. Por eso estoy tranquilo respecto á tu majestad. Puedes condecorar tranquilamente á tu burgomaestre. Por la

gracia de Dios, que protege á de Maistre, tú reinas y tu escriba escribe. Vivid en paz.

Yo, cazador silvestre, vago por los espesos matorrales; escucho el ladrido de una jauría ideal; admiro la grandeza de la real bestia y me gusta encontrar activos seres malignos, á fin de tranquilizar al mundo con mis cantos; no estoy enfadado cuando me atacan leones, ó me cercan monstruos, legiones rugientes. Está bien, les espero pensando bajo los cipreses. Les enseño los dientes cuando se acercan demasiado; cuando es preciso hago con ellos un escarmiento eficaz, y puede verse á mis piés, en la sombra, la osamenta de uno de ellos, que creo que era un emperador. Pero tengo muy poco tiempo para enfurecerme y prefiero estar tranquilo.

Medito sobre la tierra, bendecida en el fondo de los cielos, maldecida por el fakir sangriento en el fondo de los templos negros; amo al pájaro en el huevo, á la encina en la bellota, el porvenir en el niño; y en cuanto la aurora empieza á derramar la luz, digo: ¡Todavía!, y pido para nosotros al cielo humanidad, una inmensa prolongación de claridades. Las injurias que se me pueden hacer están cubiertas por el azul, por el dulce estremecimiento de las ramas verdes, por la divina charla de los melodiosos nidos. Esta naturaleza tiene tantos oídos y tantos ojos, mira al hombre con tanta majestad, es de tal modo pródiga y de tal modo económica de su fuerza, que todo recibe, que nada pierde; mezcla tal inspiración á su potente concierto, que yo siento la necesidad de ser un pensador útil; Dios vigila el viento, yo vigilo mi estilo; porque la tempestad y los versos serían viles burlones si el uno turbara las olas, si el otro abriera sin regla los corazones, y si no tuvieran por objeto en la infame





sombra, el uno sanear el mar, el otro engrandecer los corazones.

La sombra es el enemigo, yo la combato; quiero arrancar confesiones á los enigmas de la suerte, quitarles nuestro corazón, que tienen ellos en su garra, disipar la ignorancia, abolir la miseria; soy el espíritu severo, inquieto, frío, altivo y el contradictor del destino enorme; camino bajo el horror de los ramajes soberbios, en las profundas flores y en las altas hierbas, ignorando los países prohibidos á mi paso, insultado de tan lejos, que no sé que lo sea; me gustan todos los soles y todas las patrias; soy el combatiente de los grandes ensueños; el pensamiento es mi amigo, la utopía es mi hermana; no tengo odio en mí más que á fuerza de dulzura; como un ruido de olas desbordadas, escucho el murmullo confuso de las futuras ideas, y preparo un lecho á ese torrente que viene; yo sé que Dios promete lo que el porvenir cumple; y preparo en el espacio su camino al progreso; defiendiendo las cunas y las tumbas, paso teniendo por apetito lo verdadero, el bien, lo bello, sin fijarme en los reyes cuando son demasiado pequeños.

X

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ALSACIA Y LORENA

¡Oh qué insensato sueño se forjan esos miserables! ¿De quién estáis hablando? De los reyes. ¡Días execrables! ¡Días que seguirán, negros enjambres de Euménides! ¡Tierra y cielos! ¡Que mi nombre, sinónimo de afrenta, sea maldecido, que mi mano se seque y se marchite si un día se calla mi voz acusadora! ¡Tiempo

asqueroso! ¡Así es, pues, como esos homicidas, salpicados de sangre desde el casco á los estribos, borrachos de orgullo, de ruido de clarines, de banderas, tratan á las naciones, sus pálidas prisioneras! César brilla, teñido de púrpura, por una llama horrible: Se corta á los pueblos en pedazos. Se coge lo que se quiere, lo que gusta, el brazo, el corazón, la cabeza. Se es una bandada de aves de rapiña y de tempestad precipitándose sobre el augusto y sombrío género humano. Se es las llaves de la sombra y se tiene en la mano las riendas de los caballos del sepulcro; se excita con la voz á todos los monstruosos perros del Có-cito, Grant, Bismarck y Gladstone y Brancoft el ladrador; aquella prostituida inepta, el espanto, madre de las cobardías, os ayuda asustada; y para matar París, ¡oh atea tentativa!, como en otros tiempos Jerjes contra Leónidas, se empuja la horrible marea de los soldados, se hincha la oleada negra de las siniestras legiones; se es los dioses, teniendo los demonios por ministros; y cuando se han cometido todos esos crímenes, se va á dar gracias á aquel espectro idiota, ¡Jehová! Luego se canta y se ríe, sin ver que aquella fiesta, donde falta el verdadero Dios, disgusta al verdadero profeta, y que el justiciero, Juvenal, d'Aubigné, Tácito, está allí caviloso y mirando indignado. Se entierra el dinero pillado, las dos provincias, los muertos; se tiene la espantosa alegría de los príncipes; se hacen visitas, se ofrece un regimiento; se es más risueño que espinoso es la retama; se arrastra en los encantadores bailes sus reales parejas, y de tigre á tigre se hacen caricias. En cuanto á la sangre, dejadla correr, es un torrente; y, sin embargo, se tienen sofistas que doran aquellas glorias, aquellos tratados odiosos, aquella infamia. Una bella cautiva es una bella amiga, con tal que comprenda y se calme; cerremos el antro de los vientos que soplan sobre los mares y los montes;

que del sangriento drama salga el idilio agreste; ¡paz!, cuando se ha cogido todo, se puede dejar lo que queda. ¡Felicidad! ¡Concordia! ¡No más ira! ¡No más espanto! Y se dice á Francia: Vamos, sositégate; está concluido, Francia.—¿Y cómo, dice esta madre, borraré yo Estrasburgo y Metz de mi amarga memoria? ¡Oh! ¡Antes olvidaré mis dos senos arrancados! ¡No, no olvidaremos! Fuera de lo que buscáis, el botín, luego la paz en la desierta selva, lo que esperáis no lo tendréis, ciertamente; pero lo que tendréis, no lo esperaréis: es el precipicio. Avanzad paso á paso por la sombra. Id, caminad. Siempre detrás de la victoria, el porvenir, libro obscuro, reserva para la historia una hoja, negra ó blanca, que se llama el reverso. Los profundos naufragios están abiertos ante vosotros. Id, hombres de la noche. ¡Ah! sois soberbios, reináis; ¡oh, segadores, en vuestras gavillas plegáis cadáveres, flores, cipreses, laureles, conquistadores de quienes tendrían envidia los usureros! Pero en vano contáis, robadores de mi Lorena, con mi poca memoria y con mi poco odio; yo soy uno, yo soy Todos, y lo que os digo os lo dicen todos los corazones furiosos, ¡bandidos! ¡No, no olvidaremos! Lorena, Alsacia, oh ciudades; oh, queridos franceses, países sagrados, estad tranquilos, no tardaremos. La espada que la pálida Judith hundi6 en el costado de Holofernes, está ya pronta. ¡Eterno recuerdo! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Revancha!

¡Ah! Tu pueblo vivirá, pero tu imperio se inclina, Alemania. ¡Oh rebelión en el fondo de la tumba sorda! ¡Oh formidable rebato en el campanario de Estrasburgo! ¡Osamentas removidas! ¡Levantamiento de fantasmas! Czares, príncipes, emperadores, amos del mundo, átomos, ¡cómo vuelan en la noche esas grandes miserias! ¡Cómo se desvanece la eternidad de los reyes! Hombres jóvenes, viejos, aullando, cam-

pesinos, campesinas con hoces por partesanas, ¡ah! el día de la lucha, vendrán más de uno. Metz imitará á Lille, y Estrasburgo á Châteaudun; vuestros cañones volverán sus bocas contra vosotros y las torres os arrojarán, ¡buhos, milanos, cuervos, buitres! Se verá hormiguar el precipicio de las espadas; entonces, la Revolución en pie, con el sable en el puño, revivirá, altiva, al viento de las epopeyas; y vosotros, á quienes el porvenir no quiere, oh reyes, veréis pálidos reaparecer aquella gorgona á través del ramaje espantoso de la Argona. Francia abrazará á la Alsacia, abrazará á la Lorena, ¡triumfo!, y la Europa será; y vendrán los vengadores con cantos y chiflas más abundantes que la sombra en los negros pozos de las nubes, más apretados que el aguacero en un cielo lluvioso, y yo veré eso, yo que soy viejo.

¡Reis! ¿No es verdad que la hora, reyes, está mal escogida para tanta esperanza y tanto frenesí, cuando se vacían nuestros sacos de escudos, cuando tenemos la misma suerte que en otros tiempos tuvieron los esclavones, cuando toda nuestra sangre escapa por nuestra vena abierta, cuando todos vuestros gozosos fusiles llevan su rama verde, cuando todo es gloria, orgullo, fuerza?—Pues bien, ¡ya veréis! Sea; los sueños no están aún desdorados; pero, príncipes, esa cosa extraña, la justicia, existe; y cualquiera que sea el palacio que se levante, aunque fuese de mármol, es de arcilla, y su cimiento perecerá si no tiene el derecho por base; su muro es vano si no está guardado más que por el número y su puerta de bronce está hecha con sombra. Vuestros pueblos están ya arrepentidos de ver en vosotros tanta embriaguez, cetro tal en las manos, tanto poder; ellos os han coronado no sabiendo que

un Louvre abriga desde que se le abre la rapiña y el robo; se estremecen al ver que lo han cogido todo. El árbol inmenso del desprecio saldrá de su flanco, como sale de tierra una encina horrible.

¿Creéis, todopoderosos estúpidos, que se hace callar el eterno clamor de los hombres oprimidos? Pensáis sobre los goznes de la noche, cerráis la puerta por donde debe venir la grande aurora. Intentáis sofocar el alba augusta y sonora. ¡Ah! ¿Os atrevéis con el porvenir siniestro? Él viene á resucitar, á salvar, á amar, á castigar. ¡Temblad! ¡Violáis la orilla inabordable! ¿Sabéis los secretos de la formidable noche? Ese nosotros que conoce la misteriosa mañana. Lo que germina, lo que se avanza, lo que nace, lo que piensa, es nuestro. ¡Temblad, pues, oh déspotas! Todo lo que tú haces, Krupp; todo lo que revuelves, Bismarck; todos los hornos, flamígeros embudos, donde la áspera fragua sopla con sus negros pulmones, fabricando cañones, morteros, bombardas, todo lo que á los falsos bardos inspira un falso triunfo, reyes, os lo repito, esa decoración de ópera palidecerá, pasará, huirá, se derrumbará.

¡Sí, somos caídos y vencidos, y el Jante tembloroso no ve más yacente á Ilión! Sí, estamos en tierra, abajo, rotos, batidos; sí, pero el gá y sus sombrías virtudes crecen en nuestros hijos, y nuestro cielo se dora con ese viejo astro, abierto en esa joven aurora; sus frescas voces están ahí cantando los grandes desafíos; vemos renacer á nuestros abuelos en nuestros hijos. Sí, vosotros os lo lleváis, pero nadie engaña ni evita el ojo invisible; y por deprisa que ande un ladrón, el castigo cojo le sigue y le alcanza; pero mi país no está bastante muerto para no oír desde su tumba vuestra carcajada, y esto te despierta, oh Francia, oh paloma

mía, oh mi dulce patria, oh grande águila espantable. Sí, creéis que todo acaba barriendo, y que cuando se han puesto los escombros en un rincón se puede dejar vagar las sombras sobre las tumbas. Pues bien, no. Porque una sombra es un alma. Sí, tiranos, estamos extenuados, desnudos, expirantes; no tenemos amigos, ni dinero, ni ejército, ni fronteras; pero tenemos la humareda de nuestros caseríos quemados, que os denuncia a todos y que ennegrece el cielo contra vosotros y para nosotros. Pero cuando la nave zozobra, la estrella sobrevive; pero cuando el asesinado se desangra en el bosque sombrío, un fulgor descolorido sale del cadáver desnudo; pero el destino reflexivo siempre se ha acordado de la necesidad de castigar a los culpables; pero el enjambre invencible de las fuerzas impalpables que se llaman verdad, deber, progreso, razón, viene hacia nosotros y llena el horizonte de rumor; pero nosotros somos ayudados por toda el alma humana; pero el mundo tiene necesidad de una antorcha que le conduzca, y vosotros os llamáis tinieblas; pero la luz, el santo trabajo, la paz, la libertad, el amor, todo esto conduce al hombre y está comprendido en la palabra ¡Francia! Sí, nosotros somos el luto, la caída, el sufrimiento; ningún pueblo aún ha reaparecido de tan bajo; pero tenemos para nosotros ese alguien desconocido, cuya sublime sombra se ve pasar por momentos por encima de la enorme muralla del abismo.

9 noviembre 1872. H.-H.

XI

LA LIBERACIÓN DEL TERRITORIO

1873

*

Yo no me encuentro libertado. No, por más que me yergo, me doy de cabeza con el techo de la tumba; me ahogo, tengo sobre mí la enormidad terrible. Si algún respiradero blanquea la noche visible, distingo allá abajo Metz, allí Estrasburgo, allá nuestro honor, y la obscura proximidad de los combates, y los hermosos niños rubios mecidos en las quimeras, sonrientes, y pienso en vosotras, ¡oh pobres madres! Consiento, si se quiere, en mirar; veo á éstos reír, á aquéllos cantar á voz la mies de oro, el estío, las flores y la patria siniestra, siendo su ensueño una batalla. Antes de poco el arquero negro empuñará el cuerno. Calculo el tiempo que falta todavía; pienso en la espantosa refriega de las espadas. Cuando se usurpan fronteras por la fuerza, cuando un pueblo que yace se ve el costado abierto, abril puede brillar, el bosque puede estar verde, el árbol puede estar lleno de nidos y de ruidos de alas; pero los montones de balas negras en las ciudadelas tienen aire de tener un sueño y de estremecerse á veces; pero los mudos cañones escuchan una voz que les habla bajo en la sombra, y el trágico porvenir sopla su lógica á todo aquel bronce feroz.

¡Cómo! ¡Mientras cantáis no oís, hermanos míos,

mía, oh mi dulce patria, oh grande águila espantable. Sí, creéis que todo acaba barriendo, y que cuando se han puesto los escombros en un rincón se puede dejar vagar las sombras sobre las tumbas. Pues bien, no. Porque una sombra es un alma. Sí, tiranos, estamos extenuados, desnudos, expirantes; no tenemos amigos, ni dinero, ni ejército, ni fronteras; pero tenemos la humareda de nuestros caseríos quemados, que os denuncia a todos y que ennegrece el cielo contra vosotros y para nosotros. Pero cuando la nave zozobra, la estrella sobrevive; pero cuando el asesinado se desangra en el bosque sombrío, un fulgor descolorido sale del cadáver desnudo; pero el destino reflexivo siempre se ha acordado de la necesidad de castigar a los culpables; pero el enjambre invencible de las fuerzas impalpables que se llaman verdad, deber, progreso, razón, viene hacia nosotros y llena el horizonte de rumor; pero nosotros somos ayudados por toda el alma humana; pero el mundo tiene necesidad de una antorcha que le conduzca, y vosotros os llamáis tinieblas; pero la luz, el santo trabajo, la paz, la libertad, el amor, todo esto conduce al hombre y está comprendido en la palabra ¡Francia! Sí, nosotros somos el luto, la caída, el sufrimiento; ningún pueblo aún ha reaparecido de tan bajo; pero tenemos para nosotros ese alguien desconocido, cuya sublime sombra se ve pasar por momentos por encima de la enorme muralla del abismo.

9 noviembre 1872. H.-H.

XI

LA LIBERACIÓN DEL TERRITORIO

1873

*

Yo no me encuentro libertado. No, por más que me yergo, me doy de cabeza con el techo de la tumba; me ahogo, tengo sobre mí la enormidad terrible. Si algún respiradero blanquea la noche visible, distinguo allá abajo Metz, allí Estrasburgo, allá nuestro honor, y la obscura proximidad de los combates, y los hermosos niños rubios mecidos en las quimeras, sonrientes, y pienso en vosotras, ¡oh pobres madres! Consiento, si se quiere, en mirar; veo á éstos reír, á aquéllos cantar á voz la mies de oro, el estío, las flores y la patria siniestra, siendo su ensueño una batalla. Antes de poco el arquero negro empuñará el cuerno. Calculo el tiempo que falta todavía; pienso en la espantosa refriega de las espadas. Cuando se usurpan fronteras por la fuerza, cuando un pueblo que yace se ve el costado abierto, abril puede brillar, el bosque puede estar verde, el árbol puede estar lleno de nidos y de ruidos de alas; pero los montones de balas negras en las ciudadelas tienen aire de tener un sueño y de estremecerse á veces; pero los mudos cañones escuchan una voz que les habla bajo en la sombra, y el trágico porvenir sopla su lógica á todo aquel bronce feroz.

¡Cómo! ¡Mientras cantáis no oís, hermanos míos,

el profundo sollozo de las dos ciudades! ¡Cómo! ¡No veis, muchedumbre tranquilamente serena, como la Alsacia mira estremeciéndose á la Lorena!—¡Oh hermana, se nos olvida! ¡Se está contento sin nosotras!—¡No! ¡No olvidamos! Estamos de rodillas ante vuestro suplicio, ¡oh ciudades! ¡Cómo! ¡Creernos libertados cuando se mete en presidio nuestra gloria; cuando se corta á la Francia un trozo de su capa; cuando la Alsacia en la argolla, la Lorena en el potro, lloran, retuercen sus sagrados brazos y nos llaman; cuando nuestros frescos escolares, borrachos de rabia, deletrean á fin de saber qué relámpago brota del corazón de Hoche y de la frente de Kléber, y de qué manera, en este siglo en que estamos, se hace la guerra á los reyes, de donde sale la paz de los hombres! No, murallas; no, soberbios campanarios; no, jamás olvidaré á Estrasburgo ni olvidaré á Metz. ¡La horrible águila de las noches nos estrecha en sus garras, ciudades! Nosotros franceses, nosotros hermanos vuestros, nosotros que vivimos por vosotras, nosotros por quienes vosotras viviréis, no podemos ser libertados más que por Metz y por Estrasburgo. Cualquiera otra restauración es una añagaza; y la vergüenza, mancha que crece sin cesar, sombra que siempre sube, queda en el fondo enrojecido de nuestra historia enlutada, pueblo, y todos nosotros tenemos un pie en el ataúd, y ni una ciudad está entera, y creo que Verdún está encadenada, que Belfort es víctima, y que París se arrastra humilde, disminuido, quejumbroso, mientras Estrasburgo está tomado y Metz está cautivo. Nada nos pone el corazón más rudo y más salvaje que ver esa bóveda infame, la esclavitud, extenderse y reemplazar por encima de nuestros ojos el sol, los pájaros que cantan, los vastos cielos. ¡No, yo no soy librel! ¡Oh temblor de tierra! Entreveo sobre mi cabeza una nube, un cráter, y la áspera erupción de los

pueblos, ardiente río; jadeo bajo el peso del porvenir huraño, oigo hervir la lava submarina y siempre me siento el Etna sobre el pecho.

*

Y pues queréis que os lo diga todo, digo que no se es grande mientras no se está en pie y que no se está en pie mientras se arrastra una cadena; envidio á los antiguos romanos sus coronas de encina; quiero que se sea modesto y altanero; en cuanto á mí, declaro que, después de tanto oprobio y espanto, cuando apenas se sostienen nuestros vacilantes muros, sin preocuparme de si los reyes van y vienen, si llegan del Cairo ó de Teherán, de si el uno es verdugo ó el otro tirano, si los curiosos son monstruos, de si viven en una obscuridad asquerosa en que mueren las naciones, de si son devotos de Dios ó del diablo; digo que, dejándoles corromperse ó instruirse, mientras yo no pueda hacer relucir á la luz del sol más que guiones que agitan un lúgubre estremecimiento y clarines salidos apenas de prisión, mientras rugiendo de cólera no haya lavado nuestras banderas estremecidas en un inmenso Austerlitz popular, nuestros lutos, Sedán y Forbach, no enseñaré nuestro ejército á los transeúntes. ¡Oh pueblo! Tú que fuiste tan hermoso; tú que no hace mucho extendías tan ampliamente tus alas en la guerra; tú cuya espantable anchura de alas cubrió Berlín, Roma, Menfis, Viena, Moscou, Madrid; tú que soplaste sobre las olas el viento de las tempestades y que hiciste nacer del caos la rubia aurora; tú que fuiste el solo que tuviste el honor de aprisionar en tu mano y poder soltar el gran pájaro, Mañana; tú que lo barriste todo; el azul, las extensiones, los espacios, perseguidor de las huídas desatentadas; tú que fuiste el mejor; tú que fuiste el primero,

oh pueblo, sentado ahora sobre tu estiércol, rasca con un pedazo de teja el pus de tus úlceras, y piensa.

La derrota tiene consejos sinceros; la hermosura de la dicha feroz está en tener una sombría fraternidad con el deber; el deber hoy consiste en dejarse crecer sin ruido, y encerrar, como una virgen en el claustro, su odio y alimentar los negros resentimientos. ¿Para qué desplegar ya nuestros regimientos? ¿Para qué galopar ante la Europa hostil? Es prudente no levantar polvareda inútil; día llegará de abrirse y estallar; y creo que es mejor no apresurarse tanto.

Porque es preciso que al ver los soldados de Francia se diga:—Esto es la gloria y la liberación. ¡Esto es Jemmapes, Argona, Ulm, Jena, Fleurus! ¡Es un montón de laureles aparecido á la luz del sol! Mirad. Han hecho imposibles. Son los bienhechores, son los invencibles. Tienen los montes por murallas y el Rin por foso. Al verles es preciso que se diga:—Han destronado á los reyes del Norte, á los reyes del Sud, á los reyes de la sombra; este ejército es la roca vencedora de las olas sin número, y su nombre resplandece desde el cenit al nadir.—Es necesario que se diga:—Son los amigos venerables de los pobres, de los condenados, de los siervos, de los miserables, los grandes expoliadores de los tronos, que arrancan cetro, espada y poderío á todo el que sea malo; son los bienvenidos dondequiera que alguno sufra. Tienen el ala de fuego acostumbrada al precipicio. Son el enjambre de relámpagos que atraviesa la noche. Siguen adelante hasta cuando les conduce la muerte. Son hermosos, risueños, alegres, llenos de luz; Atenas estaría loca por ellos y Esparta orgullosa.—Es preciso que se diga:—¡Están de acuerdo con los cielos! Y que el hombre, adorando sus audaces pasos, crea oír á

Dios, haciendo rodar sus truenos por encima de esos legionarios que hacen rodar sus cañones.

Por esto esperaré yo.

★

¿Qué esperas tú?—Yo contesto: Espero el alba; espero que todos digan:—¡Hiramos! ¡Levantémonos y demos por réplica á Sedán la Europa libertada!—¡Espero la república! ¡Espero el estremecimiento de todo el género humano! Mientras se cierre el camino á ese siglo agosto; mientras Prusia tiene prisionera á Francia, ¡pensar es una afrenta, vivir es un sufrimiento! Como Isaías, sublevado por Sión, siento zumbir el profundo verso de la indignación, y la cólera no es más agotable en mí que la ola en el mar inmenso y la arena en el tormentoso desierto removido por los vientos.

¿Qué espero? ¡Espero que los huesos estén vivos! Soy espectro y sueño, y la ceniza me cubre, y escucho, y espero que se abra el sepulcro. Espero que se eleven voces en los corazones, que caigan los paveses bajo los conquistadores, y que se vea levantarse un astro al extremo de la desgracia, de la sombra y de la vergüenza.

Hasta aquel instante, miremos soberbiamente, oh pueblo, el furor de nuestro rebajamiento, y que le alimente todo y que todo le exaspere. Siendo pequeño ví á uno grande, mi padre, me acuerdo; era un soldado, nada más; pero había mezclado su alma á los fieros reflujos, á las revanchas, á los gritos de guerra, á las nobles fiestas, y en nuestras tempestades había el relámpago de su sable. ¡Oh! No quiero disimula-

ros á vosotros, famosos de ayer, el enojo de ser oscuros hoy, á nuestros soldados, luchadores infortunados, falange que iluminó en otro tiempo la gloria sin mezcla; el extranjero, ¡ay!, á esta hora, héroes traicionados, camina por encima de vuestra historia y vuestro país; sí, habéis dejado que aquellos raitres de manos viles robaran nuestros campos, nuestros muros, nuestras ciudades, y completaran su gloria con nuestros sacos de escudos; sí, fuisteis cautivos; sí, sois vencidos; estáis en el pozo de las caídas insondables; pero vuestro destino es salir de él formidables, pero os erguiréis de nuevo, pero os levantaréis, pero seréis como la hoz en los prados; el Hércules celta revivirá en vosotros con el hacha al hombro; devolve-
réis á la Galia su frontera, pisotearéis á Francisco, á Guillermo, á Atila, á Schinderhanne y á Bismarck, y espero aquel día. Sí, los hombres de Eylau os dirán: ¡Camaradas!

Y hasta entonces, permaneced pensativos lejos de las paradas, lejos de los vanos rumores, lejos de los falsos chis-chas, y mirad como crecen nuestros hijos aun pequeños.

Desde ahora vivo con el ojo fijo sobre nuestras dos ciudades.

No, no pienso que los reyes estén tranquilos; no tengo más que una alegría en el mundo, su intranquilidad. Reyes, habéis vencido, habéis salido con bien; con toda suerte de crímenes levantáis un edificio infame en lo alto de los sublimes montes. Habéis construido un muro entre el hombre y vosotros; sea; un palacio enorme, deslumbrador, oscuro, de donde sale el relámpago, donde no entra una luz, y es un templo, á no ser que sea un antro.

Sin embargo, aún cuando se contara con el ejército y el Senado, es prudente no dejar rastro después del asesinato, recomponer sus hazañas, lavar bien la victoria, limpiar el lado sucio de la gloria. La suerte tiene recodos tortuosos, pensad en ello;—convengo en ello, sois monstruosos; vosotros y vuestros cancilleres, vosotros y vuestros condestables, estáis satisfechos, sois temibles; gozosos, fuertes, servidos por lo que hace daño, habéis emprendido el retroceso del mundo hacia la noche; cada día hacéis hacer un progreso á la obscuridad; bajo el cielo, de hora en hora más sombrío, tenéis, príncipes, tales éxitos que hacen envidiar, que os podéis burlar del 21 de enero, del 14 de julio, del 10 de agosto, de aquellas trágicas jornadas de donde salían los grandes destinos; que podéis pensar que el Rin, ese gran arroyo, basta para detener á Jourdan, á Brune y á Marceau, y que en vuestros sonoros banquetes os podéis reir de todos nuestros huracanes, de todas nuestras auroras y de los vastos esfuerzos de los titanes dormidos. Todo está bien; vivís, sois buenos amigos, reyes, y no sois nada económicos de nuestro oro; habéis llegado á daros los hombres; os regaláis un pueblo después de cenar; el águila es hecha para remontarse y el hombre para arrastrarse; la Europa es el reptil y vosotros sois las águilas; vuestros caprichos son nuestras leyes, nuestros derechos, nuestras reglas; la tierra no ha visto aun bajo el firmamento azul nada que pueda igualar á vuestra saciedad; y para vosotros el destino se agota en cumplidos; ante vuestras majestades y ante vuestras altezas, los sacerdotes ponen de rodillas á Dios estupefacto; nunca nada pareció más eterno que vosotros; hoy día sólo existe vuestra omnipotencia; pero, reyes, todo eso tiembla, y vuestra triste gloria adivina el profundo repudio del porvenir; porque por encima de todas las dichas que creéis tener,

por encima de vuestros arcos triunfales, de vuestros altivos esplendores, sobre todo lo que compone el prodigioso montón de vuestras prosperidades, oh reyes, oh capitanes; sobre lo que soñáis, sobre lo que intentáis, sobre vuestra ambición y sobre vuestra esperanza, se ve la gran mano sangrienta de Francia.

16 septiembre 1873.

XII

El leoncillo pensaba; era muy pequeñín, escondido, mudo, parecido al gato que se acurruca lejos del sol, en la sombra donde se embotan sus rayos.

¿Cuánto tiempo se necesita para que crezcan sus uñas? Pensaba.

Dejadme que os diga que los lúgubres reyes hacen el mal, pisotean los derechos, las verdades, el honor, la virtud, la justicia; hacen acudir los sacerdotes para que se reconstruya el infierno en el alma humana, donde puso Dios la razón, y sus prosperidades están hechas de manera que la gloria de un pueblo es la vergüenza de otro; su grandeza se revuelca en el montón de inmundicias, sus cetros se mezclan en los placeres obscenos, el cubil de los cerdos gusta á aquellos pavos estrellados; ayer abofeteaban á las naciones magulladas; jugaban á los dados, alegres, las ropas de las patrias; á éste el Nilo, á aquél el Rin. Cuando han puesto sobre su frente su cimera de bronce, nada puede moderar sus furios poco calmados por canciones de iglesia y danzas de almeas (1); tienen no sé

(1) Bailadoras indias.

qué monstruoso apetito de ser horribles; son los dragones tortuosos, las hidras, los pasajeros siniestros de la historia; tienen para sí el luto, el patíbulo, la victoria, todo lo que se arrastra y tiembla, y las altaneras risas; el hambre del pueblo asiste á sus festines; la aurora es su palacio, la sombra es su fortaleza; su falso poder se yergue ante el Dios eterno con todo el impudor de su rebelión; son dorados, son fangosos.

¡Crece, león!

9 octubre 1873, en París.

XIII

¡Oh realeza! ¡Montón de sombra! ¡Hacinamiento de horror, de espanto, de crimen, formidable para el pueblo, luego para el rey; que ciega los ojos que lo ven, lleno de espectros, semejante á las visiones de Endor! En él no se distingue más que una corona de oro, cuyos vagos florones relumbran.

¡Tempestad de ignorancia y de odio y de noche, donde se estrellan caballos, hombres, espada que reluce, cañón que retumba, clarín sonoro! ¡Bruma espantosa, parecida á las facciones de la tumba, que, como una boca que extingue una antorcha, hace soplar el huracán sobre la aurora!

¡Pesada nube esparcida sobre los temblorosos siglos, desde lo cual, cuando han pasado dos mil años por encima del hombre y del pueblo, ola que corre, se ve salir, después del ruido que hace un chirrión

súbitamente el puño siniestro del verdugo mostrando una cabeza á la muchedumbre!

XIV

¡Cómo! ¡Tener por objeto esa cobardía! ¡Agradar! ¡Darse ese empleo noble, augusto, ejemplar, la adulación! ¡Tener por amos á los que pasan! ¡Obedecer al negro viento que sopla en todos sentidos; estar contra, estar en pro, según el barómetro! ¡Vituperar, después aprobar, prohibir, luego permitir, no según el deber, sino según el éxito! ¡Dejar hacer, porque hay locos que aventuran todos los ensayos, que violan nuestros derechos en nombre de nuestros príncipes! ¡Dejar desnaturalizar los tipos del honor, del progreso, del derecho, de la equidad! ¡Querer el talión! ¡Sufrir, oh libertad, que de tu cinturón cuelgue y resuene un manojo de llaves! ¡Decir, cuando se aventuran en una sombra enorme y triste todas las verdades enlutadas: esto está bien! ¡Negar el astro, admirar la blancura del carbón, declarar verdadero lo falso y justa la injusticia, alabar á Carrier después de haber hollado á Procusto! ¡Vestir su conciencia á gusto de la estación! ¡Ponerse á la ventana y acechar el horizonte! ¡Mirar como se hincha tal ó tal bandera para saber á qué hora y de qué modo se podría ser vil más útilmente! ¡Cómo! ¡Ese principio, ayer sincero, miente hoy! ¡Cómo! ¡Toda verdad que molesta no es cierta. Si tal es mi interés, el cisne es una zumaya, pueblo, y de ese león, el derecho, hago yo mi perro. Basta, para cambiar de pronto el mal en bien, que sea un tirano el que reina en lugar de otro; se combate; es la muchedumbre, todos se revuelcan. Se es sincero con el

amo y se miente con el pueblo. ¡Cómo! ¡El pensador habrá tronado soberbiamente si es un emperador quien se sirve del suplicio, y si es la multitud, será cómplice de él! ¡Y aquel hombre indignado será el hombre deslumbrado! ¡Oh cielos! Después de haber dicho no, balbucear sí. ¡Y ante el patíbulo, desde que la multitud usa de él, imprimir una cobarde sonrisa á la máscara de Medusa! Ved, pues, á donde conduciría la sed de gustar. ¡No, no, no! Desertar por un obscuro interés de aquellas verdades que nosotros, franceses, establecimos; decir al pueblo honrado y bueno y lleno de instintos sublimes, pero que prefiere á veces los bajos á las cumbres, decir que tiene razón cuando se equivoca, ¡nunca! ¡Ah! Antes que aceptar tales servidumbres, el hombre que aquí habla huiría á las soledades. Lo sufriría todo, el frío, el hambre, el amargo destierro, el fastidio, la salvaje sordera del mar, todo, lejos de la patria y lejos de la luz; y por la noche, leñador que vuelve á su choza, cansado, desnudos los piés, á través de los espinos, arrastraría en pos de sí la leña cortada en la selva.

27 abril 1871.

XV

Un gran sable sería de utilidad pública. No es hora de exterminar la trínca de pensadores, de soñadores, de meditadores, de sabios, y de todos esos sembradores que echan su semilla á los vientos, y levantar sobre el pavés al que nos hace callar, y soplar sobre el alba y apagar á Voltaire. ¿Qué esperáis? ¡Oh qué hermoso sería ver á algún buen antiguo tirano cumpliendo al fin su deber, cortar, tajar, tronchar y

poner bozales á vuestros Molières, á vuestros Dantes, á vuestros Miltones! Ya tenemos bastante con todos esos charlatanes. El mal de los hombres proviene del primero que habló. Se va gritando: ¡Progreso! ¡Fraternidad! ¡Valor! ¿Qué necesidad tenemos de todas esas palabras de tormenta? En otros tiempos todo iba bien con tal que uno se estuviera quieto. Ahora se quiere ser libre y amo. ¿Por qué? Libertad es tempestad. Es preciso que un buen piloto lleve la barca al puerto y el pueblo á ser el ilota. Es preciso que un belnario ó que un hombre de Estado embride á ese pueblo que se atreve á cometer el atentado de nacer y que se extravía hasta llegar al deseo que muestran al lirio, la abeja y la cabra al codeso. Mientras no encontremos ese político, continuarán las revoluciones, el ruido y la gritería aumentarán en la noche. Recuperemos el antiguo templo y la antigua tienda; nos basta hacer revivir el pasado. ¿Qué se quiere? ¿Para qué sirve Diderot? ¿A qué viene Danton? ¿Por qué turba Garibaldi la Sicilia? ¡Vuestro progreso no es más que fatiga imbecil! ¿Qué furor tenéis de caminar adelante? Del hombre que vive demasiado, sale demasiado tumulto. El espíritu humano, largo tiempo tranquilo y sombrío, se agita; ¿no sería bueno hacer volver á su yacija y que se tuviera bajo llave y se paralizara á ese monstruo que sacude su cabeza de forzado? ¡Cómo! ¡La mosca, otras veces leal y resignada, falta al respeto que se debe á las telarañas! ¡Intenta hacer en ellas un agujero para escaparse! ¡La plebe se atreve á existir, á gobernar, á usurpar! ¡Cómo! ¡La verdad sale! ¡La razón la acompaña! Pronto, echemos otra vez á la una al pozo y á la otra en presidio. Para todo el que se atreve á ir, venir, romper la tuerca, el infierno es un calabozo que tiene á Dios por cerrojo. Que se entre en él. ¡Oh espantosa revuelta! El inexorable llora y los terribles tiemblan; los buitres asustados se parecen á los gorriónes. ¡Luto! ¡Ho-

rror! ¡Ver surgir por todos lados un montón de verdades y de realidades, ver su llama y pensar que tal vez cada una trae no sé qué espantoso rencor y viene rutilante al mundo á vituperar al cetro, al cadalso, á la espada y á la hoguera! ¡Oh! Mientras no se haya puesto en condiciones de no perjudicar á todo lo que quiere crear, calentar, fecundar, lucir; mientras el antiguo buen orden incurra en el peligro de ver nacer bruscamente un abril formidable; mientras sea permitido á las locas plumas embriagadas llevar los pájaros y escribir los libros; mientras un hombre que dice: ¡tengo hambre!, pálido, rogando, pensativo, haga blanquear vagamente el Oriente; mientras el cielo cómplice no tenga la transparencia que permite á los pobres distinguir la esperanza; mientras el descamisado se crea ciudadano, soy de vuestra opinión, burgueses, no hay medio alguno de dormir en reposo, y no hay rincón en el navío donde se pueda ser el único salvado cuando todo zozobra. ¡Oh terror! ¡Todo se ilumina! ¡Es hora de acabar con ello! ¿Quién salvará al mundo en peligro de porvenir? Caín llora, Judas gime, Falaris sufre. ¡Oh! ¡Cuán urgente sería detener en seco el precipicio en plena erupción de luz, y la paz, el progreso, evadiéndose de los espesos nublados, la ciencia y el alma, subiendo allá arriba hacia el solsticio, y esa blancura celeste, la justicia! ¡Y qué bien se haría poniendo en razón á los astros que se levantan en tropel en el horizonte!

XVI

A LOS HISTORIADORES

Sed jueces, sed apóstoles, sed sacerdotes, decid lo cierto. ¡Sobre todo, no expliquéis los traidores! Porque la explicación acaba por parecerse á la indulgencia espantosa, y esto hace temblar. No me contéis un oprobio notorio como si contarais una historia cualquiera.

¿Cuál es la cantidad de asesinatos permitidos? ¿Hasta dónde puede haber inteligencia con los enemigos? ¿Hasta dónde se puede cortar el cuello á la patria? ¿La espalda de Raguse está demasiado castigada? ¿Merece Dupont todo lo que le abrumó?—No, no; no quiero investigaciones de esas. Me estremezco, el rubor sube á mi rostro, esto es todo. Quiero ser un ignorante de vergüenza. Quiero permanecer estúpido y furioso ante los golpes de la suerte, los golpes de mar, los golpes de viento, á los que viene á añadirse el alevo- so asesinato de un cobarde. Tomo el crimen en masa. El que me tranquiliza me enfada. No, la historia no es un lavaje de albañal. ¡Historiadores, tened desprecio por los traidores, no vaguéis con vuestras lámparas por su bodega; no digáis: Sin embargo, aquel cobarde era un bravo! No indaguéis cómo se construye y se esclarece su maldad. Dejad para la noche tales monstruos. ¡Adónde iríamos á parar si se encontrara explicación para el hombre que tal día entregó París ó

hizo traición á Roma! Discutir es ya absolver vagamente.

¡Cómo alegaréis esto y aquello! ¡Cómo es posible que se llegue á ser aquel extraño miserable! ¡Cómo me explicaréis el por qué del fango! ¡Me haréis tocar con el dedo que el soldado, teniendo por consigna el alto deber de morir, ha podido vender al pueblo, y á Francia y al ejército! ¡Que hollando su renombre ha podido llegar á ser tráfuga, sin náuseas y sin rebelión, y que en la piel del león había una zorra!

Para tales hechos, cuyo espanto penetra en mí, tendréis pretextos, quién sabe, y tal vez razones. No, no estoy de humor para escuchar vuestros discursos cuando me llama en su socorro nuestro antiguo honor, cuando la desgracia pública pasa por debajo de mi ventana. Si el traicionero abyecto viene á pedirme gracia, soy de bronce, soy sordo, ciego y mudo; tendría horror de mí mismo si mi corazón temblara.

Sabed que no me conviene comprender que un hombre, teniendo la espada en la mano, haya podido entregarla; no quiero saber si aquel miserable se equivocó; no me conviene inculcar en mi espíritu el itinerario espantoso que siguió el parricidio; no quiero que algún escritor grave me elucide, apoyándose en hechos clasificados y variados, el cerebro de Clouet, el corazón de Dumouriez. Mi estrofa es la euménide y yo persigo á Orestes. Asesino es bastante. Esta palabra lo dice todo. Lo demás es inútil y tal vez perjudicial. Es preciso que venga Juvenal y levante el patíbulo, y que Esquilo, dios negro, justiciero olímpico, hiera al traidor con el plano de la épica espada.

Cuando un bellaco execrado por el pueblo al que

perdió, un mercader de patria y de honor, un bandido, os toma por abogados, oh pensadores; cuando se atreve á llevaros su legajo, á encargaros de su causa, estoy contento de vosotros, justos historiadores, si vuestro pleitear consiste en fulminar.

Toda explicación de un monstruo lo atenúa; quiero á la perfidia inmunda completamente desnuda. El criminal, mostrado al descubierto á todos los ojos, produce mejor un estremecimiento y me espanta mejor. Para ciertos crímenes la clemencia es connivencia. Cuando avanzo por el interior de un gran crimen; cuando está descubierto en la sombra un cadáver augusto; cuando se trata del seno entreabierto de mi madre; cuando el impuro obrero de una execrable trama, Monk entregando un país, Deutz entregando una mujer, Coriolano, Leclerc, Pichegru, se me representan; cuando entro en aquella alma y en esta selva, tiemblo, y ante aquella negra aproximación quiero estar advertido por el terrible grito de la historia.

Ante la afrenta, ante el traidor á su país, ¡oh dolor!; ante los campos paternos invadidos, ante el estertor espantoso de las ciudades violadas, ante la sangre derramada por nada en las refriegas, por dispuesto que uno esté al perdón, ¡no!, ¡jamás!, es preciso castigar.—Ante Bailén, ante Metz, nuestro corazón se oprime por la Francia en llanto. La lapidación pública es necesaria. ¡Al suelo todos, hiramost!, y que el aplastamiento del bandido quede bajo la sombra y las piedras humeantes. ¡No haya perdón! Es preciso ser ó vengador ó cómplice; y todo lo que no es crimen, es suplicio, ¡ay!

Lo que yo quiero matar no es él, es su crimen. ¡Ese hombre ha faltado, ha huido, lo ha perdido todo!

★

Para el alma espantable y vil; para el que entregó la puerta de la ciudad; que entregó á sus soldados como se entrega un rebaño; que dió de puñaladas á la gloria y vendió la bandera; para ese hombre de luto, de mentira y de astucia, el sombrío firmamento no admite excusa.

En un siglo en que todo parece borrado, luego que ha pasado un tan cobarde asesino del honor no se tiene ya ganas de vivir, no se sabe ya qué creer; y la virtud, la fe, la probidad, la historia, son como rayos de luz sumergidos en el mar.

Si se quisiera mezclar á ese hombre con los cachorros de la tigre, ésta estaría indignada y confusa; la fiera honradez de los antros le rechaza y en los bosques que se estremecen no le dejan sitio alguno entre los lobos repugnantes, pero inocentes; y siendo una patria la naturaleza toda, en su salvaje y altivo ensueño, aborrece al bellaco á cuyo alrededor va á cuchichear Satán. El astro de los cielos no opina que se pueda quitar su vergüenza á ese condenado, de quien Caín es antecesor, y después de haberle visto traidor, quiere verle infame.

No hagamos dudar á los hombres; dejémosles el horror al matador, al mentiroso, al ladrón; no perturbemos en ellos la noción de lo justo; hagamos lucir ante sus ojos la certeza augusta. El heroísmo es un cielo, el honor es un azul; si entregáis el pueblo á

un obscuro escepticismo, no sabrá cuál es el resplandor que le guía; entonces todo flota; entonces la conciencia humana tiene palideces peores que la negrura.

El esquiife en el dilatado mar tiene su advertidor, la brújula; navega; y los hombres tienen el alma. Dejadles ese consejo, dejadles esa llama; la rectitud es su polo y el deber su norte; la flota en medio del mar y el pueblo en medio del destino, siendo la vida brumosa y la sombra profunda, tienen necesidad, en la vasta obscuridad de la onda, la una de ver la estrella y el otro de ver á Dios. Dios es la verdad resplandeciente en medio de las tinieblas, de la duda y de la idolatría; y cuando se presentan los enemigos, es la patria.

Para el que vende á su país, cielo negro, ¡ninguna compasión!

¡Ah! ¡No partamos el crimen por la mitad entre el hosco azar y el hombre miserable! ¡Nada de perdón! Imitemos el abismo venerable que no se deja desviar de su fin. Todo crimen debe pagar tributo al castigo; la justicia es la ley; la ley á la que nada toca; la pena tiene por espada una llama feroz; la espada de aquel ángel horrible no tiene vaina. Como el buho no se convierte en gorrión, como el cuervo no se cambia en paloma, un pérfido no puede ser un justo, y la tumba deposita y cierra sobre él su tapa para siempre.

Los pueblos, cuyo honor es su solo punto de apoyo, quieren que el destino arroje sobre aquel monstruo ejemplar una catástrofe igual á su cólera; conviene que Judas tenga á Judas por verdugo; yo apruebo la bala que derribó á Moreau y que aquel día fué pa-recida al trueno.

Todo ese inesperado formidable por donde se vaga, que se llama historia, cuya sombra tiene el cielo por reflejo, es el Océano tembloroso, terrible, y, por más que tenga vagos movimientos de cuna, es el precipicio. El hombre, en tales profundidades, trabaja, busca, sufre, y la esperanza, dulce ave, vuela hacia adelante. ¡Oh piloto demonio que hace traición al buque! ¡Desgraciado del marinero monstruoso que se arrastra y con su barrena hace un agujero en la carena cuando el navío lucha presa de los aquilones! Historiador, sed implacable con los follones. Me siento inclemente cuando la patria expira; encontrando peor la vergüenza, no odio á la muerte; no soy severo y terrible á medias; cuando se trata de poner en fuga al enemigo, exijo el furor, el esfuerzo, el éxito. Vos tenéis el trágico estilete de Tácito; pues bien, sed feroz y duro. Me disgusta que el narrador haga una descripción demasiado detallada de la dificultad de combatir, y calcule complacientemente el lugar, la hora, el crepúsculo, la distancia, el tiempo de andar el cañón; si los soldados estaban ó no bien dispuestos; si no se había dado orden contradictoria. No me gusta oír hablar así de historia; y ese montón de argumentos, de motivos, de razones, es animar siniestramente las traiciones. El pleito es sombrío y la excusa es insana. ¡Ah! ¿Sembráis Grouchy? ¡Recogéis Bazaine!

15 enero 1875.

XVII

VICTORIAS Y PROGRESOS

CONQUISTAS DE LA RELIGIÓN

Garaste triunfó de la enciclopedia. Tartufo es grande,—la Iglesia tenía la enfermedad; está en tratamiento en casa del doctor Véron. Sbrigani junta las manos; Crispín vuelve al seno; Pasquin está perfumado de mirra y de cinamomo. Roberto Macaire, viejo, se ha sentido en su alma presa de la ambición de un fin honroso; Veuillot se ha hecho serafín en el paraíso. Se ha hecho allí muy útil; abre la tienda, sabe el arte de adaptar el libelo al cántico, y por lo bajo murmura á través del *Credo*: cuando yo seré párroco, Bertrand será sacristán. Teniendo un poco, en su calidad de mirador oblicuo, la inspección de la cosa pública, vigila hoy el espíritu de novedad; para él la prensa libre es una obscuridad y la filosofía un hacer ruido durante la noche; en la iglesia el claustro y en el arte el coturno; en el Estado el guardia de orden público, esto es todo. Nada antes de Hildebrano, nada después de Loyola. Scopín le ayuda. Declama: ¡Infierno, crimen, herejías! ¡Temblad, almas enrojecidas más que á medias! Gentes honradas, yo soy quien os pasa por el tamiz, tened fe sólo en el buen Dios permitido. ¡Pensad que aquí estoy yo!—Mascarilla dice: ¡Cuidado! Como la conciencia humana es una tremolina, se hace su conductor; sabe el camino recto; quiere que, después del motín y los grandes golpes, el pueblo se arrepienta, tenga el alma llena de

fastidio, llore, y vaya de la Bastilla á la Magdalena. Toda la verdad está contenida en el *Syllabus*. El pensamiento, fuera de la Iglesia, es un abuso, y todo lo que sobreviene no es más que error y tumultos; en pie en el estribo del ómnibus de los cultos, atrancando la puerta, dice á todo el que viene: ¡Lleno! Falstaff, cuya barba se triplicaba tan alegremente, es devoto. ¿Qué sirve? La misa. Se asocia al dogma, y sus hipos huelen á ortodoxia; cose un salmo á la punta de su copla; un alma libre con las alas abiertas le disgusta; montando la guardia al rededor del misal, aquel hombre grueso reza, y su vientre toma parte en causa por Roma; dice que no se debe dejar sin examen que el hombre comunique con el espíritu humano, que es bueno temerlo todo y, por miedo á aventurarse, guardar lo eterno detrás de un claustro; cree; su estómago se empareja con el sagrado corazón; se instala vencedor en el negro umbral del misterio, dispuesto á tapar con su mesa como barricada el precipicio; consagra al solo culto augusto y verdadero lo que queda á sus piés de los buenos vinos que bebió; en servir á los Jehovás enfurruñados, y las religiones muertas y corrompidas, todo el arsenal roto de sus francas comilonas. No entiendo que se vaya á través del cielo azul, de la sombra inmensa, fuera del Papa, en busca de Dios; niega á los pensadores el aire, el horizonte, el espacio, plantando más allá de la bula *In Coena Domini*, para impedir que pase el espíritu humano, todos sus cascos de botella en la pared del infinito.

XVIII

¡Oh sombría mujer! Un día, no teniendo ya reino, parecerás, espectro, ante el gran fastasma; y Él, el ser ideal, el solo ser viviente, te dirá:—¿Qué eres?

Temblorosa como la rama muerta á merced del viento, ¡ay!, dirás:—Era reina.

—¿Eras mujer?

—Oh Dios, mi serena juventud fué hermosa y dulce en brazos de un marido triunfante; tuve el poder con la dicha; siendo muy niña, llevaba un gran cetro antiguo y negro de moño.

—El cetro importa poco. ¿Qué hacía tu rueca mientras todo un pueblo se inclinaba á tus piés? Responde. ¿Qué has hilado?

—La cuerda de la horca.

24 noviembre 1867.

Ayer fueron ahorcados en Manchester los tres fenianos Larkin, Allen y Gould.

XIX

LA CUESTIÓN SOCIAL

¡No, no, no! No es por medio de la astucia, os digo, como tendréis razón sobre el precipicio y el prodigio; los huracanes no se desconciertan poco ni mucho por nuestros expedientes y nuestras habilidades; no, no creo que el aquilón se apacigüe por consideración á Blondin flotando sobre su trapecio, ni que un hombre de Estado dé miedo al relámpago á fuerza de danzar sobre una cuerda en el aire; el trueno no es

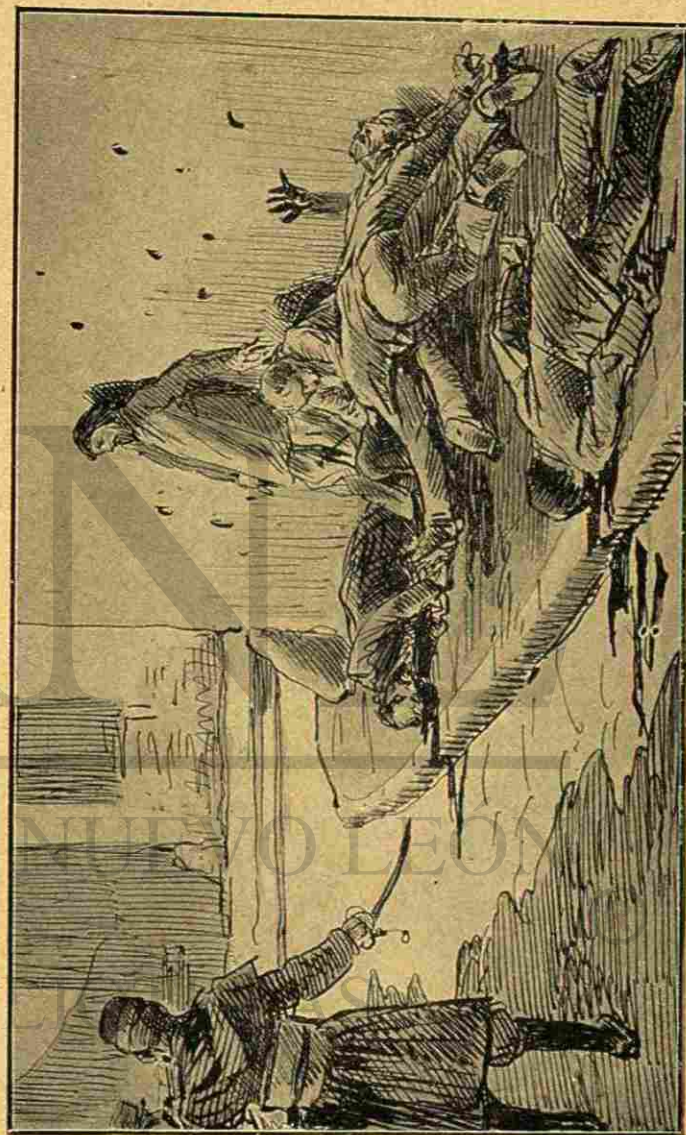
un perro mal humorado que cojea, al que nuestros latigazos hacen meter de nuevo en su casilla. Jesucristo, tal como está en san Lucas y san Marcos, veía la política distintamente que Bismarck y veía la justicia de otro modo que Delangle; al hombre á quien se pega, al hombre á quien se ahoga, le prodigaba los cuidados del buen samaritano; si los vencidos trataban de escapar al destino, su templo ofrecía asilo á su trágica huida; tanto es así, que seguramente lo hubieran expulsado de Bélgica.

Oh mar, tú subirás á tu nivel fatal. No hay emperadores ni magistrados, y no hay tridente, precipicio ni cuenca que puedan hacer efecto alguno á tus olas; el abismo es la tempestuosa morada de Dios; ese espantoso medio no se calmará aún cuando se mandaran ingenuas ninfas á reírse y mostrarse en él desnudas hasta el ombligo. Ese profundo Océano, el género humano, conoce el instante en que muere el día, la hora en que nace la estrella; tiene su ley, el flujo y el reflujo, el espacio, y ve el fondo de la sombra por donde pasa Leviatán; crece sobre una playa y decrece sobre otra; su Ecuador burbujea, hierve, y sus polos tienen frío; pero no oye al señor Rouher; sigue siendo la vasta onda, tan pronto alegre como funesta, áspera, enorme, imposible de dominar, aunque se pusieran Bonaparte haciendo de Neptuno y Devienne de Tritón.

Pueblo, en tu caos, á veces negro de inmunda espuma, el que duda nada ve, el pensador halla un mundo; tú subes, tú bajas, vuelves á subir; no tienes puertas ni cerraduras, ni llaves ni candados; vas por el infinito, libertad formidable. Dios te hace navegable y te deja continuar siendo insondable; en vano el escéptico te lanza su plomada; mar cerrada para Pirrón, te abres á Colón.

XX

¡Cómo! ¡Ha de verse siempre—insensato quien lo piense—el mal sin castigo, el bien sin recompensa! ¿Sueñas tú que siempre estarán los unos arriba, reyes á quienes el trono hace exentos del patíbulo, sacerdotes grandes por el mal, soldados fuertes por el crimen, y los otros abajo, sufriendo todo el abismo? ¿Ves tú por alguna parte inclinarse y desmoronarse el cielo? Todo tiene su contrapeso. ¿Acaso existes tú sin la gran equidad que se revela y vibra y luce en todas partes en el inmenso equilibrio? Di, ¿crees que los unos van á estar mal y los otros bien, que los unos lo tendrán todo no teniendo los otros nada, éstos sin pan, aquéllos cubriendo de manjares sus mesas, y que no vendrán reflujos temibles? Espera el desenlace. El fin pondrá el sello. Cuenta con los regresos. Crees que el cerdo, comedor formidable de toda podredumbre, no hará su comida de vuestros vómitos ¡ay! y no sufrirá bajo el cielo el tormento de abrir la boca en el fondo del eterno albañal y de ser el ser infecto pisoteado por el ser horrible; y que no llegará día, un día terrible, en que el monstruo, inclinado sobre todos, resplandeciente con el sombrío fulgor del mundo que fine, salpicando todo lo que ha vivido en la basura, aquellos cuyo corazón fué negro, aquellos cuya alma fué dura, los sacerdotes en el altar, los reyes en su cimera en un hipó vengador les devolverá su estiércol!



XXI

LOS JÓVENES

Hombres jóvenes nacidos bajo el imperio rapaz, frescos, sonrosados y helados, decís cuando yo paso: —«¡Ah, ya! ¿Qué es ese hombre? ¡Está loco! Los viejos tienen por deber ser viejos. Un buho no tiene el derecho de gustarle el sol. A su edad debería hacer el personaje del Invierno y no extenderse en insensatos vuelos. ¡Cómo, dice todavía cuando nosotros decimos bastante! A nosotros nos basta una almenara; él necesita el alba inmensa. Va gritando: ¡Progreso! ¡Fraternidad! ¡Clemencia! Niñada. Se encuentra en el caso pueril de aceptar un deber que contiene un peligro. Quiere la libertad cuando tiene la vejez; ¿qué va á hacer con ella? Abuelo, deja lo que te abandona; ¿cuándo habrás acabado de tener veinte años, anciano? Él quiere el pleno medio día, á nosotros nos gusta la bruma; al saco de oro que nos encanta, él prefiere... ¡una idea! Cuando el hombre es viejo, le sienta bien que el alma tenga arrugas. Él quiere derechos para nosotros que queremos escudos. Piensa que se hace mal aplastando á los vencidos; no ve que Octavio está cubierto por Augusto; llega á no comprender que es justo hacer arcabucear por el señor Galifet á la gente de quien se tiene miedo, aun cuando no haya hecho nada; que se necesitan buenos verdugos en la guerra civil y que no se debe compadecer á un pueblo ó una ciudad por unos cuantos descamisados que se han cogido, puesto bajo llave, ó matado, que no se compadecede á un campo que se ha escardado.

»¡Cómo, á nosotros es á quienes educa la razón ese cabezotro duro, ingenuo y caduco! Está lleno de quimera y lleno de visión. Como el alción y como el ruiseñor, canta durante la noche y corre á la tempestad. Esa alma vieja parece siempre dispuesta al combate; si fuera preciso, volvería á empezar el destierro. Es estúpido. Ven acá, buen hombre, sabe que hay dos infancias, y sabe, Argán, que se vuelve á ella; la una está cerca de la cuna, la otra cerca de la tumba. Las piedras, los silbidos, eso es lo que se te debe. No sin razón se te señala con el dedo y un rorro constituye tu alegría y tu cabeza blanca se inclina hacia los niños como hacia sus semejantes. A tu edad, demasiada juventud es caso grave; es bueno no ser muchacho cuando se es vejancón. No declamamos. Ve el fondo real de las cosas. Aceptamos los hechos sin buscar las causas, decimos la verdad crudamente: el hombre es completo cuando es el más fuerte. Se es rico, se recrea uno en ello; ¿no es esto una cosa sencillísima? Diógenes, rabiando de ver comer á Trimalción, le molesta. La política es el arte útil de escamondar. Cuando la savia desborda y superabunda en la primavera, un podón da cuenta de aquella vagabunda; cortar la rama inútil que perjudica al vecino está bien hecho; ¿un jardinero es un asesino? Estando el árbol recargado de un follaje inútil y feroz, se le salva cuando se le mutila. ¿Quién está, pues, de más? ¿Nosotros, gente de ingenio que brillamos? No, sino los que no tienen razón de ser, los camastros, los giro-nes, las miserias, los mehdigos, los que tú recomiendas, modrego, y los muertos de hambre son las ramas golosas.

»El hombre de estado real, toma su tiempo; éste, diestro, sabe ser Monk, y fuerte, ser Syla. ¡Cómo! ¡Tu edad ignora y la nuestra te enseña! El pueblo es un

calenturiento que á veces es preciso sangrar; el hombre hábil y grande entre los soberanos es el que le ata sobre los riñones una camisa de fuerza; el pueblo, que es nuestro pegaso, es nuestro borrico.

»Sin duda es necesario saber usar de retórica, jurar que se es del siglo y que se respetará la libertad, los derechos del hombre, etc.; esto suena bien. Pero toda alma un poco maliciosa acaba por apoyarse en la tropa de línea. Planes seguros y preparados en la sombra, se coronan con una matanza afortunada que se hace bendecir después. El escrúpulo empieza donde acaba la victoria. Tales son los tiempos, tales son los corazones, tal es la historia. ¿No te da vergüenza que te llamen inocente? Nosotros apreciamos, ten esto presente, al tres por ciento, un gran sable y Bismarck. Lo demás se desprecia.»

Sea; imberbes doctores, mofaos de mi barba gris, que, no obstante, no debería crear más que envidiosos: sí, es verdad, yo soy joven y vosotros sois viejos.

18 agosto 1874.

XXII

Oh, sus amigos de ayer, no de hoy, que él encuentre la prudencia buena para vosotros y que os apruebe, esto debe bastaros. Él dice: Renegad de mí, y sonríe. Prosigue su camino sin emoción; menester es que el corazón de los hombres se revele.

¿Creéis que para él, que permanece derecho cuando se está arrodillado, es cosa nueva hacer cara á los ton-

»¡Cómo, á nosotros es á quienes educa la razón ese cabezotro duro, ingenuo y caduco! Está lleno de quimera y lleno de visión. Como el alción y como el ruiseñor, canta durante la noche y corre á la tempestad. Esa alma vieja parece siempre dispuesta al combate; si fuera preciso, volvería á empezar el destierro. Es estúpido. Ven acá, buen hombre, sabe que hay dos infancias, y sabe, Argán, que se vuelve á ella; la una está cerca de la cuna, la otra cerca de la tumba. Las piedras, los silbidos, eso es lo que se te debe. No sin razón se te señala con el dedo y un rorro constituye tu alegría y tu cabeza blanca se inclina hacia los niños como hacia sus semejantes. A tu edad, demasiada juventud es caso grave; es bueno no ser muchacho cuando se es vejancón. No declamamos. Ve el fondo real de las cosas. Aceptamos los hechos sin buscar las causas, decimos la verdad crudamente: el hombre es completo cuando es el más fuerte. Se es rico, se recrea uno en ello; ¿no es esto una cosa sencillísima? Diógenes, rabiando de ver comer á Trimalción, le molesta. La política es el arte útil de escamondar. Cuando la savia desborda y superabunda en la primavera, un podón da cuenta de aquella vagabunda; cortar la rama inútil que perjudica al vecino está bien hecho; ¿un jardinero es un asesino? Estando el árbol recargado de un follaje inútil y feroz, se le salva cuando se le mutila. ¿Quién está, pues, de más? ¿Nosotros, gente de ingenio que brillamos? No, sino los que no tienen razón de ser, los camastros, los giro-nes, las miserias, los mehdigos, los que tú recomiendas, modrego, y los muertos de hambre son las ramas golosas.

»El hombre de estado real, toma su tiempo; éste, diestro, sabe ser Monk, y fuerte, ser Sylá. ¡Cómo! ¡Tu edad ignora y la nuestra te enseña! El pueblo es un

calenturiento que á veces es preciso sangrar; el hombre hábil y grande entre los soberanos es el que le ata sobre los riñones una camisa de fuerza; el pueblo, que es nuestro pegaso, es nuestro borrico.

»Sin duda es necesario saber usar de retórica, jurar que se es del siglo y que se respetará la libertad, los derechos del hombre, etc.; esto suena bien. Pero toda alma un poco maliciosa acaba por apoyarse en la tropa de línea. Planes seguros y preparados en la sombra, se coronan con una matanza afortunada que se hace bendecir después. El escrúpulo empieza donde acaba la victoria. Tales son los tiempos, tales son los corazones, tal es la historia. ¿No te da vergüenza que te llamen inocente? Nosotros apreciamos, ten esto presente, al tres por ciento, un gran sable y Bismarck. Lo demás se desprecia.»

Sea; imberbes doctores, mofaos de mi barba gris, que, no obstante, no debería crear más que envidiosos: sí, es verdad, yo soy joven y vosotros sois viejos.

18 agosto 1874.

XXII

Oh, sus amigos de ayer, no de hoy, que él encuentre la prudencia buena para vosotros y que os apruebe, esto debe bastaros. Él dice: Renegad de mí, y sonríe. Prosigue su camino sin emoción; menester es que el corazón de los hombres se revele.

¿Creéis que para él, que permanece derecho cuando se está arrodillado, es cosa nueva hacer cara á los ton-

tos, á los furiosos, á vosotros? Cuando Bonaparte era el amo de la tierra, ante aquel todopoderoso, él fué el solitario. ¿No son sus costumbres desafiar, luchar, sufrir? ¿No tiene el antiguo hábito de los clamores? ¿No ha visto pasar á sus piés y espumear las silbas desde la cumbre de una roca, en las nubes, durante veinte años? ¿Durante veinte años, el imperio, con la corona en la frente, no ha estado enseñando el puño á aquel hombre pensativo? Tenía la mirada extraviada de los antiguos profetas. Entonces, como hoy, era un loco. Así, pues, continuad. Adiós. Lo que prometió lo cumple ahora, y es demasiado fuerte, y es fiel, y es molesto. Renegad de él. Volveos por el lado de la injuria.—Todo debe acabar. ¿Es la vida una apuesta? La testarudez de uno solo es un reproche á todos. El deber de los leones es envejecer á los *boubons*; los vientos, después de echar los bofes, han deshinchado su odre. ¿Por qué se obstina ese hombre? Pasemos á otra cosa.

Está bien. Permanece solo. La sombra está ante sus pasos. Conoce el desierto y no se conmueve por ello. Se desvanecerá de nuevo en el abismo. Sea.

Pero cada vez que para cometer un crimen los enemigos públicos se hagan seña entre ellos; pueblo, cada vez que un hombre desastroso dirija contra ti alguna emboscada á su manera; cada vez que un ruido de cuchillo que se afila se mezcle siniestro al confuso tumulto de los negros acontecimientos semejantes á los bosques frondosos; cada vez que un barco parta para Cayena; cada vez que París, la población ciudadana, sea entregada al sable y la libertad sienta en su costado alguna punta infame; cada vez que pasos toruosos y fúnebres se dirijan en las tinieblas hacia un fin obscuro, entonces, en la noche cobarde donde se

eclipsan las leyes, se oirá murmurar una voz lejana, se verá aparecer un fantasma de repente, y los hombres distraídos reconocerán tal vez por su tristeza á aquella sombra en el fondo del firmamento y á aquella conciencia por su rugido.

XXIII

¡Oh príncipes insensatos! ¡Cómo no tiemblan al abrir ellos mismos la puerta á las cóleras de abajo, al dar algo á la multitud para que lo rompa, al hacer bambolear con sus manos la casa que se desmorona, y al llamar en auxilio de sus iniquidades, de su poder caduco, de sus leyes amenazadas al sombrío aldeano lleno de pensamientos lúgubres! Han podido, sin palidecer, ver salir de sus sitios profundos, á su loca voz, de las casas ruinosas, de los bosques, para esparramarse deprisa, á lo lejos, sobre escombros, el negro hormigueo de las sombrías multitudes.

¡Oh príncipes insensatos! ¡Dios justo, enséñales tu ley, su objeto sagrado, tu justicia!

¡Ah! ¡Desdicha! ¡Desdicha en los lugarejos y desdicha en las ciudades, cuando entre nuestros debates y nuestras luchas civiles, entre nuestras pasiones, vemos, oh terror, aparecer de pronto la guadaña del segador, que, terrible y fatal para todos, tantos como somos, deja los campos de trigo y va á segar los hombres!

¡Espantable miés! ¡Calamidades! ¡Crímenes!

¡Dalla de donde debieran salir ¡ay! la gavilla de oro, la abundancia y la paz y de donde sale el estrago! ¡Instrumento rústico y santo! ¡Arma horrible y salvaje! ¡Oh medialuna de donde brota un ancho y sombrío relámpago, guadaña símbolo del tiempo, de la muerte, del infierno, de todo brazo que siega, servidora implacable! ¡Dios! ¿Cómo no se han estremecido de espanto esos reyes, cuando han visto de pronto, en medio de ellos, su resplandor formidable y repulsivo? ¿Cómo el ministro y el príncipe no han tenido algún deslumbramiento por tu siniestra claridad, y no han entrevisto tu camino en la sombra: hoy los señores, mañana las coronas?

XXIV

EL POETA TOMA LA PALABRA

En este mundo, donde sopla un viento terrible sobre el hombre y el destino, sobre el grano y la criba, y sobre los insensatos entregados á los furiosos, tengo por musa una sombría diosa de seria mirada, que, fulgor que atraviesa la visionaria sombra, vaga por la nube y, como el trueno, siente no se sabe qué deseo de castigar. Porque es justa.

¡Y qué! Ahí está la pila del agua bendita: la monstruosa maldición sobrenada en ella; ahí están lo verdadero, lo falso, cambiando de personaje, el mal alegre; ahí están los peores, que son reyes, los demonios en el trono y los dioses en la cruz; ahí están los te-deum, mozos de á pie de la batalla; ahí está el asesino absuelto, si es de talla y volviéndose virtuoso por su enormidad; ahí está la espantable y doble desnudez

temblando aterida bajo la choza ó riendo en la orgía; ahí está la llaga extendida en el costado de la tierra, el destierro, el duelo, los llantos, los héroes, los carniceros, y reflejos de hoguera sobre el paraíso; ahí está la sacristía y ahí está la mezquita; ahí está en la selva la verdad acorralada á la cual muerden ladrando todos los perros, los apetitos; ahí está todo el cúmulo del mal sobre los pequeños; ahí está en todas partes lo atroz enjendrado por lo inmundo... y os admiráis de que en lo alto riña una voz, y que á veces en la sombra se vea en el fondo de los cielos salir un pálido relámpago de un verso misterioso.

26 agosto 1874.

XXV

GRANDES OREJAS

¡Es un bello atributo la largura de la oreja! La oreja larga, en el fondo de la obscuridad, oscila, vigila, piensa y se tiende á la larga, se endereza enteramente, oye mal, comprende poco, se espanta, tiene gusto, se estremece al menor soplo agitando las enramadas, se complace en los salones con las cosas mal rimadas, se conmueve por los tiranos en cuanto cae uno, huye del poeta, teme el ingenio, odia al tribuno. ¡Tened esa hermosura, señores! La oreja grande se empareja con el cráneo altivo y pequeño; estar adornado con ella es casi tener diploma; uno es la frente frondosa sobre la que cae el pesado birrete; se tiene la autoridad de la ignorancia enorme; se dice:—Shakespeare es hueco, Dante no tiene más que forma. La Revolución es un faro engañador que conduce al pre-

cipicio; es útil tener miedo.—Del espanto que ya no se tiene se hace la cólera; para glorificar el orden se mezcla á agua clara frases que tienen el vago sabor de la sangre. Desde que el progreso camina, se reclama un salvador; se venera á Haynau, Boileau, el Estado, la Iglesia y la férula; y así es como los Suins, los Dupins, los Cousins, los Parieux, los Nisards realizan el ideal de un hombre serio, y como se tiene el honor de ser un burgués auténtico, asno en literatura y liebre en política.

24 mayo 1872.

XXVI

En ciertos momentos, el hombre justo es irrisorio. Todos los arqueros burlones toman el honor por blanco; las cosas y las palabras cambian de significado; se es Barbés, Garibaldi, Baudin,—leed: bendito (1); Catón es el Sosie augusto de Jocrisse; prudencia y dignidad se llaman avaricia; todo es desfigurado, calumniado, ennegrecido; una frente de virgen no es más que una máscara que ha salido bien.—¡Que os llaméis puro!, entonces me creéis bestia. ¿Cuál es vuestro motivo secreto para ser honrado?—El bien sospechoso confina con el mal; no hay virtud que no provenga de un vicio inmundo que se tuvo. ¡Oh si aquel que fué llevado á casa de Pilatos ensangrentado, cubierta de espinas la cabeza y vestido de escarlata, viviera, cómo se reprocharía, haciendo comentarios sobre ello, la Magdalena al Cristo y san Juan á Jesús! ¡Cómo se le llamaría sacrilego, profano, bellaco!

(1) En el texto *benêt*.

¡Cómo se reiría de aquel dios montado en un asno! Porque se tiene tanto ingenio, que se es inepto; se dice: Monk es un paladín, Bayardo es un bandido. Un repugnante contrasentido falsea las almas viles. ¡Oh grandezas de los tiempos antiguos, dejadnos ya en paz! La derrota, la orgía y el miedo son nuestras hermanas; á los llamados héroes, les llamamos *fin-gidos* (1); los invencibles van seguidos por los incurables. Se oye decir á un juglar:—¡oh tiempos miserables!—que el honor es nada, que la gloria es cero, y que odia al mártir tanto como al verdugo. ¡Qué! ¡Régulo! ¡Qué! ¡d'Assas! ¡Virtudes tan altas, abnegaciones tales, son para desternillarse de risa!

Oídes hablar:—Digó, y me desternillo de risa, que Sócrates, en el fondo, tiene todas las equivocaciones. Vivir bien y tener el vestibulo lleno de lacayos, vale más que ser Horacio ó Trasíbulo; prefiero, á despecho del rimador Dante, á Trimalción cenando que á Trasea muriendo; contemplo á Aristides con desprecupación; siento más mi estómago que mi conciencia; no tengo el menor empeño en brillar, y más que una grande hazaña prefiero un buen almuerzo. Tengamos, pues, el buen sentido de ser lo que somos, enanos; librémonos del peso de los grandes hombres. ¡Abajo toda esa gente! El orgullo les ahogaba; vuestro Leónidas quiere hacer efecto; ¿qué es Winckelried?, un estúpido inefable. En cuanto á Guillermo Tell, señores, es una fábula. El león que comió á Calistenes, hizo bien. ¡Hoche, Marceau, Kléber! Lo mismo me da Galifet. ¡Vivan los que siempre se plegaron y doblaron!

Y sabios, salidos de Liliput, desgarran toda la

(1) *Poseurs*, el que toma una posición ó modales ó aires determinados; de pose, posición ó actitud.

historia antigua, donde lucieron aquellos grandes nombres. Hay quien se siente insultado por la gloria de los demás. Se excusa á Anito y se comprende á Zoilo. Lo verdadero, lo falso, esto se juega á cara ó cruz; se insinúa un vago canto en honor del tigre; ¿se está seguro de que Nerón, después de todo, fué malvado? El ave de corral festeja al ave de rapiña. Se es abominable y estúpido con alegría; decrecer gusta; es dulce y bueno ser pequeño; la multitud, teniendo el apetito por amor, teme el contagio de las almas magnánimas. Engaño y deber vienen á ser sinónimos; la infamia es útil y la probidad perjudica.

Y así es como haciendo burla se entra en la noche, ¡oh dolor!; y como se ve borrarse en el solsticio todos esos astros, el derecho, el ideal, la justicia; así es como abdica nuestra alma y como un pueblo es lentamente presa de la vergüenza; así es como se es monstruo después que se fué arcángel, como la Roma de Emilio y de Graco se cambia por la Roma de Ignacio, y como el gran París cae desde más que Esparta á menos que Sibaris.

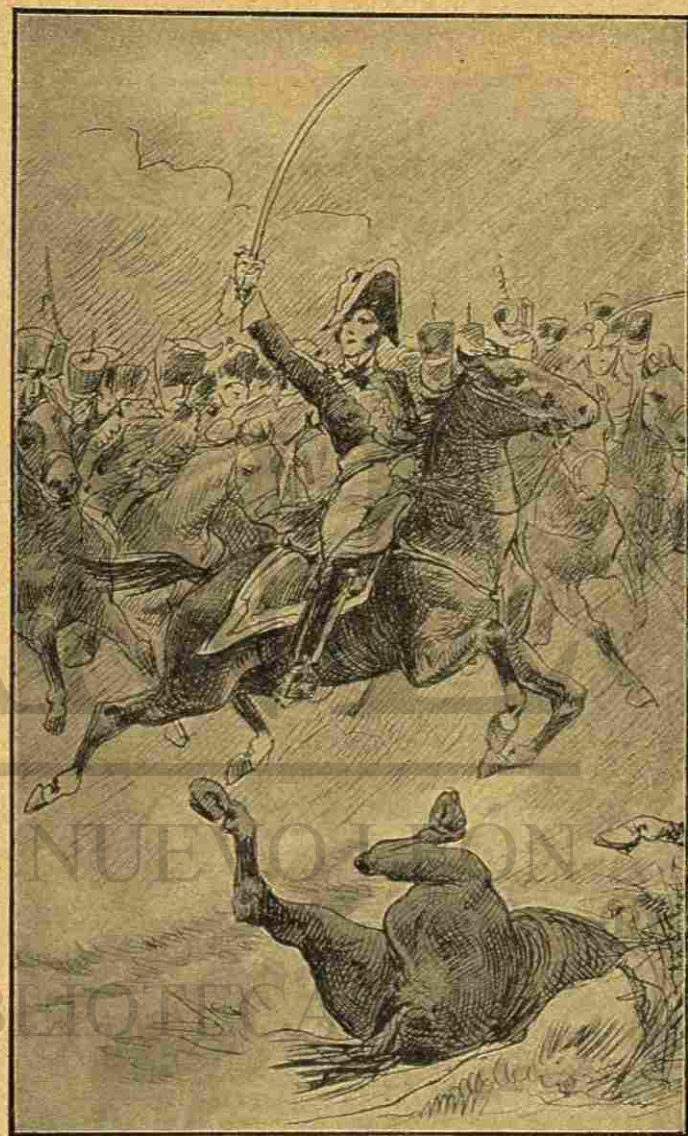
16 agosto 1873. Auteuil.

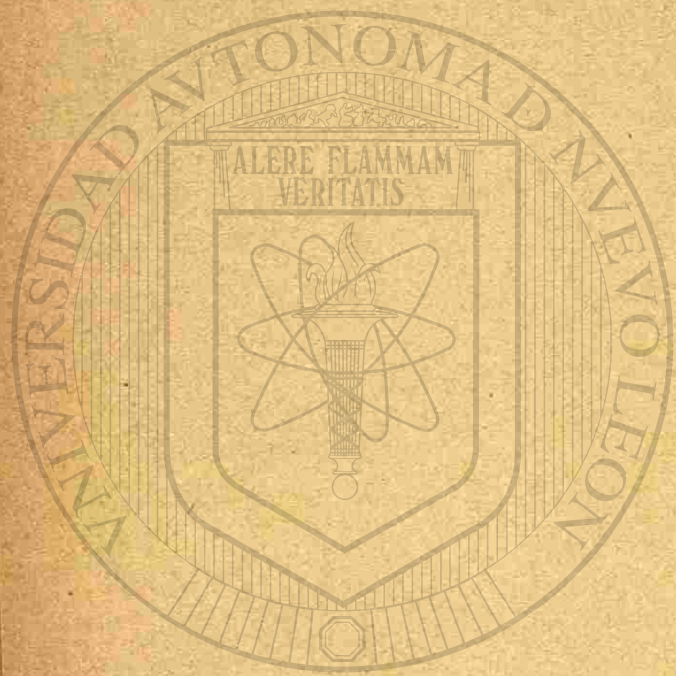
XXVII

Á TODOS VOSOTROS

No os oculto que pienso en nuestros padres.

Duros con el tigre, ponían el pie sobre las víboras, afrontaban la garra, desafiaban los venenos, y no temían más á gigantes que á los enanos. Eran confiados,





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenían grandes pensamientos, y por toda la Europa, por encima de las mentiras, de los crímenes, de los errores, hacían flotar sin descanso esos altivos trapos que se llaman banderas. Cuando los reyes acudían hacia nosotros con las gargantas abiertas; cuando fiero, horrible, esparcido por nuestras verdes campiñas, llegaba algún ejército, allí estaban ellos. Con frecuencia disiparon, como una nube al viento, los reyes de corazón de bronce, poco antes tan soberbios, que las flores que ponían en su sombrero de guerra aún no habían tenido tiempo de marchitarse.

Yo sé que el hombre fuerte no debe maravillarse y que es de buen gusto mandar bocanadas de cigarro á la historia, á las tumbas, á los trofeos. Beber su vino, vale más que derramar su sangre. Yo sé que el desdén sienta bien á los corazones de ahora, y que gentes de ingenio y de buen sentido á las que embriaga este fin sublime, reír y digerir, vivir bien, son grandes ciertamente, y no tienen la extravagancia pueril de venerar á los ancianos que buscaban el peligro. Las jóvenes tienen derechos, sin duda, lo declaro; es dulce contemplar en su garganta y en su mejilla las rosas y los lirios y los polvos de arroz. ¿Qué tenor tendremos este año en París? ¿Hay que vestir á su bella y tapizar su alcoba de damasco rosa ó de satén malva? Cuando pasa, deslumbradora y hecha para amar, una mujer de frente pura y encantadora, á informarse de si aquel ángel está por vender y por cuánto se compra; á orar en casa de Dupanloup y á cenar en casa de Vachette; creer y gozar; frecuentar á los miembros del Senado; esperar, con la espalda al fuego, la sonrisa encarnada de la aurora, sentados á la mesa de la casa de juego, mientras nuestros cocheros duermen encima de nuestras carrozas; dormir, bostezar, hacer burla, ignorar; ser así es hermoso, lo repito; y tam-

bién comprendo que se evite á un abuelo como se huye de una reprensión, y que se sea elegante, y que no se lleve en el bolsillo; mientras otros van con los piés descalzos por las calles, más que oro lavado en agua de colonia. No soy ingrato para el aire que respiró hasta el punto de no sentir en él el perfume del imperio, y el Napoleón III ha hecho nuestros corazones tal como son, graciosos, nada fanfarrones, burlones; siempre las Sibarís han escarnecido á las Romas; está bien.

Pero no es menos cierto que aquellos hombres de otros tiempos, poco frotados por los jabones de Guerlain, entraron en Moscou, en Viena y en Berlín; que castigaban á los reyes con sus maneras brutales; que eran familiares con las capitales; que se complacían á veces en extraños asaltos; que su caballería atacaba á barcos, los tomaba y entraba al abordaje en las flotas; que cada uno de ellos, anciano, niño, se sentía con edad y humor de servir á Francia, y que en Valmy, en Jemmapes, en Fleurus, perseguían al enemigo á hachazos, á sablazos, á lanzadas; que se veía salir de la ambulancia á más de uno, y como el alción vuelve al Océano, volver al combate, sin fijarse en la herida todavía abierta, que supuraba; que comían pan duro y bebían agua pura; que iban, andaban, y nunca encontraban los precipicios demasiado profundos, ni las cumbres demasiado altas; que eran fraternales con las razas huérfanas; y que decían:—¿Qué son los Alpes?, colinas. Llevar la artillería en brazos á las alturas es sencillo y el paso es cómodo.—¡Los embusteros! No es menos cierto que aquellos hombres reían de todo lo que nos hace temblar y que deshicieron lo que hicieron veinte siglos negros y tristes; que batieron á Brunswick, Cobourg, Mélas, Clairfait; que daban como espectáculo á nuestra rubia infancia el sober-

bio desvanecimiento del viejo mundo, entre los cuales la justicia estaba á sus anchas; que apuntaban el cañón sobre el pasado repugnante, que no tenían sacos de plata ni oro en pilas, pero que hacían á Argona igual á las Termópilas, que atravesaban el Rin, del que nosotros nos alejamos, y que no eran compañeros pequeños.

7 septiembre 1873.

FIN DE LA OBRA



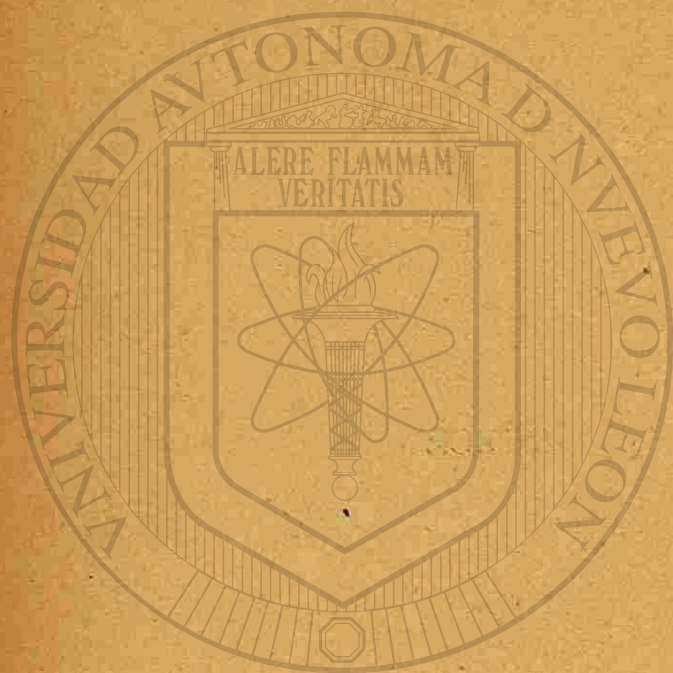
U A N L

ÍNDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

INDICE

VI

EL AMOR

	Págs.
I. Cuando mi mano se estremece	9
II. ¡Oh, si existís, mi ángel.	10
III. Ya lo ves, ángel mío	11
IV. Me habéis probado, Señor	12
V. ¿Sabes lo que Dios dice al niño	12
VI. Ciertó que no era en vano mujer . . .	13
VII. <i>Novela en tres sonetos</i>	14
VIII. <i>Visiones de colegial</i>	16
IX. <i>Hermína</i>	18
X. <i>¡Ello empieza!</i>	19
XI. Era yo el soñador que piensa	20
XII. <i>Mayo</i>	21
XIII. La griega y la parisiense hacen . .	22
XIV. Llegó cuando me disponía á leer .	23
XV. <i>Principio de una ilusión</i>	23
XVI. <i>Etapas del corazón</i>	25
XVII. <i>Virgilio en la sombra</i>	33
XVIII. ¿No es verdad, amor mío	34
XIX. Da la hora, un día va á nacer . . .	34
XX. <i>Un día que ella me dijo: dadme vuestros ojos</i>	35
XXI. ¿Por qué me ofreces tantos pequeños.	36
XXII. No teniendo ni bosques ni cotos . .	36

	Págs.
XXIII. <i>A la princesa S. G.</i>	37
XXIV. <i>No sé por qué las mujeres</i>	37
XXV. <i>En el bosque</i>	38
XXVI. <i>La princesa de Joinville</i>	39
XXVII. <i>Era yo un honrado colegial</i>	41
XXVIII. <i>Esto la distrae; vive completamente sola</i>	41
XXIX. <i>Lo que dice la que no ha hablado</i>	42
XXX. <i>La Figliola</i>	43
XXXI. <i>Amor secreto</i>	44
XXXII. <i>¡Oh, dí! ¿Te acuerdas de aquel feliz</i>	47
XXXIII. <i>Soy inocente, tú eres cruel</i>	47
XXXIV. <i>El idilio de Floriana</i>	48
XXXV. <i>¡Guarda por siempre</i>	53
XXXVI. <i>—¡Cómo! Pero ¿qué idea tienes</i>	54
XXXVII. <i>A una inmortal</i>	58
XXXVIII. <i>Horacio y tú, viejo La Fontaine</i>	58
XXXIX. <i>A fuerza de soñar y de ver</i>	59
XL. <i>Yo oprimía tu brazo tembloroso</i>	60
XLI. <i>En el baile</i>	60
XLII. <i>En el bosque</i>	61
XLIII. <i>La blanca Galatea</i>	62
XLIV. <i>Ser amado</i>	63
XLV. <i>Ambos—¿fué en Tibur?</i>	64
XLVI. <i>También puede haber ultraje en la caricia</i>	65
XLVII. <i>El blasfemo del amor</i>	66
XLVIII. <i>Cuando, amándose, dos corazones.</i>	70

VII

LA FANTASÍA

I. <i>La blanca Aminta</i>	73
II. <i>El príncipe perezoso</i>	74
III. <i>Lo que Gemma piensa de Emma</i>	75

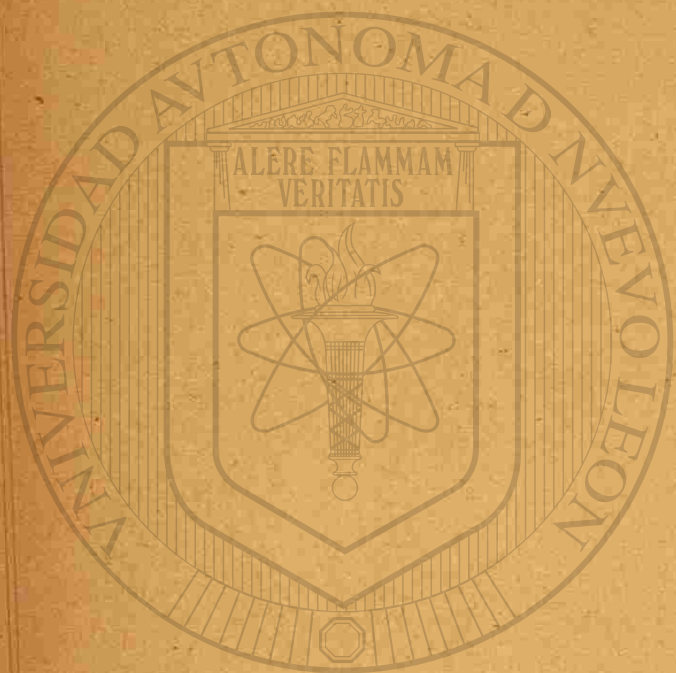
	Págs.
IV. <i>Vaso de China</i>	78
V. <i>Malas lenguas</i>	78
VI. <i>A un ratón</i>	80
VII. <i>Bailadora, escúchame</i>	82
VIII. <i>El pórtico de san Lucas</i>	82
IX. <i>A un hombre serio</i>	83
X. <i>Propina real</i>	84
XI. <i>Buen consejo á los amantes</i>	85
XII. <i>A la edad de las pastorales</i>	86
XIII. <i>En un antiguo castillo</i>	87
XIV. <i>La luna</i>	88
XV. <i>Blasón</i>	88
XVI. <i>¿Queréis vivir, ser admirado.</i>	89
XVII. <i>Cada siglo tiene el suyo</i>	90
XVIII. <i>Mascarón</i>	90
XIX. <i>Un ladrón á un rey</i>	90
XX. <i>Arenga de charlatán</i>	96
XXI. <i>Muelle del hierro viejo</i>	97
XXII. <i>Comedias irrepresentables que sin cesar se representan</i>	100
I. <i>La marquesa Antoñita</i>	100
II. <i>El primer capítulo</i>	105
III. <i>Bajo los sauces</i>	107
IV. <i>Cocarde y Louchon</i>	108
V. <i>En el Luxemburgo</i>	109
VI. <i>El mendigo</i>	112
VII. <i>Chaparrones</i>	113
VIII. <i>En el siglo último</i>	115
IX. <i>Lo ideal y lo real</i>	115
X. <i>Susurrant voces</i>	118
XI. <i>Insinuación</i>	120
XII. <i>Entre la amante y el amigo</i>	122
XXIII. <i>Canciones</i>	126
I. <i>Ana y Anita</i>	126
II. <i>Rosemonde</i>	127
III. <i>El pájaro</i>	128
IV. <i>El torero</i>	128
V. <i>En canoa</i>	129

	Págs.
vi. La canción del espectro	131
vii. Margot	132
viii. La canción de Maglia	133
ix. Canción de á bordo	134
x. En la selva	135
xi. Ronda para los niños	136
xii. El canto del viejo pastor	137
xiii. Canto de los sueños	139
xiv. La canción de Jacquel el marino	140
xv. Tonada de la princesa de Orange	141
xvi. Canción del bol de ponche	143
xvii. El castillo de l'Arbrelles	144
xviii. Canción de Gravoche	145
xix. Otra canción de Gravoche	146

LA CUERDA DE BRONCE

Después de los reveses	149
I. Al día siguiente de Sedán	154
II. A unos regimientos desalentados	155
III. Ante la columna destruida	157
IV. La gran República tiene garras fatales	159
V. Después del derrumbamiento del hombre	160
VI. La orgía de los asesinatos	161
VII. Victoria del orden	164
VIII. En Bélgica (y ¡ay! tal vez en otras partes)	165
IX. A un rey de tercer orden	167
X. Alsacia y Lorena	169
XI. La liberación del territorio	175
XII. El leoncillo pensaba	182
XIII. ¡Oh realeza! ¡Montón de sombra!	183
XIV. ¡Cómo! ¡Tener por objeto esa cobardía!	184
XV. Un gran sable sería de utilidad	185
XVI. A los historiadores	188

	Págs.
XVII. Victorias y progresos	194
XVIII. ¡Oh sombría mujer!	195
XIX. La cuestión social	196
XX. ¡Cómo! ¡Ha de verse siempre	198
XXI. Los jóvenes	199
XXII. Oh, sus amigos de ayer	201
XXIII. ¡Oh principes insensatos!	203
XXIV. El poeta toma la palabra	204
XXV. Grandes orejas	205
XXVI. En ciertos momentos	206
XXVII. A todos vosotros	208



UANTL

PAUTA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PAUTA
PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS
DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas
Lámina 1. ^a	73
Lámina 2. ^a	82
Lámina 3. ^a	86
Lámina 4. ^a	100
Lámina 5. ^a	112
Lámina 6. ^a	115
Lámina 7. ^a	129
Lámina 8. ^a	137
Lámina 9. ^a	144
Lámina 10. ^a	149
Lámina 11. ^a	169
Lámina 12. ^a	199
Lámina 13. ^a	208

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CCION GENERAL DE BIBLIOTEC